

# DON ANDRÈS MANJÒN



*SU VIDA Y SU OBRA*

P. LIT. PAULINO V. TRAVESET  
GRANADA 1926

1917



1917

75

DG  
com

# VIDA DE DON ANDRÉS MANJÓN Y MANJÓN

FUNDADOR DE LAS  
ESCUELAS DEL  
AVE-MARÍA 3

————— POR —————  
UN MAESTRO DE DICHAS ESCUELAS

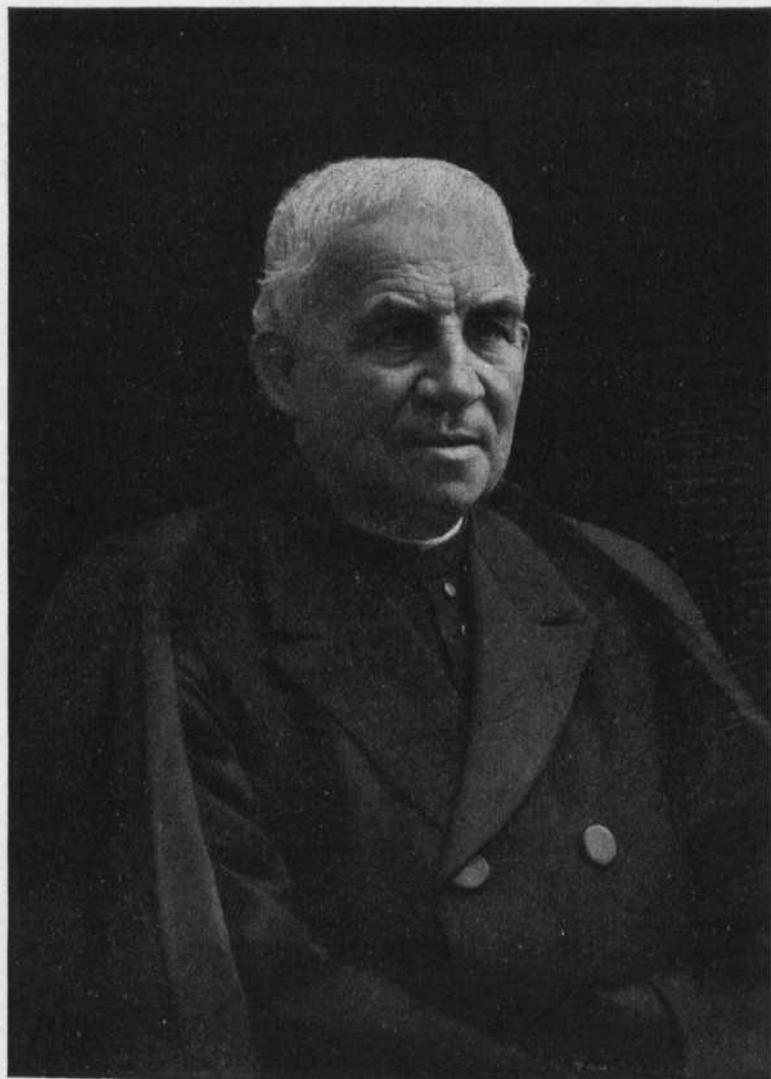
811

—————  
CON CENSURA ECLESIASTICA.  
—————

TIP. LIT. PAULINO V. TRAVESET  
MESONES, 52 GRANADA

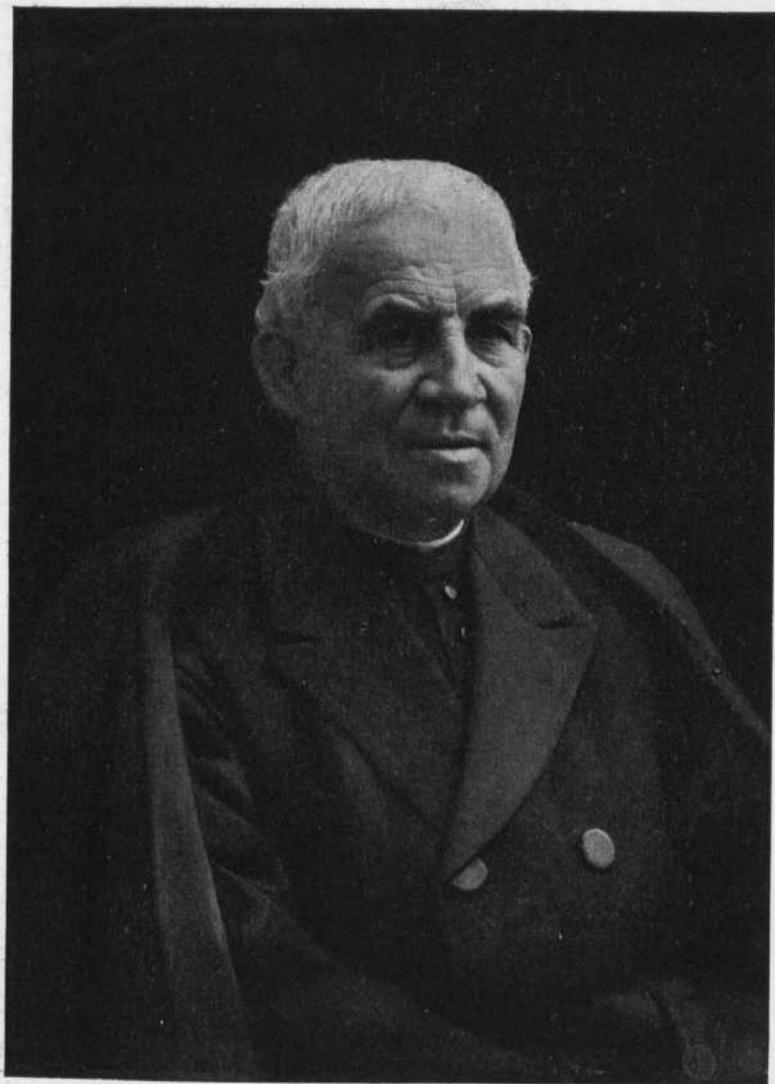
+ 1399992

ES PROPIEDAD



El venerable Fundador de las Escuelas del Ave-María





El venerable Fundador de las Escuelas del Ave-María



## PRÓLOGO

10/11/1911

A raíz de la muerte de nuestro venerable D. Andrés, eran tantos los que pedían antecedentes y datos de su vida, que no era posible satisfacer sus deseos de momento. y me decidí a redactar unos "Apuntes biográficos", de los que se hizo una numerosa edición, quedando agotada en pocos meses.

España entera se conmovió con su muerte y tenía hambre de conocer los pormenores de la vida de este Maestro singular, al que todos veneraban como a sabio y como a santo; y no solamente deseaba conocer sus virtudes, que fueron extraordinarias, sino saborear sus obras, en las que resplandece su pensamiento pedagógico, que no es otro que formar hombres completos para bien de la Religión y de la Patria.

Hoy presentamos al público amante de D. Andrés y sus beneméritas Escuelas del Ave-María esta "Vida", exenta del ropaje literario, y sin otro mérito que la sencillez del lenguaje y la recta y noble intención de dar gloria a Dios, exponiendo las virtudes y obras vivas de D. Andrés, de muchas conocidas y de no pocos admiradas.

¡Quiera Dios que su lectura sea causa de muchos bienes, y que los nombres de D. Andrés y sus Escuelas del Ave-Maria inunden el mundo y sirvan para salvar almas, familias y pueblos!

Sírvanos esta "Vida" de ejemplo y acicate para hacer el bien con la constancia, serenidad y sacrificio con que le hizo D. Andrés Manjón, cuyas virtudes y santas obras brillan en el firmamento de nuestra querida Patria con resplandores de luz inextinguible.

Ruego a quien esta "Vida" leyere que se encomiende a don Andrés en sus necesidades y pida a Dios, dador de todo bien, por las Escuelas que fundó, por las personas que en ellas trabajan, y por mí, que soy el más necesitado.



VIDA DE FORMACIÓN



## I

### NACIMIENTO DEL NIÑO ANDRÉS MANJÓN

En la parte más septentrional de la Provincia de Burgos, en una alta planicie de la Cordillera Cantabro-Astúrica y en el punto mismo en donde nace la Ibérica, existen unas cuantas aldeas o pueblecitos, que en conjunto forman el distrito de la Lora; son pueblos de montaña, y de montaña pelada, árida, pedregosa y pobre; páramo ingrato, monótono y frío, animado de vez en cuando por berezales (o brezales) y alguna que otra hoya, en la que se crían trigo y cebada, legumbres y patatas.

Esos pueblecitos vivieron siempre en estrechez y pobreza, aunque nunca en la miseria, y supieron guardar con fidelidad las rancias y cristianas costumbres que heredaron de sus padres; podíamos afirmar con propiedad que el lema de los lorriegos era y es éste: "Religión y trabajo"; rezan y trabajan, llenan los templos y cultivan sus campos, alaban a Dios y se comen *el pan sudado*, que en frase gráfica de nuestro D. Andrés, es el más sabroso y el que mejor se digiere.

La *capital* de la Lora es Sargentos, aldea con pujos y aspiraciones de villa y la que tiene mayor número de

habitantes (unos *sesenta vecinos*), con amplia y artística Iglesia, higiénicos y hermosos Colegios, y hoy centro importante de exportación y riqueza por las ricas y sabrosas patatas que allí se crían.

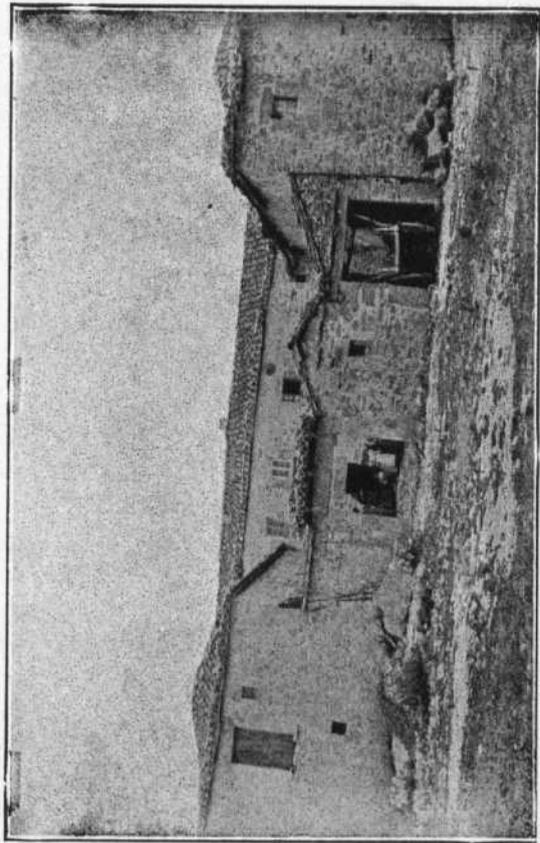
En este pueblo de la montaña, último de la Provincia de Burgos y limítrofe a la de Santander, vivía en paz y en gracia de Dios un matrimonio, cristiano a la antigua usanza, trabajadores incansables y atentos únicamente a cultivar sus tierras, educar a sus hijos en el santo temor y amor de Dios y dedicarlos a la árdua empresa de hacer una casa en la que reinaran el contento, la tranquilidad de conciencia y las sanas costumbres de nuestros mayores.

Ese matrimonio afortunado fué D. Lino Manjón y Manjón y Doña Sebastiana Manjón y Puente, labradores ni ricos ni pobres, sencillos y sanos de cuerpo y alma.

Dicen que los Manjones tienen su escudo y títulos de nobleza, pero esta pareja tan cristiana y laboriosa no quería tener otro título mejor y más estimable que el trabajo y la virtud; e hicieron y discurrieron muy bien, porque sangre noble sin virtudes, de nada sirve; nobleza de pergaminos manchada con el borrón de la holganza y el pecado, más es deshonor y bochorno, que honra y gloria.

El primogénito de este santo matrimonio fué el niño Andrés Manjón y Manjón, naciendo como Jesucristo y S. Francisco, EN UN ESTABLO y mostrando ya en su nacimiento que venía al mundo para realizar algo grande, como algunas veces predijo su santa progenitora.

Sus hermanos fueron: Marta, María, Justa y Julián, todos buenos a carta cabal y dignos hijos de tan cristianos padres. Justa se distinguía por su piedad y desde muy pequeña se sintió inclinada a la vida religiosa, sintiendo y oyendo la voz de Dios hasta recluirse llena



Casa en que nació Don Andrés Manjón



de gozo en el Convento de Santa Clara (Burgos) en el que vive santamente, edificando siempre y dirigiendo a veces a aquella observante Comunidad franciscana.

Los demás hermanos contrajeron matrimonio, fueron modelos acabados de virtudes y murieron en la paz del Señor, llorados de propios y extraños.

Su santa madre ¡*la señora Sebastiana!* veía en su niño algo raro, y como era una santa en la tierra, le parecía ver que aquel su primer hijo llegaría algún día a ser Sacerdote, y que, nacido en un pesebre, acaso, acaso se distinguiría extraordinariamente por su humildad; ella procurará criarle con todo esmero y sembrará en su tierno corazón la semilla de las virtudes cristianas.

Digan lo que quieran los pedagogos, la madre es la primera educadora, porque ella forma el corazón de sus hijos, ella tiene el secreto de comunicar ideas y sentimientos y nadie como ella sabe y conoce mejor los resortes que ha de tocar para guiar y encauzar esa planta delicada y tierna del niño que ella engendró, cría y educa. Y si esa madre se llama la *señora Sebastiana*, excusado es decir qué educación tan cristiana y esmerada recibiría el pequeño sargentino Andrés Manjón.

Era una madre modelo, una mujer extraordinaria, y por eso merece párrafo aparte, y se lo dedicaremos en lugar oportuno; aquí sí que cuadra perfectamente aquel adagio castellano “de tal palo tal astilla”; de madre tan santa y buena, había de salir un hijo que reflejara las virtudes que brillaban en esta mujer sencilla y grande ante los ojos de Dios, y humilde, laboriosa y discreta ante sus convecinos y conocidos.

Nació el niño el 30 de noviembre del año 1846, alegrándose los padres y parientes con grande gozo de que el primogénito fuera un varón y de que viera la luz del mundo en el día de un Apóstol; que su nombre sea

el de Andrés, dijo la señora Sebastiana, para que, teniendo siempre ante sus ojos las virtudes del Santo Apóstol, sea este niño otro Apóstol, que predique, enseñe y salve las almas con la palabra y con el ejemplo.

Y Andrés fué su nombre, bautizándosele al día siguiente de su nacimiento en la Parroquia de Sargentés, en la que obran la partida y otros curiosos antecedentes.

## II

### LOS PRIMEROS EDUCADORES DE DON ANDRÉS

Además de su santa madre, que poco a poco iba infiltrando en el tierno corazón del hijo los sentimientos de las virtudes cristianas, Dios permitió en su amorosa providencia que compartiera con ella las tareas de la formación intelectual y moral del niño, un tío suyo, que era a la sazón Párroco de Sargentés, recto, sencillo, temeroso de Dios y locamente enamorado del sobrino, en quien él cifraba las más halagüeñas esperanzas.

D. Domingo Manjón, que este es el nombre del primer educador de nuestro D. Andrés, era alto, alegre, comunicativo, lleno de caridad, todo amor y bondad hacia sus feligreses, y aún con los extraños, y un fidelísimo cumplidor de sus deberes y obligaciones de Sacerdote.

“¡Cualquiera sabe, solía decir D. Domingo, hasta donde puede llegar este niño!; todo depende de la educación que ahora le demos; si los principios son buenos, todo irá bien, pero si empezamos mal, perderemos tiempo, paciencia y dinero; a educarle, pues, y después que Dios nos ayude e indique lo que hemos de hacer con este sobrinito”.

D. Domingo era un Maestro que no dejaba pasar una ocasión para educar a su sobrino; consejos, advertencias, amenazas, recompensas a granel; doctrina sana entremezclada con juegos y caricias; y un afán loco por hacer del niño *un sabio*, ya que algún día había de honrar a Sargentés, era la Pedagogía del bueno de D. Domingo; apenas sabía andar, y ya quería el tío que ayudara a Misa; aún ceceaba las palabras y casi no hablaba, y ya pretendía que cantara la Epístola en la Misa Mayor; el amor y el entusiasmo, los sueños e ilusiones santas que se forjaba respecto al sobrino, le hacían exajerar la nota de pedagogo, y le llevaban más allá de lo que debía.

Muy cerca de Sargentés hay un pueblecito de 16 vecinos llamado Ayoluengo, por tener un hermoso monte de hayas, respetadas y conservadas con diligente esmero, a pesar de la criminal manía que existe en nuestra Patria de talar bosques seculares y cortar árboles, sin otra razón que el propio interés o un capricho pueril, dignos de ejemplar y severo castigo.

Y si en Sargentés dirigía su PUSILLUS GREX nuestro venerable D. Domingo, en Ayoluengo estaba de Párroco el no menos venerable y venerado D. Cipriano Hidalgo, cuyas virtudes eran de todos admiradas; tenía consigo a un hermanito de pocos años, y también soñaba en hacerle Magistrado del Tribunal Supremo, *por lo menos*; este niño (Donato Hidalgo) era listo, de agudo ingenio, bien inclinado al estudio y naturalmente laborioso.

Estos dos venerables Sacerdotes tenían un alma angelical, eran dos niños por su sencillez y todo lo medían y discutían con el rasero y candor de la inocencia. Había entre los dos un inocente pugilato sobre cual de los dos niños brillaría más en la sociedad.

“Mi sobrino, decía D. Domingo, será Sacerdote,

Canónigo y acaso un sabio Prelado de la Iglesia; al fin y a la postre, de esta madera son todos”.

—“Pues el mío, replicaba D. Cipriano, irá por distinto camino; deseo que estudie la carrera de Abogado, y no lo dudes, mi hermano será Juez, Magistrado, tal vez Ministro... ¿No ves que frente, qué mirada tan penetrante, qué forma y porte tan distinguido?”

Y con tanto calor discutían los dos venerables amigos, y tal colorido daban a sus palabras, que a veces se agriaba la discusión, pareciéndoles una realidad, lo que sólo eran sueños e ilusiones inocentes.

¡Quién lo dijera!; aquellos dos humildes Párrocos de aldea acertaron en sus predicciones, y lo que creyeron una exageración, hija del afecto y de la sangre, llegó a ser un hecho consolador.

Donato Hidalgo estudió brillantemente la Carrera de Derecho y fué Juez, Magistrado y al fin Presidente de la Audiencia de Granada, muriendo en mis brazos el año 1897, dejando una estela de virtudes, que honrará durante largo tiempo a la Magistratura.

El niño Andrés Manjón estudió con lucimiento Teología y Derecho, obtuvo mediante reñidas oposiciones una Cátedra de Universidad y una Canongía en el Sacro-Monte de Granada, coronándose de gloria, al fundar las beneméritas Escuelas del Ave-María.

D. Domingo vió a su sobrino en las alturas, vistiendo la toga de Catedrático y el traje coral de Canónigo; le vió agrupando junto a sí a miles de niños pobres, a quienes educó y enseñó como un Apóstol; le vió honrado de ricos y de pobres y traído y llevado su nombre en alas de la fama, aclamándole como al primer pedagogo de estos tiempos, y como al Apóstol de la niñez desvalida; al verle tan lleno de merecimientos, adquiridos en el crisol del sacrificio y del trabajo, gozó cual

pocos hombres, alabando a Dios por sus misericordias y bondades infinitas.

D. Cipriano murió antes de ver a su hermano “con la toga del Magistrado y la severa autoridad de todo un Presidente de la Audiencia granadina”.

D. Andrés y D. Donato se quisieron siempre como hermanos, y jamás olvidará el que esto escribe aquella emocionante escena en la que los dos amigos se abrazaron, después de administrar el primero al segundo los últimos Sacramentos y despedirse “HASTA LUEGO”.

¿Quién había de pensar que aquellos dos paisanos, amigos y compañeros habían de terminar su vida en Granada, e ir como de la mano por los senderos de la inmortalidad y de la gloria?

¿Quién pudo jamás sospechar que de aquellas pobrísimas aldeas de Cantabria habían de salir estas dos lumbreras, singularmente nuestro D. Andrés, para brillar en el mundo de las letras y asombrar al mundo desde los pintorescos Cármenes granadinos?

¡Cuán ocultos son los designios del Altísimo!

\* \* \*

Había y hay en Sargentos una mal llamada Escuela Nacional, establecida en un local inmundo, con una ventana tan pequeña que apenas entraba la luz, el suelo era de tierra apisonada, húmedo y sucio, el material escolar se reducía a unas cuantas bancas, una pizarra, una PALMETA y en el frontispicio un Santo Cristo presidiendo aquella sala de *cultura nacional*.

En el año 1851 y siguientes dirigía aquella Escuela el Maestro D. Francisco Campos, que era un hombre de bien, fiel cumplidor de su deber, al par que terror de los niños, los cuales le temían como se teme a un cabo cuartelero.

Entre los muchos originales de D. Andrés he en-

contrado uno, que viene como anillo al dedo en lo que a su biografía se refiere, ya que él mismo se dibuja y pinta de mano maestra, si bien el lector debe suprimir aquellos adjetivos y frases despectivas que salen de su pluma, efecto de su profunda humildad.

“

Estaba la Escuela donde hoy está, pero con menos luz y mayor pobreza que la que aún tiene.

De Maestro teníamos a D. Francisco Campos, natural de Rocamundo, hombre alto y huesoso, sin carrera, muy amigo de dar *palmetazos* y *corridos* con las disciplinas, por lo cual le temíamos como se teme a un verdugo.

Con tal Maestro y tal local, donde se mascaba el polvo y el aire, no es de extrañar que rehusáramos ir a la Escuela, como se rehusan el veneno y la cárcel.

Por lo menos, yo confieso mi culpa, aborrecía la Escuela y temía al Maestro, y cuando podía, me libraba de los dos escondiéndome.

Donde se ha levantado este Colegio para niños (que él construyó y es hermosísimo) había una *cachapera* ruinosa y mal tejada, con dos viejos carros, bajo de cuyas cañas yo me ocultaba, saliendo a la hora de ir a casa, como si hubiera asistido a la Escuela.

Mis padres (q. e. p. d.) se enteraron, y mediante una tunda de ellos y otra de Campos, el enérgico Maestro, opté por volver a la Escuela, como quien opta entre la cárcel y la horca, por el mal menor. Allí en aquella estrecha, baja, oscura y polvorienta cárcel, titulada hoy Escuela Nacional, aprendí a mal leer, escribir, contar y la Doctrina Cristiana; pero todo mal y rutinariamente, sin desarrollo de facultades ni ejercicios de composición y discurso: *maquinalmente*.

Para darme un barniz de *Escuela superior*, me llevaron por seis meses a la Escuela de Sedano (pueblo

próximo de 150 vecinos), donde viví con D. Gabriel Campo en casa de su tío Bonifacio, y aprovechamos más en el arte de buscar caracoles, cantueso, salavia y otras yerbas, en cazar pájaros y coger cerezas, que en el arte de leer y escribir”.

No es pues de extrañar que nuestro inocente alumno y futuro pedagogo protestara *con hechos* de tal Escuela y de tales Maestros; muchas veces en su vida refirió estos sus primeros principios, lamentando que la niñez en general caiga en manos inexpertas y se hacine en locales insanos, que más parecen cárceles que Escuelas o casas de educación; podemos afirmar que en esa lóbrega Escuela de Sargentos y en la dureza de carácter del Maestro Campos nació el pensamiento de fundar Escuelas alegres, en el campo, con aire y sol en abundancia y dirigidas por Profesores sin palmeta y con verdadera vocación de educadores.

No quería Escuela y suspiraba por el campo; sentía repugnancia hacia las letras, porque junto al libro veía siempre la palmeta y estaba vigente aquel célebre y temible adagio “la letra con sangre entra”.

—Madre, decía el atemorizado niño, yo no quiero ir a la Escuela; me gustan más *los jatos* (becerros) que los libros; déjeme que vaya al campo.

—No hijo mío, le replicaba su santa madre; hay que ir a la Escuela para que aprendas a leer y puedas algún día ser un sabio y santo Sacerdote”.

Y a la Escuela fué siempre con repugnancia, temiendo a los padres y al Maestro, por aquello de que a la fuerza ahorcan.

Mostró desde sus primeros años que aprendía con facilidad, que era una inteligencia aprovechable y que tenía razón su tío D. Domingo al suponer que aquel niño constituía una esperanza.

Crecía el niño en años, en conocimientos y en *virtudes*, que la madre le iba comunicando como ella sabía hacerlo, llegando a los 11 años “sabiendo cuanto en Sargentos podía aprenderse”, según el criterio del severo y temible Campos.

¿Qué hacer ahora con este sargentino?; el tío quería enviarle a estudiar latín a una Preceptoría, para ir poco a poco preparándole para ingresar en el Seminario de Burgos.

En el artículo siguiente referiremos sus primeros estudios y los desencantos sufridos pacientemente por el estudiante novel por culpa de los Maestros de segunda enseñanza, los cuales también estaban contagiados de la dureza e ignorancia pedagógicas de D. Francisco Campos.

### III

#### SUS ESTUDIOS DE LATINIDAD

Para fomentar las vocaciones eclesiásticas y dar más facilidades a los futuros seminaristas, existen en varios pueblos de la Provincia de Burgos, y en otras Diócesis españolas unas *Preceptorías* o Academias preparatorias, en las que se enseña únicamente Latín y Castellano.

El Párroco del pueblo suele ser de ordinario el preceptor, conocido de todos con el nombre de *DÓMINE*; como D. Francisco Campos, este preceptor o *Dómine* ha de ser duro de carácter, autoritario, siempre con cara de palo y raras veces comunicativo con sus escolares; el programa o estatuto de tales Preceptorías era

éste: orden, disciplina cuartelera, látigo y trabajo, es decir, la Escuela de Sargentos no corregida y sí aumentada en los procedimientos coercitivos.

Entre todas ellas tuvo fama durante muchos años la de Polientes, aldea con pujos de Capital, sita en el pintoresco Valle Redible, en medio de numerosos pueblecitos, frente a una montaña siempre verde, cuajada de robles y nogales, y regada por el caudaloso Río Ebro, que nace un poco más arriba, en Fontibre, Provincia de Santander.

Corría el año 1857 y el niño ya sabía leer, escribir y contar correctamente, *hasta cantaba la Epístola* en la Misa Parroquial con orgullo y satisfacción de su tío D. Domingo.

Tenía un claro entendimiento, aprendía fácilmente, aunque *a la fuerza*, cuanto le enseñaba su Maestro y en poco tiempo adquirió los conocimientos de la primera enseñanza, pero de un modo rutinario y sin el estímulo y gusto de una Pedagogía racional o según la condición y naturaleza del educando.

Su tío, una vez aprendidas las cosas que en Sargentos se podían enseñar, le entretuvo durante algunos meses en diversas Preceptorías, con el fin de perfeccionar y completar lo aprendido, y así prepararse para ir a Polientes, que era por entonces el *summum* o *Somo* o Capitolio de todas las Preceptorías.

El mismo D. Andrés, recordando humorísticamente sus primeros estudios, dice lo siguiente:

“Con este menguado bagaje literario (con el de la Escuela de su pueblo), me enviaron a Barrio Panizares a estudiar Latín con D. Marcos Hungo, Párroco nuevo de aquel pueblo, donde pescábamos truchas y cangrejos, manzanas y huevos, a la vez que declinaciones y conjugaciones de la Lengua Latina.

Tenía yo entonces 11 años. Trasladaron por concur-

so a Cortes, junto a Burgos a D. Marcos y con él me llevaron hasta que vino a Polientes D. Liborio Ruiz, con el cual mi tío D. Domingo (q. g. h.) había estudiado también el Nebrija.

En Polientes estudié durante tres años sin entender al principio lo que estudiaba, aunque al fin me dijeron que nada me restaba que aprender en aquella Preceptoría.

Lo mismo D. Marcos que D. Liborio tenían por sistema castigar y meter la ciencia en fuerza de repeticiones y con el auxilio del palo, pareciéndose en esto al terrible Campos, mi primer Maestro; sacando yo la conclusión de que para ser Maestro lo primero que se necesita es reñir y pegar y poner mala cara”.

Tanto D. Domingo como los padres del niño querían que éste fuera educado y viviera en pobreza y sin visos ni aspiraciones de señorito “porque la vanidad siempre es mala y no hay peor plaga social que los señoritos de pueblo” (palabras de D. Domingo).

Había llegado la hora de dejar la oscura e insana *Escuela Nacional* para ingresar en el primer Centro docente de todos aquellos contornos, que era Polientes.

El niño tenía que preparar sus voluminosos libros de latinidad, vestir el burdo y áspero traje del país, con cierto aire de intelectual o estudiante superior, y disponer con su familia la célebre *carraca*, o viandas en crudo que habían de cocerse y ser su alimento en la célebre Preceptoría; ninguno de estos preparativos le entusiasmaba; los libros le repelían y sentía hacia ellos una manifiesta aversión; sólo estaba en su centro, cuando oía el campanilleo *de los jatos* o respiraba a todo pulmón el aire oxigenado de la Lora.

Andaba preocupado y temía con fundamento una segunda edición de la Escuela de Sargentos en la Preceptoría de la *villa* o *capital* de Polientes.

El venerable tío D. Domingo era el único que se mostraba orgulloso y satisfecho con su sobrino, cuyas buenas prendas conocía y en quien veía él una esperanza y una gloria del país. “Nada, nada, exclamaba, a Polientes, a hacerte un hombre, que mañana te alegrarás”.

El curso empezaba a primeros de octubre, pero por dar algún rato de solaz y distracción al *pobre latinista*, quiso tenerlo consigo para la función principal del pueblo, que era la Virgen del Rosario. Con este motivo había en Sargentos gran función religiosa y profana con tamboril y gaita, que es la música típica del país; concurrían a ella muchos lorriegos y aún *vallucos* de los pueblos limítrofes para divertirse honestamente, mostrando sus *habilidades* de jugadores de barra y bolos, y sobre todo para lucir *su fachenda* con traje nuevo y camisa planchada; asistían varios Sacerdotes *con manteo*, algún que otro señorito de pueblo, riquillos del país, parientes y convidados.

D. Domingo organizó la fiesta con todo el primor y delicadeza que supo y pudo, y no escatimó medios para que resultara con todo el esplendor posible.

Campanas y campanillos volteaban alegremente; el tamboril y gaita despertó muy de mañana a los sencillos y cristianos hijos de Sargentos; el bullicio y algazara se manifestaba por todos los rincones del pueblo, y muy pronto acudieron todos con trajes domingueros al hermoso Templo Parroquial.

Celebraba D. Domingo, asistido del ya conocido don Cipriano y de D. Gregorio Fernández, Párroco de mi pueblo y célebre por muchos conceptos que no son del caso referir; se cantó por los mozos la Misa *de los días solemnes* y entonó la Epístola el niño de 11 años, Andrés Manjón, porque así lo había ordenado D. Domin-

go, su tío; la cantó muy bien, ¡como que hizo llorar al celebrante! y no se mostró insensible D. Cipriano.

Fué un día de ruido y algazara para todos y todos se divirtieron honestamente, menos nuestro latinista en ciernes, el cual sentía pena de dejar su casa, amigos y los áridos campos de la Lora para ir al día siguiente a Polientes a entendedérselas con el Polo y el Nebrija.

Y no había otro remedio: lo mandaban sus padres, lo exigía su tío y lo recomendaba eficazísimamente don Francisco Campos, su primer Maestro.

A Polientes fué sin querer a estudiar Latín en octubre del año 1857, con D. Liborio Ruiz y allí empezó su segundo Calvario pacientemente sufrido y sobrellevado durante tres años, no sin protestas por parte suya y con visibles muestras de mal humor.

Y viendo que a la fuerza ahorcan, a la fuerza estudiaba y aprendió Latín con más aprovechamiento que los 21 alumnos que asistían con él a aquellas lecciones de Latinidad.

Era jovial y ocurrente con sus compañeros, naturalmente piadoso, satírico con sátira delicada y graciosa, y claro de entendimiento y vivo de imaginación, en poco tiempo se hizo el caporal o jefe de aquella *no ilustre* asamblea estudiantil.

Con mucha frecuencia era visitado de sus padres y su tío, quienes le animaban a trabajar con brío para algún día recoger el fruto y descansar; pero él *siempre* protestaba de aquella dureza pedagógica, de aquellos libros que le hacían sudar y de la falta de vocación para las letras; “Dios no me quiere para estudiante, decía, he nacido para el campo y ese será mi fin”.

Al fin cobró alguna afición, y después de muchos disgustos y sinsabores, el *Dómine* D. Liborio conceptuó al sargentino como un consumado latinista, diciendo a su buen amigo D. Domingo que el sobrino estaba

*perfectamente* preparado para ingresar en el Seminario.

El mismo escribió: “Recuerdo que al despedirme de la Preceptoría de Polientes y trepar hasta el *Somo* (altura que domina el Valle Redible y en donde empieza la Lora) tendí sobre mis compañeros de Polientes una mirada de compasión, y volviendo la vista hacia Burgos, adonde iba a examinarme, me dije con petulante vanidad:

¿Qué me podrán preguntar en Burgos que yo no haya aprendido en Polientes?

Es de advertir que era corriente el oír a los latinos de mi Preceptoría que un gramático de Polientes se podía presentar en todas partes con la visera alzada, sin temor a nadie”.

Como Dios quería a este latino y novel estudiante para ser el Apóstol de la enseñanza en estos últimos tiempos de vanidad y petulancia pedagógica, poco a poco va trocando su inteligencia y voluntad para llevarle por los escondidos caminos de su Divina Providencia hasta conseguir sus fines y satisfacer sus anhelos.

El muchacho no quería estudiar; Dios en cambio quería todo lo contrario.

El suspiraba por el campo y la familia; Dios le había de preparar otro campo bien distinto para cultivarle con diligente esmero y cuidado, y otra familia más numerosa y necesitada que la suya.

El se consideraba inepto para el estudio y Dios se valió de su *ineptitud* para enseñar y educar y para ganar almas y corazones.

Por esto alguien ha dicho que “el hombre es un esclavo de la Providencia”; y dijo bien.

Terminados sus estudios de Latín, según hemos visto, y con sus 14 años mal cumplidos, llegó la hora de ir

al Seminario con gran contento de su madre, que le quería SÓLO PARA DIOS, y con alguna preocupación por parte suya, como apreciaremos en el capítulo siguiente.

## IV

### LAS DESILUSIONES CIENTÍFICAS DE DON ANDRÉS

Hicieron creer al muchacho que sabía Latín y de aquí aquella exclamación lanzada despectivamente desde el *Somo* ¿qué me podrían preguntar en Burgos que yo no haya aprendido en Polientes?... y dispusieron el viaje hacia la Capital, yendo padres e hijo sumamente satisfechos, aquéllos porque confiaban en el brillante porvenir de su Andrés, y éste, porque se consideraba un pozo de ciencia y un Gramático consumado.

Es tan interesante el relato que él mismo hizo de este viaje, que lo transcribo íntegro sin quitar ni poner nada.

“Llegué pues a Burgos y en un Colegio titulado de S. Carlos a cargo de los PP. Jesuitas, me examinaron de Latín, y me dijeron que necesitaba cursar un año de *perfección*. ¡Qué desencanto fué el mío! Y más cuando añadieron que si sabía algo de Retórica, Poética, Geografía, Historia, Griego y no sé que más cosas, de las cuales ni había oído hablar...

En un año pretendieron aquellos santos Padres darme un barniz de todas estas Asignaturas, que, claro es, no pude digerir, más una mano de asperón y garlopa para suavizarme, lo cual no consiguieron, sino muy imperfectamente.

Al ver que el P. Doncel, mi Maestro en varias cosas, se reía, bromeaba y aún jugaba con sus alumnos, aprendí que hay dos clases de caras de Maestros, las de palo y las de pascua.

También recuerdo que mi tío el Cura (a quien debo lo que soy) me llevó a casa de D. José Real, Arcipreste y Cura que había sido de Tablada del Rudrón, y por entonces Párroco de Santiago en la Catedral de Burgos.

Vanidoso el tío por el saber de su sobrino, me invitó a que leyera ante aquel anciano señor y una sobrina suya, que hacía de ama. Leí, y el Cura y la sobrina me dijeron que tenía el sonsonete de la aldea, y que si *bien cortaba a derecho*, no siempre acertaba a leer lo escrito...

¡Otro desencanto para mí y mi pobre tío! Algo contrariado éste, observó que yo era el mejor lector de Sargentos y que todos mis Maestros me ponderaban...

—Sí, sí, repuso el ama, para Sargentos, para una aldea no lee del todo mal.

Y yo dije para mí: ¿cómo se leerá en las Ciudades? Después he aprendido que ni en la Ciudad ni en las aldeas abundan los Maestros que enseñan a leer y son raros los lectores que saben dar vida y expresión a lo escrito.

Y si en leer *sobresalía* sin saber, ¿a qué se reducían mis conocimientos en escritura sin forma caligráfica y sin ortografía, en Aritmética reducida a ejecutar con tardanza y equivocaciones las cuatro operaciones de sumar, restar, multiplicar y dividir números enteros sin jamás haberme hablado de decimales y sistema métrico, y de la Doctrina del P. Astete, que repetía como un fonógrafo?...

En suma, aquella exclamación del Somo: ¿qué podrán preguntarme que yo no sepa?, se convirtió en esta,

que es su contraria: ¿qué me podrán preguntar que yo no ignore?...

Sobre esta base de mi ignorancia e incultivo, había que levantar el edificio de la Filosofía, Teología y el Derecho, y si mi Escuela fué defectuosa, defectuosos fueron todos mis estudios, que me costaron mucho trabajo y bastantes apuros y vergüenzas; pues por donde quiera que iba, notaba mi falta de Escuela, falta que nadie suplió y que duró casi lo que mi vida, pues sólo ante la necesidad de enseñar, he suplido en parte los huecos que dejara en mí la Escuela primaria”.

Como Dios Nuestro Señor escribe siempre derecho con renglones torcidos, se vale de esta defectuosa formación literaria de D. Andrés y de su mismo desencantos y disilusiones, cuando trató con personas de reconocida competencia, para irle guiando misteriosamente por la senda de la vocación a la enseñanza y poniendo en su tierno corazón y clara inteligencia los nobilísimos deseos de mejorarla y cristianizarla, cuando pudiera.

El candor de los pocos años, el espíritu de observación que tuvo desde la niñez, la repugnancia que sentía a la Escuela insana y antipedagógica, los primeros estudios entremezclados con las travesuras propias de la edad, aquella dureza y trato casi cruel que sufrió en los primeros días de su aprendizaje, todo esto lo guardó en su corazón, y ya formado intelectual y moralmente, le valió para hacer una Escuela que fuera el reverso de la en que él se educó, una Escuela alegre, española, cristiana, entre árboles y flores, en pleno campo, y tan atractiva y simpática, que el niño asistiera a ella, cual si fuera su misma casa.

Leamos sus mismas palabras y veremos en ellas cómo todo esto le sirvió de causa remota para fundar sus hermosísimas Escuelas del Ave-María.

“Cuando, no por mis méritos, sino por los planes mi-

sericordiosos de Dios, me ví en la cumbre o *Somo* de dos Cátedras, una de Universidad y la otra de Seminario, tendí una mirada sobre el camino recorrido y los atasques y lagunas que en él había encontrado, reflexioné y me dije: ¿Pasarán los demás lo que yo he pasado? ¿sufrirán las consecuencias de una menguada enseñanza primaria que yo he sufrido? La respuesta en general, fué por desgracia afirmativa; los males de la ignorancia e incultura, que son dos grandes males de la Patria, radican en los defectos de que adolece la Escuela primaria.

Y a este pensamiento obedecen las Escuelas del Ave-María; no quiero que pasen otros lo que yo pasé por faltarme una buena Escuela; deseo que las inteligencias y voluntades de los españoles (que valen tanto como los de cualquier otra Nación) no se achiquen y empequeñezcan por falta de preparación y desarrollo, o lo que es igual, por falta de una buena educación.

Aspiro a que la Escuela sea la directora, norte y guía del hombre, o como hoy se dice, la Maestra de la vida.

¿Para ello se necesitan Maestros?... pues se hacen. ¿Se necesitan locales?... pues se construyen. ¿Se necesita dotar de campo e higiene, flores y canto, instrumentos y alegría a estas Escuelas?... pues se les dá. ¿Se necesita un procedimiento infantil o adaptado a la edad, gusto y necesidades del niño?... pues se inventa y adopta. ¿Se necesitan gráficos e instrumentos que hagan sensible la instrucción?... se hacen y compran.

Y con Maestros, Escuelas y campo, menaje y procedimientos apropiados a los niños, queriendo el Magisterio trabajar, la Escuela podrá llegar al ideal de la perfección o aproximarse a él por grados, que consiste en poner los hilos para hacer hombres cabales.

Así pues, los Párrocos nos tendrán por sus auxiliares para ayudarles a formar buenos cristianos; los padres para hacer buenos hijos, las Autoridades, buenos

ciudadanos; la Humanidad, buenos hombres y la civilización hombres dignos de su época y Nación, capaces de promover el bien de todos desde los diferentes puntos a que los eleven sus virtudes y cultura.

El saber y la virtud valen para todo y todo lo consiguen en el suelo y en el cielo”.

Hasta aquí son palabras de D. Andrés.

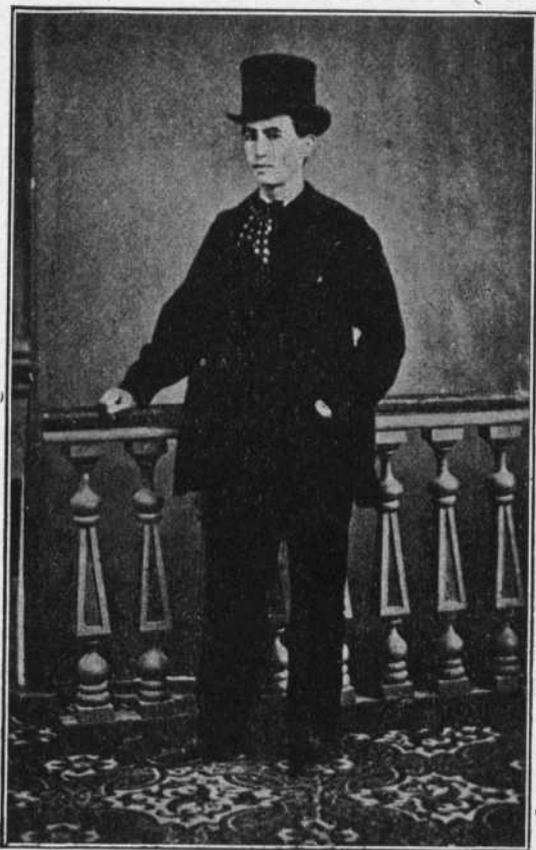
Muchas veces refirió estos sus primeros principios, y siempre le perseguía el pensamiento de organizar Escuelas “para que no pasen los demás lo que yo he pasado por falta de una buena educación”, pensamiento que consiguió ver realizado, como más adelante veremos en el transcurso de esta “Vida”.

## V

### SU VIDA DE SEMINARIO

Ya tenemos en la Capital a nuestro humilde y más tarde ilustre sargentino; ya no era aquel enemigo de los libros y la Escuela, sino el estudiante desengañado que quiere remediar los daños de una mala educación; ya no es el *sabihondo* latino de Polientes, sino el joven que desea estudiar en firme para saber de verdad; ahora es una esperanza, porque ha cobrado afición al estudio; el desencanto sufrido por su ignorancia, el trato cariñoso y agradable del P. Doncel, el ver a otros jovencitos que sabían, porque estudiaron y el nuevo horizonte que tenía a la vista, le hicieron rectificar su modo de proceder y se decidió a formarse bien, siquiera fuera para compararse y medirse con sus nuevos compañeros.

Su tío D. Domingo pasó un verdadero Calvario, al



El seminarista Andrés Manjón, a los 17 años



encontrarse con que su sobrino sólo sabía mal leer, un poco de Latín *et nihil amplius*; ¿tanto sacrificio para nada?; ¿tantas amarguras pasadas para tener este resultado? Consultó el caso con personas serias y le aconsejaron dejara al sobrino durante un curso por lo menos con los PP. Jesuitas a fin de que estos buenos Padres le prepararan para ingresar en el Seminario de S. Jerónimo y empezar los estudios de Filosofía en aquel acreditado establecimiento.

Así se hizo y el niño pasó el curso 1860 con los PP. de la Compañía bajo la dirección inmediata del P. Doncel; aquí empezó a estudiar y aquí demostró que era un corazón naturalmente inclinado a la piedad y una inteligencia de primera fuerza.

Era, según expresión del P. Doncel, “madera aprovechable para labrar en ella virtudes y letras”.

Se acordaba de la Escuela dura de Sargentos, del carácter duro y seco de sus Maestros, y al compararlos con este nuevo que Dios le había deparado, sentía pena por los sufrimientos pasados y santa alegría y emulación, en medio de amigos y compañeros que estudian y rezan sin miedo a nadie. “El Padre posee el secreto de ganar a sus alumnos y nosotros le admiramos y queremos con delirio”.

Pasado aquel año de *noviciado*, y por consejo del P. Doncel, era llegada la hora de ingresar en el Seminario y empezar seriamente sus estudios.

Ni los padres ni el tío de nuestro joven seminarista podían costear una pensión, aunque fuera módica, en aquella Casa de educación, y no había más dilema que, o volver al pueblo y allí trabajar como uno de tantos labradores, o buscar una posada modesta y asistir al Seminario como alumno externo; prevaleció esto último y al fin pudo encontrar una cristiana familia que vivía en la calle Alta; el jefe de esa familia era un

tal Tiburcio Manzano, de quien muchas veces recibió nuestro seminarista consejos, advertencias e indicaciones provechosas.

Se examinó de ingreso al empezar el curso de 1861 a 1862, y el Rector del Seminario D. Manuel Martínez Sanz, observó en el niño una discreción y aplomo, que tuvo muy en cuenta en años sucesivos.

Diariamente y sin faltar un solo día, se veía al filósofo novel con sus libros bajo el brazo, con aire pueblerino y con espíritu de observación, cruzar las estrechas callejuelas que rodean a la esbelta y bellísima Catedral burgalesa para asistir a clase en el Seminario de S. Jerónimo; estudiaba con gusto, daba sus lecciones con aplomo, oía respetuosamente las explicaciones de sus Profesores y, emulado por sus compañeros, se esforzaba en ser el *primus inter equales*.

En aquel primer curso de su Carrera obtuvo las primeras calificaciones, y ya el apellido Manjón se pronunciaba con respeto entre Maestros y discípulos, no sólo por su formalidad y aplicación, sino por lo bien que discurría y enfocaba las cuestiones filosóficas.

¡Ahora sí que era una esperanza para D. Domingo!

En el primer verano de sus estudios volvió a Sargentes, y sus padres le ocupaban en las faenas agrícolas, no sólo para evitar la holganza, que es raíz y madre de todos los vicios, sino para quitar cualquier motivo de hinchazón o vanidad estudiantil.

—“Mira, hijo mío, le decía su santa madre, mira cuánto cuesta ganar el pan de cada día; aplícate, aplícate para que tu puedas evitar estos trabajos”.

Siempre fué muy humilde, desde pequeño, y no le molestaban ni herían su amor propio los trabajos manuales y la vida modesta en que vivía la familia; humildad y pobreza que observó hasta el fin de su vida, como más adelante diremos.

Al empezar el nuevo curso, regresó a la Ciudad para proseguir sus estudios en la misma casa y condiciones del año anterior; seguía siendo aplicado y trabajador, y no dejaba de frecuentar la provechosa visita del P. Doncel, el cual le iba informando en la piedad y virtudes que debe tener un buen seminarista.

Listo, aplicado, satírico y ocurrente, pronto se hizo de amigos, compañeros y admiradores, pero no amigos cualesquiera, sino de su misma condición y talento, los cuales le proclamaron *capitán* y jefe de la cuadrilla.

Hay una virtud *quejumbrosa*, seria, severa y los individuos que la adquieren, todo lo miden y ven con el prisma de la más dura gravedad; y hay otra alegre, simpática, atrayente, como la que tenía la sabia y santa castellana Teresa de Jesús y como la que tuvieron otros muchos Santos; los que tuvieron la dicha de poseerla, escalaron las cumbres de la perfección sin faltar en un ápice a la cristiana gravedad que Dios exige de todo hombre bautizado.

Nuestro D. Andrés era un castellano de carácter serio y grave por temperamento natural, pero sin él quererlo, manejaba la sátira como Maestro consumado y era ocurrente, gracioso, festivo y alegre sin exageración.

No entendían así la virtud en el Seminario y más se inclinaban sus directores a la *virtud seria*, que a la que produce en cuerpo y alma la santa alegría; preferían los seminaristas buenos y serios, a los buenos y bromistas; querían jóvenes que supieran amar a Dios hablando poco, más que a los ocurrentes, alegres y dicharacheros.

El seminarista Andrés Manjón necesitaba la honesta expansión, porque era comunicativo, y como tenía ingenio y talento no común, buscaba compañeros no mediocres, sino listos y de genio alegre como él.

No es pues de extrañar que trabara amistad íntima con cuatro jóvenes que fueron más tarde verdaderas lumbreras y honra y prez del Seminario burgalés; fueron éstos Salce Campos, hoy pundonoroso Coronel de Ingenieros y devotísimo cristiano; Saturnino Castresana, que fué después sapientísimo Teólogo de la Compañía de Jesús, explicando durante cuarenta años Teología en el Colegio que los Padres tiene en Oña; Luis Martín, que llegó a ser nada menos que General de la Compañía y Juan Antonio Lafuente, hoy obispo de Teruel.

Los cinco eran jóvenes de talento y de nobles y generosos impulsos, y más dados a la jovialidad y diversión honesta, que a la seriedad y misticismo de seminaristas observantes, según los querían sus Superiores; jamás se olvidaron de sus prácticas de piedad, aunque no quita lo cortés a lo valiente.

Esto no obstante, sus Maestros llegaron a temer por la vocación de *esta piña*; hubo advertencias, amenazas, castigos y hasta se aconsejó por alguno la expulsión de esos cinco alegres seminaristas, conceptuándolos incompatibles con la seriedad que debe tener todo seminarista; no pasó de la amenaza y los cinco prosiguieron sus estudios hasta que Dios Nuestro Señor dispuso de ellos según sus planes misericordiosos.

Nuestro D. Andrés fué proclamado jefe de *la piña*, él dirigía las discusiones, iniciaba y determinaba los lugares y ratos de solaz y todo marchaba en paz y en gracia de Dios, estudiando con aprovechamiento, formando sólidamente inteligencia y corazón y conducidos en todo momento como de la mano por la Divina Providencia, que ordena y dispone suavemente todas las cosas. “disponit omnia suaviter”.

Terminado el curso, vuelven todos a sus respectivos

hogares, y el nuestro a Sargentos para trabajar y sudar, y dar, sin él saberlo, el último adiós a su querido padre.

## VI

### MUERTE DE SU PADRE

Aquellos amigos se reunieron de nuevo al empezar el curso, y forman o renuevan el propósito de seguir estudiando con aprovechamiento, cumplir al pie de la letra el reglamento del Colegio, no abandonar en un ápice la vida espiritual, y mostrar a Profesores y compañeros que se puede ser buen seminarista sin dejar el buen humor.

*La piña* de los cinco es motivo de preocupación para muchos, porque son buenos estudiantes, acaso los mejores de su curso, originalísimos en sus conversaciones y siempre satíricos y ocurrentes.

Una mala noticia viene a turbar aquella paz y santa alegría en que vivían estos simpáticos compañeros; nuestro seminarista recibe una carta de la familia, en la que le dicen que su padre se encuentra gravemente enfermo, si bien con la advertencia de que él siga estudiando en Burgos “porque la enfermedad será larga y el enfermo de nada carece”. El buen humor desapareció como por encanto.

Fué siempre D. Andrés de un corazón muy tierno; se enternecía, al oír contar una desgracia; lloraba, al enterarse de la muerte de un amigo o conocido, y aun predicando o enseñando algunas verdades que llegaban al alma, tenía que callar, porque la emoción le impedía continuar su discurso.

¡Cuánto no sufriría, al saber el grave estado de su querido padre!

A los pocos días de recibir esta carta, su misma madre se presenta en Burgos para notificarle que su padre ha muerto.

Tenía entonces D. Andrés 17 años y era el único que medio podía dirigir su casa y hacienda; él se ofreció a dejarlo todo, libros, amigos y porvenir para ayudar a su madre y hermanos; pero ella no lo consintió.

Hé aquí como D. Andrés describe a su madre, cuando perdió a su amante esposo.

“Diecisiete años cumplía *el hijo mayor*, cuando ella quedó viuda; pero le tenía estudiando, y empuñó con decisión la rejada para que su hijo no dejara los libros; ya que yo sé arar y no leer, que aprenda él a leer y estudiar. Y dicho esto, montando en su rocín, salió de Sargentos de noche, sola, recién enterrado su marido, en invierno, y cruzando diez leguas de mal camino para decir en persona al hijo estudiante: “Tu padre ha muerto; encomiéndale a Dios y sigue estudiando, para que, cuando seas Sacerdote, le tengas presente todos los días en la Santa Misa, y a mí con él; ahora mira al cielo, que desde allí te ve tu padre; sé tan bueno y honrado como él”. Y llorando un rato con su hijo, pero sin abrazarle, volvió a su casa a cuidar de la demás familia, faltando poco para que muriera envuelta por la tormenta de nieve y ventisca que se levantó en aquellos desiertos y elevados páramos”.

Esta tristísima noticia y emocionante escena dejaron al estudiante sumamente desconsolado, y aunque sus simpáticos compañeros le prodigaron frases de consuelo y delicadas atenciones, él se mostraba inconsolable y sumamente preocupado; quería ir al pueblo para ayudar a su afligida madre, no tenía inconveniente en abandonar los estudios y perder su porvenir y lleno de preo-

cupaciones, no atendía las discretas indicaciones de sus compañeros, y se decidió al fin a marchar a Sargentés “porque lo primero es lo primero”.

Providencialmente vino a Burgos su tío D. Domingo y éste le consoló, animó y convenció a que prosiguiera sus estudios para bien suyo y de su familia.

Se nubló la alegría de sus compañeros durante varios meses y se trocó en piedad fervorosa convertida en sufragios no interrumpidos por el alma del Sr. Lino (q. e. g. e.)

Nuestro seminarista estudiaba con verdadero afán y soñaba con los exámenes para ir inmediatamente al pueblo con el fin de ayudar a su querida madre.

Estudió mucho y bien, terminó el año con las mejores calificaciones y pasó el verano en Sargentés trabajando, sudando y siendo el consuelo, ayuda y sostén de su madre y hermanos.

—¿Está bien, decía a su tío, que yo esté en Burgos hecho un señorito, mientras mi madre trabaja?

—Está bien, le contestó D. Domingo, porque Dios lo quiere así; yo estaré a la vista de todo y a tí sólo te toca estudiar y ser un hombre de bien.

Pasado el verano, ennegrecido por el sol y aire de la Lora, consolado de su madre, tío y demás familia, fortalecido con los ejemplos extraordinarios de virtudes que en su casa veía a todas horas, y animado a proseguir sus estudios de Filosofía, vuelve a Burgos y empieza un nuevo curso, en el que sufrió un terrible desencanto, que trajo funestas consecuencias, como verá el lector si lee lo que a continuación se escribe.

## VII

### UN TROPIEZO PROVIDENCIAL

Empieza para nuestro ya casi teólogo el curso 1863 a 1864; *la piña* de los cinco, casi disuelta, vuelve a organizarse y entremezclando letras y trabajos con la santa alegría de años anteriores, va pasando la vida en paz y en gracia de Dios.

Aproximándose ya los estudios de Sagrada Teología para estos *típicos tipos* de seminaristas *sui generis*, y estando relativamente cerca su ordenación sacerdotal, era medida de prudencia por parte de los Superiores observar más de cerca la conducta y condición de esos jóvenes tan listos como divertidos.

D. Domingo Peña, Profesor del Seminario estudiaba atenta y diligentemente el modo de ser de sus discípulos, y a este efecto preguntaba, observaba y hasta encargó a un alumno que secreta y prudentemente se fijara en los cinco, por si había en ellos algo digno de censura, reprensión o castigo.

Cumplió exactamente su cometido, y después de mucho indagar y observar, resultó que los cinco eran los más listos de todo el curso y que se reían hasta de sí mismos; estos eran *sus pecados* y *miserias*, singularmente los de nuestro D. Andrés, que era el norte y guía de sus ilustres compañeros.

Esto no obstante el Sr. Peña cobró a su discípulo Andrés Manjón *cierta ojeriza*, usando el lenguaje estudiantil, o alguna animadversión, tal vez por el deseo de hacerle variar de conducta, que por otros motivos

que pugnan con la imparcialidad y recto criterio de un buen Maestro.

D. Andrés comprendió muy bien esa animadversión; le preguntaba casi diariamente y se mostró tan exigente en todo el curso, que sus mismos compañeros observaron y lamentaron la dureza y tozudez de aquel docto e indiscreto Profesor.

Estudiaré, dijo D. Andrés, hasta reventar, pero, Dios mediante, aprenderé la Asignatura y me batiré el cobre como bueno.

En efecto, tanto él como sus inseparables amigos, estudiaron sin descanso, distinguiéndose D. Andrés, como más tarde confesó el Profesor *herido* y arrepentido de su obra, pocos meses después.

Llegó el fin de curso; nuestro seminarista confiaba en Dios, que es *Pater luminum*, en su talento y en la firme convicción que tenía de saber bien la Asignatura.

Todo en balde, ni el talento, ni el saber, ni la virtud le sirvieron para nada, y, examinado de Derecho Natural, que es una parte de la Filosofía, fué *suspense*.

Este *suspense*, evidentemente injusto, tanto le llegó al alma, que, no pudiendo contener su indignación, se presentó al Profesor apasionado, protestó serenamente por tamaña injusticia, pero sin conseguir nada; apeló ante el Sr. Rector, D. Manuel Martínez y tampoco encontró favorable acogida; pidió exámen de comparación ante un tribunal libremente elegido, y todo fué inútil; el *suspense* quedó escrito en las Actas del Seminario, y a su lado las justas e inútiles protestas del pobre y afligido filósofo.

No por petulante vanidad, sino porque tenía pundonor y vergüenza, no se atrevía a marchar a Sargentos, ni menos decir a la familia el contratiempo sufrido por el caprichoso Sr. Peña. ¿Qué hacer?

Ante sus amigos y compañeros, singularmente con

Salce Campos, desahogó su pena, diciéndoles: “Yo creí que los Maestros no se dejaban llevar de la pasión, y mucho menos los de un Seminario; he sufrido el mayor desencanto de mi vida; conozco la Asignatura a la perfección, como sabeis vosotros; he acudido reverente a mis Superiores y encontré en ellos el desprecio, no me atendieron; yo no pienso continuar en el Seminario; buscaré el pan honradamente por donde Dios me encamine, y asunto concluido”.

—¿Y qué vas a hacer? le replicaron sus amigos.

—A casa no voy, porque me da vergüenza; en Burgos no me quedo, por la misma razón; iré por esos mundos de Dios y ya veré lo que hago y cómo vivo.

El amigo Campos Salce se asoció a nuestra avergonzado seminarista y salieron de Burgos sin ruta conocida y peregrinando de pueblo en pueblo, buscando y aprendiendo el arte de vivir y ganar el pan; ¡qué de episodios y peripecias acaecidas a estos *dos Quijotes* en miniatura!; ya trabajan en el campo, porque el hambre no tiene espera; ya pronuncian elocuentes discursos, que el pueblo aplaude y comenta; ya escriben historias interesantes, que venden y se comentan con fruición; ya se hacen *comisionistas* y compran y venden, sin apenas ganar una peseta, etc., etc. Y así van pasando y sufriendo llegando andando hasta Oviedo, en donde, rendidos y fatigados, se deciden a regresar a Burgos para emprender otra vida que sea más tranquila y llevadera.

Y tanto nuestro D. Andrés como el Sr. Campos Salce me han dicho: “¡Y no perdimos la fe ni las prácticas de piedad!”

De junio a septiembre duró esta odisea, cuya causa fué un suspenso, y sus efectos de suma utilidad para él y para el prójimo, como más adelante veremos.

Aprendió prácticamente que cuesta mucho ganar el

pan de cada día; que la vida es un tejido de luchas y dificultades y que son pocos los que las saben vencer; que es de muy pocos saber sufrir y callar y que el corazón cristiano debe estar siempre dispuesto a recibir lo mismo el cáliz amargo de las contradicciones que las escasas gotas de miel y de dulzura que Dios suele enviar de vez en cuando.

Todo esto aprendió, y por esto repetía con frecuencia: “A un suspenso le debo lo que soy”.

Su tío D. Domingo por poco muere de pena, y la madre, más valerosa que el tío, indaga por todas partes, pide a Dios por su hijo “que sin duda será Sacerdote”, y se encomendó a la Virgen del Pilar y a S. Miguel, ofreciendo ir a Zaragoza y besar su Pilar bendito, si aparecía el hijo perdido, y no solamente besar y rezar en su hermoso Templo, sino presentar como en holocausto a su mismo hijo para que Ella le cubriera con su manto immaculado y le hiciera Sacerdote.

Encaminóse a Burgos la atribulada madre, y cual sería su asombro, al encontrarse en las proximidades de la Capital con su querido Andrés, el cual más parecía un esqueleto, que persona humana.

Abrazáronse madre e hijo y el afligido hijo explicó a su madre que todo lo ocurrido y las lágrimas que por su culpa ella había derramado reconocían como causa un *suspenso*, evidentemente inmerecido, ya que él sabía la Asignatura para sobresaliente; la vergüenza de presentarse en casa con el borrón del suspenso, y ante el Profesor por la falta cometida, se ocultó de propios y extraños, comiendo de limosna, haciendo trabajos excesivos de entendimiento y voluntad, y peregrinando de pueblo en pueblo sin saber a donde ir ni qué ocupación tomar.

Su buena madre le rogó que estudiara mucho y remediara en septiembre la falta cometida en mayo, “por-

que, hijo mío, te he prometido a la Virgen del Pilar para que Ella, que es nuestra Madre, te haga Sacerdote; Ella lo quiere, yo se lo pido con todas las veras de mi alma, y tu no puedes negarte a los deseos de tu Madre celestial, que son también los míos”.

—Bueno, madre, estudiaré, redoblaré mis esfuerzos y espero ser Sacerdote para consuelo de usted y bien de mi alma; dígalo así a mi tío y que perdone esta aventura, hija de mi inexperiencia”.

La madre fué a Zaragoza a cumplir su promesa, y la Virgen y ella sabrán lo que allí pasó; quien conociera el corazón y piedad, la fe y la caridad de la señora Sebastiana, medio podrá explicarse los dulces coloquios que tendría arrodillada ante aquel Pilar bendito, contando a la Pilarica las cosas de su hijo y ofreciéndole a Ella ¡para que le hiciera Sacerdote!

El hijo pagó esa deuda que su madre hizo, el año 1886, después de decir su primera Misa y ser nombrado, previa oposición, Canónigo del Sacro-Monte. Yo no sé lo que D. Andrés diría a la Virgen del Pilar; lo que sí puedo afirmar es que muchas veces le ví llorar, recordando esta visita, y a Ella le dedicó la obra más importante de sus Escuelas, que es el Seminario de Maestros, diciendo y escribiendo el día de su inauguración: “Dedico esta casa y esta hermosa Obra a la Virgen del Pilar, ya que a Ella me consagró mi madre el año 1864”.

Resuelto a seguir sus estudios, empieza un nuevo curso con tanta aplicación, piedad y disciplina, que era el ejemplar y modelo del Seminario.

Intervino en varios actos públicos, distinguiéndose como temible polemista y consumado teólogo el 3 de mayo de 1866 y el 14 de mayo de 1868; aquí demostró, según la opinión del sapientísimo D. Manuel González que D. Andrés Manjón era una gloria de aquel Semi-

nario y escalaría sin duda elevados y honrosos cargos.

El, no obstante, no hacía caso de su saber, seguía viviendo en pobreza y humildad y huía de las alabanzas, que reputaba siempre contraproducentes.

Sus amigos Saturnino Castresana y Luis Martín escogieron la mejor parte, ingresando en la Compañía de Jesús, D. Juan Antonio Lafuente continuó en el Seminario, D. Manuel Campos abrazó la carrera de las armas y nuestro D. Andrés sigue estudiando Teología, tiembla subir al altar, por considerarse indigno, vive en un mar de confusiones, y al fin se resuelve a hacer lo que se dirá en el artículo siguiente.

## VIII

### SUSPENDE SU ORDENACIÓN SACERDOTAL

Según pasan los años, aumenta el saber de D. Andrés; ya se le admira y respeta y Profesores y compañeros le conceptúan como uno de los mejores alumnos que han pasado por aquella Universidad Pontificia.

Distínguese por su humildad y no se avergüenza de su pobre indumentaria, habitación y alimento, siente cual ninguno el espíritu de piedad, y ya es el consejero y mentor de muchos de sus condiscípulos, que a él acuden como a último recurso.

Esa vida pobre y humilde que siempre tuvo, le valió para conocer al dedillo las privaciones y sufrimientos de los pobres, y de aquí nació en él aquella ardiente caridad que algún día le obligaría a darlo todo a los

pobres, incluso su misma vida, como más adelante diremos.

Un ejemplo edificantísimo de la nobleza de sus sentimientos, demuestra esta verdad.

Corría el año 1868; declaróse en Sargentos la terrible enfermedad del tifus; pronto el contagio se extendió a gran número de familias, muriendo muchas personas, incluso el Médico, y apoderándose de aquellos pobres vecinos tal horror y pánico, que huían los sanos de los enfermos, dejándolos completamente abandonados.

Sólo tres personas se distinguieron por su abnegación y caridad; D. Domingo, el bondadoso Párroco del pueblo, que a todos asistía, porque era Pastor amante de sus ovejas por quienes quería morir, pues era su obligación; la señora Sebastiana, que preparaba los alimentos, cuidaba del aseo de los enfermos y sus casas y los servía con amor y caridad; y su hijo Andrés, que sin acordarse para nada del probable contagio, se sentaba junto a los enfermos, les daba los alimentos y medicinas, les prodigaba palabras de consuelo, les animaba a confiar en la bondad de Dios, y les ponía en los labios alguna imagen de la Santísima Virgen para que la besaran e invocaran.

Varias veces madre e hijo amortajaron y enterraron a los muertos, después de pedir a Dios por ellos.

—Hijo mío, decía la madre, Dios conserve siempre en tu alma tan caritativos y delicados sentimientos.

—Pero madre, replicaba el hijo, ¿no es esto lo que Dios manda a todo cristiano?; ¿amarás a Dios con toda tu alma y al prójimo como a tí mismo?; ¿qué mérito puede haber en obras como éstas, que son de obligación y justicia...

Era tan connatural a D. Andrés eso de hacer el bien, que le pareció al fin de su vida no haber hecho nada,

después de darlo todo a los pobres y pasar por ellos trabajos y sufrimientos sin fin.

\* \* \*

Malos vientos corrían en las alturas del poder para la Religión y la Patria; el trono de Isabel II se bamboleaba; las luchas políticas terriblemente enconadas entre progresistas y moderados amenazaban destruir todo el orden social; las Instituciones armadas, que son el apoyo de la sociedad, estaban influidas por las ideas del motín y la revuelta; el pueblo en general estaba contagiado de ese espíritu liberal y revolucionario; y todo, todo indicaba que la horrible tormenta de odios y pasiones estaba a punto de estallar. Y estalló; varios Generales de nuestro ejército se pusieron al frente de los revolucionarios, se encontraron en Alcolea con las tropas isabelinas y fueron éstas derrotadas con gran fiasco de los gobernantes y con el aplauso unánime de *la masa nacional* (¡¡!!).

Esta GLORIOSA revolución se extiende rápidamente por toda la Península, triunfan de momento las *nuevas ideas*; a título de libertad y humanidad se encarcela a personas honorabilísimas, se guillotina y fusila sin piedad, y al fin y a la postre se destierra a la Reina Isabel y se implanta la República que, como dijo D. Andrés, hizo buenos a los Reyes peores.

Pronto, muy pronto empezó la guerra a la Iglesia; persiguieron con saña y crueldad inauditas a las Ordenes Religiosas, se confiscaron sus bienes, quedó abolido el Concordato del 51, cerráronse muchos Seminarios, y en fuerza de PROGRESAR, se retrocedió a los primitivos tiempos de la Iglesia, cual si dirigieran los destinos de la Patria Nerón, Diocleciano, Severo o el apóstata Juliano.

Muchos seminaristas abandonaron sus estudios y los

suspendieron, mientras pasaba la tormenta; otros en cambio se confirmaron más y más en su vocación, se ordenaron de Sacerdotes y aceptaron con mucho gusto el calvario de la tribulación y del sacrificio.

D. Andrés había terminado los estudios de la Sagrada Teología; no daba importancia a los acontecimientos políticos en lo que respecta a su ordenación sacerdotal, y al fin piensa en ordenarse, “porque Dios le llamaba para tan alto Ministerio”.

Asunto de tanta importancia, exigía reflexión, juicio sereno, consulta con personas graves y de sólida virtud, no sea que entrara en la Santa Iglesia por los ventanales de la ligereza e irreflexión, en vez de hacerlo por la hermosa puerta de la vocación y del divino llamamiento.

Tanto su confesor como otras personas de reconocido valer y sólida virtud le instaban a la ordenación, pero él decía “que se consideraba indigno del Sacerdocio y temía subir al altar, porque ¡no era ángel, sino un pobre pecador!”

Así se lo expresó en multitud de ocasiones a su protector y tío D. Domingo, y con esta misma sinceridad habló al Director espiritual del Seminario, el cual reconoció en D. Andrés un espíritu grande de reflexión, el cual convenía tener muy presente, antes de dar el gran paso.

Su madre recibió la decisión del hijo con algún dejo de amargura, pero bien pronto se resignó, diciendo: “Si esa es la voluntad de Dios, que se cumpla; yo la acepto resignada; no sé por qué, pero aun me dice el corazón que mi hijo será Sacerdote; esperemos y confiemos”.

El tío sabía perfectamente lo que significaba y a lo que obliga el Sacerdocio; y por esto, cuando el sobrino le manifestó que no sentía fuerzas para subir al altar,

llegó a sospechar si había perdido o no la vocación; más no, D. Andrés sentía interiormente el llamamiento divino, y lo sintió siempre; pero al estudiar *seriamente* las obligaciones y deberes del Sacerdote santo, se llenó de angustia y temor, y decidió suspender la ordenación hasta tanto Dios le diera esas fuerzas y gracias que él necesitaba y de las que se creía falto.

¿Y ahora qué hacer, qué camino tomar?; ¿sería procedente hacer una Carrera Civil?; ¿o buscar un empleo?; ¿o enseñar en algún Colegio?; esto último le alagaba cual ninguna otra ocupación; pero su tío le aconsejó que hiciera el Bachillerato y después...” ¡te haces Abogado como el hermano de D. Cipriano!”

Prevaleció este criterio de su bondadoso tío y empezó los estudios del Bachillerato como un doctriño, apesar de sus 23 años.

Dios lo permitía así para que se cumplieran al pie de la letra los planes admirables de su Divina Providencia.

## IX

### SUS ESTUDIOS UNIVESITARIOS

El exseminarista comprende ahora mejor que nunca que no le queda otro remedio para abrirse campo y vivir que los libros y un esfuerzo mental que raye en el exceso.

“Hay que empezar, se dijo, cual si fuera un niño de 10 u 11 años; hay que estudiar las Asignaturas del Bachillerato, terminarlo inmediatamente y asegurada adquirir el Título de Abogado, el cual necesito para defenderme y defender a los demás; a estudiar, pues, y que sea lo que Dios quiera”.

Vuelve a Sargentos, se esconde en su humilde y pobre casa, no pierde un minuto, con nadie se reúne, sino es con los libros, que han de ser sus inseparables amigos de toda la vida, sólo se le ve oyendo Misa y rezando devotamente el Santo Rosario y anda preocupado, aunque confiado en su porvenir: “Si los otros suben, dijo él, ¿por qué yo no he de subir”.

Estudió mucho, adelgazó y se puso enfermo en fuerza de leer, pensar y trabajar y en septiembre del año 1869 sufrió exámen de Bachiller en el Instituto de Burgos en una sola convocatoria obteniendo y mereciendo las primeras calificaciones.

Animado por el feliz éxito de los exámenes, redobló sus deseos de estudiar la Carrera de Derecho y, con el asentimiento y protección de su tío, marchó a Valladolid para cursar en aquella Universidad como alumno libre dicha Carrera de Derecho, a la que sentía gran afición por la analogía que tiene con los estudios de Filosofía y Teología que con tanto aprovechamiento hizo en el Seminario burgalés.

Lo mismo que en Burgos, tenía que vivir a lo pobre, no podía costear un Colegio, como él hubiera deseado, ni mucho menos una fonda, a la que sentía repugnancia por los peligros consiguientes; y después de muchos apuros económicos y dificultades, consiguió encontrar una casa parecida a la de Burgos, decente, pobre y cristiana en la Plaza de S. Pablo, número 2, principal, cuyo dueño era un tal D. Balbino Sáez y persona de reconocida probidad y hombría de bien.

Ya está instalado en Valladolid nuestro futuro Abogado y ya docto estudiante universitario. El sabía muy bien lo que vale un buen amigo y había leído muchas veces aquellas palabras de la Santa Escritura de que “un buen amigo es un tesoro”, y empezó por ahí, por

buscar ese amigo o amigos con quienes comunicarse y orientarse.

Hombre ya hecho y derecho, huía de los adocenados y *gomosos* y eran sus más ardientes deseos encontrar compañeros de virtud y talento, pidiéndolo así al Señor en el hermoso Templo y Colegio de los Agustinos, que visitaba con frecuencia.

Trabó amistad con un joven listo y piadoso, estudiante de Derecho como él, de fe arraigada, polemista, de palabra fácil y de una cultura que parecía impropia de sus pocos años; era D. Tomás Cámara, que más tarde se llamó el Agustino P. Cámara y corriendo los años el Excmo. y sabio Obispo de Salamanca P. Cámara.

A esta pareja tan singular se asoció otro joven estudiante, también muy discreto, aunque de carácter más tranquilo, aplicado y trabajador, llamado D. Teodulfo Gil, hoy ilustre Magistrado del Tribunal Supremo.

Estos tres estudiantes se distinguían en clase por su aplicación, en la calle por su oratoria fogosa y atrevida, en el templo por su piedad, en la casa por su amena y ocurrente conversación y en todas partes por su oratoria y buenas costumbres; eran entonces los prototipos del partido cristiano y tradicional, o como se diría hoy, los ultraderechistas que parlan, peroran y se mueven en el turbulento y revuelto campo de la política.

En más de una ocasión nuestro D. Andrés tuvo que ponerse al frente de los *moderados* para luchar contra los *progresistas* que ardientemente defendían la República con todas sus consecuencias de laicismo, revuelta y motín. “O somos o no somos, decía en cierta ocasión, o somos hombres que defendemos a la Iglesia y a la Patria en todas partes sin miedo a nadie ni a nada, o mujerzuelas, que nos escondemos cobardemente por

miedo a unos cuantos que vocean sin que haya nadie que les salga al paso”.

En los cursos de 1869 al 70, 1870 al 71 y 1871 al 72 estudió toda la Carrera de Derecho, incluso los Grados de Licenciado y Doctor, haciendo un esfuerzo sobrehumano y trabajando de día y de noche, no sólo para aprobar, sino para formar una sólida cultura, que más tarde le había de servir en las diversas etapas de su vida.

Ya empieza a vislumbrarse su vocación a la enseñanza; le gusta hablar para enseñar, siente veneración a sus Maestros y sueña en que algún día él también podría enseñar; y en efecto dedica su mayor actividad a conocer la Disciplina Eclesiástica, sobre todo en sus relaciones con el Estado, que es una de las Asignaturas de la Carrera de Derecho; cobró tal afición a esta rama del saber humano que estaba dispuesto a dominarla bien, costara lo que costara, para hacer oposiciones a una Cátedra Universitaria y pasar su vida enseñando y formando generaciones de escolares creyentes y patriotas.

Aunque en aquellos tiempos tan turbulentos y aciagos en todos sentidos, muchos jóvenes perdieron la fe y en muchísimos quedó amortiguada, no así en el joven y culto *Abogado* D. Andrés Manjón, que supo conservar, en unión de otros afortunados compañeros, tan preciada joya y salir en su defensa con la valentía de los buenos; y no solamente conservó la fe, sino que se adiestró a la lucha luchando, terminando su Carrera siendo un temible polemista, y cuyas dotes de cultura, valor y valer le atraieron el respeto de los *progresistas* y el afecto de todos los buenos.

En donde mejor puede apreciarse su ortodoxia católica es en la hermosísima Memoria del Doctorado, que versó acerca de este interesante tema: “Cuáles son

los diferentes sistemas de la propiedad; principios verdaderos”.

Forma el manuscrito, que le contiene y es autógrafo, un volúmen de 14 hojas en folio, conservado en el Archivo de la Universidad de Valladolid. Está el tema concienzudamente expuesto, elegante y correctamente redactado y sobre todo y lo que más vale, en conformidad con los sanos principios de la Etica cristiana. ¡Ojalá pudieran leerlo y *asimilárselo* los bolcheviques de Lenín y Troski o los *ilusos* y *revoltosos* socialistas de nuestros días! ¡Y ojalá que yo pudiera publicarlo íntegro en esta VIDA para recreo y enseñanza del curioso lector!; pero la índole de este trabajito, que tiende a la síntesis, para no cansar, me lo impide.

Mucho se ha escrito y discutido sobre tan interesante tema, tema que hoy trae preocupado a gran número de personas, y sin embargo en este trabajo de D. Andrés se dijo todo lo que debía decirse, y tan bien dicho, que extrañó muy gratamente al Tribunal calificador, mereciendo plácemes y enhorabuenas, que él estimó y agradeció muy de veras.

Dos meses antes de su muerte, decía nuestro D. Andrés, hablando de este asunto: “La inteligencia del hombre varía poco en el transcurso de su vida, y más tiende a la adaptación al medio, que a la variación.

He leído mi Memoria del Doctorado, que un amigo me remitió no ha mucho días para darme una sorpresa, y después de tanto hablar y discutir acerca de la propiedad, después de tantas luchas intestinas y sociales por causa de ese derecho fundamental de la sociedad, yo suscribo al fin de mi vida cuanto entonces dije y escribí para alcanzar la borla del Doctorado”.

Ya terminó con lucimiento su Carrera de Abogado, ya puede defender pleitos y visitar las Audiencias y Juzgados, ya puede ostentar la toga y borla de Doctor;

pero no, los asuntos profesionales le repugnan y dice que su conciencia no puede avenirse con las miserias y pequeñeces de pleitos, riñas, y demás monsergas de los clientes, y al fin opta por dedicarse a la enseñanza privada hasta que pueda ingresar en el Profesorado oficial, que es lo que ha de pretender en la primera ocasión, ya que esa es su vocación manifiesta.

Su tío le escribió diciéndole: “Mira, te he dado dos Carreras, la de Teología y la de Derecho; ya eres un hombre, y creo llegado el momento en que vivas por tu cuenta y te busques el pan de cada día; y no dudo lo encontrarás, porque te considero suficientemente instruido y capacitado para cualquier cargo, profesión o empleo”.

Intentó vivir en Valladolid, y no sabiendo de qué modo, fundó una Academia que él tituló: “Estudio privado dedicado a los alumnos de la segunda enseñanza bajo la dirección de D. Andrés Manjón y Manjón”.

Se dá repaso de Gramática Castellana y Latina, Retórica y Poética, Historia Universal y de España, Geografía, Lógica, Psicología y Etica. Existe además un Profesor especial de Francés.

Local: Angustias, 43, entresuelo”.

Un año escaso estuvo en esa Academia, pasando grandes apuros económicos, trabajando como un negro y sufriendo grandes bochornos y contrariedades.

Viendo que esa Academia no daba para vivir, alzó el vuelo y marchó a la Corte, adonde le seguiremos con el fin de estudiar su vida y sus milagros.

X

CINCO AÑOS EN MADRID

Ya hemos visto a nuestro D. Andrés luchando donadamente con los libros, terminando brillantemente dos carreras, sufriendo y trabajando sin quejarse, viviendo humildemente en estrechez y pobreza, adquiriendo fuerzas y encontrando consuelos en la piedad y honestas costumbres, sintiendo interiormente una voz que le llamaba a la enseñanza, lamentando a todas horas los defectos y lagunas de su primera educación, amargado por las pasioncillas de un Profesor injusto que manchó su Carrera literaria con un suspenso, tanteando en Valladolid el primer ensayo de Escuela o Academia de 2.<sup>a</sup> Enseñanza, y ahora le encontramos en Madrid, en aquella Babel de peligros y pecados, desorientado, preocupado y sin otros medios de buscarse la vida que su Carrera y cultura; el tío le dió estudios de Teología y Derecho, pero ahora dice que viva por su cuenta, pues es Doctor y persona culta.

¿Qué hacer en Madrid sin conocer a nadie? ¿se dedicaría a enseñar, ya que sentía vocación a esta clase de trabajos?; ¿pero en dónde y con quién y con qué recursos?

Ya el nombre de D. Andrés Manjón tenía algún relieve en el campo de las letras, porque siendo aun estudiante en Valladolid, se permitió acotar y comentar un discurso que D. Eugenio Montero Ríos, entonces Ministro de Gracia y Justicia, pronunció en las Cortes, abogando por el Matrimonio Civil, y estas acotaciones y comentarios no pasaron desapercibidos en el mundo

*de la política*; ¿quién será ese Andrés Manjón que se atreve con un Ministro de la Corona? se decían.

Pues es un Abogado sin pleitos que quiere vivir y no sabe en dónde, cómo ni cuando; es un aventurero que busca un campo en donde desarrollar sus planes y proyectos educativos y no le encuentra; es un hombre modesto, luchador y elegido por Dios para grandes cosas; tiene un pensamiento que realizar, es hijo fidelísimo de la Iglesia y no le preocupan sus enemigos, aunque se llamen Ministros o Consejeros de la Corona.

Providencialmente fué recomendado por un pariente suyo al Director del Colegio de S. Isidoro, que era por entonces uno de los mejores Colegios de Madrid, no sólo por la competencia y probidad de su personal docente, sino por el orden y seguridad que se observaba en bien de los numerosos educandos.

D. Andrés fué admitido en calidad de Inspector, cargo que desempeñó con acierto y aplauso de Profesores y alumnos.

Al fin pudo respirar y encontrar un medio, siquiera fuera modesto, para conseguir ser Catedrático de Universidad, que fué la ilusión y pensamiento que le dominaba.

Ya en el Colegio, y observando el Sr. Director, don Eduardo Jusué, las excelentes cualidades pedagógicas del Dr. Manjón, a los pocos meses de su ingreso le adjudicaron las clases de Geografía e Historia, que explicó sin interrupción hasta que dejó el Colegio para enseñar en la Universidad.

Aquí demostró D. Andrés que había nacido para Maestro y aquí empezó a mostrarse como Pedagogo originalísimo.

Solían darse mensualmente explicaciones o conferencias públicas por los respectivos Profesores sobre las materias que ellos estimaban más provechosas o

necesarias, y llamaron tanto la atención las de D. Andrés por los procedimientos y métodos pedagógicos que empleaba, que muy pronto se captó las simpatías, el respeto y la admiración de todos sus compañeros.

“D. Andrés, decía el Sr. Director, no es un adocenado o uno de tantos, sino el hombre culto, el trabajador incansable y el Maestro consumado”.

Trabajaba diariamente *diez horas* en sus clases y ocupaciones de Colegio, más otras cinco o seis en estudiar y preparar sus oposiciones a Cátedras que, como dijimos antes, eran su sueño dorado, y por todo ese trabajo tan abrumador sólo percibía *100 pts.* al mes; jamás pidió más y a ellas amoldaba su vida.

A pesar de tanto trabajo, aun encontró algún tiempo para inscribirse en la Academia de Jurisprudencia y Legislación, que era por entonces un algo parecido a lo que hoy suelen ser nuestros Ateneos; y fué a esa Academia, porque a ella acudía la juventud estudiosa, en la que muchos discutían con gran peligro de sus almas sobre determinadas cuestiones, y otros, entre ellos nuestro D. Andrés, para argüir a esos *progresistas* con cierto barniz de cultura; y no sólo se batió el cobre con los imberbes jurisconsultos de esa Academia, sino que se atrevió con el mismo Presidente, que era el Canonista-Catedrático y Ministro de la Corona, D. Eugenio Montero Ríos.

Esta discusión trajo consigo el consiguiente revuelo entre los asociados, y aplausos y repulsas en pro o en contra de D. Andrés, que defendió a la Iglesia con valentía, aun con peligro de su porvenir, como después diremos.

Abrumado por tanto trabajo, que soportaba con paciencia, todavía se permitía comunicar a sus amigos su buen humor, su espíritu crítico y hasta sus na-

turales aficiones a la sátira, en la que era y fué siempre un consumado Maestro.

Pretendió ganar algunas pesetas escribiendo en la prensa culta y sería sobre cuestiones científicas, y él recordaba humorísticamente en los últimos años de su vida que redactó un artículo bastante bien hecho sobre el esperanto, lo presentó al Director de un periódico, quien lo leyó detenidamente, y sin decirle una palabra puso en sus manos un billete de 25 ptas., y él se dijo: “¡si por un artículo me dan 25 ptas., hé aquí mi porvenir!; a escribir, pues, y vengan pesetas”.

Escribió un segundo artículo y percibió por él 20 pesetas sin protestar, aunque con algún desaliento, porque le descontaron un duro, y cuando por un tercero que redactó a vuela pluma, le entregaron sólo 10 ptas., dejó la pluma de periodista para volver a los libros, que habían de ser su esperanza.

Tanto trabajo y tan grande actividad desplegó, que exigía algún descanso, el cual nunca pudo encontrar, si no era los domingos, que iba a pasear a la Fuente de la Teja *casi siempre sólo*. ¿Y a qué iba allí?

Sus compañeros de Colegio observaban de cerca sus idas y venidas, más por curiosidad que por otros fines, y pudieron apreciar que D. Andrés hablaba con varias jóvenes, tomaba notas y recibía de ellas papeles y documentos, que él guardaba con especial cuidado e interés; ¿qué era eso?

D. Andrés había oído decir que a aquella fuente, sita en amplia y hermosa pradera acudían *muchas parejas*, no casadas como Dios manda, sino amancebadas y hasta alardeando de su lamentable estado; y él, queriendo remediar, en cuanto fuera posible, tales escándalos, se dedicaba a legitimar matrimonios y a poner paz en las familias; era un Ozanan, que buscaba el

vicio para evitarlo y al pobre para remediar sus necesidades.

Casó a muchos, a tantos, que llegó a *aburrir* a un oficial curialesco, cansado de recibir visitas gratis de aquel *impertinente* Abogado sin bufete.

“Yo, decía él, me callaba y hacía el bien que podía”.

Terminadas sus obligaciones del Colegio, se encerraba en su humilde habitación y allí se preparaba sin descanso para opositar a una Cátedra de Cánones, la primera vacante que se presentara, y costara lo que costara; el esfuerzo que hizo fué sobrehumano, agotó sus fuerzas físicas y faltó poco para que perdiera la salud y con ella la vida.

A pesar de tanto trabajo, seguía con todo interés las discusiones atrevidas y peligrosas de los académicos que dirigía el político y ex-Ministro D. Eugenio Montero Ríos.

Fué siempre D. Andrés un espíritu militante y hombre de ideas fijas y bien digeridas, y por esto no podía permanecer en silencio, cuando el enemigo arreciaba en sus campañas contra la Iglesia.

Por vía de ejemplo y para enseñanza de quien esto leyere, quiero hacer un poco de historia, y a continuación copiar literalmente algún párrafo de un artículo inédito redactado por el mismo D. Andrés en el que, sin él quererlo, se retrata a sí mismo, al exponer sus trabajos literarios en defensa de la verdad ultrajada.

Los años 1868 y siguientes, durante un decenio *por lo menos*, fueron de revueltas y motines, y las palabras *progreso, libertad, revolución, oscurantismo*, etc., estaban a la orden del día, corrían de boca en boca, trastornaban inteligencias y corazones, y se valían de ellas los caporales de la nueva política, no para engrandecer a la Patria, que es el primer deber del buen político, sino para engrandecerse ellos mismos y subir y figu-

rar a costa del pobre pueblo, que es en todos los casos la víctima.

Durante el año 1870 dirigía el Ministerio de Gracia y Justicia un Catedrático de Derecho Canónico, que más tarde llegó a ser Jefe de una importante fracción política. Ese Ministro-Catedrático fué D. Eugenio Montero Ríos, exseminarista, extradiconalista y ahora liberal, progresista y político, que figura como san-tón de las filas liberales.

En la sesión celebrada por las Cortes Constituyentes el 29 de abril de 1870, el Sr. Montero, que era a la sazón Ministro de Gracia y Justicia, pronunció un discurso ultrarregalista acerca del Matrimonio Civil, que indignó a los católicos, levantó valientes y apostólicas protestas en el Episcopado y fué motivo de una campaña nobilísima, que hizo abortar los planes láicos y anticatólicos del Ministro.

D. Andrés, siendo aun estudiante en Valladolid, se permitió acotar y comentar dicho discurso con gran satisfacción y contento de los buenos; hay en estas acotaciones algunas graciosísimas, que merecerían la publicidad, pero no es esta ocasión de publicarlas; sólo algunas para muestra y solaz de mis lectores.

Decía el Sr. Montero Ríos: “Pues a pesar de que los tiempos no son favorables a este género de protestas, yo he de declarar muy altamente que si yo creyera, si sospechara siquiera, con la sinceridad de mi fe religiosa, que el proyecto de matrimonio civil se opone en manera alguna a las creencias que profeso... etc., etc”.

Acota D. Andrés y dice: “Ningún jansenista se expresa con mayor ardor de alardear de catolicismo. ¡Dios mío! ¡qué pequeño corazón o qué pequeña cabeza!”.

Decía Montero Ríos: “Soy liberal, señores Diputados; pertenezco al partido progresista, pero soy también católico...”

Dice D. Andrés: “Tu partido no es católico, tu no eres tonto, luego...”.

Dice el Sr. Ministro: “La mujer nada pierde de su dignidad y buen nombre con el matrimonio civil...”.

D. Andrés añade: “Aborrezco los disfraces; la mujer más hermosa pierde todos sus encantos vestida de mujer pública o de cantadora de teatro”.

Tenía nuestro D. Andrés vivísimos deseos de entenderse cara a cara con el Sr. Montero, y encontró ocasión propicia en la Academia de Jurisprudencia, de la que él era Presidente.

Oigamos a D. Andrés que escribe de su puño y letra el siguiente alegato dirigido al Sr. Montero Ríos.

“Al Excmo. Sr. D. Eugenio Montero Ríos. Permittedme que os dedique este trabajo que V. E. me ha inspirado, y del cual necesita, según mi opinión, cual ninguno.

Dios, en quien creo y a quien sirvo, ha unido de tal modo nuestros destinos, que me considero por El movido a escribir este opúsculo para remedio vuestro y de cuantos en V. E. confían.

Los dos nacimos pobres; V. E. de un procurador de Juzgado, yo de un honrado labrador de aldea; Sacerdotes y Dómines me enseñaron Latín y Humanidades como a V. E.; en Seminario cursamos Sagrada Teología por los mismos textos y obtuvimos las mismas notas; de seminaristas cursamos Leyes y, concluidas nuestras Carreras, fuimos en busca de fortuna a Madrid; hablamos en la Academia de Legislación y Jurisprudencia; hicimos oposición a Disciplina Eclesiástica de Santiago y ambos explicamos dicha Asignatura en la misma Universidad; los dos fuimos trasladados a Derecho Canónico que actualmente explicamos.

Parece que yo he seguido vuestros pasos; la casualidad, dirá algún sabio, da de sí mayores combinaciones;

pero ni V. E. ni yo somos casualistas, sino en todo, por todo y para todo providencialistas.

Los contrastes probarán esto mejor que la identidad o analogías y semejanzas.

V. E. nació en Ciudad, yo en aldea; V. E. en Galicia con carácter suave y dúctil, yo en Cantabria con cierta rudeza e inflexibilidad.

V. E. entre brumas y nubes, praderas siempre verdes y montes cubiertos de amarillos tojales; yo entre fríos y nieves en la cumbre de la Cordillera Ibérica, donde se dá la mano con la Pirinéica, sobre un suelo estéril cubierto por el oscuro brezo, menos dos o tres meses que suele vestirse de blanca nieve.

V. E. nació de familia tradicionalista, y yo de quienes jamás trataron de política.

V. E. fué ayudado en su Carrera por el Seminario que le dió una beca; y yo fuí siempre externo y recibí módico hospedaje de mi necesitada familia.

V. E. no se mostró liberal, cuando estudiaba, (sus condiscípulos juzgaban lo contrario); y cambió de modo de ser en cuanto llegó a Madrid, perorando en la Academia de Legislación y Jurisprudencia en sentido regalista y por consiguiente ultraliberal, y a gusto de Aguirre, Gómez de la Serna y otros, cuyo apoyo y protección se conquistó por este medio; yo jamás me ocupé de política ni figuré en partido alguno, NI DEJÉ DE LUCHAR CONTRA LA CORRIENTE, viviendo cinco años de la enseñanza privada con trabajo que no bajaba de diez horas y utilidades que no pasaron de 20 duros mensuales.

Cuando fuí a la Academia atraído como otros muchos por el gárrulo exagerar de los periódicos (a los 30 años) hallé a V. E. de Presidente; se discutía el Decreto de 9 de febrero de 1875 firmado por D. J. Cárdenas, y por concomitancia la Ley redactada, defendi-

da y presentada por V. E. sobre “Matrimonio Civil”; tomé la palabra en contra de vuestra obra, y sólo me escuchásteis una noche, mandando después quien os representara, que fué D. Gumersindo de Azcárate, el cual me interrumpió unas seis veces.

De esta Academia me retiré cuando me persuadí por una dolorosa experiencia que sólo era el exterior, en las sesiones públicas y privadas un *blasfemadero*, y entre bastidores un cazadero racionalista de jóvenes incautos...”.

Hasta aquí D. Andrés; y se dice todo esto para que mejor gustemos el espíritu católico de nuestro ilustre biografiado, que no varió nunca, sino que hasta la muerte fué el batallador y defensor incansable de la verdad, defensa que le valió muchísimos disgustos y le hizo devorar grandes amarguras, sufridas y sobrellevadas con ejemplar resignación y paciencia.

Esta campaña que se inició en Valladolid y completó en Madrid, como hemos visto, le proporcionó el serio disgusto de crearse en el Sr. Montero Ríos un enemigo irreconciliable, el cual juró hacer cuanto pudiera para impedir que el Dr. Manjón ingresara en el Profesorado.

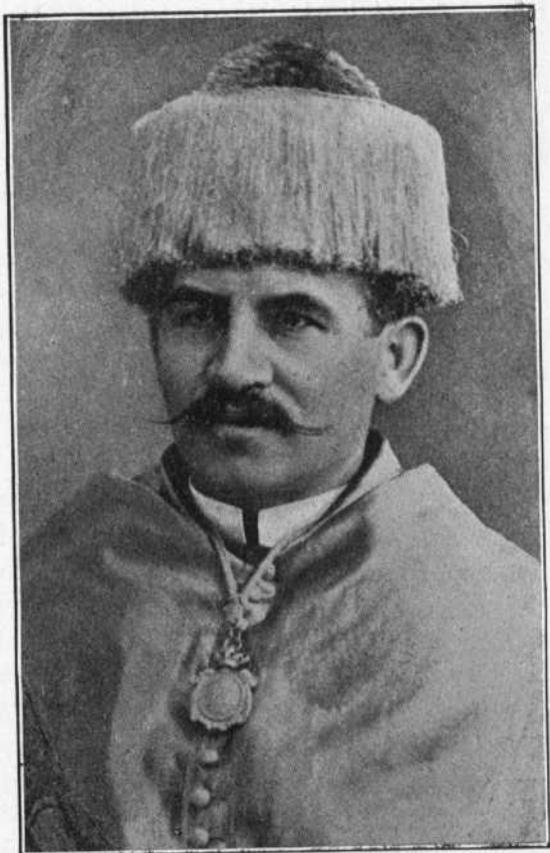
Pero como sobre los planes y juicios de los hombres, se encuentran los inexcrutables de la Divina Providencia, Dios dispuso todo lo contrario y permitió y ordenó que D. Andrés fuera nombrado Catedrático contra la voluntad del progresista Sr. Montero, que no pudo impedir esos planes de Dios respecto a su contrincante y valiente defensor del Matrimonio católico.

## XI

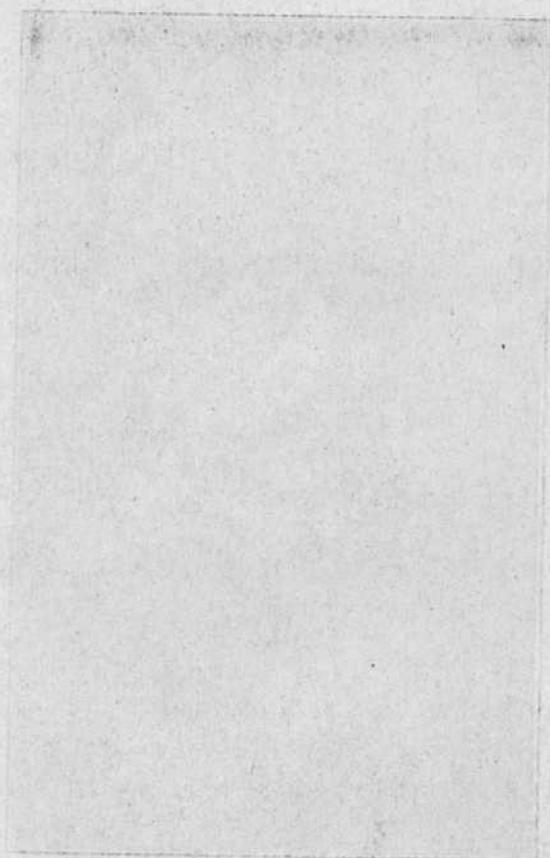
### SU INGRESO EN EL PROFESORADO

Su vida intensa de trabajo que hacía en el Colegio de S. Isidoro, las polémicas apostólicas que sostuvo en la Academia de Legislación y Jurisprudencia, amén de otros trabajos literarios que hizo para ayudar a los 20 duros mensuales que ganaba, no le impidieron dedicarse seriamente a los estudios de Derecho Canónico o Disciplina Eclesiástica, según dijimos anteriormente. Llegó a dominar y a conocer perfectamente esta difícil y extensa Asignatura del Derecho, y creyó llegada la hora de presentarse a oposiciones a la Cátedra de Disciplina Eclesiástica vacante en la Universidad de Salamanca; presentó en el Ministerio de Fomento la instancia y documentos correspondientes y esperó a la oposición; fueron 12 los opositores, y al ver éstos los profundos conocimientos del Sr. Manjón, quedaron reducidos a 6, obteniendo el número 1 y debiendo por consiguiente haber sido nombrado Catedrático; más no fué así; el Sr. Montero Ríos veía en D. Andrés un formidable enemigo del liberalismo, temía que dentro y fuera de la Cátedra había de luchar frente a sus ideas y proyectos regalistas y le sabía muy mal que *un innominado*, un tal D. Andrés Manjón, explicara su Asignatura según la Iglesia manda y aun la misma Constitución del Estado en su artículo 11; hizo presión ante el Ministro, y éste, *obligado* por aquel cacique máximo, nombró Catedrático al número 2.

D. Andrés sufrió una amarga decepción, el Tribunal calificador lamentó la injusticia cometida, y para



D. Andrés Manjón, Catedrático de la Universidad  
de Granada



desagraviar en cuanto era posible a nuestro sufrido y amargado opositor, influyó ante el Claustro de la Universidad Salmantina para que le nombraran Profesor suplente de aquella ilustre Casa de educación, como así fué, extendiéndose el nombramiento en 5 de febrero del año 1870.

Fué a Salamanca, explicó varias Asignaturas, e hizo tanto esfuerzo mental, que perdió el apetito y adquirió tal debilidad y pérdida de fuerzas, que estuvo a las puertas de la muerte.

No abandonó su propósito, siguió estudiando Cánones y anunciada a oposición la misma Asignatura, volvió a Madrid, solicitó tomar parte en ella, y tan decidido al triunfo, que estaba dispuesto a agotar todos los medios humanos, sin olvidar ni un momento la protección de Dios en quien ciegamente confiaba.

Tan dura o más que la primera, fué la segunda oposición, y en ella demostró otra vez sus profundos conocimientos canónicos, en tal forma que el Tribunal quedó admirado, proponiéndole por unanimidad para el número 1 de la terna, y hasta ofreciéndose alguno de los Jueces a salir en su defensa, si no era nombrado Catedrático.

El Sr. Montero hizo en el Ministerio trabajos de zapa por segunda vez queriendo excluirle, porque era un *neo exaltado*, o un derechista, como ahora dicen.

El entonces Ministro de Fomento, Excmo. Sr. Conde de Toreno, no quiso cometer la injusticia que le proponía el cacique y ex-Ministro, se impuso el buen sentido y al fin en 29 de abril de 1877 fué nombrado Catedrático de la Universidad de Santiago, coronándose con este nombramiento aquella larga Carrera de penalidades, luchas, estrecheces y trabajos.

Más muerto que vivo, fué a Sargentos a comunicar a su santa madre y a su venerable tío el triunfo de sus

oposiciones, gozándose todos del éxito de sus trabajos y dando gracias a Dios, por haber premiado la labor abrumadora y la constancia castellana de sus estudios y trabajos literarios.

—¿Pero, hijo mío, le decía la madre, te ordenarás de Sacerdote?

—¡Quien sabe, madre! le replicó el hijo, ahora espere-  
remos, y ahora y siempre que sea lo que Dios quiera.

Repuesto en parte de la vida de trabajo intenso que pasó durante 5 años consecutivos, y después de respirar los aires sanos de la montaña y sierra de Sargentos, llegó la hora por tantos años deseada de tomar posesión de su Cátedra de Santiago, obtenida en buena y reñida lid.

D. Domingo gozó tanto, tanto, al ver a su sobrino Catedrático, que no cabía en sí y no cesaba de alabar a Dios por sus misericordias.

La señora Sebastiana quería que fuera Sacerdote, y ella no sentía gran ilusión viendo a su hijo hecho un señorito, porque temía que se dejara influir por la vanidad y espíritu del mundo.

D. Andrés nunca salió de Castilla y, aunque conocía por los libros y amigos el clima húmedo y lluvioso de Galicia, nunca pudo sospechar que fuera tanto, que apenas pudiera ver el sol en todo el curso.

Llegó a Santiago animado de los mejores deseos, tomó posesión de su Cátedra, visitó al Prelado de la Diócesis para ofrecerse a él como Catedrático católico, y se dedicó a *tomar posiciones* con el fin de hacer el bien a la Iglesia y a la Patria; se asoció con los compañeros de sanas ideas, intentó organizar conferencias de divulgación científica, en sentido franca y valientemente católico, pero encontró un ambiente enrarecido por la política monterista, y al fin se decidió a explicar en fir-

me su Asignatura y hacer de la Cátedra una tribuna de Apologética para bien de sus alumnos.

D. Demetrio Casares, en unión de otros amigos, intentaron buscarle una gallega cristiana, a ver si contraía matrimonio y se quedaba para siempre en Santiago; no lo consiguieron, ni aun siquiera pudieron evitar la tristeza y pena que sentía al vivir en un país tan lluvioso y con un cielo plomizo, oscuro, entre brumas y nubes; estaba acostumbrado al cielo limpio de Castilla, al sol hermoso y confortable de la Corte y a una vida de lucha, que no acertaba a compaginar con la tranquilidad y cómoda de la Cátedra.

“Si continúo aquí un curso más, se dijo, muero de pena; haré pues nuevas oposiciones y aceptaré cualquiera otra Universidad, hasta que pueda ingresar en la de Madrid, que es el Capitolio de la enseñanza”.

Y lo hubiera conseguido seguramente, dada su competencia, laboriosidad y constancia, si Dios Nuestro Señor no hubiera permitido lo contrario; y es que somos hijos de Dios y El en su admirable Providencia nos va guiando como de la mano, sin coartar en un ápice nuestra libertad, hasta conseguir sus fines.

D. Andrés había nacido para mejorar la enseñanza y educar cristianamente a la juventud, y no era Madrid el cuadro más apropiado para realizar este pensamiento, por lo que Dios permitió que vacara en la Universidad de Granada su misma Asignatura; solicitó por concurso la vacante y el 17 de abril de 1880 fué propuesto para esta Universidad, que él no conocía; le pareció que estaba lejos de su Patria chica, pero ante la esperanza de encontrar sol, alegría, cielo claro y hermoso, la aceptó con gusto sin saber él *la cruz que le esperaba* y el obrón que aquí había de realizar para gloria de Dios, bien de los pobres y honra y gloria de la Patria.

Dejó a Santiago, pasó por Madrid, la ciudad de sus amores, recorrió la risueña Andalucía y llegó a Granada, en la que se instaló del modo que diremos en el artículo siguiente.

## XII

### SU TRASLADO Y ESTANCIA EN GRANADA

No conocía D. Andrés a Granada ni a ninguna persona de esta Capital; él ¡claro es! había leído y oído cantar las bellezas de la Ciudad del Dauro y del Genil, que era una Ciudad encantadora y de peregrina hermosura, con su alta y siempre blanca Sierra Nevada, su vasta y rica vega y los encantos y poesías de los Cármenes y jardines granadinos.

Tenía vivísimos deseos de conocer esta pintoresca Ciudad de Granada y le parecía cual si una fuerza misteriosa le atrayera y empujara a ir lo antes posible a tomar posesión de su nueva Cátedra.

Esa fuerza y esos deseos no eran otra cosa que la voz de Dios que poco a poco le iba preparando para ser el Apóstol de Granada y el primer Pedagogo de su siglo.

Nombrado como antes dijimos en 17 de abril de 1880, escribió a su sabio compañero y fervoroso católico D. Francisco Javier Simonet para que le buscara “una posada modesta y en la que hubiera honestas costumbres y personas de buena vida”, y este señor tan bien cumplió su encargo, que el 20 de mayo le escribió la siguiente carta:

Sr. D. Andrés Manjón.

Mi distinguido amigo y compañero: Por su apreciable del 14 veo con sumo gusto que al fin viene usted a esta Universidad para aumentar dichosamente el número de sus Profesores católicos.

A Doña Rosalía Rodríguez, calle del Darrillo, número 16, anuncié su venida y le espera; me alegraré mucho que ese hospedaje satisfaga a usted como deseo y espero.

Ya hablaremos de muchas cosas para gloria de Dios y bien de Granada.

Mientras tengo el gusto de saludarle personalmente, me ofrezco a usted de la mejor voluntad affmo. amigo y compañero

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

Y en efecto, terminados los exámenes en la Universidad de Santiago, deja aquella Cátedra y viene a Granada el 30 de mayo, en el mes de la Virgen, a tomar posesión de su nuevo cargo, cargo que ha venido desempeñando con aplauso y admiración de todos hasta los 72 años de edad, en que fué jubilado por disposición de la Ley.

Ya en Granada, se dedicó a conocer su historia y monumentos, costumbres y modo de ser de sus habitantes y, hombre de observación y espíritu reflexivo, sintió honda pena, al notar el abandono, suciedad e incultura en que vivían gran número de granadinos, singularmente los de los barrios extremos; y seguramente que ese abandono observado y esa pena suya no era sino una circunstancia providencial, de la que Dios había de valerse para ejercer su Apostolado; "Granada era para él, y él era para Granada".

Muy pronto trabó amistad con amigos y compañeros eminentes en virtud y en saber prosiguiendo la tradi-

ción de *la piña*, formadas en Burgos y Valladolid, avalorada hoy con su posición y cultura; venía dispuesto a trabajar y había de buscar hombres trabajadores; era hombre de sólida cultura, y hombres cultos y sabios habían de ser los que integraran esa piña; era fervoroso católico y con católicos fervorosos había de reunirse.

Hombres laboriosos, lumbreras del saber y católicos prácticos y militantes fueron: D. Francisco Javier Simonet, Catedrático de Arabe y una verdadera gloria española; D. Fernando Brieva y Salvatierra, Catedrático de Historia, más tarde Profesor del Rey, hablista clásico y elegante y gran defensor de la Religión y la Patria; D. José Alonso, Catedrático de Química y fervoroso cristiano; D. Joaquín M.<sup>a</sup> de los Reyes, Catedrático de Filosofía, seglar entonces, y al poco tiempo sabio y santo Sacerdote; y el Sr. Gurría, Catedrático de Latín, elegante escritor y autor de una de las mejores Gramáticas Latinas que se conocen.

A esta piña de sabios y católicos de acción se asoció nuestro D. Andrés; con ellos pasó cinco años viviendo como hermanos, trabajando *sicut bonus miles Christi Jesu*, tomando estas palabras de S. Pablo, y honrando a la Universidad granadina por su cultura y buenas obras.

D. Andrés era un enamorado del campo y prefería el oxígeno de la Alhambra al aire enrarecido del Casino o el café; más le agradaba el paseo por las afueras de la población que el bullicio de las calles; huía, siempre que podía, del mundanal ruido para buscar la soledad y contemplar mejor las bellezas de los campos granadinos.

No todos los compañeros tenían esas mismas aficiones y alguna vez tenía que contemporizar con ellos, yendo al Café de la Alameda, en donde se organizó una tertulia interesantísima, dada la calidad de los contertulios;

y allí se organizaron muchas cosas buenas, como conferencias populares, que ahora llaman de divulgación científica; excursiones y correrías apostólicas por los barrios extremos para poner remedio a tanto abandono espiritual y material; visita domiciliaria a los enfermos y necesitados para socorrerlos y consolarlos, etc.; y todo se hacía con gusto, porque había en todos ellos una fe honda, sentida y vivida.

Perdido el miedo del *año de noviciado*, muy pronto aquellos sabios y cristianos amigos se organizaron en sociedad para hacer algo en provecho de Granada y en bien de los altos intereses de la Patria.

Lo primero era cumplir escrupulosamente con el deber de Catedrático, y en esto D. Andrés lo era tanto, que voluntariamente se imponía muchas veces una segunda clase, además de la obligatoria, para repasar y aclarar a los alumnos menos aprovechados.

Después cada uno se dedicó a sus naturales aficiones e inclinaciones, y en efecto, el uno, D. Fernando Brieva, redacta en la "Ilustración Católica" aquellos célebres artículos sobre Santa Teresa de Jesús, que asombraron al mundo por la elegancia de su estilo y la profundidad de los conceptos; el otro, Javier Simonet, revuelve los legajos árabes de la Biblioteca del Escorial para organizarlos, traducir muchos y comentar no pocos, haciendo tal alarde de erudición y saber, que fué proclamado como el primer orientalista del mundo.

Y nuestro D. Andrés, recluso en un cuarto pobre, en la calle de la Alhóndiga, número 13 envuelto entre libros y papeles, legajos y pergaminos, toma notas, redacta cuartillas y publica una hermosísima obra de Derecho Canónico, que llamó poderosamente la atención, siendo alabada de los eruditos, aceptada como texto en varias Universidades españolas y americanas y con-

ceptuada en aquel tiempo como la última palabra en esa rama del saber humano.

El mismo confesó muchas veces que si duros fueron los trabajos que pasó en su Carrera, no lo fueron menos los que voluntariamente se impuso, al redactar su obra de Derecho, en la que agotó el caudal de su saber, no para hacer un alarde de erudición y recibir por ella enhorabuena y plácemes, sino para que sirviera a los alumnos y encontraran en su lectura cuanto se necesita para andar con el pie firme por el campo del saber.

Aquella enfermedad adquirida en Salamanca por el exceso de trabajo mental, renació de nuevo con motivo de su libro, y no pocos llegaron a sospechar que su fin estaba próximo, pues era un verdadero esqueleto viviente, creyendo sus buenos compañeros que una tuberculosis galopante acabaría con su interesante salud.

Dios había de darle larga vida y los hombres habían de equivocarse en sus augurios. Terminada la Obra, quedó más tranquilo y al finalizar el segundo curso de su estancia en Granada, fué a descansar al país natal y, como siempre, allí adquirió fuerzas perdidas y se fué preparando en la soledad y meditación para la magna obra del Apostolado, que él sentía interiormente, pero sin saber por dónde empezar.

Su madre no cesaba de preguntarle por su ordenación sacerdotal ni de pedir a Dios y a la Virgen del Pilar la dejaran en el mundo hasta recibir la Sagrada Comunión de manos de su mismo hijo.

En este año de 1883, D. Andrés indicó a su madre que, aunque algunos amigos le instaban al Matrimonio, él no sentía otra inclinación interior que el Sacerdocio, y parecía que muy en breve se ordenaría, y tal vez celebrara su primera Misa en la misma Iglesia de Sargentos para que ella la oyera y comulgara, cual eran sus deseos.

Pero como el asunto es delicadísimo y exige mucha reflexión, conviene no precipitarse e ir con pies de plomo.

En el curso siguiente vuelve a Granada y huyendo según costumbre suya de la holganza, ve renacer en él sus antiguas aficiones de escritor y polemista, y si antes en Madrid y Burgos manejó la pluma para ganar el pan, mucho mejor puede hacerlo ahora, que vive con desahogo, goza de posición envidiable e independiente y está mejor formado que nunca pues ha leído mucho, tiene consigo la experiencia de una vida sumamente agitada, difícil y laboriosa, y conoce a la perfección el corazón humano.

Veamos en el artículo siguiente lo que podríamos titular “la preparación de su Apostolado”.

### XIII

#### LA PREPARACIÓN DE SU APOSTOLADO

Poco a poco se iba aproximando la hora fijada por Dios para que D. Andrés realizara los deseos que sentía en su corazón, deseos que iban acreciendo de día en día, aunque no sabía determinar bien el momento oportuno.

Mientras éste llegaba, y no pudiendo estar ocioso, como ninguno de sus compañeros, renacieron en él aquellas aficiones literarias que aparecieron, cuando estudiaba en el Seminario burgalés, y ya redacta artículos muy interesantes que publicó en el periódico local sobre costumbres y tipos granadinos, ya son estudios completos y de crítica sobre temas de diversa índole, entre las que aparece un opúsculo graciosísimo titulado

“Cosas de antaño escritas ogaño” editado en la imprenta de “La Lealtad” el año 1883; este trabajo es admirable y se revela como escritor de costumbres, pintor de caracteres y hablista consumado, manejando con soltura el idioma y brillando por la pureza de su lenguaje. Los amigos que le leyeron gozaron grandemente y comentaban sabrosamente las ocurrencias de D. Andrés.

El gran novelista D. José M.<sup>a</sup> Pereda leyó esa nueva obrita seminovelesca de D. Andrés, y tanto se enfrascó en ella, que en 4 de agosto de 1883, le decía en carta escrita desde Polanco (Santander): “Hallo en su obra frescura y color en todos sus cuadros, y testimonio de no vulgares dotes en usted de escritor de costumbres. Por tanto, y puesto que desea que le imponga alguna penitencia por el pecado de haber metido la pluma en ese terreno, impóngole la de pecar de nuevo hasta encenagarse en ese vicio”.

Afortunadamente no se encenagó en *ese vicio*, en el que seguramente habría llegado a la altura de los ingenios que cultivaron la novela picaresca, ya que era un gran observador de caracteres, y un satírico de primera fuerza; pero era más provechosa la labor que pronto había de realizar en bien de las almas, singularmente de la infancia desvalida.

Concibió el proyecto de redactar un diccionario regional, e inéditos están los primeros ensayos, más desistió de esta empresa, acaso por las dificultades que entrañaba y tal vez por los consejos del mismo Pereda que en la citada carta le disuadía diciendo: “Respecto del proyecto que me comunica de escribir un diccionario y una Gramática del habla de nuestro país, ya me parece harina de otro costal y empeño con vislumbres de temerario”.

Y arrinconó también por fortuna este proyecto; no entraba eso en los planes de Dios.

En su buen humor llegó a hacer *su propia caricatura*, redactada en una cuartilla que se titula: "Retrato a pluma y alfilerazos". Es algo largo y en honor a la brevedad, transcribo únicamente el párrafo siguiente:

"Miradle: es indefinible, aunque su exterior se presta a maravilla a la caricatura. Rostro vulgar y prosáico, cabeza grande, oblonga y jaspeada por las canas, frente rielada, cejas prominentes, ojos no grandes y sote-reños, entrecejo acentuado y nariz chata, labios desiguales y un tanto gruesos, bigote en cantones, barba partida, grueso cuello, ancho pecho y espalda, y el cuerpo todo redondeado y apuntando en obeso. Ni listo ni tonto, ni rural, ni urbano, ni vivo ni posma, ni bueno ni malo, ni adusto ni culto... es en suma un ser ni definido e indefinible, una medianía, algo parecido al agua tibia o a las coplas de Calainos, a la carabina de Ambrosio o a la espada de Carpio"...

Siguiendo por estos derroteros, habría llegado a ser una pluma temible y temida, un satírico original y cáustico.

Dejó ese camino erizado de espinas, secó su pluma en esa clase de trabajos y se asoció con sus sabios compañeros para luchar en la Juventud Católica, que era por entonces en Granada una sociedad cultural muy importante; sus fines eran defender el dogma de la Iglesia, adiestrar a los jóvenes en el arte difícil de la polémica discreta, valiente y oportuna y luchar con éxito frente a frente contra los enemigos del Catolicismo en estos tiempos de liberalismo y desorden moral y material.

Pertenecían a esta Juventud gran número de familias granadinas, las cuales acudían ávidas a oír las conferencias y polémicas que se tenían con frecuencia, no

sólo para formar ambiente de fe, sino como dijimos antes para hacer una juventud estudiosa y aprovechable en ese campo de las luchas, discusiones e investigaciones, tan en boga en estos tiempos de cultura y de progreso (¡¡ !!)

D. Andrés fué a esa Juventud, no a ocupar un sitio materialmente, sino a trabajar y a luchar. Ducho en estas lides y acostumbrado a defender la verdad en la Academia de Jurisprudencia, mucho mejor cooperaría con su palabra, consejos, sabiduría y experiencia a esta Juventud, en la que brillaban por su sabiduría y elocuencia algunos compañeros suyos de nuestra Universidad Literaria.

Vacante a la sazón la presidencia de esa Juventud Católica por enfermedad del sabio y cristianísimo Catedrático de Medicina D. Juan Creus y Manso, fué propuesto por unanimidad para dicha presidencia otro Catedrático joven, batallador, sabio y adiestrado en la polémica y en discutir con los caporales del progresismo triunfante.

Aceptó de buen grado la presidencia, no para cosechar aplausos, que ni los quería y hasta le molestaban, sino tan sólo para hacer el bien y educar a la juventud. “He pasado mucho en mi vida, decía, y no quiero que los demás sigan mis pasos; eduquemos y guíemos a la inexperta juventud”.

A eso fué allí; entonces fué cuando sus amigos y compañeros Brieva, Simonet, Reyes y algunos otros atrajeron a los salones de la Juventud a la Granada estudiosa para oír y aplaudir sus notabilísimos discursos, y entonces fué cuando la masa escolar universitaria se sumó a la Juventud para aprender y ser dirigida hábilmente por su ilustre y sabio Presidente D. Andrés Manjón.

Fué D. Andrés más dado a la polémica, que a los

discursos rimbombantes, y entendió siempre que el hablar *a lo serio* surte menos efecto que si se entremezclan los asuntos *serios* con la salsa y chispa del ingenio (que en él fué siempre muy sabrosa); era conciso en sus discursos y más dado a la síntesis que a la ampliación y repetición de las ideas; le agradaba el sistema de objetar o poner dificultades, porque así se desarrolla la inteligencia, se discurre por cuenta propia y se afirma y lleva la discusión por el camino seguro de la verdad.

Muchos de sus alumnos de la Universidad se inscribieron en la Juventud, y con ellos realizó una hermosa obra durante dos años educándolos, preparándolos y previniéndoles para el porvenir.

Era incansable; raro era el día en que no había conferencia; a unos los enseñaba a redactar para hacerlos periodistas, a otros a hablar para que supieran manejar bien la lengua, a éstos a organizar las masas, a aquellos el modo de educar cristianamente al obrero; de haber seguido en esta hermosa empresa, no hay duda de que la Juventud Católica hubiera sido el gimnasio y la escuela mejor organizada de Granada.

El carácter distintivo de la Juventud era el catolicismo rancio, a machamartillo; allí no cabían los eufemismos y no había otro Capitán que el Papa, a quien todos hemos de seguir ciegamente, cueste lo que costare.

Así lo escribió D. Andrés en uno de sus hermosísimos discursos: “No queréis acercaros al poder ni para ejercerle, ni para obligar al que lo ejerce a hacerlo en bien vuestro, ni siquiera para mermar los abusos del poder y de la libertad, y lo dejais enteramente en ajenas manos?... Pues no os quejéis de las malas leyes, ni de los malos Gobiernos, ni de los males que esas leyes y esos Gobiernos toleren o consientan, porque nada hacéis por evitarlos ni remediarlos, pudiendo.

¿No sabéis el cómo, porque os ciega la pasión de bando?... Pues por cima de la política de bandos, está la política católica, la política del Papa.

¿No obedecéis los mandatos ni secundáis las inspiraciones del Papa?... pues está todo perdido: se acabó la esperanza. Estas Juntas, Congresos y Asambleas servirán para demostrar que los católicos no son católicos más que de palabra, puesto que no siguen al Papa, yendo por el camino que se les antoja y no por el que el Papa les señala.

Hemos de ser soldados y soldados que luchemos en la vanguardia, pero siempre dirigidos por el experto Caudillo del Vaticano, que llamamos el Papa”.

Hasta aquí son palabra de D. Andrés, que transcribo con mucho gusto para que mejor conozcamos el temple de su alma y el espíritu que informaba todos sus actos.

Mi buen amigo D. Adriano Coronel, Abogado y discípulo de D. Andrés, me ha contado que un día tocó a él conferenciar en los salones de la Juventud acerca del *Regium Exequatur*; acudió un público selecto y ávido de oír aquella conferencia, que presidía nuestro D. Andrés; habló elocuentemente acerca de esa materia; varios consocios le objetaron con atinadas observaciones y el Presidente hizo el resumen con la competencia en él característica.

La prensa local hizo la reseña del acto y parece que no sólo no fué exacta, sino que había algo que pugnaba con el espíritu de la Iglesia.

D. Andrés fué al día siguiente a exigir al Director del periódico la rectificación, y parece que encontró alguna dificultad en hacerla, por lo que tuvo que ponerse serio y obligarle legalmente a dicha rectificación, “porque tanto la Juventud como su Presidente nos honra-

mos con el calificativo de católicos y no permitimos que nadie, sea el que fuere, manche nuestro programa”.

Mientras enseñaba en su Universidad y trabajaba como buen soldado de Cristo en la Juventud Católica, acrecían en él los deseos de ser Sacerdote, guardándolos secretamente y no diciendo a nadie ni una palabra de eso que él llamaba “empujones de la gracia”, excepto a su celoso confesor el Jesuita P. Aldecoa, a quien frecuentemente visitaba en los Hospitalicos, cuyo Templo estaba por entonces a cargo de los PP. de la Compañía.

Sin dejar la buena y provechosa amistad de sus sabios compañeros, le era muy grata la soledad y casi a diario paseaba, después de dar su clase en la Universidad, por los barrios extremos de la población.

Notaba en estos barrios un abandono moral y material tan grandes, que no podía concebir cómo en una Capital tan hermosa y culta como lo es Granada, se permitiera tanta suciedad, tanta ignorancia y tan inexplicable olvido; no había en ellos Escuela de ninguna clase; los niños empolvados, sucios y semidesnudos estaban en medio de la calle, cual si fueran cábilas marroquíes o aduares de la India; las mujeres también desarrapadas y con los más vivos síntomas de la miseria, sentadas en los trancos de las puertas, respirando un aire corrompido por las emanaciones pútridas de aguas sucias que corrían por calles sin alcantarillas; las viviendas en cuevas antihigiénicas sin luz y ventilación, hacinándose las familias y confundidas con los brutos animales que con ellos vivían sin la debida separación; todo era abandono y suciedad; el lenguaje grosero, las costumbres tan relajadas, que llegaba a lo indecible, y todo, todo indicaba que así no se podía, ni se debía vivir, después de 19 siglos de cristianismo predicando caridad y amor al pobre.

“Pero, Señor, decía D. Andrés, ¿cómo viven estas criaturas?; ¿qué hacer para remediar tan grandes males?; mala era la Escuela de Sargentos, pero al fin se enseñaba; más aquí, ¿dónde están los Maestros que eduquen?; ¿dónde las Escuelas que eviten tanta incultura?”

El quería poner remedio, sentía ahora con más intensidad que nunca la voz de Dios que le llamaba al apostolado de la niñez abandonada y creyó llegada la hora de hacerse Sacerdote para consagrarse a estos barrios pobres y derramar en ellos los tesoros de su caridad, sabiduría y sacrificio.

Al verle sus compañeros tan ensimismado y abstraído, le creyeron enfermo, y no faltó quien dijera que eran los primeros síntomas de la locura, y se explica, decía, porque después de tanto esfuerzo mental, después de tantas preocupaciones, disgustos, luchas y sinsabores sufridos y sobrellevados en el transcurso de su vida, después de ese loco afán que él siente por los libros, Cátedra y demás aditamentos, ¿qué extraño es que pierda salud, cabeza y vida?...

Y le compadecían y consolaban, procuraban distraerle y hasta se pensó seriamente en casarle, buscándole para ellos las proporciones que mejor podían convenir a su persona y posición, edad y costumbres. Estos tanteos inspirados con muy buena voluntad y con la mira de evitar en él el trabajo abrumador que se imponía, no surtieron efecto alguno, y Dios, que le quería para cosas mayores, le llenó de luz y le señaló el oriente a donde debía dirigir sus miradas.



consiguientes, como se presentan en todas las obras buenas.

¿Sería conveniente, decía él, crear una Escuela en el corazón de esos aduares semimoriscos para educar a la raza gitana?...

¿Tendría yo tiempo, paciencia, dinero y cooperadores para realizar tan hermoso pensamiento?...

¿Sabría vencer los obstáculos que en el camino había de encontrar, ya que la obra es ~~tan peligrosa~~ peligrosa?...

Y estas preguntas y pensamientos le traían en continua meditación, pedía a Dios fuerzas y gracias para llevarlos a la práctica y buscaba la ocasión y momento oportuno para empezar la realización de sus ardientes y suspirados deseos.

Corría el año 1885; dirigía el acreditado Colegio del Sacro-Monte D. José M.<sup>a</sup> Salvador y Barrera, más tarde Obispo de Tarazona y Madrid y luego Arzobispo de Valencia.

Había oído hablar muy encomiásticamente del Catedrático D. Andrés Manjón, del celo desplegado por él en la Juventud Católica, de las batallas y triunfos que había obtenido en defensa de las buenas ideas y de su cultura y talento demostrado en cien ocasiones.

Sería una verdadera adquisición para el Sacro-Monte una persona de tal valía, se dijo el Sr. Rector, y esperaba la ocasión propicia para nombrarle Profesor de aquel Colegio Sacromontano.

El Real Decreto de 18 de agosto de 1885 redactado por D. Alejandro Pidal, Ministro de Fomento, favorecía la enseñanza libre, y a esto obedeció la creación en el Sacro-Monte de una Facultad completa de Derecho, cuyos estudios habrían de empezar en breve plazo; para el desempeño de las Cátedras se escogió a varones doctos de la Capital, y entre ellos figuraba D. Andrés Man-

jón, nombrándosele Catedrático de Derecho Canónico en 23 de octubre de 1885.

Aceptó de buen grado el nombramiento, no movido por el interés económico, del que no tenía necesidad alguna, sino porque creía encontrar la ocasión oportuna de educar a los gitanos o agitanados del pintoresco Camino de Valparaíso; no por el afán de vanidades mundanales, que él siempre despreció y abominó, sino por el deseo de hacer mayor bien, pues Dios le quería para cumplir una altísima misión en aquel campo tan bien preparado por su admirable providencia.

Veámosle subir a diario por aquellos vericuetos; estudia el carácter de la raza gitana, pregunta con verdadero interés la vida y costumbres de aquellas tribus semisalvajes y sueña por el suspirado día de remediar tan lamentable abandono.

Si en la Universidad se captó las simpatías de Profesores y alumnos por su competencia, laboriosidad y trato delicado, en el Sacro-Monte ocurrió lo mismo, y muy pronto aquellos señores Capitulares y Maestros vieron en D. Andrés al Maestro ideal, al docto catedrático y al íntegro y bondadoso caballero que predicaba virtudes con la palabra y con el ejemplo. Todos mostraban su satisfacción y contento por el nombramiento tan acertado que aquella Santa Casa había hecho en provecho propio y de D. Andrés.

El subir todos los días al Sacro-Monte, el respirar aquel ambiente de paz, silencio, oración y apartamiento del mundo; la contemplación de la vida sacerdotal vista de cerca; el trato diario con Sacerdotes sabios y ejemplares, etc., etc. le sirvieron de despertador en su alma de santos y nobles pensamientos y renació con santa violencia el deseo de ordenarse.

“¡Si yo me ordenara, decía D. Andrés, y pudiera vi-

vir en esta Santa Casa de educación, sería el más feliz y dichoso de los hombres!”

D. Andrés vivía en Granada en la calle de la Alhóndiga con su inseparable amigo y compañero D. José Alonso; con él paseaba a diario, comunicándose mutuamente sus impresiones, pero más reservado que nunca, le extrañó a aquel su mutismo, así como a los demás amigos, los cuales sentían sus males, cual si ellos mismos los padecieran.

—¿Pero qué te pasa Andrés?; ¿estás enfermo?

—No me pasa nada; gracias a Dios, hoy por hoy tengo salud.

—¿Es que te vas a casar y lo estás pensando?

—Aunque esos son vuestros deseos, los míos son enteramente contrarios; no he nacido para el matrimonio.

—¿Pues entonces a qué obedecen tu mutismo y preocupación?

—Ya os diré en momento oportuno lo que pienso y maduro seriamente.

Ellos temían por su interesante salud, y, como dijimos antes, sospechaban que el exceso de trabajo mental le harían perder salud y cabeza.

Cuando el año 1880 vino a Granada a explicar su Asignatura, lo primero que hizo fué presentarse al señor Arzobispo, que era entonces el sabio y santo D. Bienvenido Monzón y Puente; le manifestó sus arraigadas creencias y la vocación que siempre sintió a la enseñanza y se ofreció a él como Catedrático y como católico batallador.

El Prelado aceptó sus ofrecimientos, le preguntó con interés por los principios de su Carrera, y al decirle que había sido seminarista y que cursó en Burgos la Teología, le contestó: ¿y por qué no se ordenó usted D. Andrés?

—Porque Dios no quiso; después en el transcurso

de mi vida lo he pensado muchas veces, ese pensamiento es huesped de mi alma, y en mí vive a todas horas, pero no me atrevo.

—¿Cómo, repuso el Sr. Arzobispo, así discurre un Catedrático de Cánones?...; indigno del Sacerdocio es todo hombre, y aún los mismos ángeles lo serían, si pudieran ordenarse; pero Dios es misericordioso y suple con su gracia y bondad infinita lo que la pequeñez y malicia de los hombres da de sí. Usted se ordenará, *después que yo muera*, y usted hará *un bien muy grande* a la Iglesia y a Granada, porque Dios lo quiere.

Esta conversación que sostuvo el año 1880 con don Bienvenido Monzón la recordaba a todas horas y no había para él un solo día en que no le pareciera oír aquellas palabras del Prelado: “Dios lo quiere”.

Y si Dios lo quiere, diría D. Andrés en sus soliloquios, ¿por qué yo no he de querer?

Todo esto no era otra cosa que el llamamiento de Dios, certeros golpes de la divina gracia y los primeros pasos de su ordenación sacerdotal.

Corría el año 1885; Granada estaba de luto; el cólera se cebaba en sus habitantes causando espantosa mortandad; los que pudieron ausentarse de la Capital lo hicieron inmediatamente y muchos de los que, por razón de su ministerio, tuvieron que asistir a los coléricos, fueron víctimas de la peste, y entre ellos se encontraba D. Bienvenido, que se fué al cielo el mismo día en que había de marchar a Sevilla, de cuya Diócesis había sido nombrado Arzobispo y Pastor.

D. Andrés sintió en el alma la muerte del Prelado, porque le tenía muy grande afecto y admiraba en él sus virtudes y méritos extraordinarios, y con este triste motivo recordaba la conversación que con él sostuvo y aquel su “Dios lo quiere”, que no se podía borrar de su memoria.

—Ea, dijo D. Andrés, pues si Dios lo quiere, yo también lo quiero; voy a ordenarme, seré Sacerdote, trabajaré *sicut bonus miles Christi Jesu*, haré gozar a mi santa madre y a mi bondadoso tío, y tal vez intente educar y mejorar a la raza gitana, pues la sotana da más autoridad y gravedad que la levita del Catedrático.

Descorrió el velo del silencio a sus compañeros, les manifestó su noble y anhelada decisión de ser sacerdote, y les anunció la proximidad de tan fausto acontecimiento.

Unos le censuraron, otros le aplaudieron, algunos le compadecieron, “porque iba precipitadamente por el camino de la locura”; y todos se extrañaron grandemente de lo que ellos llamaban repentina y no bien meditada resolución.

—¡Pero si sabéis que este pensamiento viene persiguiéndome toda la vida!; ¿a qué vuestra extrañeza?; si no tengo vocación al matrimonio y oigo la voz de Dios que me llama al Sacerdocio, ¿por qué no abrazarle?

—No importa, espera un poco más.

—Mirad, no me aflijáis, no espero más, está más que pensado, lo sabe el Prelado que me ha de ordenar, el Sr. Rector de la Universidad a quien he pedido permiso, para ausentarme de la Cátedra durante 8 días, ahora la sabéis vosotros y mañana, (que es 25 de marzo y día de la Encarnación), voy al Seminario a hacer Ejercicios Espirituales “porque Dios lo quiere”. Y no os digo más.

Sus compañeros se extrañaron grandemente, y como ya no había remedio, acordaron por unanimidad hacerle un homenaje espontáneo el día de su ordenación, que ya estaba muy próximo; le compraron el traje talar, que fué *el único bueno* que llevó durante su vida sacerdotal, habían de acompañarle colectivamente a la Universidad ya revestido de sotana y manteo y oír en su clase la primera lección de ordenado *in sacris*.

D. Andrés hizo sus ejercicios; aun viven algunos Sacerdotes que con él los hicieron y todos afirman que quedaron edificados del fervor, humildad y exactitud que mostró durante los 8 días, a pesar de su posición, edad y prestigio.

El Prelado de Granada D. José Moreno Mazón le ordenó de Menores y de Subdiácono el 4 de abril de 1886, teniendo la dicha de vestir la honrosísima sotana de Sacerdote, que llevó siempre con la veneración y respeto del Sacerdote Santo.

Presenciaron su ordenación gran número de sus compañeros universitarios, muchos de sus alumnos y un público heterogéneo que comentaba muy sabrosamente el acto realizado por este Catedrático singular.

Siguió viviendo como antes en la calle de la Alhóndiga en comandita con D. José Alonso, y al día siguiente, reanudó su vida académica, yendo a clase, acompañado de sus inseparables amigos.

Cuando se presentó en la Universidad *sin bigote ni levita* y sí con el traje talar, estalló en el patio principal de nuestro primer Centro docente una ruidosa salva de aplausos y vítores al *Catedrático santo*; él, en medio de gran emoción y confundido por aquella espontánea manifestación de simpatía, entró en clase, a la que asistieron buen número de Profesores, y explicó según costumbre la lección correspondiente.

Como había expectación por oírle, al terminar sólo dijo estas palabras: “soy el pobre pecador de antes vestido con traje talar y el mismo Profesor de ayer, que aprobará al estudioso y suspenderá al ignorante. Pidán mucho a Dios por mí para que acierte a ser un Sacerdote santo”.

En vísperas ya de su ordenación sacerdotal y para que mejor se vea el espíritu que le anima, voy a publicar unas cartas íntimas de gran valor que él escribió en

aquellos días memorables a su hermana Sor Justa, comunicándole la decisión que acaba de hacer.

## XV

### CARTAS DE DON ANDRÉS A SU HERMANA SOR JUSTA CON MOTIVO DE SU ORDENACIÓN

Quien conociera a D. Andrés a fondo, podrá apreciar sus virtudes extraordinarias, el amor intenso que tenía a Nuestro Señor, los dulces coloquios que con Él tenía a todas horas y los vivísimos deseos que siempre tuvo de consagrar su vida a trabajar por extender su gloria.

Durante muchos años le acompañé y viví con él, y cuando íbamos solos por la calle y nadie nos interrumpía, ponía un texto de la Sagrada Escritura, me lo hacía traducir y después decía: “Vamos a sacar jugo a ese texto, y así aprenderemos a mejorarnos y a discurrir por cuenta propia”.

Yo ¡pobre de mí! estaba seco y nada podía sacar, pero él se extasiaba hablando de Dios, discurría como discurren los Santos e iba deduciendo consecuencias y formando resoluciones prácticas para él y para mí.

Pero en donde abría los tesoros de su corazón y en donde mejor podemos conocer los quilates de su virtud, fué en las miles de cartas que escribió, las cuales revelan gracejo, jugo espiritual y espíritu apostólico. ¡Ojalá pudiera coleccionarlas todas y hacer una numerosa edición de las misma para solaz y edificación de los lectores!

Con motivo de su ordenación sacerdotal escribió varias, a unos consultando el gran paso que iba a dar, a

otros participándoles su ingreso en la vida clerical y a su santa madre y tío D. Domingo anunciándoles que “muy en breve le verían sin bigote y revestido con la honrosa sotana de Sacerdote”.

Las que están más llenas de fervor, son algunas que escribió a su hermana Sor Justa, que transcribo a continuación.

No cesaba de pedir oraciones a los amigos y personas consagradas a Dios, para que pudiera ser un digno Ministro del Señor, y en aquellos días felicísimos sintió más que nunca los dulces toques y consuelos de la divina gracia.

A la Rvda. Madre Abadesa de Sta. Clara (Burgos) escribió: “Encomendemos un asunto que traigo entre manos muy relacionado con la vida eterna, a Dios, que es gobernador y Médico de almas y cuerpos; y reciban usted y toda esa Comunidad el testimonio de mi consideración y respeto”.

He encontrado una carta de su antiguo amigo el P. Castresana, en la que éste se alegra con él de ser ya Sacerdote: “Por fin, dice el Padre, por fin te venció y derribó la gracia del Altísimo; lee, medita y rumia bien en los Hechos Apostólicos la caída y levantamiento de S. Pablo, y procura ser tú un Apóstol de los gentiles de hoy, que son tan ciegos e ignorantes como aquellos a quienes predicó y evangelizó el Apóstol.

Soy el que fué, y espero que tu seas el que fuiste; aquí me tienes; ¡con cuánto gusto te daría un abrazo y besaría tus  consagradas!

Pide a Dios por mí, como yo lo hago por tí.

Tu compañero y entrañable amigo.

*S. Castresana, S. J.*

Como ésta hay otras varias, pero ninguna llega a las que a continuación copio sin añadir ni quitar nada de ellas.

SE ORDENA DE SUBDIÁCONO

“Universidad de Granada.—Facultad de Derecho 26 de Febrero 1886.

Querida hermana: Pienso ordenarme de Diácono para la segunda semana de Cuaresma.

Agradezco tus oraciones, comuniones y buenos deseos. No desistas, que lo necesito y pido con mucha intensidad.

Ahora conténtate con la adjunta de Santa Teresa, monja sabia y santa, muy digna de ser leida, y más de ser imitada y puesta por intercesora para obtener favores de Jesús, de quien estuvo en la tierra enamorada.

Sigo contento con el nuevo estado, y si Dios me tratara con el regalo de estos días de boda y tornaboda, sería para conmigo excesivo en sus misericordias.

Ayúdame a darle gracias, que nada puedo yo darle, sino lágrimas por mis culpas pasadas.

Amemos, amemos mucho, cada día más, cada vez mejor, con mayor fe, esperanza y sobre todo caridad, hoy que ayer, y mañana que hoy; que tal es la escala del cielo, y nada menos exige el estado que hemos abrazado. Amemos en todo como niños a sus padres, de cuyo lado no aciertan a desprenderse, en cuyo regazo quieren estar siempre, y de cuyos pechos se cuelgan llorando, y en cuyos brazos reposan tranquilos durmiendo.

Porque parvulillos somos, mimados de Dios, pendientes en todo momento del apoyo de sus manos y apegados a sus pechos como los corderillos a  de las madres.

Da mis recuerdos a todas esas Religiosas; oraré por ellas, puesto que lo que hacen por mí; hoy por hoy todos somos monjas (porque era Subdiácono); antes de un mes espero ganarlas el pleito (porque sería Diácono).

Tuyo en Cto.

*Andrés*

SE ORDENA DE DIÁCONO

Granada 20 de Marzo 1886.

Querida hermana: Soy Diácono, esto es, me falta un banco para subir al altar, a ser Sacerdote del Altísimo, dignidad mayor que la angélica, que exige una pureza y santidad no menor, y de la cual me hallo ¡ay! tan distante.

Entre las bondades y misericordias de Dios, la que ahora me sobrecoge y admira, es el dignarse tener ministros tan indignos como yo de su Santo Altar y cargo.

De aquí a Trinidad (que antes no habrá órdenes) pídele que prepare este su vaso, santifique esta su alma, dignifique a este pecador y purifique cuanto haya en mí de menos recto y puro, para que, ya que no dignamente (porque esto no es posible), siquiera de una manera algo menos indigna, me pueda acercar al lugar del tremendo y augusto Sacrificio del Cuerpo y Sangre del Hijo de Dios.

Durante los 10 días (incompletos) de ejercicios, he tenido salud completa, gran sequedad y despego en un período, jugo y devoción en otro, día y medio de tedio y de tristeza con desolación, y al fin, que es hoy, regalos y cariñosos abrazos del Divino Esposo de nuestras almas, a quien he recibido bajo las formas de pan y vino, y he pedido que te haga una santa.

Por los libros se aprende a probar que Dios está en este Sacramento, pero bien vale una Comunión por todos los libros, para sentir y conocer por aprehensión y como contacto lo que allí hay; y diera yo por una chispa de su amor y un rayo de su luz todo el amor de las criaturas y toda la ciencia de los hombres. Entre todas las devociones te recomiendo la del Santísimo, porque en El está el foco del amor divino, como si dijéramos,

el hogar del rescoldo de la caridad permanente que Cristo dejó a su Esposa la Iglesia, cuya alma la forman todas las almas santas. En realidad, comulgar con fe viva, esperanza firme y caridad ardiente, y no sentirse transformado, mejorado, deificado y como prendado del Amor de los amores, que es el del Salomón divino, no suele suceder sino para grande prueba.

Puesto que estas cartas tienen carácter de intimidad tal, que a sólo el confesor se diría lo que en ellas te escribo, te ruego seas discreta, ya que yo no sepa serlo, y las léas tu sola, que para tí las escribo; a fin de que me ayudes en esta grande obra de la santificación propia, que más tarde habrá de servir *para instrumento de la ajena*, si Dios quiere consumir lo comenzado.

Vamos al cielo, hermana mía que mamaste de los mismos pechos y vuelas con las mismas alas de la fe y de la esperanza, vamos arriba auxiliándonos, socorriéndonos y confortándonos con oraciones continuas, exhortaciones y buenos ejemplos, que no pueden llegar de uno a otro, sino por cartas.

Tuyo en Cto.

*Andrés*

#### EN VÍSPERAS DE SU ORDENACIÓN SACERDOTAL

Querida hermana Justa: Salud y gracia en la paz de Dios.

Día de Pentecostés, 1886.

He recibido tu última, participándome tu enfermedad, que no calificas, y te escribo estas dos letras (aunque en ejercicios) para desearte salud, si te conviene, ánimo fuerte y constante en la resignación, y grande, alegre y generosa conformidad con cuanto Dios quiera hacer de tí.

Con esta disposición no te apure la ausencia del coro,

que los ángeles hacen coro a las almas nobles que se ofrecen a Dios rendidas sin reservas ni peros de género alguno.

Voy a ser Sacerdote; ora por mí: yo por tí, y cuando te vea (que espero verte), ya habré ofrecido alguna Misa por tí.

Dios te dé un regalado abrazo de amor, para que sepas amarle como a Esposo y Dueño.

*Andrés*

### EL DÍA GRANDE

Mi hermana Justa S. y G.

Granada, 20 junio 1886.

Ayer me ordenaron de Sacerdote, el 16 fuí nombrado Canónigo por oposición, del Sacro-Monte, extramuros de esta Ciudad, y me estoy preparando para la primera Misa, que será , cuando terminados los exámenes, pueda con alguna tranquilidad hacerlo. Ora por mí a Dios, cuyos favores no podré jamás agradecerle, para que con manos y corazón puro pueda ofrecer el Santo Sacrificio, cuya grandeza y majestad pasman y abruman.

Dios te sane y salve llevándote a su gloria, donde por siempre cantemos inundados de gozo sus alabanzas. Amén. Tu hermano

*Andrés*

Ya está ordenado de Sacerdote, y ya se cumplieron y vieron satisfechos los anhelos de toda su vida, gozando tanto, que le parecía, según expresó en una de sus cartas, un exceso de bondad y misericordia del Señor para con él.

Y si sus goces y satisfacciones fueron muchos, los de su santa madre fueron indecibles, al enterarse que su hijo era ya Sacerdote.

“Suspiré, dijo, por este día, no quería morirme sin verle, y ahora sé que puedo ofrecer a este hijo mío a la bendita Virgen del Pilar”.

Toda la familia deseaba oír su primera Misa; Sor Justa pretendió que la celebrara en el Convento de Santa Clara; los compañeros de Granada querían dar al acto extraordinaria solemnidad; y D. Andrés, deseando huir de todo aparato y vanidad mundana, contesta a unos y otros que aún no ha decidido el día y templo de su celebración.

A su hermana le escribió diciendo:

Querida hermana Justa: S. y G.

Recibo la tuya del 3, y respecto al aviso que me pides si pienso ir a esa a cantar la primera Misa, no sé qué decirte; probablemente en Sargentos no será; aquí probablemente tampoco; y si ahí pensara ir, no sería para *cantar*, sino para *rezar la primera Misa*. Con tal que pueda disponerme un retiro para acto tan tremendo y santo, y después no me quiten atenciones humanas el trato con Dios, siquiera por 24 horas, en cualquier rincón estaré bien, y cuanto menos conocido mejor. No te preocupes, pues, de eso, sino de pedir a Dios que nos llene de su espíritu, infundiendo en nuestras almas una chispa siquiera de su inefable amor.

Con expresiones a esas hermanas, a quienes Dios santifique en toda obra perfecta, me mandas como a hermano y ministro de Dios.

*Andrés*

Por estas cartas se ve la grandeza de su alma, los propósitos que le animaban y los consuelos que sentía en su noble corazón.

Y por ellas puede conjeturarse los frutos que más tarde había de cosechar, dada tan excelente preparación,

y el celo tan apostólico que sentía por la gloria de Dios y santificación de las almas.

D. Andrés entraba en la Iglesia por la hermosa puerta de la vocación, estaba formado en la vida de abnegación y sacrificio y sabía perfectamente que ascendía al Sacerdocio, no para descansar y gozar las dulzuras de una vida cómoda y tranquila, sino para abrazarse con la cruz de mayores trabajos que los sufridos en su Carrera, y para consagrarse de lleno al bien de los pobres, como más adelante veremos.

Podemos afirmar sin exageración alguna que D. Andrés, ordenado de Sacerdote, no perdió un minuto de tiempo, pues solo así pueden explicarse los trabajos y obras que realizó por espacio de 37 años.

En él se cumplió al pie de la letra aquellas palabras de la Santa Escritura: “Zelus domus tuae comedit me”. “Dum tempus hebemus, operemur bonum”.

## XVI

### ES NOMBRADO CANÓNIGO Y CELEBRA SU PRIMERA MISA

Cuanto más subía al Sacro-Monte, más acrecían en él los deseos de vivir en aquella Santa Casa de estudio, oración, enseñanza y recogimiento.

Allí, lejos del mundanal ruido, podría organizar una Obra que sentía en su corazón y no acertaba a darle forma: allí, unido más íntimamente con Dios por medio de la diaria meditación, estaría más desligado de las cosas del mundo y dedicarse con más libertad a hacer el bien; y allí, libre de prejuicios y preocupaciones, se consagraría por completo a cumplir en todo la voluntad de Dios, que es el medio más seguro y eficaz de escalar la santidad.

Ordenado de Subdiácono, se anunciaron en aquella gloriosa Abadía Sacramontana cinco Canongías, que habían de proveerse por oposición; cruzó por su mente lo que él llamaba *atrevida idea* de hacer esas oposiciones; los amigos procuraban disuadirle de tal propósito, porque temían por su salud, quebrantada en fuerza de tanto trabajo mental; no faltando alguno que le calificó de ambicioso, por aspirar a otro sueldo, cual si no tuviera bastante con el que disfrutaba en la Universidad granadina.

Consultado el caso detenidamente ante Dios, se decidió a firmar dichas oposiciones, y ya tenemos otra vez a nuestro recién ordenado envuelto entre pergaminos, repasando y recordando las difíciles cuestiones de la Teología y el Derecho, ejercitándose en el manejo de la Lengua Latina y exponiendo su salud y vida para entenderse con Sacerdotes sabios y duchos en estas lides literarias.

Se ordena de Diácono, explica su Asignatura sin faltar a clase un solo día y, terminados los exámenes en la Universidad, sube al Sacro-Monte, actúa brillantemente como consumado canonista y por unanimidad es propuesto para ocupar el segundo lugar de las cinco Canongías vacantes, obteniéndolas al mismo tiempo sus sabios coopositores D. Antonio Montes Sánchez, D. Hilario García Quintero, D. Francisco Sánchez y Sánchez (hoy Abad de la Colegiata) y D. Nicolás Sánchez Diezma Bachiller, todos Sacerdotes de gran valía.

¡Cómo la Divina Providencia va ordenando las cosas!

Ya tenemos a D. Andrés en el Sacro-Monte; sólo faltaba que se ordenara de Sacerdote y celebrara su primera Misa para completar y terminar lo que podríamos llamar su vida de formación, y empezar después la vida de apostolado.

Desde que vino a Granada y conoció el hermoso rin-

cón del Sacro-Monte, suspiró por él, y cuando se vió Canónigo de aquella Colegiata, gozó más que en toda su vida, porque había encontrado el ideal que con tanto afán buscaba.

Terminadas las oposiciones, hace los Santos Ejercicios con ejemplar devoción y recojimiento, edificando a los que con él los hicieron, y el día 19 de junio del año 1886 es ordenado de Sacerdote para gloria de Dios y provecho de las almas.

Aun sigue en Granada algunos días completando la labor del curso en la Universidad, ordena y prepara su futura celda de Canónigo y poseído de un indecible gozo marcha a Burgos, en donde visita a su hermana Justa y le cuenta las intensas emociones con que el cielo le visitó en los días de su ordenación.

“¡Ay, hermana mía, cuán bueno es el Señor para conmigo!; mira cómo El en su infinita misericordia me ha conducido como de la mano y llevado por los caminos de su gracia hasta hacer de mí un Ministro suyo, aunque indigno y sin merecimientos de ningún género; todo es obra suya; nada es mío”.

Aunque la hermana y la Comunidad que ella entonces dirigía instaron a D. Andrés para que celebrara allí su primera Misa, no lo pudieron conseguir, porque decía que en Burgos habría el peligro del ruido y vanidad mundanas que en Granada, mientras que en Sargentos estarían él y la familia mucho más tranquilos y Dios sería mejor servido.

Anunció oportunamente su llegada a Sargentos; salió el pueblo en masa a recibirlo, las campanas y campanillos volteaban alegremente y la alegría y el contento se dibujaba en el rostro de todos los sargentinos, al ver al nuevo Sacerdote, ya Canónigo, al par que Catedrático.

Todos gozaban con indecible gozo, pero ninguno tan-

to como *la señora Sebastiana*, su santa madre, la cual no pudo articular palabra por la profunda emoción que sentía, al ver al hijo a quien tanto amaba, contentándose con besar sus manos y regarlas con sus lágrimas.

Lo mismo que a la madre, ocurría al venerable don Domingo, que lloraba como un niño abrazando a su sobrino, y repitiendo sin cesar: “¡Gracias a Dios, gracias a Dios!”

D. Andrés que tenía un corazón tierno, apenas podía hablar, a todos saludaba bondadosamente y a todos suplicaba que pidieran a Dios por él para que fuera un Sacerdote santo.

¡Qué escena tan tierna y qué recuerdos tan consoladores!

Y si la primera entrevista fué de tan intensa emoción, ¿qué pasaría al día siguiente, que era el 5 de agosto de 1886, fecha fijada por él para celebrar su primera Misa?

Quiso D. Andrés, que ese día grande, el más grande de su vida lo pasara en Sargentos, su patria chica, y que fuera en una fiesta de la Virgen, cual es la de las Nieves, patrona de su pueblo. Su madre le había ofrecido a la Virgen del Pilar, cuando fuera Sacerdote; hoy es el hijo Sacerdote que ofrece a Dios por vez primera el Augusto Sacrificio, y él mismo se ofrece al Señor para ser todo suyo y consagrar su vida a trabajar por su gloria.

Muy de mañana fueron a la Iglesia Parroquial madre e hijo, su tío D. Domingo y algunos más de la familia, y allí *sin ruido ni voces*, a lo pobre, sube al Altar por primera vez nuestro venerable D. Andrés, todo emocionado, con las lágrimas en los ojos, con el corazón lleno de gozo y como preso y ligado por las cadenas amorosas del agradecimiento que sentía a Nuestro Se-

ñor por las misericordias y bondades que con él había tenido.

Su madre, la señora Sebastiana, estaba en sitio preferente hecha un mar de lágrimas y viendo aquel su hijo, ya Sacerdote, ofreciéndole de nuevo a la Santísima Virgen.

Su tío le ayudó la Santa Misa, y apenas si podía articular palabra, porque la alegría santa de que se hallaba poseído, le hacía estar como fuera de sí, y no sabía qué hacer ni qué palabras pronunciar.

D. Andrés celebró la Santa Misa con gran fervor y devoción, redobló en el altar los propósitos que ya tenía formados de consagrarse totalmente a Dios, se confirmó más y más en los proyectos que tenía de mejorar la condición de la raza gitana y prometió al Señor vivir pobre y abrazado al sacrificio, a pesar de su envidiable posición de Canónico y Catedrático.

Dió la Sagrada Comunión a su madre y demás familia, intentó hablar y no pudo, porque las lágrimas se lo impidieron, y al terminar, ayudó la Misa a su tío y dió gracias fervorosas al Señor, por haberle dejado llegar a este hermoso e inolvidable día, que sería sin duda alguna el principio de su apostolado.

Graciosa y ocurrentemente recordó los días de su niñez, las peripecias de su primera educación, los trabajos y bochornos sufridos en su larga Carrera y al fin los consuelos con que Dios le regalaba, sólo por su bondad.

Refirió a todos los encantos de Granada, la hermosura de su cielo, sierra y vega, la santa y provechosa soledad del Sacro-Monte, y dejó entrever sus proyectos apostólicos que casi ninguno comprendió.

Aconsejó y rogó a su madre que se fuera con él a Granada, en donde estaría muy contenta, y bien servida, pues allí encontraría piedad, muchas y buenas

amigas y cuanto necesitara para vivir en paz y en gracia de Dios.

—No, hijo mío, dijo ella, acostumbrada a vivir a lo pobre en esta pobre tierra, aquí quiero morir y aquí deseo que me enterréis; me basta, hijo mío, con que me encomiendes al Señor y que a diario me tengas presente, cuando celebres el Santo Sacrificio.

Pasó unos días al lado de la familia y regresa a Granada nuevamente para tomar posesión de su Canongía, como lo hizo el día 12 de agosto de dicho año 1886 en compañía de sus cuatro dignísimos compañeros, en medio de franca alegría y acompañado de gran número de Catedráticos de la Universidad.

Distribuyó un originalísimo recordatorio de su primera Misa y toma de posesión de la Canongía, el cual era una humildísima estampita, en la que aparecía un símbolo de la Eucaristía, y al pie de ella, escrita de su puño y letra, esta inscripción: "Memento mei in memento Misae".

Ya en el Sacro-Monte empieza a amoldar su vida a aquel ambiente de oración y recogimiento, y aunque a diario baja a Granada para explicar su Cátedra, una fuerza interior le atrae a aquel santo retiro y allí madura el plan que muy en breve ha de realizar para gloria de Dios y bien de las almas.

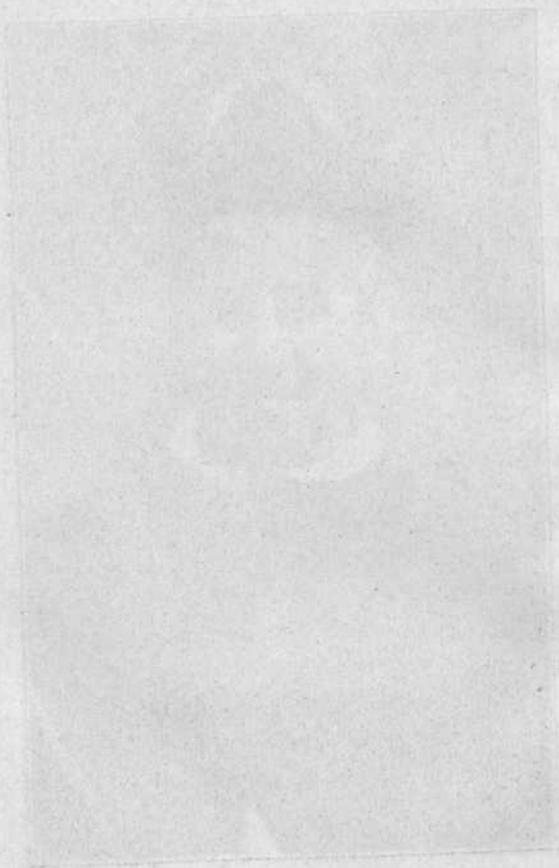
## XVII

### LOS PROYECTOS APOSTÓLICOS DE DON ANDRÉS

El Sacro-Monte, por lo que tiene de alejamiento del mundo, más parece Monasterio de monjes de vida penitente y austera, que Colegiata de Canónigos y Casa de Educación; y por esto, los que tienen la dicha de vivir



D. Andrés Manjón, Canónigo del Sacro-Monte



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

allí, pueden, si les place, optar por una de las dos vidas o por las dos conjuntamente.

D. Andrés tenía grandes, grandísimos deseos de huir del mundo y del ruido y consagrarse sola y exclusivamente a Dios y hacer el bien por El. Había estudiado mucho, había escrito y trabajado incansablemente en el estadio de la prensa; su inteligencia estaba repleta de ideas sanas y bien digeridas y él no ignoraba, ¡cómo había de ignorarlo!, aquella hermosa sentencia de un gran Doctor de la Iglesia de que “ciencia sin virtud, es lo mismo que perlas preciosas arrojadas en hediondo muladar”, y por esto se abrazó siempre con los libros y con la virtud para formarse bien y poder más tarde desarrollar con fruto abundante el plan que poco a poco iba madurando delante de Dios.

“El Sacro-Monte, ha dicho un escritor, ha sido la turquesa en que se formó la piedra preciosa que lleva por nombre *Andrés Manjón* y la concha en que se cuajó la perla que se llama “Escuelas del Ave-María”.

La vida sacerdotal de D. Andrés Manjón y sus Escuelas del Ave-María son dos zonas que corren paralelas, pero que deben historiarse por separado, aunque muchas veces aparezcan confundidas”.

Y esa vida sacerdotal tan fecunda en buenas obras y sus beneméritas Escuelas se levantaron majestuosas y con fulgores de luz celestial en aquella Santa Casa y al calor del Sagrario, que fué para él su esperanza, consuelo y fortaleza.

¿Pero cómo D. Andrés, decían sus antiguos compañeros, va a atender debidamente sus dos cargos, él que es tan escrupuloso y tan buen cumplidor de su deber?; ¿qué va a hacer con tanto dinero?

D. Andrés no faltó nunca al coro y cátedra del Sacro-Monte, si no es por enfermedad o ausencia obligada, y ni un solo día dejó de explicar su Cátedera en la

Universidad, a la que bajaba diariamente, lloviera o nevara, hiciera sol o frío.

Y cuando a los dos años surgieron las Escuelas del Ave-María se centuplicaron sus obligaciones y a todas atendía con suma diligencia.

Y en cuanto al dinero que ganaba podemos afirmar que, nunca puso en él su corazón, sino que le reunía “para devolverlo a la sociedad de la que *indebidamente y sin merecerlo* lo recibía” (son palabras suyas).

Fué D. Andrés un enamorado de la Eucaristía, y ahora, que vive en el Sacro-Monte, Casa eucarística por excelencia, acrece en su fervor en tal forma, que no pudiendo contenerlo dentro de su corazón, desea que todos los hombres ardan en ese amor que santifica, y escribe aquel hermoso libro titulado “Visitas al Santísimo”, en el que derramó a manos llenas los tesoros de su ciencia eucarística, y las llamas de amor que ardían en su corazón de Sacerdote eucaristizado.

Ordenó su vida al reglamento del Sacro-Monte, y así lo vemos levantarse a las cinco de la mañana en todo tiempo para hacer ante el Sagrario una hora de fervorosa oración mental; así alimentada y preparada el alma, celebraba a continuación la Santa Misa, que nunca omitió, si no es por enfermedad o prescripción facultativa; asistía al coro con puntualidad y, terminado éste, estudiaba la lección que había de explicar a aquellos seminaristas y a los estudiantes universitarios; daba clase de 10 a 12, explicando con verdadera vocación la Teología Moral, y no sólo explicar, sino aplicar esos conocimientos a la vida práctica con la mira de formar excelentes confesores y Sacerdotes santos. ¡Quién no se acuerda de sus “Casus conscientiae” celebrados de todos y consultados por muchos!

A las 12 comía el pan de los pobres, como pudiera comerlo un jornalero; los que le vieron comer, repre-

díante su excesiva frugalidad y a todos contestaba: “sobra con la que me ponen; se come demasiado”. Y si alguna vez le ponía algún extraordinario, lo devolvía sin probarlo y reprendiendo al autor de la fineza.

A las 2, subido en su borrica blanca, bajaba a la Universidad a explicar la clase de Derecho, y como dije antes, jamás y por ningún pretexto, la omitió, amargándole la vida, cuando le decían que no había clase por esas nimias razones que los estudiantes inventan para alcanzar un día de huelga, que a veces suman semanas y meses.

“Mientras bajaba, decía él, ordenaba las ideas que había de explicar, y cuando subía, estudiaba los caracteres de la raza gitana, el abandono incalificable en que vivía y el remedio para tan grandes males”.

Por de noche iba con sus compañeros a hacer ante el Sagrario media hora de oración mental y a rezar el Santo Rosario, que era, después del Santísimo, su devoción predilecta.

Y así pasó su vida entremezclando oración y trabajo, estudio y contemplación; mejor dicho, así no, porque dos años más tarde, desde el año 1888 en que nacieron las Escuelas del Ave-María hasta el 1923, en que subió al cielo, apenas si dormía, pues de día cumplía con su doble deber de Canónigo y Catedrático, y de noche escribía libros, despachaba su numerosa correspondencia, resolvía las múltiples dificultades que en la Obra se presentaban y muchas veces amanecía en su mesa de trabajo rendido, fatigado y dispuesto a empezar el día para seguir trabajando.

Los que pudimos observar de cerca los trabajos de D. Andrés, nos admiramos de tanta actividad y no se pueden explicar sin una fuerza sobrenatural que le sostenía y conservaba para bien de los prójimos.

Los que creyeron que buscaba en la Canonjía el des-

caño y el dinero, ahora ven con sus propios ojos que es todo lo contrario, pues el trabajo aumenta y el dinero que con una mano recibe, con la otra lo entrega generosa y gustosamente al pobre, al desvalido y al necesitado.

Aun los que temían por su salud, se equivocaron, pues el aire sano de la montaña, el aislamiento del mundo, el mismo trabajo intensísimo que pesaba sobre sus hombros, la vida de mortificación voluntaria que las circunstancias le imponían, todo eso parece que le fortalecía y su salud fué completa hasta tres meses antes de su santa muerte, salvo ligeras y pasajeras indisposiciones.

Y es que Dios todo lo ordena sapientísimamente a sus fines, excogita los medios más aptos, y a veces se vale de lo que el mundo reputa como inútil y enfermizo para conseguir esos fines.

Tal ocurrió con D. Andrés; fué un instrumento de Dios; El le quería para que restaurara la Pedagogía y fuera el Apóstol de la niñez en los siglos XIX y XX; y no le importa para nada ni la humildad de su linaje, ni el qué dirán de los amigos, ni su quebrantada salud, ni nada de lo que el mundo reputa como bueno y apreciable.

“Dios escoge a los débiles para confundir a los fuertes”; y este hermoso pensamiento lo verá confirmado el curioso lector, si lee lo que a continuación se escribe.

VIDA DE APOSTOLADO



## XVIII

### FUNDACIÓN DE LAS ESCUELAS DEL AVE-MARÍA

D. Andrés estudió cual ningún otro pedagogo el gran problema de la educación; lo estudió hasta en sus más nimios detalles, ofrendó esos estudios a la Santísima Virgen, y se decidió al fin a dar realidad positiva a ese pensamiento que le dominó en todas las esferas de su vida, aplicándole al pintoresco Valle del Paraiso para bien de sus típicos y singulares habitantes.

Para que mejor vean nuestros lectores el plan que D. Andrés había de realizar, copio a continuación las ideas que él tan bien asimiló y con mano maestra redactó del modo siguiente el año 1890.

“El pueblo que por aquí habita, yace en la suma ignorancia, vive en la extrema pobreza y está sumido en una degradación moral y social tan grande, que sólo puede levantarse merced a una labor y auxilio constantes bien pensados y dirigidos, los cuales alumbrando la inteligencia y educando la voluntad, mejoren los sentimientos y condiciones de la vida y produzcan en los educando hábitos o costumbres hermanas y cristianas.

Las dificultades han de ser grandes; porque si la regeneración y salvación de un hombre es difícil, la de un pueblo como el nuestro, lo ha de ser doblemente; pero nuestra obra no es nada, si no regenera y salva.

Estas dificultades pueden reducirse a seis principales, que están a la vista de todos, además de otras imprevistas, hijas de la torpeza o del abuso de la libertad humana. (¿De qué no abusará el hombre?)

1.<sup>a</sup> La suma ignorancia, que para todo estorba.

2.<sup>a</sup> La extremada pobreza, que es mala consejera.

3.<sup>a</sup> La desmoralización de la familia, sin la cual no hay hombres.

4.<sup>a</sup> El escándalo público, devastador de la inocencia.

5.<sup>a</sup> El fermento de la raza gitana, contumaz a la cultura.

6.<sup>a</sup> Lo inveterado del mal, que produce el desahucio.

¿No habrá solución para estas dificultades?

¿No habrá remedio para tan grandes males?

Dios ha hecho sanables todas las enfermedades del alma, y sanando las almas, se sanan los hombres, los pueblos y las razas. Puesta nuestra vista en el que es el Salvador del mundo, proyectamos o ensayamos los remedios siguientes:

1.<sup>o</sup> Contra la suma ignorancia, la instrucción hasta donde se pueda.

2.<sup>o</sup> Contra la extremada pobreza, el socorro hasta donde se pueda.

3.<sup>o</sup> Contra la desmoralización de la familia, la recta constitución y ordenación de ésta.

4.<sup>o</sup> Contra el escándalo público, la influencia de una moral severa y el buen ejemplo.

5.<sup>o</sup> Contra el fermento de la raza gitana, hasta ahora contumaz a toda civilización, una labor especial para mejorarla, y algo que tienda a remover todo fermento que no sirva sino para infeccionar la masa.

6.<sup>o</sup> Contra males inveterados y profundos, remedios seculares y radicales.

Se trata, pues, entre otros problemas, de resolver éste: “ver lo que consigue una buena educación continuada para mejorar razas y pueblos degenerados, y para perfeccionar a los que no lo estén tanto”.

D. Andrés rumiaba estos hermosos pensamientos, creyó llegada la hora de empezar la Obra, y la empezó del modo que vamos a decir.

El, en su profunda humildad, veía los principios de su apostolado, palpaba los frutos copiosísimos que había de recoger, y dos años después de la fundación de las Escuelas, recibía plácemes y parabienes de todas las clases sociales, a las que él contestaba: “Ni este pensamiento ni los medios de llevarle a la práctica han nacido de mí, sino que han surgido por sí mismos de la Obra. Yo no he sido sino el primer alumno de mis niños y un héroe por fuerza entre mis hermanos, y al decir esto, bien sabe Dios que no miento”.

Estas ideas y pensamientos le absorvían por completo, recordaba ahora con los más vivos colores los defectos de su primera educación, y repetía con frecuencia aquella frase: “No quiero que otros pasen lo que yo he pasado, ni carezcan de Escuela alegre, humana, racional y cristiana como yo he carecido”.

Consultó a varios amigos si sería o no conveniente fundar u organizar una Escuela ideal, campestre, entre flores y jardines, con mucho sol, agua, aire e higiene, y en la que los niños estén como en su casa y vean a todas horas Maestros con cara de pascua y no con cara de palo como las que yo ví en mis primeros años.

Y casi todos los consultados le contestaron: ¡“Vah, ya tenemos aquí otro nuevo Fundador”!

Y es que en el Sacro-Monte vivía en aquellos años un virtuosísimo Canónigo, D. José Gras y Granollers, que había fundado el Instituto de “Hijas de Cristo Rey”, y consagrado toda su vida a la causa del bien.

Serían, pues, dos fundadores, como irónicamente decían sus compañeros, y sin ellos saberlo darían uno y otro mucha gloria a Dios, honra al Sacro-Monte y gran bien a los pobres.

Las Escuelas del Ave-María fueron y son una Obra providencial, los principios humildes, su sostenimiento milagroso y los frutos cosechados abundantes y consoladores.

El mismo D. Andrés escribió a un amigo suyo los orígenes de sus Escuelas, y porque él dice a este propósito todo cuanto debe decirse, transcribo íntegra su carta:

“Mi buen amigo y Sr.: Como la gratitud hace esclavos y eleva a deberes las atenciones y consideraciones recibidas, me considero obligado a darle noticias acerca de los orígenes del Ave-María, que usted ha pedido al noble Dr. Escribano, nuestro médico y común amigo. ¡Quién sabe si él traslucirá bien o mal mis informes, o si motivará algún detalle por menos digno. En todo caso la Santa Escritura dice que “en el testimonio de dos o tres está toda palabra (o verdad atestiguada).

El principio de las Escuelas del Ave-María fué así: Llevaba en mi mente hacía años la idea de poner Escuelas en el campo, y cuando paseaba por los alrededores de Granada, (que era siempre que podía), se me recreaban los deseos, y más cuando en 1886 subí de Canónigo al Sacro-Monte y vi despacio aquellos caminos, cármenes y cuevas; y no pudiendo contener en silencio el pensamiento que me aguijoneaba, le comuniqué a algunos amigos de más confianza, los cuales se rieron y burlaron diciendo: “Ya tenemos aquí un nuevo fundador; sin duda le sobra el dinero”.

Más he aquí que un día que bajaba sobre mi burra mansa, para la Universidad (y montado como siem-

pre en el borriquito de mi hijo pensamiento) ví sorprendido cantarrear la Doctrina Cristiana en una cueva que caía sobre el camino, y me dió un salto el corazón.

Descendí de la burra, trepé por las veredas y hallé en una cueva una mujer pequeña y vulgar, rodeada de diez chiquillas, alguna de las cuales era gitana. Entonces me avergoncé de no haber hecho yo siquiera lo que aquella mujer salida del Hospicio estaba haciendo. Porque he de advertir que la “Maestra Migas” (así la llamaban los *ilustrados* vecinos) era una exhospiciada, con tres hijos, dos varones y una hembra, y sin medios conocidos de vivir. Me puse al habla con esta mujer, la invité a que subiera las niñas a Misa los días de fiesta al Sacro-Monte, le obtuve de esta Abadía la comida de las sobras del Colegio, y me *corrí* a pagarle la cueva, que tenía algo de casa, y costaba al mes cuatro pesetas y cincuenta céntimos.

Noté en aquella Maestra improvisada algo raro y anormal; encargué a las Señoras de la Conferencia de S. Vicente de Paul que, como mujeres, la estudiaran, y éstas me dijeron que, a su juicio, estaba loca.

Si acertaron o no, no hay para qué decirlo; pero en aquel verano de 1888, y sin saber cómo, hizo un viaje por mar a Barcelona a ver a una hija que allí tenía, y ya no la volví a ver en más de 25 años.

Aquella pobre e ignorante mujer me enseñó mucho más que los amigos sabios y cuerdos; porque dije yo: si con una tal Maestra y un tal local y tan escasos medios se ha podido organizar una Escuela de niñas en el Camino del Monte, que era de lo más inculto y pobre de Granada, ¿quién duda que, mejorándole todo, se llegará a tener un Colegio con todo cuanto se quiera?

Animado por este ejemplo, compré un Carmen debajo de dicha cueva, busqué una Maestra con título, instalé en octubre de 1889 (mes del Rosario) mi escue-

la primera de niñas; más tarde otra de párvulos, que encargué al marido de la Maestra, y los niños y Dios han ido haciendo lo demás, contando hoy con 30 secciones a cargo de otros tantos Maestros sólo en Granada y más de 400 fuera de ella.

Nuestras Escuelas destinadas a la educación de la juventud en el campo cuentan hoy en Granada con once Cármenes, que son casas con jardín y huerta.

Así van surgiendo, al parecer, por acaso y de la nada, otras muchas fundaciones y los medios de sustentarlas y fomentarlas, porque Dios quiere y es poderoso para hacer algo de la nada”,

Hasta aquí son palabras de D. Andrés.

En una cueva de gitanos nacieron las Escuelas; no pudo ser, pues, más humilde su nacimiento; y para que veamos que la Obra es de Dios, se valió como causa ocasional de una exhospiciana y loca por añadidura; y por esto decía Don Andrés que todo lo habían hecho Dios y los niños.

Ya tenemos a nuestro venerable Fundador, Padre y Maestro, enfrascado entre niños, que era su dorado ideal, y entre niños harapientos, sucios, gitanillos medio desnudos y sumidos en pobreza suma.

Todas las obras de Dios llevan consigo el sello de la contradicción, y en ésta no habían de faltar dificultades y obstáculos, porque de Dios era y a El se ordenaban todos los desvelos, afanes y trabajos del Fundador.

Compró un precioso Carmen bajo la cueva de la “Maestra Migas”, y allí empezó en octubre de 1889 su primera Escuela, purificándose D. Andrés en el crisol de trabajos y apuros económicos, como se purifica el metal en el fuego. Los tres primeros años, desde el 89 al 92 sufrió intensas emociones, pues veía traducido en hechos lo que siempre proyectó y soñó, y tanto trabajó, que apenas comía y descansaba, llegándose a

resentir su salud, pues de todo se cuidaba menos de la comida, cenando algunas noches pan y bacalao crudo.

Su mejor alimento eran los niños, y con ellos jugaba y entretenía, pasando así, según expresión suya “los mejores ratos de su vida”.

En septiembre del año 1892, en la infancia de su hermosa Institución, publicó la primera Memoria de las Escuelas y en ella decía: “El pensamiento primero fué fundar una Escuela de niñas, para que pudieran éstas educarse de balde y sin ir muy lejos. La Escuela se abrió en primero de octubre de 1889, y con tal éxito que el primer día asistieron 14, el cuarto 45, al mes 70, a los tres meses 120, al año había más de 200, que tuvo necesidad de dividir en diferentes Escuelas, contando hoy hasta seis entre niños y niñas, adultos y adultas, con una asistencia de 300 alumnos y una matrícula que pasa de 400.

Al pensamiento primero sustituyó otro más ámplio: el de formar por medio de la educación de la juventud, hombres y mujeres dignos del fin para que han sido criados y de la sociedad a que pertenecen”.

En octubre próximo se firmó la escritura de compra de un nuevo Carmen colindante con el primero, se hizo la separación de niños y niñas, y se creó una clase más de niños mayores, perfectamente graduada.

“¡Ya tenemos dos Colegios, exclamaba D. Andrés lleno de alborozo en septiembre de 1893. ¡Ya tenemos dos Colegios!, y lo raro es que teniendo doble local que el año pasado, no nos caben. Las niñas están con relativa holgura en el nuevo Carmen, pero los niños apenas caben. Y es que han crecido de tal manera, que el número total de matriculados en el presente curso pasa de 700, variando la asistencia entre 400 y 500”.

Al segundo Carmen siguió un tercero, y a éste otro

cuarto, cuya adquisición fué providencial, como verán nuestros lectores.

Ese Carmen salió a pública subasta, porque estaba sujeto a deudas a la Hacienda Pública por contribuciones atrasadas. El tipo de subasta era sumamente bajo; acudieron varios postores, pero al saber que Don Andrés lo quería para sus Escuelas, todos se retiraron con mucho gusto.

El colono, no obstante, pretendía el Carmen, y no hizo caso de las cariñosas indicaciones de los demás postores, estando decidido a pujar en la subasta, a pesar de los pesares; pero Dios quería aquella nueva finca para los niños pobres de Granada, y sea por descuido o por equivocación, la subasta había terminado, y el Carmen adjudicado al Fundador de las Escuelas del Ave-María, cuando llegó el colono.

Dejo al lector el adivinar los anhelos, fatigas, sinsabores y contrariedades que costaban a D. Andrés las Escuelas, juntamente con los regocijos y satisfacciones que las mismas le proporcionaban. La redención de la niñez que había sido para él el ideal de toda su vida, se convierte ahora en la principal, por no decir su única ocupación y preocupación. Los niños eran su encanto y, al tratar y convivir con ellos, los transformaba y mejoraba; parecía como que se le iluminaba el rostro, y recorriendo los pliegues de seriedad en que solía andar envuelto, sólo expresaba reflejos de bondad y de dulzura. Ni él se cansaba de los niños ni los niños se cansaban de él.

Tales fueron los principios y orígenes de sus Escuelas, y tales los sentimientos y los afectos que le dominaban.

Más adelante veremos los sillares sobre los que habían de levantarse esta su hermosa Obra y la orienta-



La "Maestra Migas"



ción que muy pronto había de darle hasta llamar la atención de propios y extraños.

## XIX

### LOS SILLARES DE SUS ESCUELAS

Las Escuelas recién nacidas eran a modo de un edificio que empezaba a levantarse; y como sin cimientos no hay edificación posible, las Escuelas debían edificarse sobre fundamentos sólidos e incommovibles.

El primer sillar de las Escuelas era el amor a Jesucristo, Maestro de los Siglos y centro de toda educación.

Por el transcurso de esta Vida se podrá apreciar cómo D. Andrés estaba locamente enamorado del Sagrario, que es el trono augusto de Jesucristo aquí en la tierra; y por esto quiso que en todas sus Escuelas se hiciera vida eucarística y que los niños fueran perpetuos adoradores del Santísimo; para ellos escribió sus célebres “Visitas al Santísimo”, alabadas de todos los buenos y admiradas de todos los Prelados españoles, y de cuantos las conocen.

“Amemos a Jesucristo, decía, y a nadie temamos, sea El nuestro Capitán y en El cifremos nuestra esperanza”.

\*\*\*

El segundo sillar de las Escuelas era la devoción a la Santísima Virgen; son Escuelas de la Virgen, a Ella se ordenan y en propagar sus virtudes y devoción se cifra todo su ideal.

Nacieron en el mes de octubre dedicado a la Virgen del Rosario; a todas horas se canta, reza y toca el Ave-maría; diariamente se recita el Santo Rosario, que es

la devoción predilecta de María; y se bautizaron con un nombre, que expresa y dice lo que son y lo que pretenden: “Escuelas del Ave-María” es lo mismo que Escuelas de la Virgen, y si Ella tanto goza con una Ave-María bien rezada, ¿cuán grande será su gozo, al contemplar a tanto niño inocente cantando y alabando sus misericordias?

D. Andrés se extasiaba, cuando pensaba en esto, y no pudiendo contener su gozo, escribió:

“El Ave-María representa el momento feliz en que el Hijo de Dios se hizo hombre, momento que sirve de confin entre los dos Testamentos, Antiguo y Nuevo, y hecho que revela la infinita bondad y dignación de Dios para con los hombres. Una vez que el Verbo se hizo hombre, ya concibo que viviera pobre, padeciera y sufriera por el hombre. Para mí el Misterio de los Misterios de la vida y muerte de Jesús es la Encarnación del Verbo en las entrañas de María. Por eso el Avemaría es no sólo el saludo más glorioso que puede dirigirse a la Virgen, sino la expresión más tierna y más grande de la misericordia del Señor: cantar el Avemaría, es cantar estas misericordias”.

D. Andrés quiso y ordenó que en sus Escuelas se cantara solemnemente el Santo Rosario con música y banderitas en todos los sábados del año, no sólo para dar gracias a Nuestra Señora por la protección evidente que presta a las Escuelas, sino para impetrar las gracias y virtudes que se necesitan para trabajar con fruto en esta Obra tan suya.

A este efecto organizó una preciosa banda de música, la cual amenizaba el Rosario tocando preciosas Avemarías y alegrando a los mismos Angeles del cielo.

Aun recuerdo que el año 1890, cuando aun no había música, compró un tambor de lance, y más contento que un niño con zapatos nuevos, lo llevó a las Escuelas

para estrenarle el primer sábado, al cantar el Santo Rosario; ajustó un tamborilero, el cual se ofreció a ir puntualmente a tocar a la hora del Rosario, y en efecto no fué, por haberse emborrachado. D. Andrés no se apuró, cogió el tambor, atósele a la cintura y cantando y tocando Avemarías delante de los niños los animó y entusiasmó para después decirles: “Mirad, niños, la Virgen es nuestra riqueza y Ella nos dará todo cuanto necesitamos”.

Y así ha sido, es y será; la Virgen es el tesoro máspreciado de nuestras Escuelas y Ella vela y protege con su manto azul y blanco esta hermosa Obra de enseñanza y educación cristiana.

\* \* \*

Otro de los sillares del “Ave-María” es la enseñanza del Catecismo en la forma que D. Andrés ordenó, que es la siguiente:

“Sabiedo que el cielo se ha hecho para todos, sabemos que todos hemos sido hechos para el cielo. Hay, pues, una ciencia que a todos interesa saber, ciencia divina que forma santos, y ciencia popular, porque todos hemos nacido para santos. Esa ciencia es la Doctrina Cristiana; saberla enseñar, es un don del cielo.

Nacidas nuestras Escuelas en una Cueva del Camino del Sacro-Monte; cobijadas los días festivos, primero en las Santas Cuevas de los Mártires de dicho Monte y después en su Iglesia Colegiata, donde a veces no cabían ni podían dar el Catecismo sin perturbar el culto, fueron trasladadas en marzo de 1896 a la Capilla que se les construyó, para dar la Doctrina: han sido, pues, y son desde su nacimiento nuestras Escuelas una Institución Catequística.

Para el Catecismo se fundaron, con el Catecismo viven y al Catecismo están ordenadas todas sus enseñan-

zas. No es en ellas el Catecismo una Asignatura más, sino el fin al que convergen todas las Asignaturas; es el fin ético de las Escuelas; y así todos los actos van orientados hacia ese fin, y si en el blanco no damos, a él apuntamos. Al enseñar, pretendemos mejorar, y para nosotros, hacer útiles y buenos cristianos, es el ideal del mejoramiento, el *summum* de la perfección, no el capricho de éste o aquel pensador o filósofo, sino al gusto del Verbo de Dios, que es el Sumo Bien.

Quien quiera, pues, educar en la virtud que no falla, tenga por norma el Catecismo, que es el resumen de lo que la Iglesia sabe, de lo que Jesucristo enseñó, de lo que se necesita aprender para acrianzar a los hijos de Dios en el camino del bien.

Tenedlo muy en cuenta, educadores del AVE-MARIA”.

Y en efecto esta especie de testamento espiritual de D. Andrés, se ha cumplido, cumple y cumplirá en todas las Escuelas Avemarianas, pudiéndose llamar también Escuelas Catequistas.

¡Dichosos nosotros los hijos del Ave-María si acertamos a construir el edificio moral de nuestros educandos sobre este sólido sillar del Catecismo!

\* \* \*

Y el último sillar del AVE-MARIA es el ser esencialmente providencialistas.

Quien a Dios busca, a Dios encuentra dice un cristiano refrán castellano; y este refrán, mil veces repetido por D. Andrés, se ha visto confirmado durante los 37 años que llevan de vida nuestras beneméritas Escuelas.

El haber y tesoro de las Escuelas está en la Divina Providencia que cuida de los pajarillos y trata con verdadero mimo a los hombres que saben mirar al cielo, y aun a aquellos que, ciegos y orgullosos, sólo

cifran su bienestar en la pequeñez y miseria de las cosas de este mundo.

Pero oigamos a nuestro venerable Fundador, hablando de esta materia, y veremos en sus palabras su total entrega en las manos de Dios y su absoluta confianza de que a las Escuelas nada les había de faltar.

“De dónde han salido los hermosos Cármenes Escolares del Ave-María?...”

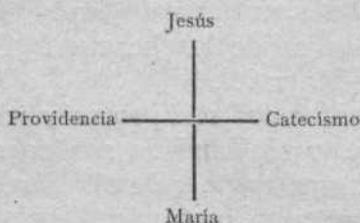
¿De los niños? Todos son pobres y nadie paga nada ¿De los Maestros? También son pobres y poca o mucha necesitan una paga. ¿De los Directores? Tampoco son ricos, como no lo es quien depende de un sueldo o nómina. Pues entonces, ¿de dónde han salido? Que no es uno ni dos, sino once o doce, y no se adquieren con cientos de pesetas, sino que valen y cuestan muchos miles de duros. ¿De dónde han salido? La respuesta es siempre la misma. Esos Cármenes no han venido a nuestras manos y servicio por fuerza de armas, ni por accidente de loterías, ni por herencia de Indias, ni por capción de litigantes habilidosos y mayordomos aprovechados y poco escrupulosos: han salido de las simpatías y los han pagado quienes nada tenían. Esos niños harapientos y famélicos que en ellos se instruyen, son los que han dado el precio en corriente y sonante moneda cristiana, en Avemarías.

Y como no se da efecto sin causa, y no soy fatalista, sino providencialista y cristiano, pongo por cima de todas las causas segundas la primera, que es la PROVIDENCIA DE DIOS, que movida por las necesidades y oraciones de los niños, los abastece de todo con mano generosa, moviendo para ello los corazones de los que tienen entre pecho y espalda algo más que el estómago.

Los niños cantando Avemarías, he ahí nuestra riqueza y tesoro. La materia la gobierna y manda el espíritu, la tierra la gobierna el cielo, y en las obras de

los hombres jamás debe descontarse a Dios ni su Providencia.

En las obras de Dios no hay hombres necesarios, El sólo se basta”.



Sobre estos cuatro sillares incommovibles fundó D. Andrés sus célebres Escuelas del Ave-María, y aunque es ciertísimo que devoró en silencio muchas amarguras, y pasó por un doloroso calvario de trabajos, privaciones, sacrificios y dificultades, no lo es menos que a todas horas miraba al cielo y confiaba ciegamente en las bondades y misericordias del Señor.

“Nada tenemos, decía en cierta ocasión, y nada nos falta; gastamos cuanto necesitamos y a nadie debemos nada; disponemos del bolsillo ajeno y a nadie molestamos; y es que Dios nos trata con excesivo mimo y cariño; seámosle agradecidos”.

Y si esto acaecía en los principios de su apostolado, jamás decayó su confianza en los años sucesivos hasta su muerte. Escribió lo siguiente: “¿Qué será el día de mañana?... He aquí una cantinela, a la que doy esta respuesta de buen sentido cristiano: Mañana sucederá lo que Dios quiera, y Dios querrá que las Escuelas vivan y no mueran, mientras ellas sepan ser cristianas”.

Y así es, y así será. D. Andrés jamás dudó, porque la duda es de hombres vacilantes y poco cristianos, y

él era providencialista y entregado ciegamente a la voluntad de Dios, como puede verse por sus palabras.

## XX

### SU VIDA INTENSA DE TRABAJO

Fundadas las Escuelas, y como consecuencia de ellas los trabajos suyos se triplicaron, ¡qué digo triplicaron!, se centuplicaron, porque ya es la doble obligación de Canónigo y Catedrático, que cumplía escrupulosamente, ya el Maestro o Maestra que acudían a él como a cariñoso padre para consultarle y pedir consejo y dirección, ya es un verdadero ejército de niños que le pedían pan, ropa y enseñanza, ya la atrevida y famélica gitánica que imploraba un “currusquillo de pan para sus churumbelicos”, ya el obrero que solicitaba trabajo y jornal, ya una tapia que se cae, una casa nueva que edificar con todas las consecuencias de albañiles, carpinteros, pintores, etc., etc., más los apuros económicos, que estaban a la orden del día; ya el correo diario de 8, 10 ó 12 cartas que él mismo despachaba; ya las hojas y libros que estaba redactando, “porque habían de ser el mejor tesoro de sus Escuelas”; y tantas y tantas cosas que sólo Dios y él las saben...

¡Dios mío qué vida!; sóbrio siempre en el dormir (apenas si descansaba 2 horas), su comida, como dijimos en otro lugar, era frugal, y no pocas veces fría y mal condimentada; reprendíanle cariñosamente sus compañeros, y él, fiado en su estómago de hierro, sólo decía “que se come más de lo que se debe”.

Muchas veces se mojaba en el invierno y subía a su habitación aterido de frío sin encontrar donde secarse

y calentarse, limitándose a mudarse de ropa para sentarse en la mesa de trabajo y pasar allí toda la noche redactando cartas, lecciones, hojitas llenas de gracejo y libros de sólida piedad y cultura.

Y sin desatender sus obligaciones, a todas partes atendía, pareciendo como si tuviera el don de la ubicuidad; diariamente visitaba las Escuelas del Camino y en ellas daba lecciones hermosísimas que habían de ser después el tema de sus célebres Hojitas Pedagógicas; terminada su clase en la Universidad, se dirigía a las Escuelas del Triunfo, Quinta o Vistillas, y también allí trabajaba, corregía defectos y se enteraba de todo hasta en sus más nimios detalles; y pareciéndole aún poco esta labor abrumadora, antes de subir al Sacro-Monte, daba una clase de Pedagogía ante los futuros maestros, preparándolos con suma diligencia, y hasta escribiendo unos hermosos Apuntes Pedagógicos, que yo conservo inéditos para publicarlos oportunamente.

Todo le parecía poco, y ya en su habitación, tomaba la pluma en sus manos, y pasaba allí horas y horas, y con mucha frecuencia toda la noche haciendo libros, despachando su correspondencia, redactando lecciones prácticas y formando planes de enseñanza para bien de la Pedagogía española.

Me daba pena verle envuelto en tanto trabajo, y con frecuencia le decía:

—Vaya a descansar, que bien lo necesita.

—Un poco más, me contestaba, porque no hay tiempo, y hay que aprovechar los minutos.

Y allí seguía hasta las altas horas de la noche *habitualmente*, y no pocas veces hasta por la mañana.

Como en la naciente Escuela Avemariana aun no había Capilla, todos los domingos y días festivos, subía al Sacro-Monte un enjambre de niños y de niñas acom-

pañados de sus respectivos Profesores; D. Andrés los recibía sonriente, oían la Santa Misa y a continuación tenía lugar una hermosísima lección catequística a cargo de nuestro venerable Fundador. ¡Y qué lección!; estaba por entonces en lo mejor de la vida, recién hecho Sacerdote, relativamente joven, en pleno desarrollo de su hermoso pensamiento y lleno del santo entusiasmo, de ese entusiasmo que siente las almas grandes.

No todos sus compañeros, los Canónigos de aquella Santa Casa, veían con agrado la turbamulta de pordioseros, gitanillos sucios e indevoto publiquito, porque perturbaban la paz y recogimiento que allí se respira por doquier.

Pero D. Andrés, dejándose guiar de la Divina Providencia, asistía al Coro como Canónigo y terminado éste, aparecía como Maestro consumado entre sus niños, a quienes explicaba el Catecismo con tal atractivo y encanto, que admiraba a *los murmuradorcillos*, encantaba a los pequeños y haría sin duda alguna sonreír de gozo a los Angeles del Sagrario.

D. Andrés convertía el Templo en Escuela; sus diminutos oyentes aprendían perfectamente la lección catequística; allí se cantaba y rezaba, se enseñaba mediante diálogos ocurrentes, historietas y cuentos muy *ad rem* y se hacía apreciar la virtud amable y atrayente, y el vicio y el pecado repulsivo y odioso.

Alguien decía que D. Andrés manchaba la toga de Abogado y la borla de Catedrático, al descender a la gitanería inculta y abandonada.

Otros añadían que un Canónigo no debe rebajarse tanto; quédese ese ministerio para el humilde Coadjuutor de una Parroquia o para un pobre Capellán de monjas; más de ningún modo para Doctores *in utroque jure* como el Sr. Manjón.

¿Qué le importaban las censuras de sus compañe-

ros?; él oía la voz de Dios en el santuario de su conciencia, sentía los impulsos y movimientos de la divina gracia, aceptaba sin réplica y con humildad esas censuras y seguía con la fortaleza y constancia de los héroes el camino y plan que se había trazado.

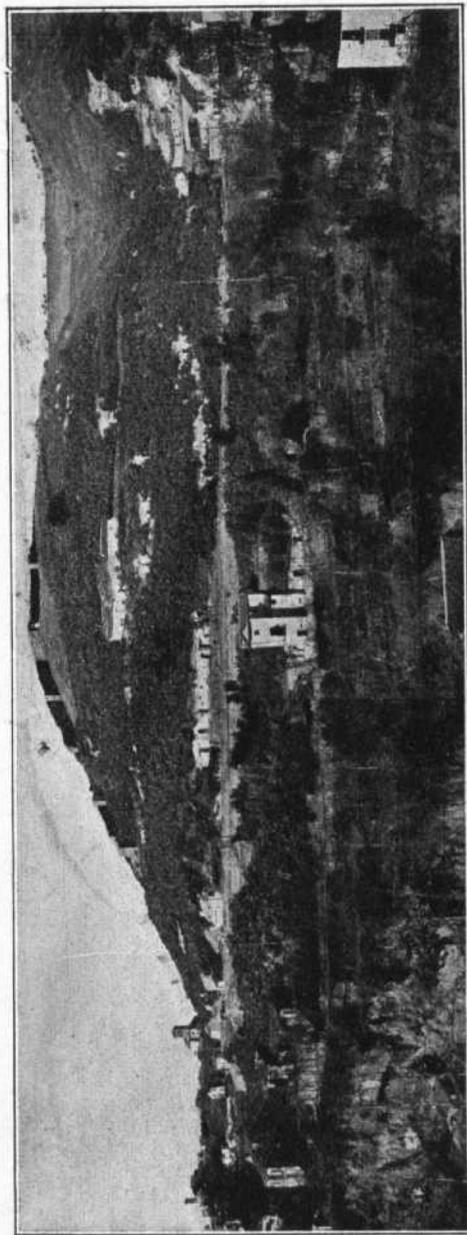
Algunas veces solía decir en la intimidad: “La toga de la Cátedra nunca se mancha ni tira por el suelo, si el que la lleva, explica con fundamento y sabe cumplir con su deber; cumplamos con él, y después haga cada uno de su capa un sayo”.

Y a otros replicaba: “Enseñar al que no sabe y sacar de la ignorancia al que nada sabe, es misión de todo Sacerdote, tenga borla verde, encarnada o negra. Jesucristo con ser Dios, fué Maestro de niños, al par que de Doctores y sabios”.

Esto no obstante, comprendía nuestro venerable Fundador que los niños (y niños como los suyos) más daban guerra que paz, más molestaban que agradaban, y por esto convenía tener Escuela y casa propias, Capilla o templo propios, plaza y campo propios para en ellos jugar, cantar, enseñar, rezar y desenvolverse sin molestar a nadie. Pero, ¿cómo hacer Escuela y Capilla sin tener un céntimo?

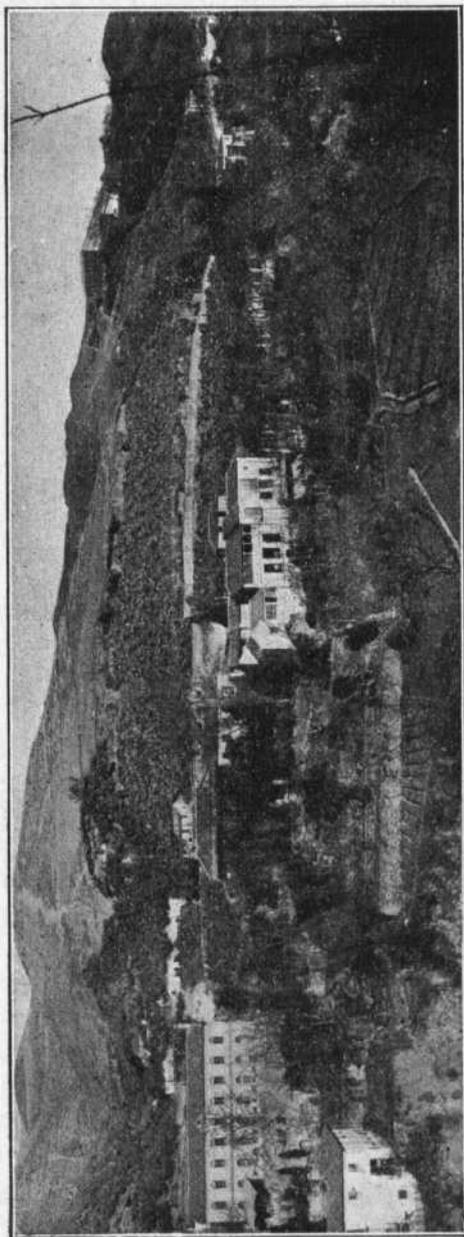
Había gastado en los dos primeros Cármenes todas sus reservas; la doble asignación que *disfrutaba* por sus dos cargos, apenas si alcanzaba para lo más indispensable; el material, cantina y premios escolares exigían grandes cantidades, y sin embargo era urgente e inaplazable la construcción de una Capilla para en ella cantar y rezar sin el temor y peligro de molestar a nadie.

El tenía consigo un gran tesoro, al que apeló en todas sus necesidades, y confiesa que en él encontró siempre cuantiosas sumas y reservas para atender a tantos apuros y necesidades.



Escuelas del Ave-María.—Colegio de niños





Escuelas del Ave María.—Colegio de niñas



Ese tesoro eran los mismos niños, de quienes se valía para pedir a Dios mediante inocentes y santas oraciones, cuanto necesitaba para atender a tantas cosas.

Habiendo niños que canten Avemarías, tendremos Capilla y locales escolares, ¿cómo no? exclamaba don Andrés, lleno de alborozo y santo entusiasmo.

Y en efecto, las Avemarías de los niños hicieron llover del cielo gracias y bendiciones sobre las Escuelas, como verá el lector en el transcurso de esta "Vida".

## XXI

### EL SANTO ROSARIO

Quería D. Andrés que se cumpliera en sus Escuelas aquella máxima del Santo Evangelio: "conviene que los hombres vean nuestras buenas obras, para que glorifiquen al Padre celestial que está en los cielos"; y por esto de vez en cuando presentaba en público a sus pobres niños, los cuales predicaban con su indumentaria y carillas famélicas la estrechez y miseria en que vivían, consiguiendo mediante tan ingeniosa predicación mucha gloria a Dios y gran bien a las Escuelas.

A este efecto hizo varios cientos de banderitas con el anagrama del Ave-María, los organizó por grupos y los enseñó a cantar sentidas y preciosas plegarias a la Reina de los cielos; adquirió muchos farolillos de colores y luces de bengala y durante el mes de octubre de día y de noche se cantaba el Santo Rosario, yendo él con toda su diminuta y atrayente tropa per-

fectamente organizados, unos días cruzando las estrechas y típicas callejuelas del Albaicín, haciendo parada en la antigua Colegiata del Salvador, donde los numerosos vecinos de aquel barrio morisco acudían a oír la persuasiva y evangélica palabra de D. Andrés; otros recorría el Camino y las pintorescas cuestas del Sacro-Monte, cantando todos con santo entusiasmo, recordando la devota e imponente procesión de las antorchas de Lourdes, y formando un cortejo vistosísimo con banderitas y farolillos de varios colores, que, con las angelicales voces de cientos de pequeñuelos y los armoniosos acordes de la banda de música, alegrarían sin duda alguna a los mismos ángeles del cielo. El, según costumbre, hablaba a sus queridos niños, con ellos cantaba a la Santísima Virgen y, como el pez en el agua, estaba en su elemento gozando y recreándose con la porción más escogida y querida de sus alumnos, los pobres gitanillos de aquellos alrededores.

Recuerdo que el 12 de octubre de 1891, que es el día de la Virgen del Pilar, quería presentar sus Escuelas ante Granada, ya que sólo las conocía de nombre.

“Iremos, nos dijo, en esta noche a Santo Domingo a visitar a la Virgen del Rosario; habéis de ir con orden y disciplina, con educación y respeto, porque Granada entera os ha de ver, y esa Granada que aun no os conoce, es la que os ha de ayudar y proteger; y no dudéis, hay en el mundo muchas almas buenas, y esas han de ser las que nos den cuanto necesitamos.

Los pintorescos Cármenes de Valparaiso presentaban en esa noche un aspecto fantástico: las luces de los farolillos, el murmullo de cientos de niños que cantaban y jugaban alegremente, el animado concurso de padres y hermanos mayores que querían presenciar aquel espectáculo nunca visto en aquellos contornos, los instrumentos musicales que lanzaban a los aires notas

armónicas e *inarmónicas* al mismo tiempo, los cohetes que volaban y atronaban el espacio, todo ello constituía un cuadro admirable digno de ser reproducido por pincel de artista.

¡A Granada, niños, en marcha!, dijo D. Andrés. En filas ordenadas, cantando el Santo Rosario y dirigidos por él mismo, atravesamos las plazas y calles de Granada en medio de la admiración de todos los granadinos, que se preguntaban extrañados.

—¿Qué fiesta es ésta, y a qué obedece esta singular y típica procesión infantil?

—Es un Canónigo del Monte, de quien dicen que ha fundado una Escuela para educar a los gitanos.

—¿Pero es posible la educación de la raza gitana?

—Creíamos que no, pero ese señor dice que sí y ha empezado por dar todo lo que tiene y vivir pobre entre los pobres.

—¿Y adónde van a estas horas?

—Van a Santo Domingo a cantar el Rosario, y seguramente que hablará o predicará allí ese señor Canónigo.

—Vayamos a oírle; no deja de ser original este cuadro, y bien merece que oigamos a ese buen señor, de quien cuentan que es un sabio.

El hermoso Templo Parroquial de Santo Domingo estaba completamente repleto de niños y de grandes; en precioso y artístico altar portátil aparecía radiante de luz y de hermosura la bendita Virgen del Rosario, y ante Ella entonó la Salve el Prelado de la Diócesis, Excmo. Sr. D. José Moreno Mazón, que cantaron *como pudieron* más de 500 niños a los acordes de la música.

A continuación subió al púlpito D. Andrés y en medio de religioso silencio y preso de intensa emoción, dijo estas palabras, que parece estoy oyendo:

—¿Quiénes somos?... Somos los pobres, los desheredados de la fortuna.

—¿Y a qué venimos?... A decir a la Virgen del Rosario que la proclamamos Reina y Madre de las Escuelas del Ave-María; y además queremos decir a Granada que aspiramos a recoger a la niñez abandonada para educarla según Dios manda y la Patria nos exige.

—¿Y con qué contamos para emprender, proseguir y completar tan hermosa obra?... Contamos con las oraciones de los niños, que son de valor inapreciable, con los corazones de los buenos, que son muchos y de gran valía, y con los bolsillos de todos, ya que es obra de todos y para todos: *Sursum corda*.

El predicador no pudo continuar, porque las lágrimas se lo impidieron, lágrimas que contagiaron a los oyentes, los cuales se llenaron de asombro y admiración, al presenciar un cuadro tan hermoso.

Regresamos alegres a las Escuelas, dejando a Granada entusiasmada y preocupada, al ver a nuestro don Andrés tan lleno del espíritu de Dios y tan santamente ocupado en la nobilísima tarea de educar y guiar y mejorar a la niñez abandonada.

El y yo subimos al Sacro-Monte, y por el camino me atreví a preguntarle.

—¿Por qué lloraba usted?... ¿está usted enfermo?... ¿Qué le pasa?...

No contestó a estas preguntas, porque yo con mis 12 años, no podía comprender entonces las emociones intensas que él sentía en su corazón.

Ya en el Sacro-Monte, me dió a besar una preciosa imagen de plata de la Virgen del Pilar, y dijo: “cena y vete a descansar”.

—¿Es que usted no quiere cenar?

—No, déjame y hasta mañana, si Dios quiere.

Su cena fueron los consuelos, alegrías, satisfaccio-

nes y goces de la primera jornada pública de sus queridas Escuelas; él sabía muy bien que los niños tienen una fuerza irresistible, que roban los corazones, engendran simpatías, consiguen gracias y bendiciones del cielo y con ellas vendría sin duda la protección a las Escuelas, de la que tanto necesitaban para desarrollar en todas sus partes el plan que se había forjado al calor de la oración y junto al fuego celestial del Sagrario.

Amaneció como otras veces sentado en su mesa de trabajo entre libros y papeles, cansado y profundamente emocionado; fué a la Iglesia, hizo su oración mental de una hora, que nunca omitió por nada del mundo, y mientras celebró la Santa Misa, yo, curioso niño y amigo de gulumearlo todo, leí unas cuartillas de las muchas que había en su mesa, las que literalmente copiadas, dicen así:

“El culto, que es adoración del hombre para su Dios, tiene también y por lo mismo su parte bella, y nuestros niños, que toman parte activa en el culto, se educan a la par en el amor de Dios y en los encantos de la belleza.

Hermoso es ver en la procesión del sábado una fila interminable de niños y niñas con las banderas encarnadas y blancas, y los misterios intercalados, dar vuelta a la Colonia escolar, cantando Avemarías al son de la banda de música y con acompañamiento de cornetas y tambores.

Hermoso es contemplar a toda la tropa infantil rodear la Casa de la Virgen y cantar al unísono sentida Salve de despedida a la Madre y Señora de la Colonia, al salir por la tarde para sus casas y cuevas.

Hermoso es, al sonar la campana, sentir el eco de mil vocecitas que salen de los diferentes grupos y se juntan en el aire para subir unidas al cielo entre las alas de los espíritus voladores”.

Estaba lleno de entusiasmo, y cuando escribía o hablaba, no podía contener esa satisfacción y gozo interior de que se hallaba inundado.

Sus Escuelas del Ave-María eran una consoladora realidad, habían sido consagradas oficialmente a la Santísima Virgen del Rosario, y veía en lontananza un risueño porvenir para las mismas, porque, como dijo S. Bernardo, la Virgen nunca desoyó a los que en Ella confiaron.

Y tan enamorado estaba de la celestial Señora, que ordenó se cantara solemnemente el Santo Rosario durante los sábados en todas las Colonias Avemarianas, para que Ella fuera singularmente alabada por miles y miles de niños pobres, que son sus hijos predilectos.

Y en verdad que es una nota simpática y atrayente este Rosario solemne del Ave-María, singularmente en la Escuela Matriz de Valparaíso, en donde los cientos de niños, cual si fueran ángeles del cielo, elevan al cielo la mejor de las oraciones entre flores y madresevas y bajo bóvedas de emparrados y árboles de numerosa variedad.

Y lo mismo en las Escuelas del Triunfo, en las que 500 niños con su preciosa banda de música se dirigen a los jardines de aquel populoso Barrio, en donde se levanta el primer monumento elevado en el mundo a la Inmaculada Concepción, ante el cual se entona la Salve, que los niños tocan y cantan, presenciados siempre por numeroso público, que oye reverente las alabanzas que los niños dirigen a la Virgen y comentan con fruición las excelencias de la Escuela Avemariana.

¡Cómo gozaba D. Andrés cuando presenciaba esta hermosa ceremonia, y que era siempre que podía!

Este primer Rosario público fué también el primer pregón *en regla* que nuestro venerable Fundador dió

a Granada, pregón que produjo ópimos frutos para las Escuelas, como veremos en el transcurso de esta Vida, y pregón cuyo eco traspasó las montañas blancas de Sierra Nevada y la pintoresca vega granadina, siendo oído en toda España y recogido con veneración y respeto por todos los buenos.

¿Qué hombre es éste, se decían todos, que con tanto afán, celo y acierto recoge a la niñez para educarla y mejorarla?

¿Será por ventura otro San José de Calasanz?

D. Andrés no hacía caso de las alabanzas, y tan sólo se ocupaba de dar gloria a Dios, aprovechar bien el tiempo y organizar sus Escuelas, consagradas ya a la Virgen Santísima.

Y cantaba lleno de gozo aquella conocidísima estrofa de la Marcha Real.

La Virgen María  
Es nuestra protectora  
Con tal defensora  
Ya no hay que temer;  
Vence al mundo, demonio y carne.  
Guerra, guerra al dragón infernal.

## XXII

### CONSTRUYE UNA CAPILLA PARA LA VIRGEN

Hacia mucha falta en las Escuelas una Capilla en la que cupieran mil o más niños, porque los domingos y días festivos tenían que subir al Sacro-Monte para cumplir con los deberes religiosos; estaba muy distante de la población escolar, molestaban y daban que hacer y,

aunque D. Andrés era miembro dignísimo y muy querido de aquella Santa Casa, sentía las molestias que sus niños proporcionaban cual si fuesen propias y se decidió a buscar con toda su alma y entusiasmo un Carmen o sitio apropiado para construir una Capilla, y poder en ella enseñar y predicar con santa libertad.

Registraba el cajón de su mesa, contaba unas cuantas monedas y veía completamente vacía *el arca de caudales* de sus Escuelas; pero a pesar de eso había de levantar la Capilla, porque confiaba ciegamente en la Divina Providencia y en la protección de la Santísima Virgen.

“Si Dios lo quiere y la Virgen nos ayuda; tendremos Capilla, ¡quien lo duda!, y si para hacerla se necesitan terrenos, dinero, mármoles, plata y oro, vendrán, y en abundancia, porque Dios no es tacaño en el conceder, sino generoso y riquísimo en sus dones”.

Un día se presentó todo alborozado y sonriente delante de sus niños, y les dice:

“¿No os dije yo, niños, que la Virgen y vosotros lo podéis todo?... Ya tenemos dos Cármenes (año 1892), uno para niños, y para niñas otro; pero no son suficientes, hacen falta más, pues no se cabe, y necesitamos muy urgentemente una Capilla para no molestar a nadie.

Creed que todo vendrá y nada nos faltará...

Sabed, queridos niños que *providencialmente* han llegado a mí unas cuantas pesetas y creo que con ellas habrá lo suficiente para comprar ese Carmen colindante, que venden y nos ofrecen con preferencia a otros compradores, por dedicarse a la enseñanza y educación de los niños pobres; vamos, pues, a adquirirlo, y una vez terminados los requisitos legales, entronizaremos en él a la Santísima Virgen para que Ella sea el verdadero dueño y Ella misma ponga el primer jalón del futuro Templo-Escuela que allí se ha de levantar para cantar

y rezar, enseñar y hacer los actos todos del culto a nuestras anchas.

¿No véis en todo esto la mano generosa y paternal de la Divina Providencia?; ¿no véis en estas adquisiciones algo sobrenatural? Dios pone en nuestras manos dinero, Cármenes, ropa, libros y simpatías, no por mi bella cara (que como veis no lo es), sino por las Avemarías y el Rosario que cantamos a la Virgen por las calles de Granada no ha muchos días; supimos ganarnos el corazón de los buenos granadinos, y como el bolsillo suele ponerse junto a ese corazón, y hay entre ambos una misteriosa afinidad de afectos y aun de aficiones, ese corazón y ese bolsillo se estremecieron al oírnos cantar, y se vaciaron para entregarnos unas cuantas pesetas, que nos hacen mucha falta para ampliar nuestras Escuelas y acoplar los nuevos edificios a las necesidades de la Pedagogía cristiana; alegrémonos y bendigamos a Dios y a nuestra Madre y Señora, que tanto nos dá sin merecer nada”.

A los pocos días se adquirió el nuevo Cármén colindante con el primitivo, en el que había un pencial bastante grande y una casucha miserable junto a una oscura cueva.

¡Que contento estaba D. Andrés el 8 de diciembre del año 1892!; estaba decidido a construir el Templo-Escuela y, aunque agotó todos sus recursos en la adquisición del Carmen, confiaba ciegamente en la caridad de los buenos, excitada continuamente por las fervorosas oraciones de los niños, que fueron siempre su más firme esperanza.

Llamó al maestro albañil, le expuso sus deseos de construir un Templo-Escuela, pidió datos aproximados y presupuestos de la futura construcción al *Maestro Alfonso* (así se llamaba) y le asustó, cuando le dijo que, si

antes se hablaba de pesetas, para construir lo que proyectaba, había que contar por miles de duros.

—Pero no importa, Maestro, Dios proveerá; aquí, aquí hemos de construir un palacio.

—¿Un palacio, D. Andrés?

—Sí, el palacio de Dios y de la Virgen, aquí hemos de levantar la Capilla, y ya verás qué bien sale; tendremos de todo sin tener ahora ni un céntimo, todo nos falta y todo nos sobraré; el Banco de la Providencia es muy rico y en él tenemos nosotros cuenta abierta; ¿tu no has oído nunca decir un versillo de Santa Teresa de Jesús?

—Yo no sé nada D. Andrés, ni aun siquiera conozco las letras; ¿qué versillo es ese?

—Pues oye; dice la Santa:

Quien a Dios tiene  
Nada le falta  
Solo Dios basta.

Ya lo sabes, Alfonso ¡sólo Dios basta!

Trae una espiocha, que yo mismo voy a empezar los trabajos; quiero ser el primer peón de la obra.

Trajo el Maestro la espiocha, se la entregó a don Andrés, rezamos los tres un Avemaría, y a continuación dió el primer golpe en aquel pencial diciendo: “En el nombre de Dios Padre (aquí estará el altar mayor y bajo él mi sepulcro); avanzó más al centro, dió un segundo golpe y dijo: En el nombre de Dios Hijo (aquí estará la tribuna para la enseñanza catequística); y siguiendo hasta el fin del nuevo Carmen, cavó por tercera vez y dijo: En el nombre de Dios Espíritu Santo (aquí haremos un hermoso pórtico para desahogo de la Capilla). Ea, maestro, a trabajar como bueno y no olvides que somos pobres.

Espera, que aun falta otro golpe, y tomando de nue-

vo la espiocha, cavó diciendo: En el nombre de la Santísima Virgen.

Empezaron las obras y con ellas los apuros que traen consigo y la falta de dinero para pechar con tantos gastos. ¡Qué sábados aquellos, cuando el Maestro albañil venía con las facturas y cuentas de jornales, cal y arena, piedra, ladrillo, hierro y madera!; D. Andrés pagaba sin saber cómo, y al quedarse sin un céntimo, solía exclamar. “El sábado próximo Dios proveerá”.

Y en efecto se empezaron las obras, se terminaron, a todo el mundo se pagó, a nadie se le debe nada y en nuestra sencilla y preciosa Capilla se canta sin cesar, se alaba a la Señora de la casa, que es la Virgen y... ¡bajo el altar mayor descansan los restos venerables de nuestro D Andrés, desde donde oye las Avemarías y plegarias de sus queridos pequeñuelos!

Reseñando él mismo la construcción de la Capilla, dice así.

“Lo raro de esta construcción fué el hacerla casi sin dinero. Se dijo. ¿Es necesaria la Iglesia?”

—Sí.

—¿Hay presupuesto?

No hay otro que lo que se pueda.

—¿Quién lo dará?

La Providencia.

—¿Pero se hará?

Yo no lo dudo.

Y se hizo, y se pagó y sobró dinero para atender a las demás necesidades de alumnos y Maestros”.

En la Memoria anual que publicó el año 1895 escribió bajo este epígrafe.

#### CONSTRUIMOS UN TEMPLO-ESCUELA

A mil niños podemos cómodamente instruir bajo los emparrados y bosquecillos de laurel, yedra, pasionaria

y madreSelva; pero cuando llueve o nieva, carecemos de local donde cobijar a tanta criatura.

Además para ciertos actos colectivos necesarios en una Escuela, como son los religiosos, académicos y aun recreativos, se necesitan espaciosos locales que puedan contener a todos los alumnos, y al público que los honre y anime con su presencia, es decir, un local donde quepan lo menos mil personas.

Y como dicho local ni le hay ni puede hallarse, es menester construirlo, y se está construyendo. La fábrica de esta obra costará miles de duros y mucho más adornarla y dotarla de todo lo necesario; por esto no hay otro presupuesto que lo que *se pueda*; ¿Se hará? no lo dudo.

D. Florencio Soriano ha donado para esta obra la monumental portada de la Magdalena y algunos materiales; el Excmo. Cabildo del Sacro-Monte ha votado a favor de ella 2.500 ptas.; los trabajadores que la hacen (que se procuran tomar de nuestras Escuelas) ceden diariamente una o dos horas de trabajo; D. Francisco Jiménez Arévalo la dirige gratis; un propietario cede la piedra, otro dá toda la paja que necesita la recua que acarrea los materiales...

Con tales ejemplos, decía nuestro venerable D. Andrés. ¿Quién desconfía? Levantado está ya el primer piso, y, para quien sabe los detalles, parece un milagro”.

Terminadas ya las obras, lleno de indecible gozo y mostrando a propios y extraños un optimismo consolador, tomó la pluma y escribió:

“Lo que hace no mucho era un sueño, es hoy un hecho. La fábrica del Templo-Escuela se halla terminada; el interior del piso alto está sirviendo de Escuela, y el bajo se está arreglando para que sirva de Capilla. ¿Para cuándo? Faltan el pavimento, las puertas, el altar, presbiterio y sacristía, la pintura de paredes y techo, las

vestiduras, vasos sagrados y cuanto es necesario para el culto; y todo lo espero, sin saber de quien, para la Pascua.

Ya el Sr. Ministro de Fomento cedió, previo informe muy favorable del Sr. Rector de esta Universidad, el grupo en talla del Ave-María, que estaba arrinconado en dicho Centro, esperando se le hiciera un templo de su nombre para venir a ocuparlo.

Varios artistas, a muchos de los cuales no conozco, se han ofrecido a pintar los Misterios del Santísimo Rosario, y uno nos ha dicho: Yo pintaré las paredés y el techo sin otra recompensa que lo que baste para la subsistencia.

Y así esperamos ha de venir lo demás que se necesite, advirtiéndole que, por usado y modesto que sea, todo es rico, dada nuestra pobreza.

Denme niños, escribía entusiasmado, denme niños que sepan rezar el Avemaría y de todo lo demás se encargará la Providencia. Los niños roban el corazón a Dios y a los hombres; de ellos es el reino de los cielos, cuyo trasunto es el corazón de los buenos en la tierra”.

Esas esperanzas de D. Andrés, entremezcladas con los apuros y dificultades que traen consigo todas las obras buenas, se vieron satisfechas, como observará el devoto lector leyendo lo siguiente:

#### INAUGURACIÓN DEL TEMPLO-ESCUELA

Ya está concluida la Capilla, gracias a Dios, y desde el 25 de marzo del año 1897 consagrada al culto. El día de la Encarnación se dijo la primera Misa, con asistencia de nuestro venerable Prelado y de un público tan numeroso, que hubo necesidad de colocar a los niños en la calle.

Vinieron, como esperábamos, los mármoles que adornan el prebisterio y cubren todo el pavimento del altar

que sostiene el interesante grupo del Ave-María, los vasos sagrados necesarios para el culto, las vestiduras sacerdotales más indispensables, los pinceles que han decorado techo y paredes, y van llegando los cuadros prometidos por los pintores granadinos. ¡Sea Dios bendito por su infinita misericordia!

No es nuestra Iglesia grande, pero caben en ella mil niños; no es grandiosa y elevada, pero sí higiénica y muy ventilada; no es lujosa, pero sí limpia y agradable; no es austera ni tétrica, sino alegre, risueña, sencilla y apropiada a su destino, que es poner a poca distancia los ángeles del cielo de los de la tierra. Por el techo se asoman querubines y sonrían; desde el suelo los miran los niños y se alegran, cantando a coro el *gloria* a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres.

Nuestra iglesia es iglesia de niños; con ese pensamiento está hecha, pintada y adornada. Es una clase en la que caben doce clases, es una hermosa aula, donde se enseña rezando y se reza cantando; es una Capilla catequística y pedagógica a la vez.

En los templos, por regla general, el coro canta y el pueblo calla, el sacerdote predica y el fiel escucha; más en el nuestro los niños, que son el pueblo, forman el coro; Maestros y niños explican la Doctrina y repiten el Evangelio; todos dicen lo que saben y expresan lo que siente, instruyéndose y animándose recíprocamente; el sacerdote dirige el culto y la doctrina, pero no tiene púlpito, ni le hace falta; porque aquel pueblo chico no sufre discursos y recibe el alimento del alma en migajillas, esto es, en ejemplos, diálogos, parábolas, oraciones cortas y animados cantos, que se dicen o dirigen desde cualquier punto. Los niños tienen tribuna, los Maestros cátedra y tribunal es toda la iglesia.

Si las iglesias deben hablar y educar al alma, en las nuestras los muros hablan, enseñan y cantan, los lien-

zos e imágenes instruyen y educan, y la prueba de que llena su objeto es que ninguno ha presenciado su culto, que no haya salido mejorado y conmovido.

¡Qué bien se está allí! ¡Qué dicha es no molestar a nadie y poder desarrollar pedagógicamente, bajo la mirada de Dios, todo un pensamiento de educación cristiana! Para mí (claro es) resulta la Capilla “cuando la veo llena de niños que oran y cantan, un pedacito de gloria”.

Bastan estos párrafos para poder apreciar el fervor, entusiasmo, devoción y santa alegría de que se hallaba inundado el corazón de nuestro venerable y sabio Maestro.

Todo lo dió por bien empleado, y si es cierto que pasó su no pequeño purgatorio en la edificación del Templo-Escuela, él mismo confiesa que ahora le parece un pedacito de gloria.

Alababa y bendecía al Señor por sus misericordias y solo aspiraba a que en aquella preciosa Capilla no se cesara de cantar a la Virgen y dar gloria a Dios por la porción más escogida de la humanidad, que son los niños pobres.

Los trabajos, apuros, dificultades, luchas, preocupaciones y disgustos que él sufrió durante las obras, advínelo el lector; pero nunca se inmutó; veíasele sereno y confiado, a todos atendía, de todo se enteraba y para todos tenía dinero y frases de aliento y de consuelo.

¿Que falta dinero?... ya vendrá.

¿Que el demonio nos hace guerra?... le venceremos ayudados de la gracia de Dios.

¿Que los hombres de corazón averiado nos miran con enojo?... les pagaremos con la hermosa moneda del perdón para que Dios nos perdone.

Su lema era trabajar lo que se pueda, y si en ese trabajo consumía hacienda y vida, se ponía en las manos

de Dios y se ofrecía diariamente a proseguir tan árduas como provechosas tareas hasta exhalar su último suspiro.

Aquella preciosa Capilla, levantada con tantos trabajos y dificultades, fué testigo durante muchos años de su celo, competencia y originalidad.

Todos los que tuvimos la dicha de oír sus lecciones, pudimos apreciar que era el hombre de Dios, el incansable Apóstol de la niñez, el Maestro de los Maestros, el Catequista modelo de quien muchos aprendieron para formar más tarde inteligencias y corazones en el santo temor de Dios.

Ya estaba completamente satisfecho; podía estar entre sus niños y Maestros sin molestar a nadie, y tener junto a sí al Divino Prisionero, alabado, acompañado, consolado y servido por cerca de mil niños, que, correteando alegremente por aquellos preciosos Cármenes de Valparaíso, parecían jilgueros venidos del cielo para cantar las misericordias del Señor.

Niño yo entonces, no conocía bien su vida; pero ya hombre y entrado en años, miro atrás y no acierto a explicarme trabajo tanto y tanta actividad; se multiplicaba sin faltar en un ápice a sus obligaciones *de justicia* y parecía como que el tiempo mismo venía en su ayuda, pues es imposible que un hombre sólo pudiera realizar obras tan complejas como difíciles.

“Digitus Dei hic est”; no cabe otra explicación.

## XXIII

### ORGANIZA UN BATALLÓN INFANTIL

Desde los años 1890 a 1900, en los que tanto trabajó nuestro D. Andrés en bien de la Religión y la Patria,

se oían por todas partes clarines de guerra; Cuba estaba en plena insurrección; en Filipinas corrían vientos y aires de independencia y los tagalos asesinaban sin piedad a nuestros pobres soldados; dentro de la Patria se notaba la inquietud y el malestar, no solo por las vidas que se perdían, sino porque en aquellas apartadas y riquísimas Islas se consumían todas las energías y tesoros de los pobres españoles.

Acudían a D. Andrés no pocos gobernantes a pedirle consejo, y él, que era un gran patriota y una verdadera gloria nacional, orientaba y animaba a todos y procuraba levantar el espíritu del pueblo, hablando y escribiendo como hablarían y escribirían los más fervorosos amantes de la Patria.

Entonces fué cuando intentó organizar un Batallón escolar, para desde pequeños infiltrar el amor patrio y recordar con más propiedad las glorias militares de nuestros antepasados.

Compró mil fusiles de madera, espadas y banderas, cornetas y tambores; organizó la tropa cual experto general; buscó un Maestro competente para mejor enseñar la instrucción militar, y, ya organizados y adiestrados, se presentó ante Granada, marchando con sus *tropas aguerridas*, para decir a todos que el hombre debe educarse para soldado.

Granada entera aplaudió a aquellos diminutos soldaditos y bendijo y alabó la hermosa labor educativa que venía realizando con tanto acierto nuestro santo y sabio Fundador.

Era un Maestro consumado, y de todo se valía para enseñar y educar.

Formaba el Batallón Escolar y militarmente le hacía marchar al Norte, Sur, Este u Oeste; a Francia, Italia o Portugal; a Europa, Asia, Africa o América, etc., etc.

Hacía del Batallón dos grandes núcleos, que él llama-

ba Cuerpos de Ejército, y representaba gráficamente las grandes batallas y hechos gloriosísimos de nuestros valientes soldados. Redactó preciosas monografías de los Reyes y personajes más salientes de la Historia Patria; y se valió de sus soldados en miniatura para levantar el espíritu nacional y dar a la Pedagogía cristiana y española la verdadera orientación en lo que respecta a la educación ciudadana.

También en esta ocasión se alzaron contra él las protestas de algunos Maestros, los cuales conceptuaban contraproducente ese espíritu militarista de D. Andrés; para estos escribió una preciosa hojita, en la que justifica su pequeño Batallón; es muy interesante y la transcribo a continuación, pues servirá de aliento a los verdaderos patriotas y tal vez de meditación a nuestros antimilitaristas. Dice así:

*¿Debe educarse al hombre para soldado?*

1.º *Sí; no hay más remedio.*

No creo que a la altura que nos encontramos, haya tontos rematados que se empeñen en sostener que este siglo es el de la justicia y del derecho; porque está a la vista que es el de la fuerza y del militarismo, del explosivo y del plomo.

A la puerta de los débiles están los fuertes armados y regimentados para robar en grande (que es lo que llaman conquistar), y dentro de cada sociedad germinan ideas de rebelión que obligan a tener ejércitos para defender la sociedad y conservar orden y patria.

No hay más remedio; es el siglo de los soldados, y hay que hacerlos. Es un mal gravísimo, pero inevitable y en crecimiento. Si algún paso más se dá en este sentido, será para tener más soldados, para convertir a todo ciudadano útil en militar obligado por algún tiem-

po, a fin de que en el día del peligro sepa defender la Patria. Así están los Estados y los pueblos, y así los han de encontrar nuestros niños; preparémoslos para lo que les espera. Un gran favor se les hará con ayudarlos a aprender la instrucción militar, porque cuanto primero la sepan, mejor les irá y más pronto dejarán el cuartel, que es de suyo lugar insano, y tal como hoy está, grandemente perjudicial y nocivo para las familias y para los pueblos.

De aquí:

2.º *El Batallón Escolar.*

En nuestras Escuelas hay organizados tres pequeños Batallones Escolares con los fines siguientes:

1.º Favorecer el desarrollo físico con la gimnasia militar.

2.º Procurar el orden, disciplinar con menor esfuerzo y mayor gusto de los alumnos.

3.º Promover la instrucción, singularmente en Geografía e Historia de España.

4.º Facilitar a los niños entretenimientos y juegos que, siendo de su gusto, conduzcan a algo práctico.

5.º Enseñar a estos niños, que mañana han de ser soldados bajo todos los sistemas, la instrucción del soldado y del cabo, para que puedan aprender a mandar pronto y no sean maltratados.

6.º E inspirarles amor a la Patria.

Si estos fines se obtienen o no, yo no he de decirlo. Pero sí observo que los niños de las Colonias adquieren garbo y soltura en los movimientos; que obedecen a sus jefes, niños como ellos, considerando más bien el principio del orden que el sujeto a la autoridad; que los juegos intructivos hechos en formación gustan a cuantos los presencian, porque enseñan y divierten a la vez y puesto que a estos niños, por bien que les vaya, les es-

pera el cuartel, les es más conveniente aprender la instrucción del recluta entre juegos, que no a pescozones y con malas caras.

Y alguno dira: Esa instrucción inspira al niño ideas bélicas, en vez de otras pacíficas, filantrópicas y humanitarias, que debieran inculcárseles, para ir a la conclusión de las guerras y la extirpación del militarismo, consumidor de vidas y capitales, que se restan a la agricultura, industria y comercio, etc.

Que el militarismo es una calamidad, no lo niego; que esta calamidad, hija de los tiempos, no lleva traza de extinguirse, es evidente; que a la juventud que hoy educamos le espera necesariamente el cuartel, también es claro. Declamen, pues, y escriban y formen congresos los bondadosos amantes de la paz universal; el hecho es que cada día hay más soldados y más cañones; y así habrá de ser mientras la anarquía de las ideas y la inmoralidad de los Estados exijan la disciplina de los cuarteles. Si no hay orden moral, le habrá material, y cuanto menor sea aquél, tanto mayor será la fuerza con que se impondrá éste.

Nuestra Nación, además, ha sido y es potencia militar, quiera o no quiera.

De manera que por todos lados se va a la conclusión práctica de que a nuestros niños les espera el fusil, y puesto que les espera, es menester que aprendan a manejarle. Santo y bueno que se les enseñe a amar al prójimo, pero no de modo que se dejen matar sin saber defender el orden y la Patria.

Esto es caridad y filantropía a la vez; lo demás es salirse de la realidad y educar para las estrellas.

Otros dicen, y con más visos de razón, que los Batallones infantiles y de exploradores son focos de inmoralidad, fomento de la indisciplina y parodia ridícula del ejército.

Quando los Batallones dichos son una *congeries* de chicuelos, entre los cuales hay escolares de todas las Escuelas que dejan éstas por las plazas de toros; aprendices de todos los oficios, que abandonan el taller por la calle; granujas y vagos de todas las categorías, que son los que con su desparpajo, palabrotas y gestos dan el *tinte de cuartel* a estas agregaciones, no se puede negar que son inmorales. Allí perece en un instante la inocencia, allí peligra la afición a los libros y al trabajo, allí se pierde de vista la Escuela y el Maestro, allí se aprende a fumar, a votar y hacer alarde de *soldados viejos*, esto es, de hombrecillos anticipados y cínicos, que hacen alarde de saberlo todo sin avergonzarse de nada. ¿Cómo ha de ser esto bueno y pedagógico?

Pero si el Batallón le forman los niños de un solo colegio, en la Escuela, bajo la dirección de sus Maestros, sin perder las clases, para entretener a los niños favorecer la disciplina, desarrollar el cuerpo y fomentar instrucción literaria y militar; si se huye de la parodia, para no incurrir en lo ridículo, adoptando un traje de niños y no de soldados, etc.; entonces el Batallón es un medio de educación, uno de los muchos recursos pedagógicos a que conviene acudir para hacer agradable la Escuela.

En este sentido y con este fin se organizó nuestro Batallón Escolar, con su comandante, capitanes, tenientes, abanderados, escuadra de gastadores, banda de cornetas y tambores, música y canto; porque es de advertir, que nuestros soldados todos son músicos, y con los cantos se animan e instruyen. Hoy son tres los batallones.

También sirve el Batallón de ocasión o motivo para inspirar amor a la Patria, tal y tan grande, que se inculque a los niños (y yo se lo encargo a los Maestros) el deber de defenderla, no solo en batallas campales,

sino, en último recurso, por las partidas o guerrillas, hasta vencer o morir en la demanda.

Cuando todos los habitantes de un país están dispuestos a morir antes que dejarse conquistar, acaban con las fuerzas del ejército más numeroso y sepultan el prestigio de los generales más acreditados. Por consiguiente, inculquen a los niños el deber de dar la vida por la Patria y la defensa de la misma, no sólo en las batallas campales donde suelen vencer los más fuertes, sino en guerrillas, en las cuales somos antiguos y acreditados maestros”.

D. Andrés era un gran patriota, como que el pensamiento de sus Escuelas sólo tenía y tiene dos facetas y éstas íntimamente entrelazadas: el amor a Dios y el amor a la Patria, o como él decía, Escuelas cristianas y españolas.

El hoy, repetía muchas veces, es hijo del ayer, y el mañana una consecuencia del hoy; importa, pues, mucho conocer bien nuestra Historia, estudiar nuestra ideología, asimilar perfectamente las enseñanzas del pasado y prepararnos con sólidos fundamentos para el porvenir.

Esto es lo que él buscaba con su Batallón Infantil.

En todos sus escritos aparece el español enamorado de su Patria, y cuando con inexcrutable mirada examina la Escuela y nota en ella la ausencia del patriotismo, no puede contenerse y tomando en sus manos la pluma, escribe con viril entusiasmo:

“Nación de perdidos, está perdida, país de abandonados, le tomará el que sea activo; pueblo ignorante, pobre, dividido y desorganizado, es fruto maduro para ser tomado.

Eduquemos, instruyamos, moralicemos, activemos nuestras fuerzas, explotemos nuestro suelo, unámos inteligencias y corazones, y que al faltar el ejército, si es

derrotado, quede en cada pecho un soldado que sólo se rinda a la muerte.

Pero si la Patria no ha de ser sino un país de granujas y pillos, y no ha de servir para nada grande, honrado ni digno, debe desaparecer y no merece que nadie muera por ella ni la ame siquiera.

Cuando amamos a la Patria, la amamos en cuanto buena; no es dado al corazón humano amar lo malo en cuanto tal; y por eso una nación corrompida es aborrecida y despreciada, no sólo de los de fuera, sino por los de casa; la corrupción acaba con *todo*, incluso con el amor, y con *todos*, incluso con las naciones. Por eso, quien siembra impiedad, motín, estafa, ignorancia, error, odio, farsa, pornografía, y en suma, libertinaje en todas sus formas y matices, cava la fosa para enterrar a su Patria.

Eduquemos en la virtud, que sin ella nada subsiste, y con ella todo prospera, y tengamos por el mayor enemigo de la Patria y de la raza al que abra más ancho cauce a la corrupción, mande desde arriba o esté abajo”.

Son tan hermosos estos conceptos y levantan tan en alto el sentimiento y amor patrios, que me ha parecido muy oportuno traerlos aquí, máxime teniendo en cuenta los miserables tiempos que corremos de bolchevismo, socialismo y antipatriotismo.

Un Maestro tan santo, sabio y experimentado como D. Andrés no podía discurrir de otra manera.

De vez en cuando solía decir a sus soldaditos que la vida es una milicia y que todos sin excepción alguna hemos de tomar las armas de la oración y el sacrificio, apuntando al cielo y luchando con denuedo contra nuestros múltiples enemigos.

¡Todos soldados y todos al cielo!

## XXIV

### EXTENSIÓN DE SU OBRA

La recién construida Capilla del Ave-María, en la que gastó cuanto tenía, y con mucho gusto y satisfacción por ser para la Virgen, era el horno en el que se caldeaban y caldean los corazones de niños y Maestros, y de un modo especial el de D. Andrés, que pasaba allí las mejores horas de su vida. ¡Era para él un pedacito de cielo y daba por muy bien empleados los sacrificios y sinsabores que en ella consumió!

Cuando la veía llena de niños, no podía contener su emoción, y como todos son pobres y todos demuestran en sus carillas chupadas y amarillentas la huella del hambre, pensaba en organizar una cantina, siquiera para los más necesitados y un ropero para vestir una o dos veces al año a aquel enjambre de pedigüños; y piden, porque el hambre es mala y suspiran por su traje, porque el invierno es largo.

—Me pedís pan, decía, y yo no lo tengo; necesitáis ropa para abrigaros y tampoco la tengo; ¿qué remedio? Yo tengo uno, que no dudo nos ha de dar excelente resultado; mirad al Sagrario; ahí está nuestro tesoro; pidamos hoy, mañana y todos los días y no dudéis, vendrá pan, comida, trajes, bufandas, cuanto necesitéis.

Y en efecto, al poco tiempo creó la Cantina, un poco más tarde el ropero, y casi desde la fundación de las Escuelas, arden las hornillas en las que se condimenta una abundante comida, de la que participan diariamente más de 100 angelitos, que tal vez no tengan en su casa ni un pedacito de pan que llevarse a la boca.

Y no contento con este nuevo sacrificio, rogó al Ca-

bildo del Sacro-Monte le dieran algunos restos de la comida que allí sobraba para aumentar más y más la cantina y tapar mayor número de boquillas hambrientas.

Y pareciéndole esto aún poco, dijo a los ricos que podían ejercer muy bien la caridad, si cada uno de ellos protegiera a un niño pobre, a cuyo efecto fundó lo que él llamaba la visita domiciliaria de los niños, para que ricos y pobres vivieran en amigable consorcio, y viendo unos y otros la caridad practicada de modo tan original, desaparecieran los odios de clase y reinaran la paz y la verdadera fraternidad.

Desde la fundación de las Escuelas ejerció la caridad con tanta intensidad, que no sabía vivir, sino era dando; ya viste a los niños que a ellas acuden dos o tres veces al año; ya se vale de sus Hojitas para ampliar más y más el radio de acción; ya orienta a unos y otros para que la caridad sea racional y justa y no contraproducente; ya excita a las entidades oficiales y particulares para que abran sus Cajas y se aproximen al pobre y al necesitado; es en una palabra, el Apóstol de la caridad; por esto muchos le llamaban un segundo S. Juan de Dios.

Los niños inundan por completo sus lindos Cármenes de Valparaiso, y como no caben, se impone adquirir otro y otros hasta llegar, si es preciso, a las mismas puertas de Granada para que los dormidos despierten y a los insensibles se les ablande el corazón.

En pocos años adquiere otros tres Cármenes, que la Divina Providencia pone en sus manos, hasta que consigue llegar al término del precioso Valle, dominándole por completo e inundándole de niños pobres, que viven y respiran muchísimo mejor que los ricos y potentados en sus palacios.

La caridad inagotable de D. Andrés, nunca dice basta y además contagia a muchos, porque los buenos observan sus movimientos, admiran su bondad, alaban su

hermosa Obra y, al visitarla, se les conmueve el corazón y depositan en sus manos el óbolo de la caridad.

Tanto Carmen exigen cuidado, conservación y adaptación a la Escuela, y todo esto cuesta mucho dinero; tapar tantas bocas hambrientas y vestir tanta desnudez, con dinero se tapan y viste; remunerar al personal docente y a los trabajadores que labran la huerta, exige cantidades no despreciables; los libros, papel, plumas y tinta, ropa e hilos para enseñar, más otras muchas menudencias suman cientos y miles de pesetas.

Y él solo dispone de su sueldo, con el que no hay apenas para una semana; sin embargo no se apura, espera y confía, y como está plenamente convencido de que sus Escuelas son de Dios y para promover su gloria se fundaron, jamás dudó de que nada le faltara, y no hay una sola Memoria, de las que anualmente publicaba, en las que no aparezca ésta y otras expresiones a ella similares: "*Nada tenemos y de todo nos sobra*".

Como la Obra aumenta, urge darla a conocer y a este efecto redacta por de noche sus célebres Hojitas, que son granos de sal y pimienta, claras, ingeniosas, occurrentes y salidas del corazón, después de pasar por su inteligencia soberana; pronto, muy pronto recorren todos los ámbitos de nuestra Patria; de todas partes llegan palabras de aliento, ofrecimientos y apoyos económicos; todas las clases sociales ven en D. Andrés al hombre providencial, y muchos como su paisano y hábil operador D. Víctor Escribano, los sabios Doctores D. Federico Olóriz, D. Benito Hernando, D. José Gómez Ocaña, por no citar otros y otros, se ofrecen a don Andrés para todo, y no sólo de palabra, sino con hechos y sacrificios, aceptados hasta que fueron a mejor vida.

Más de mil niños inundaron la Ribera del Darro; muchos comen habitualmente; casi todos son vestidos dos veces al año; algunos estudian Carrera, otros apren-

den oficio y en todo el pintoresco Valle se oyen de la mañana a la noche voces angelicales que cantan el Ave-María y cientos de corazones y lenguas que bendicen y alaban al Fundador por su abnegación y caridad inagotables.

Pero aún no está contento; dice que hay que educar al hombre desde la cuna al sepulcro y hoy por hoy sólo nos ocupamos del niño; ¿y del joven?

Organizó por de noche unas Escuelas a las que acudían más de 200 mozos de las cuevas para enseñarles a leer, escribir, contar y *el Catecismo*, muchos de los cuales ni aún siquiera sabían que existía.

Era hermosísimo ver a aquellos jóvenes dirigidos por un gitano Maestro, el célebre D. Enrique Amaya, a quien respetaban como a autoridad y admiraban, por ser el gitano más leído y sabihondo de todos los gitanos de aquellos contornos y de toda la gitanería.

El acto principal de esas Escuelas nocturnas y como coronamiento de la labor docente de las mismas, tenía lugar todos los años el día de Jueves Santo, en el que todos confesaban y recibían a Su Divina Majestad, sumándose a tan hermosa Comunión gran número de gitanas y agitanadas (o castellanas desposadas con gitanos), atraídas por la palabra persuasiva de D. Andrés, que sabía ganar los corazones con arte y habilidad no común.

Después distribuía entre todos ellos el arroz y bacalao para el clásico potaje del Jueves y Viernes Santo y marchaban a sus aduares y oscuras cuevas haciéndose lenguas de D. Andrés, que era según ellos "*el má zanto de toos los nacíos*".

Tenía él, claro es, la preocupación de todos los buenos educadores, que el fruto cosechado no respondía a los titánicos esfuerzos que ponía en su obra educadora, y para remediar en parte esos temores pretendió

ganar a aquel abandonado Barrio, adquiriendo sus cuevas y adjudicándolas de balde o casi de balde a las familias que observaran una vida cristiana y ordenada.

Así lo hizo; compró más de 70 cuevas, las alquiló por 2 ó 3 *pesetas* mensuales, y acabó radicalmente con el lenguaje grosero e inculto de aquellas tribus gitanas; la penetración pacífica, que ahora dicen, o el protectorado era ejercido por nuestro venerable Maestro con tal prudencia y delicadeza, que en poco tiempo podía andarse por allí con la misma seguridad que por el centro de la población granadina; debiendo advertir que antes, el viajar por aquellos andurriales era un verdadero peligro.

¡Benditas sean las Escuelas del Ave-María, exclamaban todos, y bendito sea el que las fundó, que a tantos sacó de la ignorancia y de las tinieblas del error!

Aun le parece poco lo hecho hasta aquí, y ahora proyecta extender las Escuelas por todos los Barrios extremos de Granada; a este efecto los visita con frecuencia, gulumea y busca un sitio o lugar apropósito para nuevas fundaciones, y redobla su actividad, porque urge terminar y completar el plan que previamente había formado.

Un día me ordenó le acompañara a la Universidad para después dar *un paseo en burra* y ver paisajes nuevos.

Bajé con él; mientras dió su clase, cuidé de la borrieca y esperé impaciente para ver esos nuevos paisajes.

Subido él en su borrieca y haciendo yo de escudero, nos dirigimos al populoso Barrio del Triunfo para subir por la Cuesta de la Alhacaba y atravesar el típico y morisco Albaicín.

—¡Cuántos niños, cuánto abandono, cuánta incultura y cuánta miseria!; parece imposible que después

de casi 20 siglos de catolicismo se consienta tamaño abandono.

—¿Tu ves este Barrio tan abandonado?... Pues hemos de educarle, no hay más remedio.

Es un deber de cristianos ayudar al desvalido y enseñar al que no sabe y, ya que eso hacemos en el Camino y Barrio de los gitanos, ¿cómo no proseguir esa labor en bien de estas criaturas?

—Pero si usted no puede con lo ya organizado, ¿cómo aumentar más sus trabajos?

—Dios lo quiere y El nos dará fuerzas, dinero, tiempo y salud; ya verás, ya verás cómo en plazo no lejano establecemos nuestros reales en el Triunfo, y ya verás cuán gran bien hemos de hacer allí.

Otro día fuimos al Barrio que llaman de Quinta Alegre, atravesamos el no menos abandonado de S. Cecilio, y como en el Monte y Triunfo pudimos apreciar la urgente necesidad de fundar Escuelas y Centros de cristiana educación.

Su plan era sitiar a Granada de campamentos escolares, y así como los Reyes Católicos, sitiando a esta histórica y hermosa Ciudad granadina, lograron libertarla del yugo musulmán y completar la unidad de la Patria, así D. Andrés, cercándola de Escuelas españolas y cristianas, la reconquistaría espiritualmente y rompería las cadenas de la ignorancia para dar paso libre a la cultura y civilización cristianas.

Eso costará inmensos sacrificios de dinero y voluntad; *el General no importa* sería su ideal y una ilimitada confianza en la Divina Providencia su esperanza.

Mientras daba realidad a estos sueños o deseos, redobló las oraciones y mortificaciones, apeló según costumbre a la devoción y piedad de los niños, hizo públicos sus proyectos, y rogaba a ricos y a pobres visitaran sus Escuelas para que viendo los hermosos resultados

de las ya fundadas, se animaran a cooperar a las nuevas fundaciones y acabarán entre todos con la incultura e ignorancia de los Barrios extremos de Granada.

Si consiguió o no la realización de sus deseos, véalo el curioso lector leyendo lo que a continuación decimos.

## XXV

### SUEÑO ALEGRE O QUINTA ALEGRE

Granada había de ser reconquistada muy en breve por nuestro D. Andrés; las cuevas del Sacro-Monte habían sido regeneradas por las Escuelas del Ave-María, y eso mismo era menester hacer en todos los Barrios de la Ciudad.

Aquellos paseos que dábamos por esos Barrios para observar y mejor conocer el carácter, condición y modo de ser de sus habitantes, darían sin duda alguna algún resultado práctico, porque D. Andrés era el instrumento providencial de quien Dios se valía para derramar sobre Granada los tesoros de sus gracias y misericordias.

“Vendrán locales o dinero para construirlos, y pronto los veremos repletos de pequeñuelos con los cuales ganaremos a los grandes, y aquí en este hermoso sitio y frente a la amplia y rica vega granadina, educar en cristiano a este Barrio casi tan abandonado como el del Sacro-Monte”.

Así decía, y con la convicción y seguridad de los santos, empezó a buscar el sitio y medios para cuanto antes inaugurar las obras.

Todo vino a tiempo y todo se hizo con orden sin que faltara el más mínimo detalle.

Allá en el sureste, en el sitio más placentero de la

poética Granada, en el Camino de Huétor, en el mirador de la Vega, do llaman con propiedad Quinta Alegre, se bendijo solemnemente el 25 de marzo de 1898 una haza, que cedió generosamente D. Manuel Rodríguez Acosta, y en la cual doña Rosario García, viuda de Gallardo, y sus hijos D. Gustavo y hermanas, han hecho levantar una muy agraciada Iglesia de estilo bizantino y gusto y corte granadinos.

Junto a esa joyita del arte sencillo y cristiano, para contribuir al culto de la Virgen María, para promover la educación y cultura de aquellos Barrios, que tanto la necesitan, y para seguir la piadosa y bienhechora tradición granadina de erigir Iglesias junto a las Escuelas y Escuelas junto a los Templos, tuvo D. Andrés vivos deseos de hacer una Escuela del Ave-María, faltándole tan solo los recursos necesarios.

Acudió como siempre al inagotable Banco de la Providencia, y ese Banco singular, sin otra garantía que las virtudes extraordinarias de nuestro venerable Fundador y las nunca interrumpidas oraciones de los niños, prestóle el dinero necesario para levantar en poco tiempo un primoroso edificio escolar, bien soleado, mejor ventilado y con todas las exigencias higiénicas de la moderna Pedagogía.

Ya tenía pues un segundo pabellón o campamento escolar para ir cercando poco a poco a la sin par Granada y librarla de la incultura y abandono moral en que yacía como adormecida o sin vida.

En la construcción de estas Escuelas permitió el Señor que también fuera visitado su incansable siervo por grandes tribulaciones, que soportó con admirable resignación y valiéndose de ellas para más aumentar sus merecimientos.

Durante los años 1899 y siguientes, nació en Granada una sociedad obrera titulada "La Obra", patrocinada,

dirigida y jaleada por determinados individuos que, tomando al obrero como base o pedestal, pretendían satisfacer innobles aspiraciones, sin regatear medios, por reprobables que fueren, hasta conseguirlas. Se excitó a la sedición, se predicaron ideas subversivas, se ofendió pública y particularmente a la Iglesia y se apeló a la violencia, llegando a causar varias víctimas.

El obrero, que es materia apta para el motín o revuelta, acudió a aquella sociedad en busca de mentidas mejoras y era traído y llevado inconscientemente *por los santones* del obrerismo, abusando de su sencillez y engañándole, por no emplear otra palabra, que es la más propia y la que mejor explica *el celo* o filantropía de *los nuevos apóstoles* del obrero.

Tomáronla con los pobres e inofensivos Sacerdotes y Religiosos, y no había mal, enfermedad o muerte en la que éstos no intervinieran.

—¿Que se pierden las colonias?...

—Nada, los curas tienen la culpa.

—¿Que la vida se encarece y hace difícil?...

—Son los frailes la causa de este encarecimiento.

—¿Que llueve y no se puede trabajar, o existe una pertinaz sequía?...

—Ellos, ellos son los que impiden la lluvia o hacen que ésta caiga a cántaros.

Y así en todo lo demás.

¿Solución para estos males?

Era muy peregrina, prender fuego a los conventos y acabar radicalmente con lo que ellos llamaban *la ola del clericalismo*; y fueron tan consecuentes con la solución propuesta, que en más de una ocasión salieron del local social con la tea del incendiario y el puñal del asesino, turbando la paz legendaria de Granada y levantando protestas de justa indignación contra los ambiciosos y vanos jefezuelos del movimiento obrero.

Las huelgas estaban a la orden del día, las exigencias del obrerismo eran tantas, que el capital se asustó, paralizándose todas las obras y temiendo con muchísima razón los peligros amenazadores de la masa obrera engañada y criminalmente dirigida.

Sólo D. Andrés no tuvo miedo a nadie ni a nada; prosiguió tranquilamente las obras de sus Escuelas, tuvo que entenderse con obreros rechiflados, con los jaleadores de *la opinión*, y con el medio ambiente saturado de odio, al construir las Escuelas de la Quinta, viéndolas terminadas y repletas de los mismos hijos de esos obreros, que vociferaban contra los Curas, mientras un ilustre Cura estaba pensando en hacerles todo el bien posible por medio de la Escuela cristiana y española.

Iba *diariamente* subido en su borrica por el centro de Granada a visitar sus Escuelas en construcción; allí oía las numerosas quejas de los obreros (entonces todo eran quejas), resolvíalas con gran discreción y prudencia, predicábales paternalmente, los convidaba y obsequiaba para ganarlos a Dios, y al terminar la tarde, caballero en su borriquito, regresaba al Sacro-Monte después de haber empleado todo el día en servir a Dios y a sus pobres.

Pasaba siempre por las puertas de la sociedad obrera, porque era camino obligado para subir a la Abadía, y a todas las horas que por allí pasaba, encontraba a la puerta gran número de obreros, que gesticulaban y hablaban el lenguaje de la ineducación.

—Callaos, decían todos, que viene D. Andrés, Al verle, le saludaban respetuosamente y oían con atención las breves y sustanciosas palabras que les dirigía, le despedían sombrero en mano, y al unísono y unánimemente exclamaba: "D. Andrés no es como los demás Curas".

Y tenían razón, porque se olvidaba de sí mismo para ser de los demás, y eso es de muy pocos.

Al fin pudo ver terminadas las Escuelas de la Quinta, hermosas, junto a un precioso Templo, en un sitio encantador, enmedio de un Barrio completamente abandonado, en lugar estratégico y frente a la bendita Patrona de Granada, la Virgen de las Angustias.

“Soñaba yo, decía D. Andrés, en unir todos los Barrios de Granada, junto al corazón del Ave-María del Monte, y veía en lontananza hermosísimas Escuelas para educar a los niños pobres de esos Barrios, y así salvar a la Ciudad de Granada, tan abandonada en materia de educación; pero los sueños, ¿sueños son?...; no lo sé; hoy inauguramos una Escuela nueva, y espero que muy en breve surja otra en el Triunfo, pues hace mucha falta. Sigamos soñando y levantemos el corazón a Dios”.

Se abrieron las Escuelas, acudió a ellas un verdadero enjambre de niñas, se organizaron tres grupos y, a petición del Barrio, se creó una sección de parvulitos, que son, como en todas partes, la porción más escogida de la grey infantil.

En este hermoso Colegio tiene un trono de corazones inocentes la Virgen morena de Monserrat, y al lado, un precioso Templo levantado por la generosa caridad y bondad de aristocrática familia granadina.

Se hace mucho bien, los niños son educados y aquel portillo granadino se ha cerrado a la incultura, abriéndose paso a la verdadera civilización.

Aun había en Granada un populoso Barrio con cientos y cientos de niños abandonados, y allí había que ir para regenerarle; no hay más remedio, Dios lo pide, la Patria lo exige, los pobres lo demandan y la carencia de Escuelas imponen la urgencia de fundar una del Ave-María que sea como el áncoa de salvación de los pobres náufragos, que luchan y viven con las olas de la ignorancia.

Veamos en el artículo siguiente los trabajos de nuestro D. Andrés en el Barrio de S. Ildefonso.

## XXVI

### FUNDA EN EL BARRIO DE SAN ILDEFONSO

#### NUEVAS ESCUELAS DEL AVE-MARÍA

Al norte de Granada, muy cerca de las Estaciones ferroviarias, existe un Barrio numerosísimo, en el que viven de 14 a 15,000 habitantes; no se conocía por allí ningún Centro de cristiana educación, y excusado es decir cuán grande sería la incuria e incultura de aquellas pobres criaturas.

Algunos niños asistían a las Escuelas del Camino del Monte, andando cerca de media legua y sufriendo las consecuencias del mal tiempo, más otras de diversa índole.

—¿Por qué no ponen ustedes por estos Barrios, decían a D. Andrés muchos de los vecinos, unas Escuelas del Ave-María?

—Yo lo deseo y pido a Dios y a la Santísima Virgen nos depare un local o campo donde construir las Escuelas, pues no dejo de comprender su necesidad; ayúdenme todos a implantarlas y vamos a ver si en este mismo año, primero del siglo XX, organizamos en medio de los jardines del Triunfo otro campamento escolar ave-mariano para bien de todos y gloria de Dios.

Como en otras ocasiones, acudió a la oración fervorosa, y al calor del Sagrario, aprendió que en breve tiempo contaría el Ave-María con un nuevo grupo escolar

en el Barrio de S. Ildefonso. El era el instrumento de quien Dios se valía para educar al pueblo, y no podían quedar abandonados y sin educación cristiana los cientos y cientos de niños que allí viven en el más lamentable olvido y abyección.

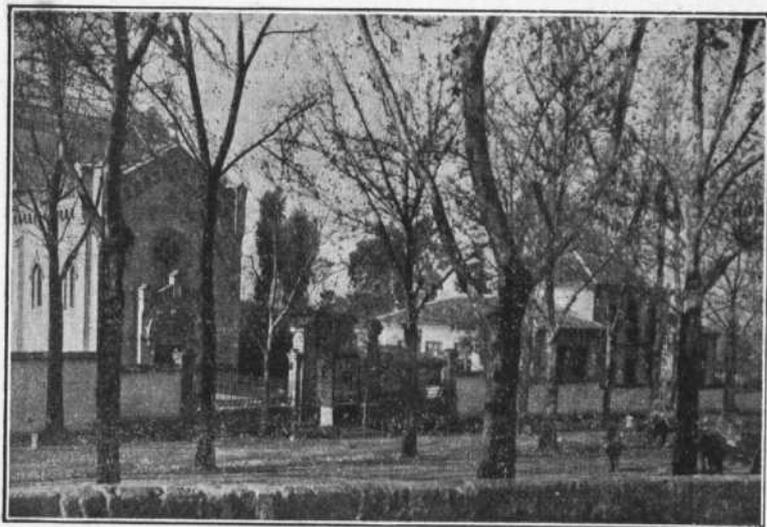
—¡ Pobres niños, exclamaba D. Andrés, ¿cómo no vender hasta el Breviario si fuere necesario, para educarlos y salvarlos?

Un día se presentó en las Escuelas el bondadoso, bienhechor y admirador de las mismas D. Manuel Méndez Vellido y dijo a D. Andrés: En mi Barrio y al lado de los PP. Capuchinos existe un corral lleno de maderas, un jardín mal cultivado y un vetusto y ámplio edificio hoy convertido en cuadras y en posada.

El dueño es mi buen amigo y cristiano caballero don José López Barajas, el cual, tal vez lo ofrecería a usted para implantar las Escuelas, que allí hacen más falta que en parte alguna.

—Encárguese usted, le contestó D. Andrés, de hacer las gestiones oportunas, y déme cuenta de ellas, pues entra en mis proyectos empezar lo antes posible.

A los pocos días se entrevistaron D. Andrés y D. José, y este buen señor le expuso la historia de aquella finca; se la había ofrecido a los PP. Capuchinos, Salesianos y Hermanos de S. Juan de Dios, los cuales no aceptaron por razones que no son del caso referir; él quería que cuanto antes funcionara allí una Casa de educación, y no encontraba ocasión propicia y medio humano de implantarla; yo, añadía D. José, arreglaría, para empezar, algún local, y viendo más tarde los frutos de la buena educación, me lanzaría al arreglo total del edificio y a las mejoras que hicieran falta; pero como ninguno acepta lo que ofrezco con tan buenos propósitos, he optado por abandonarlo todo y esperar hasta que Dios quiera.



Colegio de la Quinta Alegre



Colegio del Triunfo



Y tras breve silencio exclamó: D. Andrés, ¿quiere usted aceptar el usufructo de esta finca para organizar allí unas Escuelas Avemarianas?

—¿Hay en aquellos Barrios muchos niños abandonados?

—Muchísimos, innumerables.

—¿Y podemos usufructuar libremente esos patios y edificios para educar a esos niños?

—Sí señor, cuando usted quiera, lo ponemos todo en sus manos.

—Pues lo que ninguno quiere, yo lo acepto sin condiciones; eduquemos, hagamos el bien, D. José, y todo lo demás vendrá por añadidura.

—Yo me ofrezco a arreglar tres clases por hora, y más tarde, ya veremos lo que Dios quiere y el bolsillo dá de sí.

D. Andrés no podía contener su gozo y se entusiasmaba, al ver cómo el cerco espiritual y escolar de Granada iba cerrándose poco a poco para gloria de Dios y bien de nuestra Ciudad.

Hiciéronse las obras más indispensables, se adecentó el nuevo Colegio del mejor modo posible y el 21 de abril de 1900, se inauguró la tercera Colonia Escolar Avemariana, en la que se haría un bien incalculable, pues el sitio es estratégico y allí como en todas partes hay hambre de educación.

Yo no sé como nuestro venerable Fundador pudo contener su alegría el día de la inauguración de esta nueva Escuela.

Dejémos [redacted] pluma las emociones que en la tarde del 21 de abril de 1900 sintió, [redacted] hacer la inauguración.

“El AVE-MARIA ha puesto sus tiendas en el Triunfo, esto es, junto al esbelto y rico monumento que Granada



y tomada posesión de aquel campo, jardín y cielo (donde irán mis pequeñuelos todos los sábados a cantar una Salve) siguieron su marcha cantando Avemarías, hasta penetrar en un ancho patio y casa que personas piadosas y desprendidas les han preparado y cedido. Allí los esperaban y recibieron conmovidos y afectuosos su Pastor y Prelado, el P. Guardián de los Capuchinos, el señor Cura Párroco de S. Ildefonso, bastantes señoras y caballeros, y un pueblo numeroso que llenaba la calle; y si yo dijera que, si no todos lloraron, todos se conmovieron de gozo, de placer, de alegría y que no recuerdo momento más feliz en toda mi vida, no exageraría.

Cuentan que aquel patio fué en otro tiempo hermosísimo jardín, y dicen los que lo vieron que jamás llegó a tener ni tantas flores ni tantos encantos como en la tarde del 21 de Abril del año 1900. Dicen que una señora (ya difunta) vió lejos de aquí, un asilo y tanto le agradó la música que allí oyó, que soñó desde entonces poner en esta su casa un algo por el estilo; y los que esto sabían, al oír los angelicales cantos de mil niños pobres e instruidos, escuchados por más de otros mil, que ni rezar saben; sintiéndose conmovidos por los acordes de la música, y entregados, por los vehementes impulsos del amor hacia los ignorantes, caídos y pobres, y los gratos recuerdos de seres queridos, consideraron en esa tarde a aquélla Señora asomada al balcón de la gloria para presenciar tal espectáculo, y hasta se imaginaron oír en sus adentros una voz que les decía: "bien, hijos míos, eso es lo que Dios quería y lo que yo quiero".

El que esto escribe ve o sueña ver en este hecho del establecimiento de las Escuelas del Ave-María en el Triunfo el avance de un deseo hace tiempo acariciado, el de sitiar a Granada con campamentos de niños sanos de cuerpo y alma, los cuales, ya instruidos y bien educados, invadan la Ciudad y no haya ni barrio, ni casa,

ni Escuela ni Templo, ni empleo, ni industria, ni rico ni pobre, que no sienta la influencia suave e irresistible, bienhechora y civilizadora de este ejército escolar del AVE-MARIA, reclutado entre lo más pobre, ruín y desechado del mundo, y transformado, mediante la educación, en lo más sano, culto, vigoroso, inteligente, honrado, piadoso, útil y patriótico de esta sociedad, hoy decaída.

Y avanzando con los deseos del corazón, que son infinitos, y con los vuelos de la imaginación, que son casi infinitos; recordando a mi Patria recluida en una cueva donde se invoca a María (Covadonga); a mi Patria reconquistada en Granada bajo el lema del Ave-María (Pérez del Pulgar); a mi Patria extendida por mares y mundos desconocidos descubiertos el día de María del Pilar, y al Pilar de Zaragoza siendo el núcleo de nuestra Nación y la expresión del tesón y fe de nuestra raza; me pregunto yo: ¿si tendrán algo que ver con el porvenir de la raza, la Religión y la Patria, estas pobres Escuelas de mis pobrísimos niños, nacidas en una cueva, donde se invoca a María; inauguradas en octubre, cuando se honraba a la Virgen del Pilar; congregadas alrededor de una columna de mármol, sobre la que se levantaba la imagen de la Virgen María, y hoy dilatándose bajo la bendición y mirada de su Dios y su Madre la Virgen del Pilar o del Triunfo? ¡Qué poco distan el entusiasmo y la locura!”

Hasta aquí son palabras de D. Andrés.

¡Cómo se vé en ellas el alma enamorada de la Santísima Virgen, el celo del Apóstol y el corazón del patriota!

Yo, que le conocí de cerca y pude verle y oírle durante toda mi vida, puedo certificar que ese fervor, del que da muestras elocuentes en todos sus escritos, era en él

tan extraordinario, que muchas veces no podía hablar por la emoción.

D. Andrés no descansaba; después de dar su clase en la Universidad, visitaba la naciente Escuela Avemariana del Triunfo, organizaba a los niños, imponía a los Maestros en las prácticas escolares, animaba al Barrio a aprender los rudimentos de la fe, y así siguió durante un año hasta que un Sacerdote educado desde pequeño en las Escuelas, se encargó de esta Colonia con gran entusiasmo y vivos deseos de trabajar en este nuevo campo avemariano.

¡Hermosa en verdad ha sido la labor social que en esta Colonia se ha realizado!; las tres clases que se abrieron, muy pronto tuvieron que convertirse en ocho, y habría número de alumnos para otras tres o cuatro más, si hubiera local y patios adecuados; en pocos días llegó la matrícula a 500 niños que no faltan, pues es un Barrio muy entusiasta de la enseñanza, y padres y alumnos se han compenetrado en tal forma con la Escuela, que hoy es a modo de una Parroquia, a la que todos acuden a pedir consejo, dirección, socorro y ayuda.

A los tres años de la fundación, se crearon cuatro clases de Escuelas nocturnas, asistiendo a ellas 200 jóvenes, que poco a poco se han ido seleccionando hasta convertirlas en grupos de ex alumnos, a quienes se les procura enseñanza, educación, socorro y piedad; en el año 1902 se constituyó un Centro de Obreros, que era y es una prolongación de la Escuela, con el fin de cumplir el programa de D. Andrés, que, según dijimos, era “educar al hombre desde la cuna y proseguir esa educación hasta el sepulcro”.

Ese Centro Obrero ha realizado una obra muy hermosa y, dirigido y orientado todo por nuestro santo Fundador, se fundaron la Bolsa del trabajo, una Caja

de Ahorros y Préstamos, y otra de Socorro para enfermos, con creciente éxito y muchos y grandes beneficios en pro del obrero granadino.

Para más atraer a las almas y educarlas mejor en el temor de Dios, compró instrumentos para una banda de música, organizándose en poco tiempo y alegrando a chicos y grandes en las fiestas que allí tienen lugar con relativa frecuencia.

No es posible explicar el contento y satisfacción de D. Andrés por el éxito de esta Colonia, aunque es muy de advertir que tampoco le faltaron los disgustos entremezclados con la salsa de la contradicción.

Los dueños del local llegaron a entusiasmarse y prometieron solemnemente a nuestro Fundador, ampliar el edificio, en recuerdo del Congreso Eucarístico celebrado en Madrid en el año 1911, como lo hicieron, construyendo siete clases hermosísimas y un amplio y alegre salón-Capilla, en el que pueden congregarse los 500 niños que allí reciben educación.

Los antes corralones sucios y destartalados, se han convertido en preciosos patios llenos de árboles y parrales, en los que se levantan airozas tres columnitas con el Niño Jesús, la Inmaculada y S. José, para que los niños tengan en todo momento delante de sus ojos a esos tres modelos llovidos del cielo para ejemplo y salvación de todos.

En resumen, el Triunfo tiene hoy un hermoso Centro de educación cristiana, al que asisten 500 niños durante el día, 200 jóvenes por la noche y 400 obreros los domingos y días festivos, todo ello debido a la caridad, celo, desinterés y entusiasmo de nuestro santo Fundador.

El Barrio está educado y mejorado en tal forma, que todos los años acude en masa a la Parroquia para oír la persuasiva palabra del Sacerdote y cumplir con la

Iglesia acercándose a la Sagrada Mesa colectivamente muy cerca de 2000 personas, cuando antes apenas si entraban por las puertas del Templo Parroquial media docena de feligreses.

Desde que se inauguró este Colegio hasta el día de hoy, han pasado por sus clases SEIS MIL QUINIENTOS NIÑOS, DOS MIL ADULTOS y TRES MIL DOSCIENTOS OBREROS, los cuales han recibido de balde y por amor a Dios, el inmenso beneficio de la educación y socorros por valor de MUCHOS MILES DE DUROS, que D. Andrés distribuyó generosamente y con gusto hasta el fin de su vida.

Aquel cerco espiritual de Granada en el que él soñaba, al empezar sus beneméritas Escuelas del Ave-María, va realizándose a pasos de gigante; ya tiene tres grandes campamentos escolares; el Avemaría resuena en Valparaíso, Quinta alegre y Triunfo, y aún dice que la labor es pequeña y que urge completar ese cerco hasta conquistar para Dios y su Iglesia, todos los corazones de nuestra histórica Ciudad.

Cuanto más extiende su radio de acción, más se multiplican su celo y actividad; no vive ni descansa, ni apenas come; parece como si su alimento y sueño son las emociones profundas y los trabajos de su apostólico celo, porque hay que tener en cuenta que, no sólo se limita a organizar y ver, sino a corregir y enseñar, a predicar con la palabra y con la pluma, y a enterarse de todo para mejor conocer las necesidades de la Escuela y los medios más oportunos para remediarlas.

Todos los días visita los tres grupos, enseña a los alumnos del Sacro-Monte y a los de la Universidad, sin olvidarse de sus niños, que son los predilectos de su caridad y celo.

¿Estará ya satisfecho?

Véalo el lector, si tiene paciencia de leer lo que sigue.

## XXVII

### LAS VISTILLAS DE LOS ANGELES

Como el celo de los Santos no reconoce límites, don Andrés no acaba de satisfacer sus nobilísimas aspiraciones, y cuando contempla sus tres Colonias repletas de niños y el bien inmenso que en ellas se hace, suspira por educar a otros pequeñuelos en donde más falta hiere, o en donde más necesidad moral notare.

Visitó el pobrísimo Barrio que llaman de S. Miguel el Bajo y en él pensó en un principio organizar otras nuevas Escuelas; pero como en todas las cosas puede apreciarse el más o el menos, aún había en Granada otros sitios más necesitados de educación, cual ocurría en la Parroquia de S. Cecilio, a pesar de estar dedicada al Patrón bendito de Granada; allí vivían en el más lamentable olvido cientos y cientos de niños que yacían en el arroyo de la ignorancia, por no tener una mano bienhechora que los levantara y educara; allí no había otra Escuela que el presidio, a cuyo alrededor correteaban los niños oyendo con frecuencia un lenguaje grosero e indecente y observaban con gran desedificación los ejemplos de los presidiarios.

Ese era un boquete abierto a la incultura y por él se introducían a todas horas los aires pestilentes de la ineducación. D. Andrés apreció como de más urgencia el remedio de este mal, al de S. Miguel el Bajo, y se decidió a poner los hitos para tapar ese portillo mediante una Escuela similar a las ya existentes; más, ¿cómo si los recursos escaseaban y las necesidades aumentaban?

Poco a poco iba bloqueando espiritualmente a Granada y desde su Cuartel General, que son las Escuelas del Sacro-Monte, daba órdenes terminantes y bien me-

ditadas, observaba todos los movimientos, fijaba y precisaba el plan de ataque, y convenientemente asesorado ante el Sagrario, salía de su Cuartel hacia las avanzadas, y ya le vemos en Quinta Alegre, alegrando a aquellos pequeñuelos que le saludaban con reverencia; ya en el Triunfo, en cuyos amplios y hermosos patios bulle un hormiguero de niños, con quienes juega y se divierte, cual si fuera un niño más; ya en medio de sus queridos y montaraces gitanillos, que le saludaban con todo el afecto de sus almas, así como las gitanas y habitantes de aquellas cuevas, que le decían en el más clásico lenguaje cañí: “Vaya ozté con Dio, D. Andrés, que ez ozté más güeno que una juente de natillas”.

Y D. Andrés, sonriente y afable con todo el mundo, aceptaba esos saludos y exclamaciones del más sincero agradecimiento, y se valía de ellas para enseñar y llevarlos a Dios.

Aun quedaba un boquete abierto, y el campamento escolar y espiritual de Granada no estaba suficientemente defendido; faltaba por atrincherar y educar el gran Barrio de S. Cecilio, y no veía el cómo, porque carecía de recursos, y le faltaban personal, local, campo y cuanto se necesita para organizar una Escuela.

Que todo eso vendrá, decía él, no me cabe la menor duda, más no sé el cuándo y el cómo; hoy por hoy sólo nos toca encomendar el asunto a Dios Nuestro Señor y a la Santísima Virgen, y después, que Ellos hagan de mí y de aquel Barrio lo que quieran; solía tener muy presente aquellos versillos de su admirada Santa Teresa de Jesús:

Vuestro soy  
Para Vos nací;  
¿Qué queréis, Señor de mí...?

y, porque estaba totalmente entregado a la voluntad de

Dios, se confiaba ciegamente en ella, y todo le venía como a pedir de boca.

En efecto, estaba embebido en este *impertinente* pensamiento de crear en S. Cecilio unas Escuelas del Ave-María, pensamiento que no le dejaba vivir, fué a la Capilla de las Escuelas a hacer la visita al Santísimo con todos los niños de la Colonia, según costumbre, y al salir, se encontró con el Excmo. Sr. Conde de Agrela, Senador del Reino y de rancia y linajuda familia granadina; este cristiano y rico aristócrata estaba entusiasmado con D. Andrés y con sus Escuelas, y sin más preámbulos, le dijo: “Observo de cerca y estudio con detenimiento su hermosísima Obra del Ave-María; comprendo que es obra de Dios y que usted es el instrumento de quien El se ha valido para bien de Granada; yo soy granadino y, deseando dejar aquí un testimonio perpétuo del amor que yo siento a esta bella y católica Ciudad, quisiera hacer algo y cooperar de algún modo a los esfuerzos de usted, que son inmensos; dígame en qué forma y seguiré en todo sus sabias indicaciones.

Además debo decirle que tengo una hija llamada Rosario, y son mis deseos que a ese recuerdo de mi tierra se una el de mi querida hija, dedicándose la nueva fundación a la Virgen del Rosario.

Ahora sólo resta que usted busque local o campo escolar, y que lo antes posible me indique lo que debo hacer.

—¡Cuánto me alegro de haber oído a usted, señor Conde!, le contestó D. Andrés. No sé si acertaré a exponerle lo que pienso y en lo que sueño todos los días y a todas horas; supla su talento lo que mi torpeza no sepa referir.

Tenemos en Granada, gracias a Dios, tres Casas de educación: el Ave-María del Monte, el Triunfo y Quinta Alegre; pero hay *un portillo*, que conviene tapar a

cal y canto, poniendo en él una buena Escuela, con la que Granada será nuestra, por estar bloqueada completamente con campamentos escolares. Estos son mis sueños y, soñando despierto, veo con gran gozo de mi alma que esos sueños van siendo una realidad consoladora.

—¿Y qué portillo o Barrio es ese?

—El de S. Cecilio, en donde hay muchos niños sin educación, un mal vecino, que es el Presidio y ninguna Escuela que eduque y mejore a aquellos pobres habitantes.

—Perfectamente, D. Andrés, usted busque el sitio, no repare en gastos, y cuando lo haya encontrado, yo me comprometo a edificar una Escuela según el plan y forma que el Ave-María necesita.

—Señor Conde, que el cielo le premie tanta bondad; hoy mismo empezaré mis trabajos de investigación y espero que la Virgen del Rosario sea conmigo hasta encontrar lo que buscamos y alcanzar en plazo breve un campo o huerta, en el que se levante un Templo y Escuela a esa Virgen bendita, sillar y cimiento de nuestra Obra.

Así fué; D. Andrés exploró el campo y encontró una huerta, propiedad de un cristiano caballero, D. Luis López Zayas, tan hermosa y tan extensa, que no sería muy difícil tomar de ella una buena parte para instalar un campamento escolar y construir el edificio prometido por el Excmo. Sr. Conde de Agrela.

Dios, la Virgen y D. Andrés lo arreglaron todo; dividióse la huerta, cercóse con una tapia y ya tenemos a nuestro santo Fundador pensando y trazando el nuevo grupo escolar.

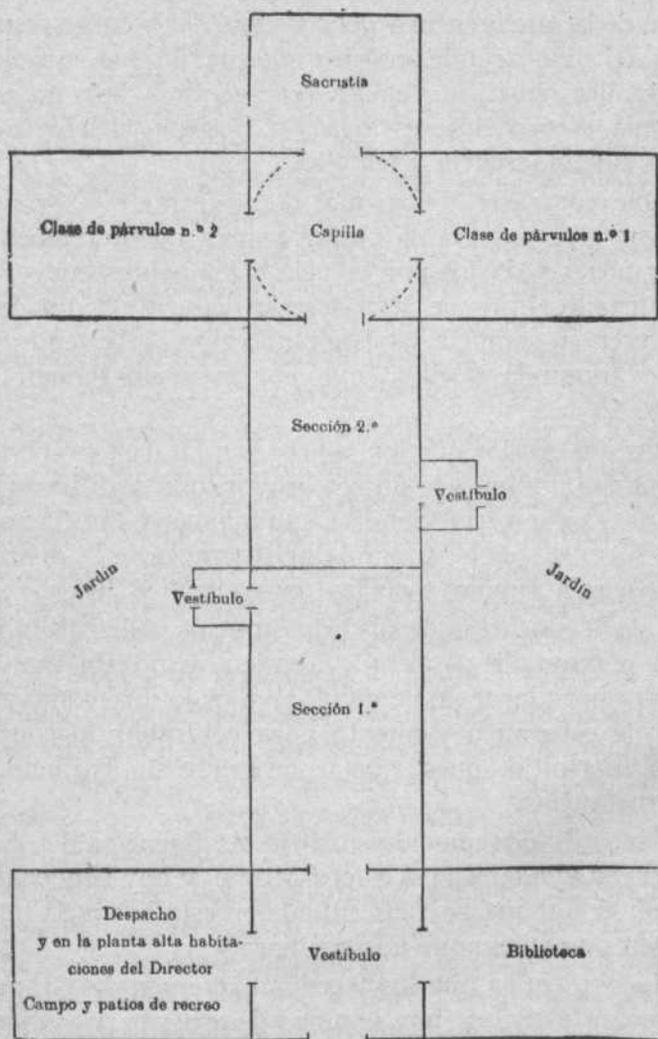
El mismo hizo un plano, tan apropósito y elegante, tan sencillo y proporcionado, tan artístico y cristiano, que el Arquitecto no quiso añadir ni quitar nada, haciéndose todo bajo su inmediata dirección, resultando

el mejor Colegio de Granada, el más original de cuantos se conocen, y el más cristiano, pues es una cruz completa, tal como puede apreciarse en el plano adjunto.

Es una Escuela sumamente higiénica, llena de luz y sita en un cuadro tan pintoresco y bello, que con razón le dicen Bellas Vistas; la Alhambra y Sierra Nevada, la Vega y Cármenes llenos de flores son los vecinos que acompañan y embellecen a esa Colonia, debida a la generosidad del Excmo. Sr. Conde de Agrela.

El día de la Virgen del Rosario del año 1907 se inauguraron y bendijeron por el Excmo. Sr. Arzobispo don José Meseguer y Costa, estas Escuelas modelo, asistiendo nutridas representaciones de todas las clases sociales, ante las que nuestro venerable Fundador pronunció el siguiente discurso, que emocionó e hizo pensar a cuantos tuvieron la dicha de oírle.

“Yo no necesito, señores y amigos míos, ponderar ante vosotros lo que esto significa, porque todos los aquí reunidos aprecian en lo que valen estas Escuelas destinadas a la educación y cultura del pueblo. Vosotros representáis a la Iglesia, que es cultura y santidad; representáis al Estado, que debe ser cultura y orden; representáis a la Provincia, que es cultura y beneficencia; representáis al Municipio, que es cultura, enseñanza y administración; representáis la Enseñanza, que es cultura de la inteligencia y el corazón; representáis la Justicia, que es cultura y derecho; representáis las armas, que son cultura y valor, representáis la riqueza, que es cultura y bienestar, y todos representáis al pueblo, del cual habéis salido, al pueblo, para quien debe ser la moralidad, el poder, el orden, la administración, el saber, la justicia, la equidad, el valor, la disciplina, la riqueza y el bienestar; pero no podrán serlo, si no le proporcionáis la cultura, que ha hecho de vosotros todo lo que sois.



ESCUELAS DEL AVE-MARIA

Por cultura entiendo yo el cultivo del cuerpo y del alma, de la inteligencia y del corazón, del hombre pequeño y del niño grande, cultura que, por lo que se refiere al hombre chico, la veo yo representada hoy en esta Colonia escolar, que es a la vez higiene, enseñanza y culto, jardín, escuela y templo.

¡Qué contraste, Dios mío, qué contraste! Levantar palacios y regalarlos a los niños pobres, comprar huertas y cármenes y darlos por escuela a los pobres cueveros; mientras los hijos de la clase relativamente acomodada palidecen en sombría y triste habitación, quizá en estrecha e inmundada pocilga, que por escarnio llaman escuela...!

Dice un orador que los pobres son la aristocracia del Evangelio, y digo yo, sin ser orador, que aquí basta tener ojos para verlo. Señores capitalistas y gobernantes y rectores de pueblos, que la aristocracia de la pobreza os enseñe a fundar escuelas para vuestros hijos.

Y de la educación de sus hijos ¿qué os podré decir yo? Una porción de cosas que alguien, y no sin motivo, tomará por alarde de vanidad, y yo os lo diré como germen de esperanza y aliento para continuar lo comenzado. Permitid, pues, que os presente un paralelo de circunstancias.

Hace 18 años que comenzaron las Escuelas del Ave-María en una cueva del Sacro-Monte, y hoy bendecimos la quinta Colonia Escolar situada en esta hermosa huerta, con un edificio que nos enamora.

Hace 18 años que los barrios extremos de Granada no tenían escuelas; hoy algunos de estos barrios tienen quizá las escuelas más espaciales, alegres e higiénicas de toda España.

Hace 18 años que no había en esos cabos de barrio y vericuetos que rodean a Granada, quien apenas supiera

leer ni escribir, y ya saben todos o casi todos los que no tienen padres completamente abandonados.

Hace 18 años que no podían personas bien vestidas pasar por ciertos caminos, y hoy se pasea y vive allí con relativa tranquilidad.

Hace 18 años que nada éramos, nada significábamos, y hoy no solo ocupamos vuestros corazones, sino el corazón de una parte muy selecta de España.

Hace 18 años que los muy despiertos, experimentados y desengañados del mundo, nos tenían por infelices soñadores; y hoy esos mismos han rectificado sus opiniones y nos tienen por hombres prácticos.

Hace pocos años que casi nadie, ni aquí ni fuera de aquí, se ocupaba de hacer Escuelas, de mejorar las existentes, de poner atención preferente en las primeras letras, en la educación de la infancia, y singularmente de la infancia pobre y abandonada; y hoy ya es moda, sea de palabra, sea de obra (más de palabra que de obra) ocuparse y preocuparse de mejorarlo todo y ampliar los horizontes de la Escuela primaria.

Hace pocos años se hablaba algo de instrucción, pero de la educación, de la formación del hombre, muy poco; y hoy, gracias a Dios, van entendiendo muchos, aunque no todos, que ante todo y sobre todo la escuela debe ser casa de educación.

Hace pocos años se afirmaba, casi sin contradicción, que el *analfabetismo* y la criminalidad se daban la mano; y hoy van dudando muchos de la eficacia de la ilustración para restar delitos, al observar que las ciudades más ilustradas son también las más criminales, según las estadísticas.

Hace 18 años nos codeábamos con niños harapientos, y hoy se codean con nosotros y nuestros niños la aristocracia del poder, del saber y del tener; éramos lo último

y más despreciable de la sociedad, y hoy nos envidian los ricos nuestras Escuelas y jardines.

Hace 18 años inaugurábamos la primera Escuela en Octubre con la devoción del Rosario, y hoy bendecimos la quinta Colonia escolar del Ave-María con la advocación de *María del Santísimo Rosario*.

Un padre que tiene una hija, hija única, llamada María del Rosario (nombre también de la madre de ese buen padre) quiere educarla dándole un ejemplo, haciendo a los niños pobres coherederos de esa hija única y fundando una Escuela del Ave-María, en la cual se rezará diariamente el santo Rosario por los bienhechores y sus piadosas intenciones.

Ahora, coeducadores, aprended a educar a vuestros hijos educando a la vez a los hijos de los pobres: completad vuestra obra”.

Salieron de allí los invitados haciéndose elogios de la caridad del Sr. Conde, de la santidad y abnegación de D. Andrés y de la hermosura y originalidad del nuevo edificio avemariano.

Todo es allí encantador, la belleza del paisaje, la esbeltez del Colegio, la original distribución de las dependencias, la abundancia de sol, agua, flores y jardines, el aislamiento de los pabellones escolares y hasta los mismos niños que pueblan y llenan ya las clases, pues son limpios, simpáticos y pobres con aires aristocráticos.

Ya es feliz nuestro D. Andrés; completó el bloqueo escolar de Granada, y como experto y aguerrido Capitán recorre sus campamentos, adiestra a los escolares en el arte difícilísimo de luchar contra los enemigos de la ignorancia y la impiedad, y observa todos los movimientos para encauzarlo y guiarlo todo hacia el cielo, que es la victoria y en donde se encontrará el descanso eterno.

Sin embargo, aún anda algo preocupado, porque sus

niños, ya educados y sólidamente preparados para entrar en el mundo, van al taller y en poco tiempo se pierde o queda muy menguada la labor y trabajo de muchos años.

¿Qué hacer para remediar tan gráve mal? El había estudiado muy de cerca el pensamiento original y grande de D. Bosco, al crear sus Escuelas profesionales; había llegado a enamorarse de tan peregrina idea, y empezó la fundación de lo que él llamaba las Instituciones postescolares, de las que diremos algo en el párrafo siguiente.

## XXVIII

### ESCUELA DE ARTESANOS

Que el niño pierda una gran parte de la educación recibida en la Escuela primaria al perder el contacto con sus Maestros, es una triste verdad de experiencia.

Que ese niño, al entrar en el mundo y empezar la vida del obrero, empleado, etc. encuentra un cuadro, que suele ser una contraposición al que vió y palpó en el Colegio donde se educó, es otra gran desconsoladora realidad.

Y que los padres y las Autoridades no aciertan a ser los coeducadores de la Escuela, es también un hecho lamentable, del que darán terrible y severa cuenta a Dios Nuestro Señor.

¿Y qué remedio para tan grandes males?

D. Andrés organizó por vía de ensayo en sus Escuelas del Triunfo ciertas Instituciones Económico-Sociales con la mira de proseguir la educación y aproximación del niño a la Casa Madre durante el mayor tiempo po-

sible. Ese ensayo ha constituido un éxito, y no sólo no ha desaparecido, sino que hoy es una obra completa social con sus Cajas, Mutualidades y talleres cristianizados.

Como la Obra es muy compleja, difícil y costosa, se necesitan hombres de sacrificio, competentes y laboriosos que sepan luchar con esa edad de las pasiones, y tener tal prudencia y delicadeza, que evite el choque con los jóvenes alocados por la edad e inexperiencia.

Nuestro venerable Fundador veía y palpaba el mal, sentía simpatías por las Escuelas profesionales, pero era la única vez en su vida que sintió desilusión y miedo.

“Ha sido, decía, la Escuela de Artes y Oficios mi sueño dorado, pero no se me oculta que esto es un imposible para un sólo hombre, y máxime si está ya viejo y cansado; (se llamaba viejo y cansado a los 50 años).

Procuremos ir hasta donde Dios quiera y pararnos donde El nos mande, siendo el lenguaje de la Providencia los hechos y medios que nos proporcione; pues no da los tesoros para que se escondan, sino para agenciar por su encargo y nuestra cuenta lo que se pueda.

Orientar la enseñanza hacia la vida del trabajo y aún iniciar algunos talleres y fábricas en miniatura de los hombres del porvenir, no parece imposible en estas Escuelas.

Ya la música es para algunos de nuestros alumnos, no sólo arte, sino oficio.

Ya el dibujo nos hace concebir la esperanza de que ha de ser base de aplicaciones para varias artes y oficios mecánicos.

Ya se ha construido un buen lavadero, planchadero y tendadero, donde se puede lavar, secar y planchar la ropa de más de 200 personas.

Ya el costurero de nuestras Escuelas tienen algún trabajo.

Ya...; mas ¿para qué he de seguir? si se me antoja que sueño lo que veo en fuerza del deseo, y que engaño a los que hablo sin intentarlo. Dios y el tiempo, que son testigos que no engañan, dirán si espero, sueño o miento...”.

Firme y sereno en fundar sus Escuelas de artesanos, era menester buscar local y Maestros para ellas; con ser difíciles ambos problemas, sólo le preocupaba el personal técnico, hombres buenos, serios, laboriosos, justos, que supieran trabajar y enseñar a los aprendices, además del oficio respectivo, hábitos de honradez, formalidad y piedad cristianas.

Veamos lo que Dios permite y lo que pretende de su siervo D. Andrés.

Al final de la calle de S. Juan de los Reyes, no lejos de la Iglesia donde se bautizaron los primeros moros cuando la reconquista de Granada y frente a las Escuelas del Ave-María, existe un hermoso sitio cercado con tapias, que tiene jardín, huerta y una casa de dos pisos entre el jardín y la huerta. Ese sitio, que fué el antiguo convento de la Victoria, será en adelante la Escuela de artesanos, o LO QUE DIOS QUIERA.

Hay allí preciosas vistas, terreno amplio, agua abundante, aire sano, aislamiento e independencia, y la adquisición de ese Carmen ha sido barata y un tanto rara, o más bien providencial.

Habla D. Andrés y dice: “Me llamó un señor a su casa y me dijo:

—¿Conoce usted a D. Fulano?

—No señor, no le conozco, no siendo para servirle.

—Pues él sí conoce a usted, y me ha dado esta cantidad para sus Escuelas.

—Muchas gracias; que Dios se lo pague al que lo da, y a usted que lo entrega. Y me puso en la mano 7.500 pesetas.

—El caballero que lo da no quiere se sepa su nombre.

—No se sabrá, le contestó, no siendo en el cielo.

A los pocos días un antiguo bienhechor de las Escuelas me vendía en esa misma cantidad el Carmen de la Victoria, diciéndome con sincera bondad y franqueza castellana:

—Por el Carmen ese he pedido a otras personas, como último precio, 15,000 pesetas; pero siendo para la Obra del AVE-MARIA, dé usted diez, nueve, ocho o lo que usted quiera.

Le ofrecí lo que tenía, las 7,500 pesetas del donativo, y aceptó repitiendo:

—Si he dicho lo que usted quiera.

Este bienhechor era D.<sup>e</sup> Florencio Soriano, el mismo que regaló para nuestra Capilla la hermosa portada de la Magdalena”.

El Carmen es barato, y para que lo fuera más, el Notario puso trabajo y papel de balde, y lo mismo ha hecho con unas casillas adquiridas después para dar entrada a dicho Carmen por la Cuesta del Chapiz y redondear la manzana.

En esta nueva casa, jardín y huerta había de establecer su Casa de artesanos, y en efecto, creó una hermosa clase de Dibujo dirigida con entusiasmo por varios artistas granadinos y admiradores de D. Andrés y sus Escuelas; organizó conferencias nocturnas y de divulgación científica a cargo de Catedráticos prestigiosos de esta Universidad, como D. Pascual Nácher, D. Juan Tercedor y D. Víctor Escribano, a los que se unieron otros amigos entusiastas; compró una imprenta que le costó 10,000 ptas. para en ella imprimir sus libros, hojitas y otros trabajos de propaganda; estableció talleres de carpintería, zapatería y alpargatería; y se empezaron los trabajos, y todo marchó bien, mientras los productos fueron necesarios para la Casa; pero después, al

intentar vivir del mercado o del público, ya por la distancia, ya por la imperfección de la obra, obra de aprendices, ya por la falta de personal director y práctico que, siendo seglar, casado y autónomo, propendía a mirar más por sí y su casa y familia que por la Obra común de las Escuelas, los talleres vinieron a menos, no quedando hoy más que la imprenta, destinada a las necesidades de la Casa, más aquellos propios de la mujer, como el lavadero, planchador, costurero, confección y corte.

Y es que Dios quería otro taller más necesario, más importante, y para él se adquirió el Carmen de la Victoria en la forma providencial que antes vimos.

Ese taller era la formación de Maestros cristianos, competentes, avemarianos y patriotas, que sean después capaces de regenerar la Escuela española, inundándola de nuestro espíritu, embalsamándola con las virtudes de D. Andrés y haciendo que esa Escuela española sea lo que debe ser.

D. Andrés llegó a convencerse de la imposibilidad e ineficacia del taller profesional, porque era menester crear uno en cada esquina, y llegó a creer que es más fácil cristianizar los existentes, mediante el Centro Obrero y Escuelas nocturnas, cual ocurre en las Escuelas del Ave-María del Triunfo.

#### EN SUMA

Las Escuelas del Ave-María, que nacieron en una cueva de sobre el Camino del Sacro-Monte, con diez alumnos, entre gitanos y castellanos, ocupan ya los cuatro puntos cardinales de sus barrios extremos y atienden a la enseñanza y educación de los hijos de esos barrios, tan poblados como necesitados, a cuyo fin se han adquirido por nuestro incansable y apostólico Fundador locales espaciosos en campos abiertos, en los cua-

les dan hoy enseñanza treinta Maestros durante el día y diez por de noche y días festivos, sin otros medios que su celo, abnegación y caridad.

Todo le parece poco, a pesar de tanta y tan intensa labor pedagógica, y así le oímos exclamar a todas horas:

¡Ay, cuánto resta aún por hacer!

¿Qué pretende ahora?; ¿qué le preocupa?

Lea el lector lo que sigue, y apreciará la obra más grande, trascendental y pedagógica que fundó y en la que él cifraba todas sus esperanzas.

## XXIX

### EL SEMINARIO DE MAESTROS

Bloqueada Granada por las Escuelas del Ave-María y sembrada por todas partes la semilla de la buena educación, sólo falta formar convenientemente los educadores, o hacer Maestros competentes, avemarianos, piadosos y Apóstoles del bien, ya que ellos han de ser el día de mañana los que hagan la Escuela y los que cuiden y guíen al arbolito tierno y delicado de la niñez.

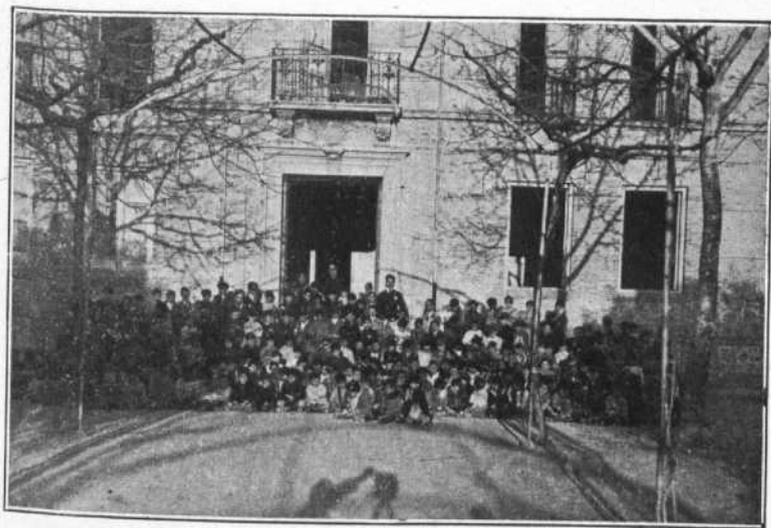
D. Andrés comprende ahora mejor que nunca la importancia de la Escuela, se entusiasma, cuando visita sus magníficos campamentos escolares, y reconoce que no hay Escuela buena sin Maestros buenos. A formarlos pues.

El Carmen de la Victoria será el futuro Seminario, y de allí saldrán una verdadera pléyade de jóvenes cargados con el rico bagaje de la virtud y el saber para inundar a España y al mundo, y salvarlos de la ignorancia.

D. Andrés no cabía de gozo, se multiplicaba, y empezó esta obra grande y trascendental, como empezaron



D. Andrés en medio de sus Maestros del Seminario



Colegio de las Vistillas de los Angeles



todas las obras de Dios, con dificultades, con grandes trabajos, viviendo de la escasez y confiando, como siempre, en la bondad de Dios.

El escribió una preciosa hoja, llena de unción y sabiduría, dando a conocer esta nueva obra, que era para él “la joyita de sus amores”, hojita que por su importancia, transcribo íntegra para que por ella se juzguen su sabiduría y virtud, su talento y discreción, al par que su generosidad y paciencia.

Dice así:

## DE LOS SEMINARIOS DE MAESTROS

### I. EL NOMBRE.

Dicen que en el extranjero, y aun en España, se llaman *Seminarios de Maestros* las Casas o Instituciones donde se forman éstos, lo cual me parece acertado y bien dicho, porque lo son.

Son las funciones sociales y ministerios de educación y perfección que desempeñan Sacerdotes y Maestros muy análogas y exigen vocación muy parecida, y justo es llamar *Seminarios*, lo mismo a los Colegios donde se educan los futuros Sacerdotes, que aquellos donde se forman los futuros Maestros. ¿No dicen que el *Magisterio es un verdadero Sacerdocio?*

Conviene que las cosas sean llamadas por sus nombres, y para esto lo mejor es darles el más apropiado. Convenimos, pues, en llamar *Seminario de Maestros* o para Maestros. Y, justificando el nombre, pasamos a exponer su contenido.

### 2. ¿CÓMO EMPEZÓ DICHO SEMINARIO?

Este Seminario para Maestros comenzó muy modestamente, como suelen empezar todas las cosas del Ave-María, en pequeño y por vía de ensayo.

Un Sacerdote piadoso e ilustrado, llamado D. Enrique González Carrillo, que disponía de algunos bienes y, unidos a su celo, talento y trabajo, deseaba invertirlos en una obra que él, con acierto, juzgaba de suma importancia, necesidad y trascendencia, me dijo un día, recién ordenado: ¿Me admite usted en las Escuelas del Ave-María?—Con mil amores, le contesté. Y desde entonces se instaló en ellas. Más adelante me preguntó otro día: Por qué no pone usted un Colegio para hacer Maestros?—Porque carezco del hombre que para ello se necesita.—Si usted me considera útil, yo haré lo que sepa y pueda.

Ví los cielos abiertos, y le ponderé, no obstante, las dificultades y los sacrificios de toda clase que la obra exigía; pero D. Enrique a todo contestó animoso y resuelto, y él se encargó de plantear el Colegio para Maestros, y lo dirigió y costeó durante seis años, hasta que otra fundación análoga solicitó su celo en la Corte.

### 3. EL CARMEN DE LA VICTORIA HECHO SEMINARIO.

Frente a la poética e histórica Alhambra, Darro por medio, está el Carmen de la Victoria, así llamado porque allí hubo un convento de religiosos con este nombre conocidos.

Está dicho Carmen mirando al Mediodía, sobre la colina que sube al morisco barrio del Albaicín, y al final de la calle de S. Juan de los Reyes, así dicha por la iglesia primera que los Reyes Católicos dedicaron al culto cristiano y donde se bautizaron los primeros moros convertidos al Cristianismo después de la reconquista.

El sitio es hermosísimo y la independencia y aislamiento completos; porque la finca es un cuadro que forma manzana, y está por todas partes rodeada de edificios propios o tapias. Allí hay una casa principal de

nueva planta, jardín amenísimo, huerta espaciosa para sembrar y cultivar hortalizas, plazoletas para jugar y pasear bajo sus emparrados, agua corriente, aire puro, sol abundante y, en fin, un Carmen tal que, si un poeta lo soñara, no sería más poético, y si un pedagogo lo ideara, no resultaría más apropiado. Hoy sólo tiene un defecto, que hay poca casa para tanto Maestro y habrá que ampliarla.

#### 4. LOS COLEGIALES O SEMINARISTAS.

No fueron éstos al principio muchos, y la mayoría de ellos eran procedentes de las Escuelas del Ave-María y algunos becarios; pero han ido creciendo, y al comenzar el curso de 1923 a 1924, había: 55 internos, 12 externos, y, con los que enseñan durante el día y asisten a las clases de tarde y noche, más los que concurren a nuestras clases prácticas, se reúnen unos 86 Maestros, o que aspiran a serlo.

Y más habría, si más cupieran.

¿De dónde vienen?—De las diferentes provincias de España.

¿Cómo viven?—Con modestia, como cuadra a su clase y porvenir, y en familia, sirviéndose a sí mismos y unos a otros en diferentes cargos.

En dicho Seminario sólo hay un dependiente, el cocinero; los demás servicios los desempeñan los alumnos.

#### 5. ¿QUÉ ESTUDIAN?

Estudian lo que los planes de estudio exigen en las Escuelas Normales: un montón de asignaturas con un rimero de voluminosos libros, y todo en pocos años para que mejor se indigeste. Pero no hay más remedio: el Estado manda, lo mismo en los cuarteles que en las Escuelas, y a sus planes hay que atenerse y por sus programas hay que examinarse y prepararse. En adelante

esto se llamará absurdo y tiranía; hoy se llama libertad y derecho. El Estado es el Maestro de los Maestros, el grande y único Pedagogo, dicen en Francia y repiten en España.

¿Cómo atenuar, ya que es imposible evitar, la enfermedad burocrática del *bachillerismo* esterilizador, aplicado a las Escuelas Normales? Con el plan, método y sistema de un buen internado, esto es, con estudio asiduo, explicación sensible, disciplina rigurosa y orden estricto; no admitiendo al impreparado, despidiendo al rudo o desaplicado, distribuyendo discretamente las recreaciones, el estudio y las clases, cuidando que el alimento y el sueño sean reparadores y suficientes, promoviendo la alegría honesta y el honroso estímulo, apuntando a que toda enseñanza eduque y toda educación mejore, y poniendo como fermento de la vida intelectual y moral del alumno, la piedad, que para todo sirve. Así se aspira a evitar o atenuar ese mareo a que se ven expuestas las cabezas que oyen hablar de muchas cosas a la vez y sin tiempo para detenerse a pensar seriamente en ninguna, mareo e indigestión intelectual que dan de sí la hinchazón y la pedantería, junto con la verborrea o incontinencia de lengua que de todo habla sin profundizar en nada, como si charlar y saber fueran palabras sinónimas.

Contra este mal, hijo del *bachillerismo*, tenemos la la práctica de poner a nuestros Maestros en contacto con la realidad de la Escuela, ya mientras estudian, para que en presencia de los niños (que a veces saben de cosas prácticas más y mejor que ellos), no olviden la humildad y se acuerden de la modestia; ya después de haber cursado, para que en la Escuela practiquen, y allí se vea quién ha nacido para enseñar y quién carece de vocación y aptitud para ello, aunque hable de pedago-

gía y se le figure llevar una enciclopedia dentro del cerebro.

¡Oh! la modestia ¡cuán necesaria es al buen educador y cuánto se hace porque la pierda el infeliz Maestro!

## 6. ¿QUIÉN ENSEÑA A LOS MAESTROS?

Otros Maestros, de los cuales unos tienen título de Normales y otros son Licenciados y Doctores y, lo que es principal, están muy versados en la enseñanza, por ser ésta su ocupación ordinaria.

Hay en el Sacro-Monte de Granada una Iglesia Colegiata con el título de Magistral, porque todos sus canónigos hacen oposición a la vez a la canongía y a la cátedra, y deben ser, por fundación, dos veces Maestros.

Al lado de estos señores Canónigos se forman otros Sacerdotes que auxilian en el culto, la enseñanza y las misiones, y si no Doctores como aquéllos, deben, por lo menos, ser Licenciados en diversas carreras, pues todos han de desempeñar cátedras de segunda o superior enseñanza. Pues bien, de este plantel de Maestros salen la mayor parte de los Profesores del Seminario avemariano.

Y digo la mayor parte, porque además de estos Sacerdotes, que son Profesores gratuitos, hay otros Sacerdotes y legos que también enseñan y del mismo internado se toman los jóvenes que más se distinguen por su talento, aplicación y carácter, para cargos de inspección y enseñanza, con lo cual ellos se ayudan y se van formando y preparando para desempeñar escuelas y direcciones y hacer oposiciones; pues enseñando es como se aprende a enseñar y rigiendo es como se ve quién tiene condiciones para organizar y regir, gobernar y mandar.

## 7. DE QUÉ SE MANTIENE EL SEMINARIO DE MAESTROS

El de Granada, que es el nuestro, se mantiene de los Maestros o de los aspirantes a serlo.

Antes pagaban éstos la modesta pensión de una peseta, hoy abonan por trimestres anticipados, dos pesetas diarias, con las cuales se les da manutención, casa, huerta, luz, enseñanza y hasta médico y medicinas en males ordinarios, que es dar.

La casa es nueva, el jardín y huerta amplios, la luz de gas y eléctrica, la enseñanza conforme al obligado plan de las Escuelas Normales, la asistencia médica y las medicinas las dan gratis un médico y un farmacéutico de los más acreditados, y para la manutención se da a los colegiales desayuno, comida, merienda y cena, todo sano y abundante, aunque sin lujo.

La experiencia de 18 años, ha demostrado que todos o casi todos los seminaristas, al mes de haber entrado en el internado, mejoran en salud, color, peso, alegría, orden y aplicación. Y es que no hay mejor tónico que el del orden, ni mejor aperitivo que la abstinencia entre horas, ni mejor salsa que el ejercicio con hambre, ni mayor bienestar que el producido por el cumplimiento de un plan bien meditado de vida, en el cual cada potencia tenga su ejercicio y cada gasto de actividad halle su compensación o reparo.

El Médico me dijo un día: De cuantas casas de Comunidad visito, no hay una que tenga menos enfermos que este Seminario de Maestros.

## 8. ¿Y NO HAY EN EL SEMINARIO CLASES DE DISTINGUIDOS?

No; ni las hay ni las queremos. Todos comen lo mismo, viven lo mismo y pagan lo mismo. Quien, por tener dinero y carecer de sobriedad, quiera regalos y trato es-

pecial, vaya a las costosas fondas y casas de huéspedes, donde, por comer de varios guisos y platos pagará más dinero y gozará de menos salud. Que no hizo Dios el estómago para almacén de salsas y hervidero de condimentos, y cuanto la cocina sea más artificial, la digestión será más difícil y la nutrición más escasa, en justo castigo de los que faltan a la naturaleza por quebrantar las leyes de la sencillez y la sobriedad.

Además de estas razones de higiene y buen sentido, que no es lícito ignorar al que aspira a ser educador, téngase en cuenta que los aspirantes a Maestros no suelen ser hijos de ricos, ni de vía ordinaria, están llamados a ser potentados, y las casas destinadas a su formación no deben olvidar esto: que no hay cosa más nociva, para el cuerpo y para el alma, para los individuos y las familias, y aún para la sociedad en general, que educar pobres a lo rico y crear así necesidades que no han de poder satisfacer. Mucho menor disparate pedagógico sería obligar a los ricos a vivir a lo pobre, que incitar a los pobres a vivir a lo rico. Y entiendo yo aquí por pobreza, no la miseria y el hambre, sino la sencillez, modestia, sobriedad, orden y naturalidad en las comidas, tan propias para conservar, alargar y hacer fructífera la vida, como parecen absurdas y mezquinas a los que se glorían de figurar en la grey de Epicuro.

Vayan, pues, los padres adinerados y las madres tontas, que no saben lo que valen la sobriedad y la modestia, adonde se rinda culto a la vanidad y la gula; en nuestro Seminario no hay alumnos ricos y pobres, mesa de distinguidos y mesa de pobres: todos son iguales.

9. ¿Y NO HAY BECAS?

Sí y no.

Quando el Internado se fundó, se daban becas a los aspirantes que hacían mejor ejercicio en el exámen de

ingreso; pero después se notó que no siempre los mejores preparados eran los que más valían, y con alguna frecuencia obtenían beca los que menos la necesitaban.

En vista de lo cual se dijo: no demos la recompensa antes de conocer el mérito, ni tengamos por necesitado a todo el que pida, sino aquel a quién *de visu* y por experiencia e informes comprobados, veamos que realmente es buen estudiante, además de ser pobre.

Y así tenemos hoy becas, medias becas, y hasta cuartos y quintos de beca; pero bien dadas, con discreción y no en tonto. Los jóvenes escolares aplicados, listos y pobres que desempeñan algún cargo de inspección, enseñanza u otro servicio a favor de la casa, éstos son los que reciben el beneficio de toda o parte de una beca; lo cual nos da mejor resultado y acredita de menos indiscretos, por no decir bienhechores en tonto.

#### IO. IMPORTANCIA DE LOS SEMINARIOS PARA MAESTROS.

Quien educa a un niño, o a treinta, hace un bien; pero aún le hace mucho mayor quien forma un Maestro, esto es, un educador de cientos y miles de niños que han de pasar por su Escuela.

Quien predica y evangeliza a los pueblos, misionero se llama o enviado de Dios; pero aún hay una misión más estable y menos ruidosa, más fecunda y duradera, más radical y trascendental, y es la que ejerce el Maestro verdaderamente cristiano cerca de sus discípulos y las familias de éstos.

Celoso, inteligente, culto y laborioso puede ser el Párroco, y empleará cuantos medios le sugiera el amor de Dios y los niños para catequizar a éstos; pero si no cuenta con Maestros que en la Escuela le inculquen y hagan aprender, los niños no sabrán el Catecismo.

Ya pueden padres y curas, amos y autoridades interesarse por la cultura y la religión, por el trabajo y el or-

den; pero como tengan en la Escuela un Maestro malo, sea por abandono, sea por impiedad, sea por perversión de ideas y costumbres, no sólo no conseguirán aquellos educadores felices resultados, sino que verán destruir su obra por la antieducación del Maestro averiado.

Cuantos piensan en cristiano, y cuantos lo hacen en apóstata o degenerado, todos conceden hoy tal importancia a la formación de Maestros que parece es para ellos cuestión de vida o muerte, de salvación o perdición, de ser o no ser. Y así, desde Roma se aconseja que se enseñe Pedagogía en los Seminarios sacerdotales; los Rectores de estos centros, como el de Granada y Sevilla, persuaden a los seminaristas a que se hagan Curas-Maestros; varios institutos religiosos de los últimos tiempos a eso tienden o apuntan; y espero que dentro de poco habrá en España, siquiera, tantos Seminarios para Maestros como hay de provincias eclesiásticas. Ya en las de Sevilla y Valencia se están poniendo los cimientos y confío que en el Centro y Norte de España no se hará menos.

## II. APRENDAMOS DE NUESTROS ENEMIGOS.

En España como en toda la raza latina, cuantos se ocupan de la enseñanza y no siguen las doctrinas de la Iglesia Católica ni las tradiciones y espíritus de la historia y la raza, sirven y siguen las doctrinas e inspiraciones de las sectas del racionalismo y de la masonería, que es el anticristianismo o la anti-iglesia de los judíos y de cuantos reniegan de Cristo. Italia como Francia, España como Bélgica, son víctimas de la conspiración masónica con sujeción a un programa concreto, cuya expresión, confiada por el gran Oriente de Bélgica hace algunos años a la logia de Lieja "Perfecta Unión y Estrella reunidas", quedó condensada en estos términos:

"La Masonería en el siglo XX, debe orientarse:

“*Hacia el niño.*—El niño es la humanidad. La Masonería debe procurar sustraerle a la absorción dogmática perniciosa, y debe apoderarse de su educación y de su instrucción.

“*Hacia la mujer.*—La gran directora del alma del niño. La Masonería debe alentar todas las obras que tiendan a arrancar a la mujer del poder de su dueño espiritual, el sacerdote. Debe también velar por la educación laica de la institutriz, y vigilar los programas de la enseñanza, sobre todo en las Escuelas normales.

“No tenemos, repite el gran Oriente, a nuestro lado a las mujeres, y debemos hacer que se conviertan en nuestras colaboradoras, nuestras compañeras, nuestras émulas.

“No tenemos tampoco a los niños, y debemos crear legiones de educadores que nos los traigan y hagan de ellos nuestros sucesores.

“Y esto podemos hacerlo, conservando, sin embargo, intacta la armadura de nuestro secreto”.

Este es el plan que se está llevando a cabo en Francia con ayuda del poder, y que se intenta realizar en Bélgica, donde el poder la resiste, y en Italia y España, donde a veces desde arriba se conspira y se legisla a favor de la Masonería y en contra de la Sociedad y su modo de ser teológico, social, moral y jurídico.

## 12. HAY EN ESPAÑA

una institución racionalista y librepensadora que dicen *libre de enseñanza*: radica en Madrid y lleva la batuta en materia de enseñanza anticristiana, y prácticamente secunda los planes de la Masonería.

¿Y a qué aspira, en qué se ocupa, por qué conspira y labora? Por hacer Maestros e influir y manejar los organismos que los hacen e influyen. Así lo enseñan los productos que de ella nacen y los manipuladores de todos

los artefactos por ella creados, movidos o inspirados. El fin principal, por no decir único, de dichos artefactos, es hacer Maestros y, sobre todo, Maestros de Maestros, en forma de Inspectores o Profesores de Normales, nombrados, no por libre oposición, ni tampoco por méritos y servicios, sino por biberón y monopolio, eso sí, con todas las reglas del arte centralizador, liberalista y burocrático y con la astucia y tenacidad de sectarios.

Si pues los de la derecha y de la izquierda, los de la mano de Dios y la del Diablo están conformes en la importancia que tiene la formación del Maestro, ya para llevar los niños (y grandes) a Cristo Redentor y Salvador, ya para entregarlos al anticristo del reniego, la apostasía y la perdición; ¿será menester demostrar que nuestro Seminario para Maestros ha nacido en su tiempo y viene a llenar una necesidad social, religiosa y pedagógica y que no debe aspirar a ser único, sino al contrario, a ser copiado y mejorado por otros muchos Colegios, Internados o Seminarios de Maestros?

### 13. MIRANDO AL PORVENIR.

Mal anda la enseñanza y peor la educación, en nuestros tiempos; pero aún nos esperan días más amargos y peores.

En este desdichado país se ha perdido el concepto del propio valer y ser, y los que se la dan de progresivos y avanzados en pedagogía y política, no saben ni más política ni más pedagogía que la que aprenden y copian de la degenerada y revolucionaria Francia oficial, donde la enseñanza, además de ser atea, se halla monopolizada por el Estado y está dando pésimos resultados.

Sí, pues, Dios no lo remedia y los españoles de sentido común y pura raza y sana moral no lo impiden, España será, andando el tiempo, la mona de Francia, en la instrucción y en lo que no es instrucción, educación ni

enseñanza. Desde arriba, y en nombre de la libertad y el progreso, se ateificarán nuestras Escuelas y por ellas la sociedad y la patria.

Considerad si cuando esta calamidad se nos imponga, convendrá o no tener organismos docentes que a la vez cuiden de enseñar y educar según Religión, Sociedad y Patria.

#### 14. MULTIPLICAD LOS SEMINARIOS DE MAESTROS.

Ya que veis como se hace, por quién, con quiénes y con qué, vosotros, los que estáis persuadidos de las necesidades de nuestros tiempos, los que tengais celo por la gloria de Dios y salvación de las almas, los que poseais en la cabeza algo más que una masa encefálica, y entre pecho y espalda algo más que el estómago; salid de la rutina, abandonad la inacción, preocupaos de la enseñanza, haced Maestros, y a ser posible, fomentad los Seminarios para ellos.

Tengan presente los que se llamen y sean católicos, que el Magisterio no será católico mientras no lo forme e informe la Iglesia, y que del Maestro depende en gran parte la fe y la moral de los niños y los grandes.

Si fueran necesarios grandes tesoros o extraordinarios esfuerzos para esta obra de redención y salvación no dejaría de ser un deber; siendo, como es, relativamente fácil, no emprenderla, no hacerla, es un abandono culpable, y hasta una vergüenza pública para los llamados a realizarla. Se trata del bien de la patria y de la salvación de los niños.

#### 15. DE LOS CUASI SEMINARIOS DE MAESTROS.

Con una casa y un patio, con un Director que dirija y vigile y unos cuantos Maestros que enseñen, se puede muy bien fundar un Seminario de Maestros.

Pero si no os atreveis a tanto, si por circunstancias

de lugares y personas no podeis hacerlo, si por la estrechez de criterio que hace piensen algunas personas que el saber y enseñar es un monopolio, no podeis o no queis fundar Seminarios que enseñen, fundad Colegios en donde los aspirantes a Maestros reciban vuestras lecciones y repasos, y estén a la sombra de vuestra autoridad, amor y protección, y así como hay Escuelas parroquiales y semiparroquiales, habrá Seminarios y cuasi-seminarios.

16. ¿QUÉ SON ESTOS SEMINARIOS?

Estos Seminarios incompletos de Maestros son, o deben ser, Colegios donde los aspirantes al Magisterio tengan vivienda, comida, estudio, vigilancia y esparcimiento, casas escolares, de las cuales saldrían a las horas de clase para asistir al establecimiento donde se rubrica el saber y se pone el marchamo de la ciencia cotizabile para las carreras del Estado.

Donde no sea posible abrir Seminarios, fúndense colegios o casas de estudiantes, cuyas ventajas, entre otras, son las siguientes: en vez de la posada bullanguera o zahurdera, hay un Colegio ordenado y en calma; en vez de la carestía del hospedaje, hay economía; en vez de los estímulos para la holganza y disipación, hay estudio y recogimiento; en vez de hacer *calvas*, *montes* o *rabonas* de clase o lecciones, hay repasos y asistencia obligatoria con lección preparada; en vez de la libertad cerril, que suele parar en desenfreno y corrupción, hay vigilancia, patronato o tutela paternas y bienhechores; y así lo entendió el buen sentido de nuestros antepasados con la fundación de Colegios alrededor de las Universidades y Centros de estudios.

El liberalismo ultratonto y antipedagógico del siglo pasado, derribó o cerró y se incautó de esos Colegios; pero hoy parece que se van convenciendo de que la li-

bertad ilimitada de la juventud degenera en libertinismo y a la larga en putrefacción y degeneración social.

¡Oh cuántos malvados hacen los tontos! ¡Y qué de desastres sociales y pedagógicos, religiosos y morales no engendran los architontos en connivencia con los ultramalvados!

Me consta que las Religiosas de la Compañía de Santa Teresa y otras, como las de la Presentación en Granada, tienen algunos Colegios o semi-internados para las jóvenes que estudian la carrera de Maestras, así como me consta que en algunas partes no han podido hacerlo, por las dificultades (pásmense) que ofrecen ciertas Maestras. Decían las Teresianas: En los Estados Unidos hacemos lo que queremos, porque allí el Estado no se ha metido a Maestro y menos a fabricante a la exclusiva de Maestros; pero en España, hasta para tener un internado de jóvenes hay cortapisas y reparos. ¿Si serán tontos... en los Estados Unidos?

#### 17. A LOS MAESTROS CRISTIANOS HAY QUE EDUCARLOS EN CRISTIANO.

Nadie da lo que no tiene. Un educador cristiano y para cristianos, no puede prescindir de quien es y para lo que es, sin hacer traición a su conciencia y a la de los educandos. Sabe que ha de formar hombres cristianos, esto es, hombres perfectos y a imitación de Cristo que dijo: "Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial". Y así, puesto a educar cristianos, sabe que un buen Maestro vale infinitamente *más que un excelente pintor*; y si el pintor no se improvisa, ¿se improvisará el Maestro?

Sabe que la obra de educar hombres exige más arte y habilidad que la del *más hábil estatuario*; y si éste no se da espontáneamente, sino en fuerza de estudio y prác-

tica bajo la dirección de buenos maestros, ¿qué sucederá con el Maestro?

Sabe que el *arte de las artes es modelar hombres y que no hay arte que a éste iguale*, ni en la dificultad ni en el mérito. ¿Dónde habrá, pues, esos artistas de inteligencias y voluntades, de corazones y caracteres, si no se preparan y forman con todo esmero, cuidado y arte?

Y como el ideal del hombre cristiano es el hombre perfecto y sobrenaturalizado, la imagen viviente de Cristo, ¿podrán existir Maestros cristianos formándolos en pagano o en ateo, en indiferente o laico, fuera del alcance y dirección de la Escuela de Cristo, que es su Iglesia? Dislate sería decirlo, absurdo el pensarlo, mentecatez esperarlo y temeridad y suma imprudencia el ensayarlo. La prudencia más obvia demanda que el Maestro de cristianos sea cristiano y la previsión más instintiva aconseja que no se confíe la dirección de los niños cristianos al Maestro que no esté bien persuadido y formado en la escuela de Cristo. Y a este pensamiento deben obedecer los Seminarios y Colegios de Maestros.

#### 18. A FORMAR MAESTROS CABALES.

El maestro católico que enseña, educa y vive en católico, es el Maestro completo; pues reúne en su vida y enseñanza el cielo y su reino con la tierra y sus bienes, y lo hace con la debida subordinación, esto es, ordenada y pedagógicamente.

Fe y razón, naturaleza y gracia, la vida natural y la sobrenatural, todo esto lo ordena en su mente, lo coordina en su Escuela y con este saber armónico ilustra y mejora, educa y perfecciona; y de un Maestro que así sea hay que decir que es un *cristiano completo* y un *formador de hombres completos*, o para la tierra y el cielo, que es cuanto se le puede pedir y se puede desear.

Por ser el ideal católico la síntesis más armónica de la naturaleza y la gracia, el educador católico ha de ser el factor natural y el factor sobrenatural (instrumental) de la perfección humana bajo todos sus aspectos. ¿Se quiere nada que sea más grande ni más completo?

Ahora bien, tales Maestros se pueden formar al acaso, o a lo más, con muchos libros y conocimientos en la cabeza y ningún lastre ni educación moral de la voluntad y el corazón? Quédese para racionalistas e intelectualistas de poco meollo el afirmarlo; la experiencia y el buen sentido dicen que no.

Y a formar no sólo cabezas sino corazones, no sólo inteligencias sino voluntades y caracteres, deben apuntar esos planteles de Maestros que apellidamos Seminarios pedagógicos, en los cuales se enseñará prácticamente a armonizar el orden natural con el sobrenatural”.

Hasta aquí son palabras de D. Andrés.

Este Seminario de Maestros, que es la esperanza de nuestras Escuelas, fué, como dijimos al principio, el ojo derecho de D. Andrés.

Durante muchos años explicó con la competencia y originalidad en él habituales la Asignatura de Pedagogía, y no sólo la explicó sino que hizo unos hermosísimos apuntes, tan hermosos, que ellos solos bastan para acreditarle como consumado pedagogo.

A veces explicaba además la Gramática, que era la Asignatura que mejor dominaba, y en la que tenía más interés, porque es la base y cimiento de otros conocimientos con ella íntimamente relacionados, y aquí procuraba hacer ejercicios originalísimos de redacción, gráficos y apuntes que corrieron por todas las Escuelas y traspasaron las fronteras de nuestra Patria.

No solamente explicaba y trabajaba teóricamente con sus queridos Maestros, sino que, sabiendo lo que vale la práctica escolar, todos los domingos, después de ex-

plicar el Evangelio a los niños y personas mayores que asistían a la Capilla de las Escuelas, reunía a *los 100 alumnos* del Seminario, y ante ellos practica y los hacía practicar con tal paciencia, con tal maestría y conocimiento de la Escuela, que era entonces el gran Pedagogo, al par que el padre amante de sus queridos Maestros.

No tengo recursos para hacerme Maestro, le decían muchos.

—Vete o vayan a nuestro Internado, preséntese al Director y ya procuraremos ayudarle.

¡A cuántos ayudó y a cuántos sacó de la miseria con su Seminario de Maestros!

Construyó una preciosa Capilla en ese Seminario y la dedicó a la Virgen del Pilar; organizó una Biblioteca Pedagógica para uso de los alumnos y personal docente; creó premios a la virtud y al trabajo, y siempre fué el consejero, el *arregla pleitos* de la Casa, el pararrayos de la Institución y el paño de lágrimas de Profesores y alumnos.

Son ya centenares los maestros que han salido de su Seminario; sólo Dios sabe el bien que han hecho y seguirán haciendo en todas las Escuelas españolas, y a diario vemos que esta Obra está llamada a regenerar la enseñanza, haciéndola como él decía tan propiamente, cristiana y española.

### XXX

#### EL ARTE DE HACER MAESTROS

¡El arte de hacer Maestros!; ¡qué cosa tan difícil!;  
*ires ardua nimis!*

Y sin embargo, esta es una de las obras más importantes de estos tiempos, por no decir la más necesaria. La Escuela es la formadora o trastornadora del orden social; en ella se educan o deseducan los niños que han

de ser los hombres del mañana; el Maestro es el formador o deformador de caracteres, y según sea éste, será la Escuela; esto es evidente.

Un Maestro ¡qué bien tan inmenso puede hacer!

Un Maestro ¡cuántos males puede causar!

El problema grande, trascendental, de urgente resolución y de vida o muerte para la Patria, es el de hacer Maestros *de verdad*, Maestros que *sientan* eso que se llama amor al niño y vocación al sacrificio, pues entrañas de caridad y gran caudal de paciencia se necesita para vivir en la Escuela y guiar como Dios manda el arbolito tierno y delicado de la niñez.

Don Andrés quiere abordar de frente este magno problema del Magisterio, antes que los enemigos de la Iglesia nos roben al niño por medio de los Maestros.

Ya hemos visto y saboreado lo que él hizo y escribió acerca de tan interesante materia; pero ha observado muy de cerca las dificultades con que se tropiezan para conseguir el fin, y por esto se afana y se multiplica y se esfuerza en infiltrar el espíritu del amor y del sacrificio a sus 100 y más aspirantes al Magisterio.

Quiere que le vean practicar, y los agrupa por cursos; ya enseña la Historia Patria y asigna a cada Maestrillo un personaje histórico para que le represente y diga de él cuanto sepa; ya los obliga a redactar monografías o batallas célebres para que aciertén a manejar lengua y pluma con verdadero éxito; ya los lleva a los mapas sumergidos que hay en las Escuelas y allí los hace *viajar* por mar y tierra para que así aprendan mejor los mares, ríos, contornos, países y costumbres de los pueblos por donde viajan; ya los enseña cánticos regionales y costumbres y producciones de cada país; ya los excita al conocimiento de la lengua por medio de gráficos que él mismo dibuja o hace grabar en el suelo.

En una palabra hace Maestros haciendo práctica-

mente una *Escuela viva* con sus célebres prácticas, cuyo sólo recuerdo conmueve las fibras más delicadas del sentimiento.

¡Qué preguntas tan intencionadas!; ¡qué lecciones tan ocurrentes y oportunas!; ¡qué Maestro tan singular!

No es esta la ocasión de redactar sus hermosísimas lecciones, porque, si Dios quiere y nos da salud, las publicaremos coleccionadas; pero por vía de ejemplo, voy a redactar una.

Visitó nuestras Escuelas no hace muchos años el Ministro de Instrucción Pública; fué recibido cortesmente por nuestro venerable Fundador y acompañado de numerosos amigos, ávidos de ver y oír sus hermosas lecciones.

Reunió a 50 ó 60 niños en un mapa de España hecho en el suelo con bambús y otras plantas; en sitio preferente se colocaron el Ministro y sus acompañantes; y D. Andrés, dirigiéndose a los niños, les hizo las siguientes preguntas:

—Somos hoy visitados por un señor Ministro nada menos, y por añadidura el que dirige la instrucción pública; ¿qué debemos hacer con él?

(Silencio)

—¿Exponerle respetuosamente lo que somos y pretendemos?

—Sí señor.

—¿Somos franceses, ingleses o alemanes?

—Españoles.

—¿Y hemos de enseñar a lo francés o a lo español?

—A lo español.

—¿Pues si dicen por ahí que somos meros copistas de Francia?...; si eso es cierto, ¿haremos bien?

—No, muy mal.

—Vamos a hablar de España, ya que ella es nuestra

casa y pronto será nuestra sepultura. ¿España es grande o es pequeña?

—Grande.

—¿Qué extensión tiene aproximadamente?

—Medio millón de kilómetros cuadrados.

—¿Quién la dirige?

—El Rey.

—¿Sólo él?

—Y los ministros.

—¿Sois capaces vosotros de formar un Ministerio?

—Sí señor.

—Veámoslo.

—Y un señor es capaz de pintarlo en la pizarra.

—A ver, a ver, interrumpió el Señor Ministro.

—Y tomando un pelele de 9 años el yeso, pintó el siguiente gráfico.



—Esto, dijo el niño, es España; el Rey es la cabeza y las iniciales o letras son los Ministros que le ayudan.

—Bien; pues ahora dinos la obligación de este Sr. Ministro.

. . . . .

—¿Será la de hacer Patria con la Escuela o la de destruirla?

—Hacer Patria.

—¿Será la de formar inteligencias y corazones sanos con Maestros de competencia y fe, o la de corromper esas inteligencias y corazones con Maestros sin corazón ni sentimientos cristianos?

—¿Será la de proporcionar al niño Escuela campestre, alegre, con sol, agua, flores y jardines, u otra lóbrega, oscura, antihigiénica o interurbana?

—Decid al Sr. Ministro la riqueza de Andalucía.

—Aceite, azúcar, trigo y otras muchas cosas.

—¿Y la riqueza valenciana?... ¿y la catalana?... ¿y la castellana?...

—A ver, vengan todos conmigo a la Corte de España que es...

—Madrid.

—Hay en Provincias un Gobernador que representa al Gobierno; ¿quién quiere ser Gobernador?

Todos; y aquí los apuros de D. Andrés, quien, dirigiéndose al Sr. Ministro le dijo: “Supongo que esta será la realidad, y que ustedes, como yo ahora, se verán en un verdadero compromiso para satisfacer tantas aspiraciones”

—Séalo quien tenga conciencia, seriedad y competencia; ¿sois vosotros, personas de valer, formales y conecedoras de la máquina complicada de la gobernación?

—¿No?; pues quietecitos en casa.

—¿Cómo haréis una España grande?

—Un señor lo sabe.

—Dilo, pues.

—Castigando severamente al malo y recompensando al bueno.

—No está eso del todo mal. Yo creo, niños, que trabajando mucho, orando más y preparando bien la generación que ahora empieza, tendremos una España rica, respetada, valerosa y tan grande y temida, como lo fué en otros tiempos. Cantad, cantad conmigo a la Patria, y que Dios bendiga a los que la dirigen para que acierten a guiarnos y a mejorarnos.

Cantaron los niños, y los ilustres visitantes lloraron, oyéndolos cantar y viendo a un tan ilustre Maestro como D. Andrés.

\* \* \*

Un día se entusiasmó, después de dar una lección ante una imagen de la Virgen del Pilar, y al terminarla, dijo a sus Maestros: “Hagamos Apóstoles, que se necesitan, y como los hagamos, ellos repetirán el milagro de tornar cristianos al mundo pagano.

Maestros y educadores todos, creced ante vuestra misión, que es apostólica; preparaos con la ciencia de la salvación, que es la verdadera sabiduría y formaos en humanidad y cristiandad, que sois los llamados a ser formadores de hombres cristianos.

Que Dios nos dé la gracia de hacer educadores tales cuales los soñamos y habremos logrado tener hombres, familias y pueblos tales cuales los necesitamos”.

Nunca gozaba tanto como cuando *exportaba* a un Maestro para regentear una Escuela, ya sea del Ave-María, ya particular o nacional; le aconsejaba y animaba, preveníale e indicaba los peligros, y le obligaba a comunicarse con él con frecuencia para poder apreciar su piedad, competencia y trabajo.

Si las Ordenes Religiosas envían a sus hijos a evan-

gelizar a los pobres indios y salvajes, D. Andrés enviaba a sus Maestros por todos los rincones de España para cristianizar y *españolizar* la Escuela; si la labor de los misioneros es tan digna de alabanza y admiración, no lo es menos esa labor callada, escondida y sobrellevada con santa resignación por el Maestro cristiano.

—¿Qué haré yo, decía, para hacer buenos Maestros?; ¿bastará mi Seminario?; ¿acertaré a darles ese barniz de Cristo y ese espíritu avemariano que yo quiero para todos ellos?

El arte de formar Maestros es obra muy difícil, y él, entendiendo que en casi todas las cuestiones es el corazón el que manda, pensó formar el corazón de sus Maestros redactando un libro que fuera como el molde en el que todos aprendieran y modelaran virtudes y letras.

Puso manos a la obra, y a los pocos meses dió a la imprenta su celeberrimo libro “El Maestro mirando hacia dentro”, que es sin duda alguna la obra maestra de su ingenio, y en la que derramó los tesoros de su amor y los conocimientos profundos de la Pedagogía cristiana.

Muy pronto ese áureo libro recorrió el mundo, y al saborear sus páginas, no tuvieron inconveniente los Prelados de la Iglesia en aconsejar e indulgenciar su lectura, apellidándole “El Kempis del Maestro”.

Ese libro, capaz él sólo de immortalizar a un hombre, tiende a formar al Maestro en las virtudes cristianas, y aspira a hacer Apóstoles para que después en la Escuela cumplan a la perfección el verdadero oficio del educador, que no es otro que hacer hombres completos y cabales, o según Dios manda y la Patria los necesita.

El Eminentísimo Cardenal Guisasola, le recomendó en el Senado como “la joya más preciada del Maestro y la Obra Maestra del gran D. Andrés Manjón”.

Predicaba a sus Maestros con la pluma, redactando-

les libros llenos de piedad y ciencia, y por medio de lecciones, que eran como inyecciones de la Pedagogía cristiana, de la única Pedagogía que puede salvar a individuos y pueblos.

“¡Hagamos Maestros, que ellos han de ser y son la esperanza de la Patria!” decía, y en su última enfermedad nos repetía con frecuencia:

“Predicadles piedad, trabajo, competencia, pues sólo así podremos mejorar a esta raza enclenque y como adormecida”.

¿No es verdad que parece un imposible realizar tantos trabajos en tan poco tiempo?

A veces, claro es, se resentía su salud, y el Médico le imponía un obligado descanso, al aconsejarle que fuera a su país natal a respirar los aires de la montaña y olvidarse, en cuanto fuera posible, del ajetreo y laberinto en que Dios le había metido.

Obedecía, pero en vez del descanso, emprendió en Sargentos *el obrón*, que verá el lector en el capítulo siguiente.

## XXXI

### FUNDA UNA ESCUELA DEL AVE-MARÍA EN SU PUEBLO NATAL

Si en Granada fundó nuestro venerable Maestro tan hermosas Escuelas para bien de la niñez abandonada; ¿qué cosa más natural que se acordara de su pueblo e intentara organizarlas allí para educar a sus queridos paisanos?

Sargentos como dijimos al principio de esta “Vida” es un páramo sin árboles, sito en terreno árido, pedregoso y tan frío, que un tercio del año se halla cubierto por la nieve o el hielo.



Escuela fundada por Don Andrés en Sargentés



¿Por qué fundar en terreno tal una casa de educación?

Contesta a esta pregunta D. Andrés diciendo:

“Por ser mi pueblo y necesitarlo mucho; porque si es frío y pobre, el frío favorece el estudio y la pobreza fomenta la humildad; porque el aislamiento contribuye al recogimiento y a la modestia en el vestir, y finalmente, porque allí se contaba con algunos medios para fundar y sostener la fundación.

Por ser mi pueblo natal, le amo y deseo favorecerle, por estar muy atrasado e inculto, conviene socorrerle cultivándole y educándole; por ser frío, la razón domina más fácilmente las pasiones juveniles y se pueden tener allí clases en el verano; por ser pobre, se vive en él con suma modestia y baratura; por estar aislado viene a ser como un conservatorio en medio de un desierto, donde no llega el ruido que perturba, ni la moda que desvanece, ni el escándalo que hiere (cuando no mata) las almas.

Finalmente hay allí casa, huerta y otros medios económicos, y de allí salí yo pobre e inculto a sufrir muchos bochornos y trabajos en el mundo, por falta de una buena educación primaria, y desde que conocí lo que ésta valía, prometí, si Dios me daba medios, dotar a mi pueblo de una buena Escuela.

Habita por allí una masa de pueblo sano, laborioso, útil y modesto, que se hará valer en cuanto se le dé una buena educación, y no quiero que esta juventud, destinada en parte a emigrar, y siempre a ganarse el pan con el propio esfuerzo, le falten alas para volar, como a mí me faltaron en los primeros años de mi vida”.

En efecto, el descanso que los Médicos imponían a D. Andrés, lo empleaba en organizar y dar vida a unos Colegios que, como todos los del Ave-María, nacieron en pobreza suma.

Junto a la Iglesia existía un cuarto trastero, que fué

en tiempos pasados el granero comunal o de los Pósitos; ese cuarto fué adecentado por D. Andrés y quedó convertido en octubre de 1893 en una Escuela del Ave-María bajo la dirección inmediata de Doña Francisca López Manjón, sobrina suya.

La Escuela empezó con gran entusiasmo, y a los pocos días acudían a ella todos los niños del pueblo, cerrándose por innecesaria la llamada Escuela nacional. La nueva Escuela era insuficiente para contener a tanto alumno, pues venían también de los pueblos limítrofes, y era menester ampliarla, si se quería admitir a todos los que solicitaban ingreso.

La buenísima madre de D. Andrés tenía una casa de su propiedad junto a la Iglesia, una huerta al pie del Templo y una era entre la casa y la huerta.

Viendo ella el entusiasmo que había despertado la nueva fundación de su hijo, y reconociendo el bien que podía hacerse, le dijo un día:

—Mira, Andrés, ya que tu fundas Escuelas y haces el bien a los niños pobres, yo te regalo mi casa, huerta y era para que dispongas de ellas y así puedas educar a los niños de nuestro pueblo.

El hijo agradecido aceptó la donación de su santa madre, y después de una obrilla necesaria para adaptar la Escuela al nuevo local, se amplió aquélla, hasta que Dios quisiera levantar de nueva planta un Colegio, que fuera un testimonio perenne del amor que nuestro Don Andrés tenía a sus paisanos.

Así continuó la Escuela, hasta que al curso siguiente se decidió a levantar un edificio nuevo, empezando las obras con suma actividad y trabajando todos con verdadero entusiasmo; el pueblo trajo de balde las piedras y maderas necesarias; los mismos trabajadores se esforzaban en servir a D. Andrés y a los nuevos Colegios, y todo hacía concebir esperanzas de verlos terminados

muy en breve, como así ocurrió, teniendo hoy Sargentos unas Escuelas que pueden considerarse como verdaderos palacios, gracias a la caridad inagotable del más ilustre de los sargentinos.

El, no sólo pretendía educar a los niños de su pueblo, sino que era su voluntad que toda la Lora y pueblos limítrofes encontraran allí habitación cómoda, educación sólidamente cristiana y punto de apoyo para después “volar sin peligro y entrar en el mundo sin el temor de perderse”.

A este efecto organizó un internado en la casa de su madre, pero un internado *sui generis*. Es un internado sin clausura ni pensión, sin uniforme ni reglamento impreso, donde se duerme, guisa, come y estudia por una peseta al mes.

“Los que han nacido en la abundancia, decía él, o se han criado a lo rico, no entienden cómo pueden gentes pobres costearse un internado, y voy a enseñárselo con hechos.

Como la misión de nuestras Escuelas no es educar a ricos, sino a pobres, y las niñas separadas de sus madres, no pueden quedar al acaso en una posada, se ha fundado para ellas un internado, tan barato, que por una peseta al mes se les dá casa, cama, cocina, luz, sal y asistencia, y hasta médico y medicinas. ¿Cómo es posible eso? Poniendo la Escuela lo que falta y obligando a las niñas a servirse a sí mismas.

Y no se crea que es tanto lo que falta; porque aquellas gentes viven con poco, y ese poco lo traen de su casa, desde *la carraca* (así llaman a lo que comen) hasta la jofaina donde se lavan, el vaso en que beben y la escudilla en que comen.

Este internado y Casa de educación adquirió rápido y consolador incremento, cuando de Granada marchó

a encargarse de él una Maestra joven, discreta, culta y conoedora del pensamiento del Fundador.

Doña Magdalena Martín Baena (que este es el nombre de la Maestra) fué a Sargentos animada de los mejores deseos; se instaló en aquel páramo monótono y frío, después de dejar a la hermosa y bella Granada; y trabajó con tal entusiasmo, que reunió a más de 40 jóvenes internas, formó una pléyade de muchachas en la piedad y en el saber y plantó los hitos para enseñar a aquel país lo que vale y consigue una buena y sólida educación cristiana.

Cinco años después de la fundación, la Maestra dejó a Sargentos para seguir la voz de Dios que le llamaba al Claustro, y en él se encuentra dirigiendo con acierto el Convento de la Encarnación de Granada y con aplauso de sus hermanas en Religión.

Casi todos los años visitaba D. Andrés estas sus queridas Escuelas, no para descansar, como querían los Médicos, sino para aislarse del mundo, y allí en aquella soledad escribir sus libros y pensar tranquilamente, sin el ajeteo y ruido de la Capital sobre el porvenir y estabilidad de sus Escuelas.

No fué sólo D. Andrés el que fundó la Escuela de su pueblo; con él compartió sus penas y sus goces *la señora Sebastiana*, su santa madre, y ya que no pudo traerla consigo a Granada, con ella pasaba unos cuantos días, sin poder conseguir nunca que dejara el trabajo y los quehaceres, porque decía “que labradora nació y labradora quiere morir”.

Ella guisaba a las colegialas, ella aseaba sus habitaciones y ella hacía de *buena madre*, predicándoles con la palabra y con el ejemplo con gran edificación del hijo y de cuantos presenciaban sus trabajos.

*La señora Sebastiana* es esa mujer fuerte que presenta la Santa Escritura, y bien merece un capítulo aparte

para consuelo y admiración de nuestros lectores, pues apreciarán sus virtudes, que unidas a las de su querido hijo, forman un hermoso ramillete, que ofrendamos a la Santísima Virgen, por quien trabajaron durante toda su vida.

*Lux perpetua luceat eis.*

## XXXII

### LA PRIMERA COCINERA DEL AVE-MARÍA

Fué la madre de D. Andrés, que desde que vió a su hijo Sacerdote, sólo pensaba en prepararse a bien morir; ¿qué le importaban las cosas de este mundo?

Es la señora Sebastiana, como todos la llamaban, y ya que no la dejaban ir a sus tierras, se recluyó voluntariamente en la Escuela de su hijo, y allí servía y guisaba a las niñas con la sencillez, paciencia y satisfacción de los santos.

Como D. Andrés dibujó magistralmente su retrato, a él remito al lector; lea despacio estas cuartillas y verá al terminarlas qué dos almas tan hermosas y qué madre e hijo tan cabales y tan llenos de la gracia de Dios.

En 25 de Febrero del año de gracia de 1898 y a los 74 años de edad, pasó a mejor vida la primera cocinera que tuvo la Escuela del Ave-María en Sargentos. Aunque mujer sin letras supo vivir y morir tan bien, que la podemos llamar a boca llena Maestra de las Maestras y discípula de nuestras Escuelas y como tal la presentamos en estas líneas, para que sirva de consuelo y ejemplo.

Nació esta humilde criatura de familia muy modes-

ta, y habiéndosele muerto el padre antes que le pudiera conocer, contrajo su madre segundo matrimonio, y la pusieron a servir de *cinzaya* o niñera desde muy pequeña; por lo cual no pudo asistir a la escuela.

“Yo, sin embargo, decía ella, daba vueltas, cargada con mi niño, alrededor de la escuela, y así aprendí la Doctrina cristiana, que cantaban los niños dentro. Hubiera dado por saber leer la mitad de mi vida. Para que a las niñas de hoy no les pasase lo que a mí, que soy un madero con ojos, quiero que se eduquen, que tengan escuela; yo les daré mi casilla y mi huertecillo, además de los pocos muebles que tengo y mientras vivá, les guisaré la comida y cuidaré de niñas y Maestras”.

Y así lo hizo: dejó su pobreza mobiliaria, la casilla y el huerto a la Escuela y murió de cocinera, puede decirse del Ave-María, sirviendo, mientras pudo, a niñas y Maestra.

Esta mujer piadosa, delicada y tierna, era fuerte e incansable en las enfermedades de propios y extraños, en las muertes y desgracias serena, en el peligro valerosa y tranquila, en el trabajo briosa y constante en toda su vida, cristiana verdadera de fe y con obras.

Cuántas veces arrostró la muerte por caridad, asistiendo en el lecho, conduciendo al camposanto y enterrando por sí misma a los apestados, a quienes nadie quería asistir ni tocar, por haber muerto o enfermo cuantos de ellos cuidaban, incluso el médico. A nadie, fuera de Dios, tuvo nunca miedo, ni a la muerte si quiera.

Más de cuatro veces estuvo Sacramentada y ni de casada ni de viuda, a pesar de tener cinco hijos, pidió más vida sino “la que Dios quisiera”. Esta confianza ilimitada en Dios le duró toda la vida. “Deseo morir, dijo al caer herida de muerte, para ver lo que Dios me

tiene preparado”; y este deseo fué creciendo en los dos meses y medio que duró la última enfermedad. “Deseo morir, repetía, para ver a mi Dios”.

En todos los actos de su vida tenía por norma acudir al Cielo, pensando y obrando siempre en cristiano. Cuando ya viuda, desapareció un hijo, (su hijo Andrés) sin saber donde paraba, salió en su busca, y no hallándole se dirigió a la Virgen del Pilar diciéndola: “Madre mía, tenía un hijo y le he perdido, devuélvemele e iremos juntos a besar las plantas de la Pilarica en Zaragoza”.

Que era mujer briosa y varonil, no obstante su pequeña estatura y delicada complexión, lo prueban los hechos siguientes:

Le tocó en suerte, al casarse, un marido que al poco tiempo enfermó, y durante veinte años que duró el matrimonio, y casi la enfermedad, ella, mujer pequeña, pero fuerte y animosa, se hizo cargo de la labor que tenían, caminando a las faenas del campo sola o delante de los trabajadores, y empuñando la esteva y la hoz cuando era menester.

Diez y siete años cumplía el hijo mayor cuando ella quedó viuda, pero le tenía estudiando, y empuñó con decisión la rejada “para que su hijo no dejara los libros”. “Ya que yo sé arar y no leer, que aprenda él a leer y estudiar”. Y dicho esto, montando en un rocín, salió de noche, sola, recién enterrado su marido, en invierno y cruzando diez leguas de mal camino, para decir en persona al estudiante: “Tu padre ha muerto; encomiéndale a Dios y sigue estudiando para que cuando seas sacerdote, le tengas presente todos los días en la Santa Misa y a mí con él. Ahora mira al Cielo, que desde allí te ve tu padre. Sé tan bueno y honrado como él”. Y llorando un rato con su hijo, pero sin abrazarle, volvió a su casa a cuidar de la demás familia, faltando

poco para que muriera envuelta por la tormenta de nieve y ventisca que se levantó en aquellos desiertos y elevados páramos.

¿Por qué, dirá alguno, en este viaje no la acompañó alguna persona? Porque ella no lo consintió “Los pobres, decía, no necesitan criados; ocúpese cada cual en sus quehaceres, y no en cumplidos y pasatiempos”.

Cuando aquel hijo, hecho hombre, pudo favorecer a su madre, intentó aliviarla del trabajo de labradora, que vistiera con alguna mayor decencia y recibiera para sus gabillos algún dinero; mas ella no lo quiso, diciendo:

“¿Para qué quiero yo el dinero, el señorío, ni los pañuelos de seda? Labradora nací, labradora he vivido y labradora quiero morir. Con mi tosco sayal y pobre muletón ando yo más a gusto que la reina de España con sus basquiñas de seda y su corona”.

Conoció que se acercaba la muerte, y antes de caer en cama, el día de la Purísima Concepción, después de confesar y comulgar, se despidió de la Inmaculada (que un hijo había comprado para ella y estaba en la Iglesia) y vuelta a su chocita, se acostó, mandando se diera su ropa a los pobres “porque ella ya no la necesitaba y los pobres sí”. Y así fué.

Desde entonces no gustaba le hablaran sino de la muerte y de la gloria ¿Estará en ella? Yo no lo dudo.

Un día le preguntó un hijo qué caja quería para el entierro.

—Hijo mío, contestó, eso es vanidad; el mejor ataúd es la tierra.

—¿Y en qué vestido la ataudaremos?

—Con el hábito de San Francisco que desde joven tengo sobre mi cama. \*

Ya al final de su vida, y cuando no se podía mover, si no la movían, observó el médico en ella una dislocación molestísima y le preguntó desde cuando la padecía.

—Desde 25 años, respondió.

Nadie lo sabía.

Por fin se extinguió tranquilamente esta vida preciosa ante los ojos de Dios aunque ignorada de los hombres; se la enterró en un sábado, el más risueño de aquel invierno y desde aquel día todos los sábados voltean alegres las campanillas de Santa María tocando a gloria. Que allá la veamos, y la veremos seguramente, si la imitamos.

\* \* \*

Merece más alabanzas (porque tiene más mérito) quien hace buenas obras, que quién escribe sabios libros; y enseña y vale infinitamente más quién sabe obrar bien, que quien sólo sabe hablar y escribir elocuentemente.

Por eso y no por fruslería literaria, se pone a la vista la vida de esta pobre labradora y cocinera, para que alabemos a Dios, que la puso en nuestro camino y la hizo como fundadora del Ave-María para que la tomemos como guía y modelo en las luchas de la vida y en el camino del cielo, y también para que, al encomendarla en nuestras oraciones, confiemos en que sabrá y podrá recompensárnoslas; porque si antes era buena, ahora es mejor; si antes era agradecida, ahora lo es más; si antes era desprendida y generosa, ahora participa (y sabrá repartir) de las riquezas y misericordias de todo un Dios.

Rezad por ella un Avemaría, otra por su santo hijo y una tercera por mí.

\* \* \*

D. Andrés tuvo el sentimiento de no poder asistir a su madre durante su enfermedad, porque no quería abandonar sus obligaciones y Escuelas, contentándose con escribir casi a diario cartas hermosísimas que llenaban de consuelo y alegría a la enferma y servían de

aliento y emulación a quienes de ella cuidaban.

Porque en todas sus cartas se ve lo que hay en su corazón y las virtudes que atesora, copio a continuación una, que es todo un documento de piedad, amor y conformidad con la voluntad de Dios; dice así:

¡Ave-María! 5 febrero 1898.

A cuántos cuidan de mi madre: Salud y gracia.

Ayer estuve triste y me apretó durante algunos instantes el corazón, la pena o el dolor físico; hoy estoy alegre y contento, sin haber por qué; pero lo mismo ayer que hoy, en el encogimiento y en la dilatación del alma, alabo y ensalzo a Dios, porque nos ha hecho cristianos, nacer de padres cristianos, vivir entre cristianos y participar de la fe y consuelo del cristianismo, que no son pocos ni cortos beneficios.

¿Que se muere una madre?...

—Ya lo esperábamos.

¿Que se va para siempre?...

—Como nos iremos todos.

¿Que se va sin saber dónde?...

—Eso no es cierto: sabemos a dónde van los que mueren en el Señor.

¿Que no la volveremos a ver?

—Tampoco es cierto; iremos a verla pronto y gozar con ella.

¿Que ya no recibiremos su sombra?

—Tampoco es verdad; entre el cielo, la tierra y el purgatorio hay el correo continuo de las oraciones y comunicaciones. A donde llega la sangre de Cristo, llega la protección de los santos; esto es, a todas partes menos al infierno.

¿Que valía tanto?...

—Ahora vale más.

¿Que deja un gran vacío?...

—Ese vacío lo llenan la fe y el tiempo.

Si la habíamos de perder, ¿para qué la conocimos?

—Esa es una falta de buen sentido. En este mundo prestado no hay nada propio; todo es por una temporada.

¿Pero por qué se pega tanto el corazón a ello?...

—Porque el corazón no tiene cabeza; si pensara, amaría de otro modo. Amar para la gloria: he aquí la prudencia de los Santos. Amar en Dios y para Dios: he ahí toda la filosofía del corazón cristiano.

¿A pesar de todas las consideraciones, las lágrimas se vienen a los ojos?...

—Pues que salgan.

¿No es pecado llorar?... No, con tal que sea poco e involuntario. ¿No es falta de fe y resignación? No, si las lágrimas no son de desesperación. Hay lágrimas de resignación; los creyentes lloran porque son seres sensibles, pero no desesperan ni dejan de consolarse con motivos de fe; sus lágrimas son oraciones que gimen. ¿qué haremos pues? Creer que hay otra vida mejor que ésta; que los que mueren bien, viven esa vida; que los que siguen sus pasos, llegan al mismo sitio y gozan la misma dicha; que pronto, muy pronto, los que vivimos, moriremos, y viviendo bien, moriremos y nos juntaremos con los seres queridos y honrados que nos precedieron en el mismo camino y destino.

Aquí tenéis el resumen de lo único que en trances fatales anima y consuela; lo único que vale para curar penas y enderezar almas por la vía obligada de la muerte a la estación final de la Patria del Rey; allí están las moradas de los que le son fieles soldados. Sirvamos a Dios y quede a su cargo darnos acceso y corona. Esto escribo para todos vosotros que asistís y lloráis a mi madre para deciros por escrito lo que os diría en persona. Ya que a diario me dais parte, no quiero que mi correspondencia os falte.

Animémosnos a vivir como buenos y moriremos como mi madre, sin pena ni inquietudes.

Vuestro affmo. en Cto.

*Andrés Manjón*".

Aquella madre ejemplar y modelo acabado de virtudes murió en la paz del Señor, contenta por ir al cielo y llena e inundada de un gran gozo por dejar en la tierra a un hijo Sacerdote, lleno como ella de gracia y de virtud.

D. Andrés recibió la triste noticia al salir del coro el 1.º de marzo, cuando se dirigía a su clase para explicar la Teología Moral.

Volvió a la Iglesia, pidió al Señor por ella, la lloró y ofreció en sufragio de su alma varias oraciones, penitencias y sacrificios; a continuación dió su clase, haciendo esfuerzos sobrehumanos, pues no podía contener las lágrimas, rogando a sus alumnos una oración, aunque suponía fundadamente que estaría en el cielo, pues era una Santa.

Bajó a las Escuelas contristado y afligido, hizo el mismo encargo a niños y Maestros e igualmente a los estudiantes universitarios, quienes se apenaron por la pérdida de la madre y se admiraron de la entereza y resignación del hijo.

Más adelante veremos con todo detalle y admiraremos la santa muerte de D. Andrés, que fué muy idéntica a la de su madre, y como un anticipo o antesala de la gloria, tan justamente merecida por sus virtudes.

*Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

### XXXIII

#### S. M. EL REY VISITA LAS ESCUELAS

La visita a las Escuelas la conceptuaba D. Andrés como el mayor de los bienes, y la estimaba él más que la limosna que nos socorre, más que la influencia que remueve obstáculos, más que la devoción y amistad personales, que tanto animan y consuelan; porque la limosna, influencia y amistad más fecundas y duraderas son las que nacen o se consolidan con la vista de la Obra.

Decía y escribía en el año 1895: “Los que tenéis hijos e hijas, sobre todo, pensad en esto, y traedlos sin charoles ni coches a esta Colonia escolar, que aquí ganarán en cuerpo y alma, más que en vuestros teatros y paseos”.

He aquí un diálogo, que vale por mil academias e inserto por vía de ejemplo, entre D. Andrés y un visitante.

—¿Cómo es que estos mis niños comen mejor que estos, y están menos lucidos?

—Porque los de usted respiran peor, le contesté.

—¿Por qué mis hijos se caen y ruedan con facilidad, y los niños de usted corren y saltan como ardillas por estos vericuetos sin que les pase nada?

—Porque los hijos de usted andan acartonados, y estos están muy sueltos y acostumbrados.

—¿Cómo a mis niños les constipa cualquiera humedad o viento, y a éstos no les enferman el agua ni el frío?

—Porque éstos se hallan endurecidos, y los de usted se crían en la blandura y el excesivo mimo y regalo.

—Mi mujer no quiere que sus hijas vayan al colegio (que está junto a la casa) cuando caen dos gotas de

agua o hace calor o frío, porque las quiere mucho y teme se pongan malas.

—Pues estas niñas y niños vienen de lejos en invierno y en verano, sin reparar en el agua, el calor ni el frío, y no les pasa nada, y tienen padres que los aman.

—Veo a muchos casi desnudos ¿tendrán frío?

—Les abriga un vestido que usted no vé, y es la piel dura y curtida y el constante ejercicio.

—Noto que sus voces son duras.

—Sí, es verdad, hablan a gritos, pero están en su casa y no molestan, así desarrollan el pulmón, y así chillan, jugando en libertad, los niños de aquí y los de Pekín.

—Observo que sus movimientos son airosos y resueltos, pero no muy finos.

—Es natural: no se crían en fanal, sino en el campo; no están de visita, sino en grupo; son dueños del local y se mueven con la soltura que dá el hábito y la libertad y confianza que inspira el dominio. Son finos a su modo, pero no pueden serlo a lo urbano, porque ni en casa ni aquí se les enseñan ciertos detalles, que sólo puede enseñar la práctica.

—¿Parecen descarados en el mirar y nada cobardes?

—Pero su mirada es noble y franca; ¿y por qué han de ser cobardes? ¿Por qué han de temer, no haciendo nada malo?

—¿Algunos habrá aquí que serán unos granujas?

—En general son buenos, los conozco por dentro, y algunos son mucho mejores de lo que parecen, juzgados por el traje y por ciertos gestos. Véanlos en el acto más animal y egoísta del niño, que es el de comer. Aquí hay niños que no traen nada que comer de casa y permanecen aquí todo el día alegres y tranquilos.

—¿Sin comer?

—A primera vista así parece.

—¿Les dará algo la Escuela?

—Algo les da, pero es tan poco para tantos como hay necesitados...

—Pues entonces...?

—Véalo usted, véanlo sus niños y aprendan bondad: los niños que traen algo, lo dan y reparten con los que nada traen de sus casas y lo hacen sin alarde.

—Eso es sublime.

—Pues eso lo hacen todos los días algunos de estos granujillas...

Aquí mi interlocutor volvió la cara, sacó el pañuelo y enjugó sus lágrimas y cuando pudo hablar dijo a sus hijos, que también lloraban:

—Vosotros, que tanto tenéis, os disputais los regalos, y estos pobres, que no tienen sino un pedazo de pan, lo reparten con otros niños más pobres”.

¿Olvidarán este padre y sus hijos a aquellos niños que, sin palabras, tanto les enseñaron?

—“Cómo es—me decía una señora que presenciaba la comida de las niñas— que las pequeñas están más gordas que sus hermanitas mayores?

—Acérquese y véalo: las mayores se quitan el pan de la boca para dárselo a las pequeñuelas, y por eso éstas comen lo que quieren, mientras aquéllas se quedan con hambre...

—¿Y del calzado? noto que le viene grande.

—¡Tan grande! como que es de otros pies, se lo han dado a su madre y la madre a sus hijas.

—¿Y dónde está la madre?

—Preguntádselo a la niña.

—Está sirviendo en casa de una señora por la comida y las sobras, y cuatro pesetas al mes para pagar la casa.

—¿Y qué coméis?

—Un poco de pan y cocido que nos dan en el colegio.

—¿A qué hora volvéis a casa?

—A las seis o siete de la noche.

—¿Y no cenáis?

—Sí, señora, las sobras que dan a nuestra madre.

Así viven muchas de estas criaturas, y se les hace un gran bien con tenerlas todo el día en la Escuela, porque sus padres están a todas horas fuera de casa. Esto, como se aprende y estudia, viéndolo. Si esta señora no es de bronce, ¿se olvidará jamás de estas escenas o serán sus recuerdos estériles?

Repitémoslo, la visita es un bien para la Escuela y para el visitante; y no teman que con ellas nos molesten, porque no se interrumpe juego ni clases, y nuestro mayor gusto es enseñar nuestra casa y Colonia, singularmente cuando los dueños, que son los niños, están en ella. Vengan, pues, indiferentes, simpatizadores y amigos, en cualquier día, a cualquier hora, y observen, pregunten y vean cuanto quieran, seguros de que honran y sirven de estímulo a la Institución y mejoran sus almas.

Y en efecto, por las Escuelas han pasado millares y millares de personas de toda clase, condición y nación; Maestros de todas clases, categorías y sexos; Médicos en gran número; Abogados hasta el exceso; Sacerdotes y Religiosos en gran número, y desde el simple Presbítero y Religioso al Obispo, Provincial o Nuncio; Gobernadores Civiles, Magistrados, Concejales, Diputados, Senadores, Consejeros de Instrucción Pública, Presidentes del Consejo, Ministros, varios Generales del Ejército y finalmente el Rey, cuya visita merece párrafo aparte.

Corría el año 1904; el Rey D. Alfonso XIII, nuestro augusto y simpático Soberano, visitaba oficialmente las Capitales de la Patria para conocerlas y estudiar de cerca sus necesidades con la mira de remediarlas.

Al tocarle en turno la Ciudad de la Alhambra, nues-

tra hermosa y sin par Granada, mostró vivos deseos de estudiar y visitar las beneméritas Escuelas del Ave-María, y en efecto se anunció la visita oficialmente a D. Andrés, que la recibió con gran gozo de su alma; bajó a las Escuelas y, todo entusiasmado, dijo a los niños:

“Mañana os visitará el Rey, y espero que por vuestro comportamiento mostraréis que, aunque sois pequeños, sabéis reinar en los corazones por la simpatía y sois los reyes de esta vuestra Casa y de vuestras personas, que ofrecéis al primer representante de la Patria, y aunque sois pobres, aun podeis dar al Rey de España una cosa de la cual necesita, ORACIONES.

Todos necesitamos oraciones, pero son más precisas a aquellas personas que han menester de más luces, mayor prudencia y energía, para guiar y salvar las Naciones. Pidamos, pues, la gracia de estado para el Rey, la de que sirva para fines providenciales de la Patria y humanidad, y no para estrechas miras de bando y casa.

El Rey se debe a todos, y si no cumple con su deber, abusa del cargo y deshonra su nombre.

El Rey que os va a visitar es un joven educando, sin otra historia que haber nacido rey, ni otra responsabilidad que el no haber hecho nada. Es inteligente, bien inclinado y educado, pero es un muchacho y llega al poder en circunstancias difíciles para un hombre cabal, cuanto más para un niño.

Rogad por él, y mostrad cuando le veais, que estáis bien educados y sabéis ser agradecidos, y honrar a quien os honra visitándoos”.

Terminada esta hermosa arenga de nuestro D. Andrés, los niños puestos en pie, aplaudieron y vitorearon con todo entusiasmo al Rey, rezando devotamente, según él los mandó.

Al día siguiente, el 30 de abril de 1904, el Rey visita las Escuelas, acompañado de los Generales Polavieja, Linares y Pacheco, y de los Ayudantes y Maestros Castejón y Lóriga, más otros muchos cortesanos de la Corte y de Granada; y de un pueblo numeroso que le esperaba en la Colonia, compuesto de los niños y de sus padres, maestros y protectores.

En el corto tiempo que permaneció, vió el Regimiento escolar, compuesto de dos Batallones con sus dos bandas de música, cornetas y tambores; consideró la hermosura y accidentes del terreno que la Escuela ocupa y los jardines que las niñas cultivan.

Entró por la puerta de Puente Quebrada (la parte más oriental) y vió las clases de niñas en el Colegio de Sta. Ana; las de párvulos en el de Santa María y las de niños mayores en el de Jesús, que está en el centro; aunque muy a la ligera, el Rey (con sus acompañantes) se fijó en el Mapa Mundi sumergido en agua, en el sistema solar puesto al aire en el campo con esferas que giran, en los mapas de naciones, regiones, provincias, etc., dibujados en el suelo y pintados en las paredes externas de la Capilla y jardines, en el texto de la Historia Patria e Historia Sagrada, formado con piedras en el suelo, y en la Capilla, donde entró y vió en efigie el pensamiento del Ave-María, o sea, la Encarnación.

El Rey firmó en el álbum de las Escuelas, y con las circunstancias siguientes. Frente a la imagen de María Inmaculada, puesta sobre airosa y esbelta columna de mármol blanco, había un album para que el Rey firmara, y sentado allí en el campo rodeado de ebónibus, rosales, parras y otros árboles frutales firmó: ALFONSO XIII, borrándose sin querer el XIII.

Al firmar el Rey en el album, D. Andrés le dijo que

el Ave-María había sido el principio de nuestra redención como cristianos y como españoles, y él asintió.

Mientras esto sucedía, los niños cantaban por el Rey y por la Patria un Avemaría, mostrándose nuestro joven y simpático Monarca agradecido y conmovido.

El Rey complacido y un si es o no sorprendido deseaba ver más y verlo más despacio, pero sus acompañantes le instaban una y otra vez que estaban esperándole en otro sitio y que era menester dejar las Escuelas, aunque con gran sentimiento.

D. Andrés, que a todo le sacaba punta y de todo se valía para ganar los corazones y llevarlos a Dios, no desaprovechó la visita regia, a cuyo efecto excitó a los ricos a fomentar la caridad, a los pobres a aprender lo que vale la educación cristiana, a los gobernantes a ver seriamente las necesidades del pueblo para remediarlas, y a todos a hacerles comprender cómo sin Religión y patriotismo todo está perdido.

Veamos lo que dijo y escribió, siquiera sea brevemente. Los que han visto nuestras Escuelas, saben que en las paredes y columnas de los Cármenes hay pizarras de portlan sobre las cuales se escriben ejercicios literarios para que los niños los estudien y desarrollen al aire libre.

Como algún Ministro del Rey había dicho que éste hacía un viaje de instrucción y educación, al propio tiempo que se ponía en contacto con el pueblo, consideró D. Andrés que procedía tener en cuenta lo que el Ministro decía, y cubrió de pensamientos pedagógicos las paredes y machones de los mencionados Cármenes. Al examinar con relación a ellos a sus niños, procuraba sondear el corazón y pensamientos de quienes lo presenciaban y ya que no enseñar a quienes tanto deben saber, hacía ver cómo es posible que los niños vean claro lo que muchos hallan turbio, y cómo lisa y llanamente di-

cen los niños lo que con muchos rodeos, anfibologías y neologismos no siempre aciertan a expresar los enrevesados de la política, la prensa y la corte.

PENSAMIENTOS DE DON ANDRÉS CON MOTIVO  
DE LA VISITA REGIA

1. “Aquel que todo lo ve, es bueno para Inspector, Juez, Gobernador y Rey, y para Consultor y Juez e Inspector de reyes, gobernantes, jueces y maestros.

2. A más licencia más palos; a más anarquía, más soldados.

3. ¿Hace el Rey al pueblo, o el pueblo al Rey?

4. Nuestra misión es educar a pequeños, y la del Estado no deseducarlos.

5. Sólo ha habido y hay dos luchas en el mundo: una es entre Dios y la impiedad, otra entre el pan y el hambre.

6. El Estado, juguete de bandos y sectas, quiere ser el único educador de la juventud.

7. ¿En qué se parece un Rey a un pobre?

8. Nació un niño en un palacio, y se encontró Rey; nació otro niño en una cueva, y se halló cuevero. Andando el tiempo, el niño Rey visitó al niño cuevero, y éste preguntó al Maestro qué cosa pediría al Rey, y el Maestro le respondió: no pidas nada, porque ya te ha dado lo más que podía darte.

—¿Cuál es?

—El honor de visitarte.

—¿Y qué le daré yo por tal honra?

—Nada.

—¿Por qué?

—Porque ya ha recibido tanto como ha dado

—¿En qué?

—En la honra que recibe visitándote.

9. Cada familia es una Nación y cada padre un Soberano.

La explicación de este pensamiento se la dió una niña al Rey diciendo:

Al nacer un niño, se halló sin padre, pero tuvo la dicha de hallarse con una buena madre que le cuidó, crió y educó con gran esmero y diligencia, eligiendo para él ama de leche de su confianza, ayos y compañeros de su confianza; con lo que aquel niño fué lo que deseaba su madre que fuera, un joven bien educado, honesto, justo, amante de la Religión y la Patria...

Nosotras también tenemos madres que nos quieren mucho y desean para sus hijas lo que para su hijo ha tenido esa madre, libertad para elegir maestros y educadores de su confianza.

¿O serán nuestras madres menos madres que la madre del Rey?; ¿seremos nosotras menos dueñas de nuestra alma y destinos que el Rey de España? No, que en esto de educar, cada familia es una Nación y cada padre un Soberano”.

Estos hermosos pensamientos fueron sabrosamente comentados y de algunos censurados; pero nuestro don Andrés ni hacía caso de las censuras y menos de las alabanzas.

Se cuentan y dicen todas estas cosas para mejor conocer el alma del Fundador, pues no desaprovechaba la ocasión para decir a todos, sean quienes fueren, que el pueblo pide el pan de la educación cristiana, y es un deber de caridad y patriotismo atender a esa demanda, si es que queremos hacer Patria y raza digna del fin para que ha sido criada.

Al año siguiente, siguiendo D. Andrés las inspiaciones del Profesor de S. M., D. Fernando Brieva, fué a pagar al Rey la visita que hizo a las Escuelas.

Yo tuve el honor de acompañarle.

D. Andrés, nada acostumbrado a etiquetas y costumbres palaciegas, no sabía ni andar, ni mirar ni cómo conducirse ante aquellos apuestos y atildados cortesanos. El Sr. Brieva le aconsejó comprara unos guantes blancos, que no adquirió, por no encontrarlos a mano, y sin guantes fué.

Después de pasar la vergüenza y confusión consiguiente, al hablar con los magnates de aquel palacio, consiguió ver a S. M., con quien estuvo media hora larga, cosa desacostumbrada en visitas de esta índole.

El Rey le preguntó con verdadero interés por sus Escuelas, que tanto le agradaron, cuando las visitó, por los proyectos apostólicos que abrigaba y singularmente por el porvenir de las mismas.

A todo contestó nuestro venerable Fundador con la sencillez de los niños y la unción de un Apóstol, haciendo tal impresión a S. M., que, según me indicó don Fernando Brieva, refirióle la visita o entrevista que tuvo con D. Andrés, y dijo: “Por esta Cámara Regia pasan a diario personas respetabilísimas en el saber y en la virtud, pero ninguna me ha hecho tanta impresión, como la experimentada al ver y oír a este Sacerdote humilde que se llama D. Andrés Manjón; es una verdadera gloria nacional”.

El en cambio quitó importancia a la visita y después de ella, contaba humorísticamente el bochorno, vergüenza y confusión que se siente al tratar con personajes cortesanos, y la tranquilidad y contento que se experimenta, al hablar con los humildes y con los pobres.

“¡Que vengan, que vengan, exclamaba, a ver a nuestros pobres niños, y aquí les diremos con el lenguaje de la sencillez lo que somos y pretendemos; para que nos dejen en paz y no nos saquen de este rinconcito de nuestras queridas Escuelas”.

## XXXIV

### EL ÁLBUM

Hay en nuestras Escuelas, como en toda Institución humana, cosas buenas y medianas, unas que deben imitarse y otras que deben corregirse o perfeccionarse; y esto fué lo que obligó a D. Andrés a abrir un libro para que todo el que guste consigne en él cuántas observaciones su ciencia o celo le sugieran acerca de la Obra y sus detalles. Allí deben los Maestros estampar su pensamiento pedagógico, allí pueden los visitantes dejar escrito su nombre y sus advertencias, y al hacerlo, se les ruega que nos corrijan más bien que aplaudan (son palabras del Fundador), porque de la disciplina se saca más utilidad que del incienso, y como padres que somos, no solemos ver las imperfecciones de nuestros hijos, que son nuestros hechos.

En ese álbum, que es un libro sencillísimo puesto en el despacho de D. Andrés, se ven firmas ilustres nacionales y extranjeras, y pensamientos notables, entre los cuales se halla uno del mismo D. Andrés, que dice así:

#### CONTRA SOBERBIA. HUMILDAD.

“No os paguéis de alabanzas de los hombres, porque solo Dios sabe lo que sois; los hombres no os conocen y aunque os conocieran, no os dirán lo que sois, entre otros motivos, por no desagradaros: Saben que sois orgullosos y vanos, y por eso no tocan a la postema del amor propio, sino a lo más, a lo más, con sahumeros y cataplasmas. Hé ahí un motivo serio para que no nos engrían los elogios. Lo que somos ante Dios, eso somos de verdad; el juicio de los hombres ni quita ni pone un

adarme en la realidad de nuestro mérito. Pensemos en éso.—*Andrés*.

Merecen también la transcripción, porque revelan el entusiasmo que las Escuelas producen en quién las visita, las siguientes frases:

El espectáculo más hermoso que he presenciado en mi vida, lo he presenciado en estas Escuelas.—*Francisco Márquez*.

La mañana más feliz y mejor aprovechada que he pasado en toda mi vida.—*L. Eduardo Williams*.

Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos, ut destruas inimicum et ultorem.—*Fernando Brieva*.

Los sacrificios hechos por el Fundador de estas Escuelas sólo pueden premiarse en el cielo.—*Eugenio del Castillo*.

Vive Dios, que me espanta esta grandeza, y que die-  
ra un doblón por describilla...

Por Miguel de Cervantes, que ya no puede firmar.—  
*Miguel García Romero*.

Han pasado por mi mano más de cuatro mil obras pedagógicas; pero ninguna me ha emocionado tanto como esta obra viva que el insigne y venerable D. Andrés Manjón ha escrito en los Cármenes del Ave-María, para mayor gloria de Dios y bien de la Patria.—*Rufino Blanco*.

Deseo prospere como merece esta grande obra debida a la virtud y a la constancia del Rvdo. Padre Manjón.—  
*Marcelo de Ascárraga*, Presidente del Consejo.

*A. Marcolungo*, hijo de D. Bosco, reconoce en D. Andrés el mismo espíritu que tenía aquel apóstol de la juventud pobre y abandonada.

*Juan Callejón* cree que las Escuelas del Ave-María son una prueba en favor de los milagros, por haberse

fundado en una época de positivismo y sin recursos materiales, siendo obra exclusiva de la caridad.

Con la enseñanza al aire libre, la intuición y la dulzura que aquí ve el que llega, se puede pensar que España se regenere de verdad.—*Alvaro G. Rivas.*

¿Se quiere regenerar al pueblo?—Pues establézcase en cada Ciudad Escuelas del Ave-María.—*Francisco Giles.*

No conozco institución pedagógica más notable que las Escuelas Manjón de Granada.—*Dr. Mariano Solano.*

Mucho he oído hablar de las Escuelas del Ave-María; pero mi admiración ha subido de punto al visitarlas.—*Amparo Bassecourt.*

Admiro y reverencio al Padre Manjón porque enseña a amar a Dios y a la Patria.—*Fernando Soldevilla.*

Hoy que tanto se habla de regeneración, sería muy conveniente que se hicieran conocer los procedimientos Manjón para la enseñanza, porque sería el medio de llegar a conseguirla.—*Agustín Ruiz, ingeniero.*

Entre los recuerdos gratos que llevo de la hermosa Granada, ninguno será en mi ánimo tan imperecedero como la visita a las Escuelas del Ave-María.—*Carlota de Castro y Molina.*

Admirable método de enseñanza es el que he tenido ocasión de apreciar en el Establecimiento de D. Andrés Manjón, y ha sido tal la impresión en mí producida por sus resultados, que para mí sería el colmo de la felicidad pudieran mis hijos educarse en este centro docente.—*Luis Coello de Portugal.*

Dios permita que en Cataluña podamos ver dentro de breve tiempo las Escuelas del Ave-María.—*Pedro Pascual.*

Una de las satisfacciones más íntimas de mi vida profesional, la he experimentado en el día de hoy, visi-

tando las Escuelas fundadas por el sabio maestro, verdadero apóstol de la enseñanza, señor Manjón... ¡Mil veces santas aquellas Escuelas en que, como éstas, se purifican las inteligencias con la verdad, la sangre con el oxígeno, y el alma con la bondad y con el amor!—Inspector de primera enseñanza. *Gabriel Pancorbo*.

Entusiasmo verdadero me ha producido el sistema de enseñanza del gran bienhechor de la humanidad más necesitada de protección, de la infancia, el ilustre señor Manjón.—*Manuel García y López*.

Si os gusta admirar lo grande, visitad las Escuelas del Ave-María.—*Eloy Martínez—Daza Aranda*.

Los procedimientos pestalocianos perfeccionados con los adelantos pedagógicos actuales, ofrecen en estas cristianas Escuelas interesantes motivos de estudio...—*Suceso Luengo*, Directora de la Normal de Málaga.

Mi más grande admiración por la obra admirable de educación que en este rincón delicioso se lleva a cabo con talento genial.—*Luis V. Miranda de Rojas*, médico de Chile.

De esta mi visita saco un fruto, y es que a la vista de los niños despierta mi niñez, mi niñez que es la fuente de mis mejores inspiraciones. “Dejad que los niños se acerquen a mí”—dijo Jesús—, y añadió: “El que no se hiciese como uno de estos pequeños, no entrará en el reino de Dios” El me dé niñez que no acabe.

Mientras escribo esto, están cantando las niñas, y resulta así letra de una música que brota de bocas limpias de las peores inmundicias. Haga Dios que sean siempre mis letras tan puras como es esa música.—*Miguel de Unamuno*.

Llevo de Granada como uno de los más gratos recuerdos, la impresión que me ha producido el apostolado que ejerce el V. P. Manjón.—*Vicente Santamaría de Paredes*, Ministro de Instrucción Pública.

La Alhambra y el Ave-María, me trajeron a Granada. Llevo un recuerdo imborrable de aquella, y un propósito resuelto de poner mi grano de arena para la difusión de las Escuelas...—*Gabino Bugallal*, Ministro de Instrucción Pública.

Dios y su Santísima Madre os premie en el Cielo lo que estáis haciendo en la tierra por la enseñanza de la infancia.—*Manuel Cossio*.

Después de haber visitado las Escuelas del Ave-María, se admira aún más a España tan rica de bondad y sentimientos religiosos y patrióticos...—*M. Hutiz de la Patrie*.

Nuestra querida España volvería a ser lo que fué, si hubiera algunos héroes como D. Andrés Manjón, sacerdote que honra a la Iglesia católica de España.—*Enrique*, obispo de Palencia y después Cardenal Primado de Toledo.

Al visitar estas Escuelas donde con tanta sencillez se educa y se enseña, digo que el sabio fundador de ellas es el primer regenerador de España.—*Francisco Domínguez Adame*, catedrático de la Universidad de Sevilla.

El método observado en estas Escuelas es altamente higiénico e instructivo a la vez.—*Pedro Caballero Navarro*, médico.

Mucho deseo tenía de conocer esta hermosa obra, pero es mayor el contento que me produce haberla conocido y pasado en estas Escuelas el rato más feliz de mi vida.—*C. M.<sup>a</sup> Cortezo*, (entonces ministro de Instrucción Pública).

La labor de estas santas Escuelas conforta el espíritu y hace esperar mejores días para la Patria y para la cultura española.—*R. Velasco García*.

Aquí se siente a Dios. D. Andrés, el ángel de la enseñanza, lo hace sentir.—*Fr. Ramón de Ginés*.

Las Escuelas del Ave-María regenerarán a España.—*Juan José de la Vega*.

Las Escuelas del Ave-María, debieran ser el modelo de la ansiada reorganización de la enseñanza. El alma llena de una impresión tan honda no sabe expresar lo que esta gratísima visita me ha producido...—*Angeles Azpiaza Paul*.

Así “se hace España”.—*J. Antonio Cavestany*.

Si Dios escatimase sus bendiciones, sólo esta obra sería bendita.—*Pablo Calleja*.

Estas Escuelas con luz y vida. Dios las bendiga y las extienda, y con ellas se reconquiste Granada y España entera.—*José Roca*, Magistral de Sevilla.

La acción más práctica contra el laicismo es las Escuelas del Ave-María.—*M. Senante*.

La obra piadosa y civilizadora del P. Manjón en las Escuelas del Ave-María es redentora para España.—*Tomás Maestre*, Senador.

Las lecciones de cosas son las que proporcionan mayor provecho; ninguna lección de ese género más útil para un político español que la visita a estas Escuelas.—*J. Francos Rodríguez*, Ministro.

Sea esta firma el testimonio de la alegría que sentí, al visitar estas Escuelas del Ave-María, por lo que aquí aprendí haciendo que hoy sea uno de los días más felices de mi vida.—*Constantino B. López*, (Méjico).

¡Dichosos los niños que se educan y se instruyen en las Escuelas del Ave-María, donde todo les habla y les lleva a Dios!—*María de Echari*.

En la página 180 hay tres firmas que se expresan así:

Alfonso XIII, R. V.

Isabel de Borbón, Infanta de España.

Carlos de Borbón, Infante de España.

Admirado y entusiasmado ante una de las más sanas

y vigorosas afirmaciones de mi Patria.—*Angel Ossorio*.

Presenciando una lección del P. Manjón, he sentido, no sólo admiración hacia él, sino lo que vale más aun, el frío de las grandes emociones.—*Antonio Goicochea*.

Los que hoy dicen que “hay que hacer Patria” que imiten la Obra del P. Manjón, y lo conseguirán.—*Carmen Roja*, Directora de la Normal de Madrid.

El Señor siga derramando sus bendiciones sobre esta Obra, que dará tanto lustre a la España del siglo XX, como le dieron en el siglo XVI las proezas de nuestros gloriosos progenitores.—*El Duque de Amalfi*.

Admiro al P. Manjón y me asombran sus procedimientos; aquí se estudia y se vive la Pedagogía.—*R. Andrade*, Ministro de Instrucción Pública.

Lo más rendidamente al redentor espiritual de la infancia desvalida.—*J. R. Carracido*, Rector de la Universidad Central.

Toda palabra de encomio es poco.—*Monseñor Ragoneri*, Nuncio de S. S.

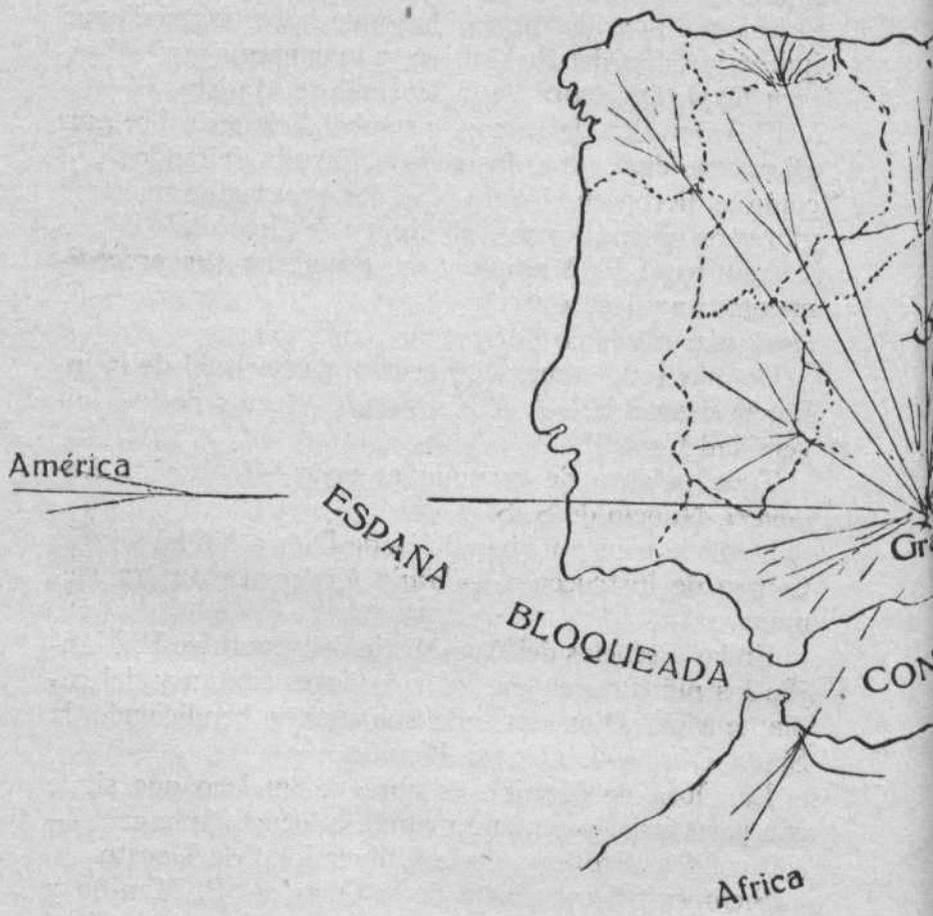
Deseo la constante bendición de Dios a tan admirable Centro de instrucción.—*Ildwig Keller*, Profesora alemana.

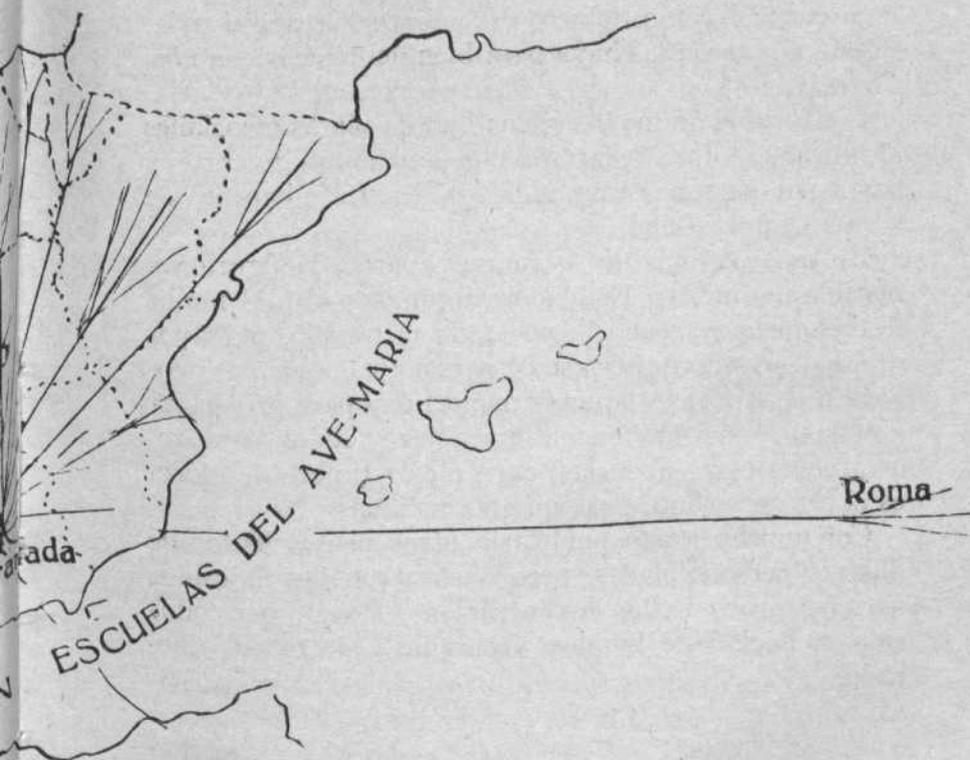
En las Escuelas del Ave-María del venerable P. Manjón los niños aprenden, los rui señores cantan y del radiante cielo Dios extiende sus manos bendiciendo la Santa Obra.—*J. Ortega Munilla*.

La Obra de Manjón es obra de un loco que sigue con paso firme y corazón magno la locura de la cruz.—*Félix Díez*, Profesor de la Universidad de Deusto.

Siempre fuí entusiasta de la Obra del P. Manjón y hoy lo soy más, después de visitar sus Escuelas.—*José Gascón y Marín*.

Estas Escuelas han redimido a multitud de familias, a cuyos miembros han servido los niños de verdaderos redentores.—*Anacleto Moreno*.





¡Quiero que se conozca en mi Patria (La Holanda) la obra del venerado P. Manjón.—*Una firma ininteligible.*

Si en mi Nación hubiera estas Escuelas, se salvaría. ¡Ojalá algún día las haya para bien del pueblo!—*Pedro Camuig.*

Conforta el ánimo y se llena uno de santas emociones al hojear ese libro redactado por plumas tan diversas, y hasta por personas muy alejadas desgraciadamente de nuestra Santa Religión.

En esas páginas tan hermosas aparece la figura venerable de nuestro Fundador circundado con el nimbo de la gloria, y realzado por todo el mundo, pues por aquí han pasado toda clase de personajes, unos para conocer a D. Andrés y besar su mano, otros para presenciar algunas de sus lecciones admirables y todos para recrearse en estas Escuelas, cuyo mejor timbre de gloria es el ser netamente españolas y cristianas.

Con mucho gusto publicaría otros pensamientos de ilustres personalidades, pero bastan con los indicados para admirar en ellos la veneración y respeto que todos sienten hacia este hombre venerable y de todos venerado.

### XXXV

#### PRODIGIOSA PROPAGACIÓN DE LAS ESCUELAS DEL AVE-MARÍA

D. Andrés quería, no sólo reconquistar espiritualmente a Granada, como ya lo había conseguido, cercándola de campamentos escolares, sino que aspiraba a algo más, a hacer lo mismo con España, nuestra querida Patria; él era un gran patriota (lo demostraremos más adelan-

te), y no podía ver sin protesta, el abandono de la Escuela española que yacía en el olvido más lamentable por parte de las Autoridades, y aun de los mismos padres de los niños, que no sabían apreciar el bien inmenso que en ella puede y debe hacerse; y por esto pretendía que estas sus queridas Escuelas se extendieran y propagaran por todos los rincones de la Patria, a ver si se consigue hacer una raza de temple cristiano, y un pueblo consciente de sus deberes.

A este efecto, como hemos visto anteriormente, excitaba a ricos y pobres a visitar sus Escuelas, para que viendo con sus propios ojos el bien moral y material que en ellas reciben los pobres niños de Granada, se animaran a hacer algo parecido en sus pueblos o capitales respectivos; leía el álbum, observaba que poco a poco prendía en los corazones de los visitantes el fuego santo del entusiasmo, y al poco tiempo pudo conseguir que muchos se decidieran a abrir sus bolsillos para fundar Escuelas Avemarianas.

¡Cosa singular!; en Asturias enarboló D. Pelayo el lábaro santo del Ave-María para reconquistar a la Patria, invadida por el pueblo musulmán el año 711; y en Granada se terminó el 1492 esa epopeya gloriosísima, luciendo en la Torre de la Vela la Cruz bendita del Redentor, después de arriarse por los Reyes Católicos la bandera de la media luna.

Y ahora un castellano, lleno del amor de Dios y abrazado su pecho en el fuego del patriotismo, pretende reconquistar de nuevo a España, que vivía como aletargada, invadida y conquistada por el enemigo, cien veces más cruel y tirano que el islamismo, de la ignorancia e indiferencia religiosa.

Tomó en sus manos, como D. Pelayo, el estandarte del Ave-María, se apoderó espiritualmente de Granada, y avanzó impetuosa y varonilmente por todos los rin-

cones de la Patria, predicando cultura cristiana y patriotismo santo para arrancar del corazón del niño la ignorancia e incultura.

La Región o provincia que mejor conoció el pensamiento de D. Andrés, fué Asturias.

Asturias y Granada no pueden separarse; tienen la misma historia y aspiran a conseguir los mismos fines con los mismos medios. ¡Qué bien resuena el Avemaría en aquellas montañas llenas de belleza, y qué dulzura llevan los cantos a María en los Cármenes granadinos!

D. José Comas, hoy Canónigo Magistral en Covadonga, fué el nuevo D. Andrés, propagó de palabra y por escrito las Escuelas Avemarianas, y con tanto entusiasmo, que al poco tiempo se inundó Asturias de Escuelas con el patrón y molde de las de Granada.

Díganlo si no Oviedo, Gijón, Natahoyo, Colloto, Trubia, Cayés y Laviana, Tiraña, Sotón y Salas, Forcinas y Berneda, Boó y La Riera, Avilés, Arnau y Romillín.

En algunas hubo verdadero alarde de dinero y sacrificio cual ocurre en Colloto, Cayés, Trubia y Arnau, que son verdaderos palacios para los niños pobres.

D. Andrés hizo en 1913 una visita muy detenida a estas Escuelas, predicando en todas ellas la semilla del bien y animando y entusiasmando a aquellos simpáticos y laboriosos asturianos.

La restauración espiritual de Asturias es un hecho, y si en Granada se enarbola el Ave-María, Asturias hace lo mismo, yendo en la vanguardia del ejército avemariano.

De muy buena gana citaría nombres de personas que han sabido sacrificarse por el Ave-María en aquellas típicas y gloriosas montañas asturianas, pero temo herir su modestia, y haría muy extensa esta relación o extensión avemariana.

Como en Asturias, cundió el entusiasmo en Badajoz, Los Santos y don Benito.

En Valencia, Castellón y Alicante.

En Barcelona, Lloret del Mar y Gerona.

En Zaragoza, Huesca, Graus y Tudela.

En Pamplona y en Estella.

En Burgos, Santander, Arijá, Udías, Torrelavega y Laredo.

En Coruña, Pontevedra y Orense.

En León, Salamanca y Palencia.

En Bilbao y S. Sebastián.

En Albacete, Murcia y Alicante.

En Sevilla, Huelva, Almería, Córdoba, Jaén y Málaga, en Dos Hermanas y en Lora, en Montellano y en Cabra, en Pedro Abad y en Andújar, en Ciudad Real, Puertollano y la Solana.

En Toledo y en los Cigarrales.

En Madrid se fundaron cinco hermosísimos Colegios que, como en Granada, están en sitios estratégicos para educar a los niños pobres de los Barrios pobres. Y en la Provincia de Granada se llenan de entusiasmo:

El Excmo. Sr. Conde del Padul, fundando en el pueblo, cuyo título ostenta, un palacio para los niños pobres.

El Excmo. Sr. Conde del Prado levantando otro palacio escolar para salvar a la niñez de Arjona, su pueblo natal.

La Excmo. Condesa de Casa Valencia creando sus hermosísimas Escuelas del Ave-María en Romilla.

El Excmo. Sr. Conde de Guadiana haciendo lo mismo en su hermosa finca de Brácana.

En Madrid D. José Luis Oriol con su cristianísima señora doña Mónica, levanta un hermosísimo edificio en uno de los más pintorescos sitios de la Corte, en el

que reciben educación 2000 niños pobres; e igualmente en la Carretera de Extremadura la virtuosísima señora doña Antonia Medrano, que no sólo abre su bolsillo, sino que ella misma se entusiasma enseñando según la mente de D. Andrés.

Es decir que podemos afirmar sin exageración alguna que España entera está inundada de Escuelas del Ave-María, y que D. Andrés desde el cielo las dirige y bendice sin cesar.

Y no sólo en España, sino en la América española corren vientos favorables, y se canta y enseña, según D. Andrés quiere, en la Argentina y en Méjico, esperando que muy en breve la mecha del entusiasmo llegue a todas partes y las auras del Darro y del Genil inunden y se extiendan por todo el Continente Americano.

En este año de gracias, en el Año Santo, Su Santidad Pío XI, que hoy felizmente dirige la Nave de la Iglesia, ha creado unas Escuelas del Ave-María en el Hospital de Santa Marta (Roma) para honrar con hechos la memoria de nuestro D. Andrés.

La mayoría de estas Escuelas, y otras muchísimas, que pasan de 400, fueron visitadas por él, recibéndole en todas partes con los brazos abiertos, y considerándole como al verdadero restaurador de la Pedagogía española.

Figúrese el lector el trabajo abrumador que representa dirigir esta Obra tan compleja y tan difícil, y no sólo el trabajo, sino los disgustos y contrariedades, que nunca pueden faltar, unas veces por culpa de los hombres, y otras sucitadas y fomentadas por la envidia del demonio, que veía muy de cerca la abnegación y sacrificios del Fundador, y los frutos abundantísimos que estaba cosechando.

No se cansaba; recibía los disgustos como regalillos

de Dios; aconsejaba a los Maestros y ponía en sus manos los libros, folletos y reglamentos que a diario redactaba; preocupábase del porvenir de esas numerosas fundaciones, y hasta tres días antes de subir al cielo, se comunicó con los respectivos Patronatos, ordenándoles el modo de perpetuar las Escuelas, con medidas llenas de prudencia y sabiduría cristianas.

Todavía es esto poco, según él, y como no puede comunicarse de palabra con todos los Maestros de España, a quienes quisiera llevar a Dios, se esconde en su pobre celda y allí organiza con su pluma unas Escuelas en letras de molde, como veremos en el capítulo siguiente:

## XXXVI

### OBRA LITERARIA DE DON ANDRÉS

D. Andrés trabajó incansablemente, como hemos visto, en la Cátedra y en la Escuela; desarrolló de modo por nadie superado el *delectare monendo* de los romanos en las difíciles tareas de la enseñanza; excitó y animó a muchos a imitar sus procedimientos educativos; pero temía que con el tiempo todo ese obrón pedagógico que él fundó con tan grandes sacrificios, se adulterara y no quedara de él sino un vago recuerdo de lo que fué porque los hombres pasan, y en cada cabeza hay un pensamiento.

No quería morir sin dejar escrito su Ideal o Credo Avemariano, para que en él quedara para siempre lo que él conceptuaba como la salvación de la Escuela española.

Y en efecto, poniendo manos a la obra, a esa obra que le había de inmortalizar, se recluye por de noche

(de día no podía hacer otra cosa que explicar y enseñar) en su humilde celda del Sacro-Monte y allí redacta sus libros admirables de los que haremos un ligero bosquejo.

¿Qué pasará, decían los de corazón pequeño, el día en que D. Andrés se vaya al cielo?...

No pasará nada, porque si los hombres que han de guiar el timón del Ave-María, no saben, o no pueden o no quieren aceptar sus hermosos procedimientos (lo cual es un imposible), siempre vivirán en sus escritos, y todos los que sepan algo de Pedagogía y sientan amor a la enseñanza, acudirán a los libros de nuestro inmortal pedagogo a beber en ellos las cristalinas aguas que brotan de su bien cortada pluma.

Así ha sido, así es y así será, pues de todo el mundo vienen demandas de sus libros; ya han sido traducidos al extranjero muchos de ellos, y no cesa el chorro de peticiones, habiéndose hecho ya muchas ediciones con gran consuelo de todos los buenos.

A juicio mío, los libros de nuestro D. Andrés son la mejor riqueza de las Escuelas y como el arsenal en el que todo Maestro ha de encontrar las armas para luchar contra la ignorancia y hacer Escuela cristiana, humana y española.

Cualquier libro de D. Andrés, vale un tesoro; no tiene precio; todo Maestro y Sacerdote debieran tenerlos en su biblioteca, leerlos bien, meditarlos mejor, y saborear y gustar sus sabias enseñanzas; no hay en ellos hojarasca, prosa o literatura barata, sino ideas concretas, pensamientos sublimes y procedimientos de gran valor pedagógico.

Las Escuelas del Ave-María tienen desde su fundación, orientación fija y determinada, gracias a la Obra literaria de su santo Fundador.

Intencionalmente he procurado en esta "VIDA" en-

tresacar algunos párrafos de esos libros, por los que habrán podido apreciar el mérito de los mismos y el corazón grande e inteligencia soberana del autor.

Los hombres pasarán, tal vez (aunque difícil) sus sucesores no sabrán estimar ni copiar la labor literaria de D. Andrés, pero sus libros no pasarán jamás; ellos son nuestro tesoro y en ellos ha de inspirarse todo Maestro que quiera cobijarse bajo las banderas del Ave-María.

Hagamos un breve resumen de esta Biblioteca Manjoniana.

## I

### EL PENSAMIENTO DE LAS ESCUELAS DEL AVE-MARÍA

Al empezar su Obra, dió a conocer por escrito los proyectos que abrigaba en lenguaje sentido y tierno a veces, elegante y conciso siempre, y tan completo que no había ningún tema sin tocar, ni un resorte sin tratar.

Dividió este trabajo en dos partes, que son dos libros. Uno trata de *lo que quieren ser las Escuelas*, que han de ser higienistas, moralistas, creyentes, patriotas, laboriosas, honradas, inteligentes, humanas y cristianas, tratando todos estos puntos con maestría inimitable.

El segundo tomo dice *lo que no quieren ser las Escuelas*, es decir, que no han de ser parciales, ni mutiladas, ni demagógicas, ni socialistas; no un temor, sino una esperanza; progresistas, no rutinarias, ni decadentes, ni gitanas, ni agitanadas, ni liberalistas.

Figúrese el lector lo que D. Andrés dirá acerca de esos temas tan interesantes, conociendo su talento y sus virtudes.

## II

### HOJAS CIRCUNSTANCIALES

Amplía en ellas las ideas expuestas de mano maestra en los libros anteriores, y como el enemigo de todo lo bueno, singularmente de la Escuela, es el Liberalismo doctrinario, arremete brioso contra esa herejía de los tiempos modernos, presentándole como sistema político-religioso, que todo lo tergiversa y compromete: Religión, libertad, orden, justicia, derecho, familia, sociedad, estado y hasta el buen sentido de la razón y moral. Es la antítesis del Credo pedagógico avemariano.

Y como la prensa es el arma de dos filos que puede sanar o matar, educar o deseducar, hacer Patria o destruirla, sembrar el bien o fomentar el mal, redacta unas hojitas sobre tan interesante tema tan hermosas y tan llenas del espíritu de Dios, que causaron impresión profunda en toda España, publicándose, a petición de los Prelados, una edición de 30,000 ejemplares para inundar a España de esa joya literaria de D. Andrés.

## III

### HOJAS COEDUCADORAS

La obra magna de formar al niño haciéndole útil a la Religión y a la Patria exige el concurso de todos; el Maestro, el padre, el Sacerdote, el Estado han de ir de común acuerdo para que la obra sea completa; de lo contrario, si uno destruye lo que edifica el otro, no habrá edificio educativo, el niño crecerá y vivirá en un mar de confusiones y al fin naufragará en ese mar revuelto y agitado por las pasiones.

¡Qué bien estudió D. Andrés este tema tan fundamental para el niño y la sociedad!

Estas Hojas, que forman un libro, son una síntesis profunda y transparente de orientación cristiana, teológico-moral y ético-social.

Leyéndolas detenidamente, aparecen las gravísimas obligaciones de todo educador y se anima el lector a poner su granito de arena en ese magno y grandioso edificio de la coeducación.

\* \* \*

Y si este libro tan hermoso trata la materia teóricamente o en el campo de la especulación, no para ahí, y al poco tiempo publica otro libro para enseñar a los coeducadores *prácticamente* el modo de mejorar al niño y los medios preventivos de la educación.

Apareció su interesantísimo libro titulado “Hojas Paterno-escolares”, que son granos de sal y pimienta, que hacen sonrojar y avergonzar a los que destruyen con el mal ejemplo la labor realizada en la Escuela cristiana.

Es libro de palpitante actualidad, que debieran leer, meditar y saber todos los padres, para conocer sus obligaciones en lo que afecta a la educación de sus hijos.

Decía su autor: Sin coeducación, no hay salvación, y en materia de enseñanza hay que repetir aquella máxima de Jesucristo: “El que conmigo no recoge, dispersa”.

“No vale para padre el que no sirve para educador; sólo son padres por equivocación”.

#### IV

#### HOJAS CATEQUÍSTICO-PEDAGÓGICAS

Esta es su obra magna; aquí derramó los tesoros de su saber y aquí desarrolló su plan pedagógico, que no

es otro que considerar el Catecismo como Asignatura céntrica a cuyo alrededor giran todas las demás.

Gramática, Aritmética, Geometría, Historia, Urbanidad, Higiene, etc., etc., Todo aparece magistral y originalmente tratado en cinco tomos graduados y ordenados pedagógicamente.

Es nuestro arsenal; los que tenemos la dicha de ser hijos del Ave-María, en estos libros aprendemos y con ellos enseñamos a nuestros numerosos y simpáticos alumnos.

El que quiera ostentar el título de Maestro Avemariano, ha de aprender y desmenuzar muy bien estos cinco libros, porque ellos son el norte y guía de toda la labor pedagógica de la Escuela.

\* \* \*

Como prólogo de estos libros, publicó con anterioridad otro tomo, que él tituló "*Los modos de enseñar en el Ave-María*", en el que desarrolla temas completos y se apuntan infinidad de modos o procedimientos de enseñanza, singularmente de la Historia y Geografía.

Estas dos Obras de nuestro D. Andrés son el fruto de sus lecciones prácticas, porque de él puede decirse con propiedad que hizo en la Escuela cuanto escribió en sus libros, y escribió cuanto enseñó en la Escuela de la experiencia.

No puede pedirse más en obras de esta naturaleza.

El día en que terminó de redactarla, me dijo: "Temía no poder terminar esta Obra, pero, gracias a Dios, he tenido la dicha de llegar al fin, dejándoos mi pensamiento escrito, que era uno de mis más vehementes deseos. Ahora sólo os toca estudiarlo bien y llevar a la Escuela con *ájili mójili* (con gracia y chispa quería decir), cuanto allí se ha escrito; hacedlo así y con ello me doy por satisfecho".

Estaba entusiasmado, ¡y con razón!

V

EL MAESTRO MIRANDO HACIA DENTRO

El Maestro ha de formarse en la Escuela del sacrificio y en las virtudes cristianas, y en tal forma, que si el corazón está averiado, la cabeza no puede discurrir bien.

D. Andrés hizo Escuela, dotóla de procedimientos, dió reglas llenas de sabiduría y orientó la enseñanza hacia los dos grandes ideales de Religión y Patria, pero ¿dónde encontrar los Maestros que secundaran su hermoso ideal?

El intenta llenar ese gran vacío, y para conseguirlo redacta el libro más hermoso que ha salido de su castiza pluma: “El Maestro mirando hacia dentro”, o el Maestro formándose en las virtudes cristianas, mediante reglas, consejos, advertencias y consideraciones oportunísimas.

Ya dijimos en otro lugar que los señores Obispos le apellidaron “El Kempis del Maestro”.

D. Rufino Blanco escribió sobre este libro: “No sólo será el primero de su género en España, sino que ocupará el primer puesto de su especie en la literatura universal”.

Y el P. Ruiz Amado añadió: “*Nocturna versate manu, versate diurna*. Revolvedlo día y noche, y más que revolvedlo, medítadlo”.

¡Oh si todos los Maestros asimilaran lo que D. Andrés les dice en sus páginas!

Son miles los que beben en tan buena fuente, y no hay una tanda de Maestros ejercitantes en la que no se lea este áureo libro, único en su género y tan oportu-

no y provechoso, que no hay ninguno que le iguale ni menos que le supere.

Las cartas y parabienes que D. Andrés recibió con motivo de su libro no se pueden contar.

\* \* \*

Poco después publicó un resumen de este libro, que él tituló “El Maestro ideal”, para aquellos Maestros que son amigos de la síntesis.

Este librito es una piedra preciosa desprendida del rico tesoro que se llama “El Maestro mirando hacia dentro”.

## VI

### EL MAESTRO MIRANDO HACIA FUERA

Supuesta la formación interior del Maestro con los libros anteriores, se le invita con éste a que se asome, vea y observe lo de fuera, lo que hay en la Escuela, tomando aquello que le convenga como bueno, útil y verdadero y desechando lo que le sea perjudicial o nocivo.

Son cuatro tomos de jugo y sustancia pedagógica.

Es el guía del Maestro que le conduce por los senderos del deber sin vacilaciones ni perplejidades; es como un piloto que gobierna con suma competencia la navecilla de la Escuela; y una norma segura para no errar en la dura y difícil misión del magisterio.

Esta fué su última producción literaria, y tal vez la causa ocasional de su muerte, porque, previendo su próxima ida a mejor vida, no descansaba ni comía, ni vivía, pensando únicamente en terminar este libro, que sería a modo de su testamento literario.

Escrito después de una vida tan bien aprovechada y con la experiencia de más de 40 años de magisterio, excusado es decir lo que saldría de su pluma a los 77 años

de observación y estudio profundo del niño y del Maestro.

## VII

### HOJAS EVANGÉLICO-PEDAGÓGICAS

Decía él muchas veces que el Evangelio es el primer libro de Pedagogía que se ha escrito; y el mejor Maestro será el que con más talento, constancia y competencia lo explique y haga comprender.

Aunque la explicación del Evangelio afecta principalmente al Sacerdote, sin embargo el Maestro debe aprenderlo y explicarlo a sus alumnos, si es que aspira a formar en la piedad al niño, y con él a la familia.

A conseguir ésto redactó este libro, que son 300 páginas rebosando unción, piedad, amor, y originalidad pedagógica.

¡El Evangelio explicado por D. Andrés y aplicado a la Escuela!; esta es la mejor recomendación de este precioso libro.

Enseña a pensar, a meditar, a mejorarse y a santificarse.

## VIII

### VISITAS AL SANTÍSIMO

Fué un verano a Sargentos, a su pueblo, y paseando un día conmigo junto al río o riachuelo que por allí pasa, tropezó, cayó y se rompió una pierna.

Tuvo que estar más de 40 días sin poderse mover, con gran pena de su alma, porque le impedía trabajar y ver sus Escuelas.

¿Qué hacer?

Loco enamorado del Santísimo, se le ocurrió redactar tantas visitas como días tiene el año, a modo de sentencias cortas, que son saetas encendidas en el amor al Dios-Hostia.

Este libro recorrió España y el mundo entero y llenó de gozo y entusiasmo a todos los buenos, calificándose por el Excmo. Sr. Obispo de Madrid “El Kempis de la Eucaristía”.

No puedo resistirme a publicar algunos de los elogios tributados por los Rvdmos. Sres. Arzobispos, los cuales transcribo a continuación.

En las *Visitas al Santísimo Sacramento*, el gran pedagogo español ha vaciado las exquisitas esencias de encendidos sentimientos eucarísticos, a la vez que por manera maravillosa ha compendiado en concisas frases, repletas de substancia teológica, la doctrina católica relativa al Amor de los Amores en el misterio adorable del altar.

Hace tiempo que, al leer en *El Universo* algunas de esas *Visitas*, he escrito al señor Manjón rogándole nos las diese pronto coleccionadas en un libro, y ahora no puedo menos de celebrar con el mayor entusiasmo la aparición de éste como un suceso faustísimo para el aumento de la piedad y el fervor en el pueblo fiel y como medio poderoso para avivar e inflamar las energías de la vida cristiana en esta sociedad contemporánea, que vemos desfallecer víctima de la indiferencia glacial engendrada por el egoismo ambiente.

Son, en mi estimación, las *Visitas al Santísimo Sacramento* un nuevo preciosísimo lauro que añadir a los tan legítimamente conquistados por nuestro admirable D. Andrés, que con ellas quiere, sin duda, poner el más soberano complemento a toda la ingente labor educativa que lleva realizada, señalando en el Sagrario a maestros y discípulos, y a todos en general, la fuente perenne

e inagotable de luz esplendente y de vigor incontrastable para la formación de generaciones nuevas llamadas a realizar la restauración de todas las cosas en Cristo, conforme a los designios altísimos de su actual augusto vicario el Papa Pío X.

De la difusión de libro tan substancioso y de su lectura meditada auguro frutos copiosísimos para las almas y para la vida social, y con el anhelo de promover más y más su uso y ejercicio entre mis muy amados diocesanos, en cuyos corazones, por la misericordia divina, perdura el espíritu eucarístico del beato Juan de Ribera, concedo gustosísimo doscientos días de indulgencia a todos los que leyeren y practicaren devotamente cada una de las susodichas *Visitas*.

EL CARDENAL GUIASOLA, ARZOBISPO DE TOLEDO.

Concedo gustosísimo las indulgencias pedidas (doscientos días) para las *Visitas al Santísimo*, por D. Andrés Manjón. Originales, como suyas, constituyen una verdadera joya eucarística de nuestra época. Son breves; pero tan substanciosas, que su lectura y meditación despiertan espontáneamente en el alma vehementes anhelos de nuevo mayor amor a Jesus Sacramentado.

EL CARDENAL ARZOBISPO DE SEVILLA.

He recibido el libro *Visitas al Santísimo Sacramento*, compuesto por el excelentísimo Sr. D. Andrés Manjón, con que, en nombre del autor, me ha obsequiado usted. La obra es profunda, piadosa, clásica, acabada y perfecta, como todo lo que sale de la envidiable pluma de su esclarecido autor, a quien envío mi más cordial y expresiva felicitación.

A las que se valgan de su libro para visitar al Santísimo les concedo doscientos días de indulgencia por cada *Visita*, deseando amplia difusión a obra tan hermosa y útil.

EL CARDENAL ARZOBISPO DE VALLADOLID.

Concedo con mucho gusto por visita y vez cien días de indulgencia a los fieles que usen las Visitas al *Santísimo Sacramento*, de D. Andrés Manjón.

EL ARZOBISPO DE MIRA, NUNCIO APOSTÓLICO.

Le agradezco, ante todo, el ejemplar de la hermosa obra de D. Andrés Manjón titulada *Visitas al Santísimo Sacramento*, y cuya lectura meditada no puede menos de producir gran provecho espiritual en los fieles.

Con mucho gusto concedo cien días de indulgencia por la lectura de cada una de sus meditaciones.

EL ARZOBISPO DE BURGOS.

Recomendamos eficazmente el precioso libro eucarístico que, con el título de *Visitas al Santísimo Sacramento*, ha compuesto el Excmo. Sr. D. Andrés Manjón, canónigo del Sacro-Monte, por considerarlo muy adecuado para fomentar a devoción a la divina Eucaristía, que es el más poderoso elemento de vida católica y de verdadero progreso social.

EL ARZOBISPO DE GRANADA.

Conocíamos al Manjón fundador de escuelas, pedagogo eminente, apologista distinguido, canonista preclaro, orador de palabra cálida y conceptos luminosos. Su última obra, *Visitas al Santísimo*, revela al teólogo profundo y al asceta enfervorizado.

El gran didáctico prosigue viéndose, no se oculta a través de estas páginas. Ese es su mérito indiscutible, el que aparece más de relieve, el que salta desde luego a los ojos. Conexión íntima, trabazón lógica encadena los pensamientos grandiosos, las sentencias fecundísimas.

Se habla a la razón por los medios más propios para rendirla y subyugarla. Y siendo tanto lo que enseña, es incomparablemente menos de lo que se deja entrever. Libro de meditación más que de lectura, a poco que en

él la atención se fije, se descubren horizontes de luz y piélagos de amor.

Con serlo mucho, más aún que el libro de un pensador, es la obra de un enamorado. Como chispas de un incendio, saltan de sus brillantes hojas expresiones veheméntísimas, frases llenas de ternura, que brotan de un corazón caldeado por encendido afecto a la Sagrada Eucaristía.

Su lectura juzgámosla provechosísima para iluminar y enfervorizar los espíritus cristianos, y por eso la recomendamos con verdadero empeño, y a fin de fomentarla, concedemos a los lectores cien días de indulgencia.

Entusiastas plácemes merece el excelente diario *El Universo*, por haberla hecho del dominio público.

ANTOLÍN, ARZOBISPO DE TARRAGONA.

Conforme con las frases laudatorias dedicadas por mis venerables hermanos en el Episcopado a las *Visitas al Santísimo Sacramento*, de D. Andrés Manjón, y bien persuadido de que son muy merecidas, por ser quien es su autor, concedo a los fieles diocesanos que devotamente usen el libro, por visita y vez, cien días de indulgencia.

V., ARZOBISPO DE VALENCIA.

Gandía, 16 noviembre de 1915.

Concedo cien días de indulgencia en igual forma que la determinada por el prelado que dió licencia para imprimirse y publicarse las *Visitas al Santísimo Sacramento*, escritas por el piísimo y ejemplar a la vez que celoso Dr. D. Andrés Manjón, a quien conozco desde que estudiábamos juntos en Valladolid y a quien profeso un merecido aprecio y admiración.

Su solo nombre es garantía para recomendar tal obra de las *Visitas al Santísimo Sacramento*, que viene a en-

cerrar la devoción ferviente de tan benemérito sacerdote a Jesús Sacramentado, la cual quiere comunicar a los corazones de los demás fieles cristianos para que ardan en el amor divino. Por tanto, la recomendamos y daremos a conocer anunciándola en el *Boletín* de este arzobispado.

EL ARZOBISPO DE ZARAGOZA.

INDULGENCIAS Y FRASES LAUDATORIAS  
DE LOS SEÑORES OBISPOS

...Es un libro que ha venido a aumentar la gran admiración que siento hacia su autor, pues la piedad que él se respira y la manera suave y grata con que ha sabido el ilustre pedagogo redactar esas *Visitas*, hacen que la lectura del mismo excite a las dormidas almas a acercarse al Sagrario, y se enciendan más y más las dadas a este saludable ejercicio, en la devoción a la Sagrada Eucaristía, centro de la vida religiosa y del verdadero progreso social.

Ya recomendamos en el *Boletín Eclesiástico* de esta diócesis este precioso libro, con frases merecidas, y concedemos a nuestros feligreses cincuenta días de indulgencia por cada visita que hagan al Santísimo con el libro de D. Andrés Manjón.

EL OBISPO DE ALMERÍA  
*Hoy Arzobispo de Granada.*

Doy a usted las gracias por el ejemplar que de las *Visitas al Santísimo Sacramento* ha tenido la bondad de dirigirme, en nombre de D. Andrés Manjón.

Si no nos fuera ya de antemano conocida la acendrada piedad de varón tan insigne, bastarían las *Visitas* para dárnosla a conocer. En estos tiempos, en que el Papa quiere que se propague y crezca la devoción al Santísimo Sacramento, la publicación de estas *Visitas*

es oportunísima, y tengo mucho gusto en conceder cincuenta días de indulgencias por cada una de las que se hicieren devotamente en la iglesia o en casa.

EL OBISPO DE ASTORGA.

Recibí el ejemplar de *Visitas* a Jesús Sacramentado, publicadas por el ilustre y sabio pedagogo D. Andrés Manjón, y, a la vez que doy a usted las más expresivas gracias por el envío del mencionado ejemplar, me es muy grato significarle que gustosamente concedo cincuenta días de indulgencias por cada una de las visitas a los fieles que se sirvan de tan piadoso libro, que considero como un riquísimo tesoro para fomentar la piedad cristiana y encender las almas en el fuego del amor divino, y por creerlo así, lo anuncio y recomiendo en el *Boletín Oficial*.

EL OBISPO DE AVILA.

S. S. Pío X hacía diariamente la visita al Santísimo valiéndose de este sublime libro de nuestro D. Andrés.

## IX

### DERECHO CANÓNICO

Es la Asignatura que explicó en la Universidad durante 40 años y a la que consagró toda su vida, estudiándola, comentándola y enseñándola con aplauso de los sabios y admiración de sus alumnos.

Es obra de consulta, redactada con miras pedagógicas y aceptada como texto en varias Universidades de España y América.

Al publicarse el nuevo Código de la Iglesia, intentó amoldar esta su Asignatura a la novísima legislación, pero tuvo miedo y no se sintió con fuerzas.

Lo que sí quiero hacer constar que el Derecho Canónico de D. Andrés ha sido alabado entusiásticamente por los más eminentes canonistas, y singularmente por el sabio Wernz, General de la Compañía de Jesús y Profesor durante muchos años de esa Asignatura en la Universidad Gregoriana.

Tradujo a nuestra lengua las "Instituciones de Derecho Eclesiástico" del Cardenal Tarquini, introduciendo algunas y muy oportunas anotaciones.

## X

### HOJAS HISTÓRICAS Y CRONOLÓGICAS DEL AVE-MARÍA

Pensó hacer una historia minuciosa de sus beneméritas Escuelas; a este efecto redactó estas Hojas, que forman dos libros, y en ellas se pueden apreciar mejor que en parte alguna los efectos de su apostolado, entremezclados con consideraciones y argumentos oportunísimos que tienden a hacer pensar y a honrar a Dios, de quien procede todo bien.

Unido a estas Hojas, escribió un Diario, en el que aparecen graciosa y oportunamente noticias de diversa índole relacionadas con las Escuelas, pudiendo ser ese Diario una historia documentada de su vida y de su pasmosa actividad.

## XI

### OTRAS OBRAS Y FOLLETOS

Publicó un breve, pero magistral, folleto de Historia Patria, mil veces reproducido.

Un resumen de Gramática.

Otro de Ortografía.

Otro de Urbanidad

Un discurso magnífico sobre la “Independencia de la Iglesia frente al Cesarismo”.

Otro sobre “Las condiciones de una buena educación pedagógica”.

Otro sobre “Los derechos de los padres en la educación de sus hijos”.

Otro sobre “La acción social del clero en nuestros días”.

Un trabajo primoroso sobre este tema: “Educar es completar hombres”.

“El Catecismo como asignatura céntrica.

Un folleto que recorrió España entera titulado “Las Escuelas láicas”.

“Ley, Instrucción y Reglamento del Ave-María.

“Cosas de antaño escritas ogaño” o “Memorias de un estudiante de-aldea,” (son interesantísimas) que hace pensar y da fuerzas y consuelos a los hijos del Ave-María.

## XII

### OBRAS INÉDITAS

Escribió para su uso particular unos *casus constientiae* que él llama “Programa de Teología Moral”; programa interesantísimo, útil a todo seminarista y muy aprovechable al Sacerdote novel, pues puede servirle de guía en muchas ocasiones de la vida.

Redactó unos “Apuntes de Pedagogía” para aclarar y completar esta Asignatura, que él explicó varios años a sus queridos Maestros; son hermosísimos y dignos de pronta publicación.

Sin desatender en nada a estas obras de su actividad y celo, colaboró en muchas Revistas profesionales y sa-

lió a la brecha para defender a la Iglesia en repetidas ocasiones, escribiendo aquellos célebres artículos firmados por un tal “Cantaclaro”, que hizo levantar ampollas a los enemigos de la verdad.

### XIII

Y finalmente sus cartas, que son admirables en todos sentidos. ¡Qué dicha la mía si pudiera coleccionarlas!

Por las publicadas en esta “VIDA”, y por las que, Dios mediante, publicaremos, se podrá apreciar lo que había dentro del corazón de D. Andrés, que era un amor intenso a Nuestro Señor y unos deseos insaciables de trabajar por su gloria.

\* \* \*

¿Y cuándo pudo hacer todo esto?

Cuando pudo, no perdiendo el tiempo y empleando hasta el minuto.

No durmiendo apenas, consagrándose de lleno al servicio de Dios y sacando fuerzas de flaquezas.

El hecho es que escribió mucho y bien, que ha ganado para Dios muchas almas con sus libros, y que estos libros son la mejor herencia que él ha dejado a sus Escuelas.

### XXXVII

#### OTROS TRABAJOS APOSTÓLICOS DE DON ANDRÉS

La fama muy merecida de nuestro venerable Fundador era traída y llevada en alas del entusiasmo popular, que veía en él a un hombre lleno del espíritu de Dios y a un sabio que había acertado a resolver el gran problema de la educación en nuestra querida Patria.

En las alturas del poder se le admiraba y respetaba,

aun por aquellos que militan en campos opuestos, y llenos están los Diarios de sesiones de ambas Cámaras de frases laudatorias al “bienhechor de la Patria, al redentor de la niñez, al restaurador de la Pedagogía española, al eminente Catedrático que sabe enseñar a Doctores y a pequeñuelos, etc., etc.”.

Los Prelados de la Iglesia le veneraban y a él acudían muchas veces para oír su opinión autorizada en determinados asuntos, y de él se valieron en repetidas ocasiones para dar realce a Congresos y Asambleas por ellos organizadas.

En el extranjero se le conocía y leía con verdadero interés, y de allende el Pirineo vinieron muchos admiradores a visitar las Escuelas y saturarse del espíritu del Fundador.

“¡Oh si en mi Patria, exclamaba uno de ellos, se fundaran estas beneméritas Escuelas!; seguramente se salvaría”.

En una palabra, D. Andrés adquirió tal renombre con sus virtudes, libros y Escuelas, que aparecía en el firmamento de nuestra querida España como un astro de primera magnitud, que atraía las miradas de todos, para admirarle, conocerle y muchos imitarle.

No es pues de extrañar que fuera requerido en cien ocasiones para tomar parte en Congresos y Asambleas; a algunos asistió, bien a pesar suyo, porque le obligaban la autoridad, amistad o agradecimiento; pero sufría muchísimo, porque los aplausos herían su modestia, las frases laudatorias que le dirigían le molestaban y muchas veces el corazón se resistía, al oír tantos elogios.

Yo le acompañé a varias de esas Asambleas, y me parece muy oportuno hacer de ellas una ligera reseña, para que nuestros lectores gusten su modestia, humildad y saber.

I

CONGRESO CATÓLICO DE BURGOS

A raíz de la pérdida de nuestras Colonias (año 1898), último despojo de la soberanía española, se repetía por labios de todos la palabra *regeneración*, y se buscaban con afán nuevas orientaciones para restañar la herida profunda abierta en el corazón de España por culpa de gobernantes y de gran número de gobernados; se quería levantar el espíritu nacional, decaído, al ver el despojo realizado y a nuestros famélicos soldados, que venían de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, no vencidos, sino vendidos y con el sonrojo de la vergüenza e indignación en sus rostros macilentos; se pretendía hacer Patria a la antigua usanza, ya que por incuria y abandono todo se había perdido, incluso el honor y con él millones de víctimas y un río inmenso de sacrificios económicos.

D. Andrés hacía Patria en sus Escuelas, y con su pluma señalaba los remedios, animó a los pusilánimes, orientó a los gobernantes y fomentó la unión de todos los españoles de buena voluntad, ya que todos querían el engrandecimiento de España, ensangrentada, decaída y maltrecha.

La Iglesia, que es la Maestra de la verdad y remedio eficaz de todos los males, convocó un Congreso Nacional el año 1899 en la ciudad de Burgos, para que los católicos acudieran a aquella magna Asamblea, y con sus virtudes, saber y experiencia, pusieran el dedo en la llaga y evitaran la gangrena que amenazaba dar al traste con nuestra pobre sociedad.

D. Andrés no podía faltar a ese Congreso; era español, castellano, burgalés, gran conocedor de nuestros males nacionales, y sobre todo que era el hombre pro-

videncial que hablaba, escribía y *hacía* el programa salvador de la Nación, que no es otro que la Escuela cristiana y española, “medio admirable de sembrar ideas sanas y formar corazones e inteligencias, tal como Dios los quiere y la Patria los necesita.

Sabiendo lo bien que manejaba la pluma, le obligó quien pudo obligarle, a redactar este interesantísimo tema: “Modo de conseguir que se funde y tenga gran circulación un Diario Católico sin determinado color político” (Tema 3.º de la Sección 2.ª)

Tengo en mi poder el trabajo original, y es tan hermoso, completo y acabado, que no me extraña que aquella docta Asamblea le aplaudiera sin cesar y le felicitara efusivamente.

Bien merecía la publicación, pero temiendo hacer muy prolija esta “VIDA”, lo omito en obsequio a la brevedad; sin embargo no puedo resistirme a transcribir el párrafo siguiente:

“Si el Sacerdocio se persuadiera de que este medio de propaganda (el periódico) está en manos del hombre enemigo, y que nunca será el campo que cultiva limpio de zizaña, mientras aquél no empuñe y maneje con aire y brío la sembradora de la prensa, a nadie, por alto, grave y sesudo que fuera, le parecería indigno escribir, imprimir, propagar y circular el periódico católico, que podría ser (sin decirlo) un Catecismo en acción, una plática de Moral constante, una apología de la Iglesia de Dios y sus miembros más distinguidos, una voz de pastor que da el alerta contra toda clase de alimañas, un auxilio eficaz y poderoso en la educación de las almas para el suelo y para el cielo”.

Este trabajo fué calurosamente aplaudido, los Prelados le recibieron paternalmente, todo Burgos alabó su virtud y su saber, y pasó allí lo que en otros muchos sitios, intentaron celebrar ese triunfo celeberrimo de su

ilustre paisano con un banquete *monstruo* (así dicen ahora); pero él, que conoció a tiempo lo que se proyectaba, huyó de Burgos, y se escondió en Sargentos para que le dejaran en paz.

En este mismo Congreso *le obligaron* a ser ponente del Tema 1.º de la Sección 4.ª que versaba acerca de las “Reformas en el Código Penal, que deben pedir insistentemente los católicos”.

Se excusó según costumbre, alegando su incompetencia en esa materia tan espinosa, y mucho más teniendo que discutir con personas técnicas y de reconocida valía.

Sus excusas no fueron atendidas, y un Prelado se encaró con él diciéndole: D. Andrés, ¿no es usted Abogado y Catedrático de futuros Abogados?

—Sí, contestó, Abogado de secano y Catedrático sin merecerlo; y a un hombre así, lo mejor es dejarle estar.

Obedeció al fin y examinó con todo detenimiento los proyectos de Código del Sr. Bugallal en 1880; de Alonso Martínez en 1884; del Sr. Silvela del mismo año; de la Comisión del Congreso informando el de este señor en 18 de abril de 1885; y sobre todo los luminosos trabajos que presentaron el Sr. Decano de Derecho de la Universidad de Valladolid D. Juan Francisco Membrilla; del Abogado distinguido D. Julián Poy y Villarejo; del Maestro de teólogos y canonistas, P. Pablo Villada, S. J.; del Sr. Marqués de Vadillo; y del Arcipreste Don Antonio Verdi y León, de quienes hizo admirables resúmenes y comentarios sabrosos, añadiendo a ellos un interesante trabajo, del que tomaron nota todos aquellos sabios y cultos congresistas.

Inédito está ese trabajo, y no han sido pocos los Abogados que aquí han venido a conocer las ideas expuestas tan magistralmente por nuestro venerable Fundador.

—¿Y usted es el Abogado de secano? dijéronle varios congresistas.

—Eso soy; ahora lo que urge es trabajar y que todo esto que hemos dicho y discutido se traduzca en hechos, a ver si conseguimos lo que todos deseamos: la restauración de la Patria.

D. Andrés habló e hizo: habló para entusiasmar a aquella docta Asamblea y prosiguió su hermosa Obra del Ave-María, que era el medio que él conceptuaba más apropiado para hacer Religión y Patria.

## II

### CONGRESO CATÓLICO DE SANTIAGO

Uno de los mayores triunfos que obtuvo en su vida de apostolado fué cuando asistió al sexto Congreso Católico Nacional celebrado en Santiago en julio de 1902.

Invitado y requerido por personas respetabilísimas para que autorizara aquel Congreso con su presencia, emprendió el viaje, llevando en su maleta un TRABAJILLO o memoria para contribuir con su grano de arena a tan magna Asamblea.

A ella asistieron casi todos los Obispos españoles y algunos extranjeros, gran número de Catedráticos y una multitud inmensa venida de toda España para oír a los diversos oradores que habían de tomar parte en las sesiones.

D. Andrés fué encargado de desarrollar el siguiente tema: “Derechos de los padres de familia en la instrucción y educación de sus hijos”. La calidad del tema, que era y es de gran actualidad, y el prestigio y aureola de que venía precedido nuestro venerable Fundador, hicieron que ese TRABAJILLO se desglosara de la Sección en la que había de discutirse para que su ilustre autor lo leyera, (como lo leyó) en la sesión del día 20.

*El Eco de Santiago*, periódico que se publica en aque-

lla Capital, al hablar el día 21 de este discurso, escribe lo siguiente:

“Al subir D. Andrés Manjón a la tribuna, es saludado con una salva de aplausos.

La impresión que produjo en el inmenso auditorio la lectura del magistral y hermosísimo discurso del señor Manjón fué grande, tan grande y abrumadora como sus lógicas e irrefutables deducciones, que a medida que eran expuestas, caían con fuerza de maza, promoviendo, por lo bellas, por lo claras, por lo bien expuestas, desbordamientos de entusiasmo.

Contribuyó mucho a avalorar la brillantísima producción del insigne Maestro, el arte con que lee, el arte con que la dijo subrayando con particulares y felices tonalidades de voz los puntos que tenía empeño en hacer resaltar.

Cuando descendió del púlpito, todos aplaudían, puestos en pie.

Los Prelados mostraban claramente la satisfacción que les había producido la lectura.

Muchos se levantaron para felicitar y saludar al señor Manjón, abrazándole cariñosamente y estrechando su mano.

El ilustre P. Cámara, Obispo de Salamanca se aproximó al Presidente del Congreso, pidiéndole su venia para subir al púlpito.

Ante la expectación general, porque todos dejaron de aplaudir, para escuchar al orador elocuente, dijo en síntesis con frases que la emoción hacía entrecortadas.

“Propongo al Congreso que se esculpan en los muros de este templo para recuerdo perenne de solemnidad tan señalada, algunos de los hermosos pensamientos escritos en esas páginas llenas de luz que acabamos de oír leer”.

Un aplauso unánime respondió a esta proposición.

Y continuó el P. Cámara: Propongo también que se haga una tirada numerosa, inmensa, de tan admirable escrito, a fin de difundirlo por las aldeas, por los lugares y concejos, repartirlo por todos los centros docentes de España y llevarlo hasta el Parlamento... justo homenaje al ilustre Manjón...

Una aclamación estruendosa acogió estas palabras del Obispo de Salamanca, mientras los congresistas, siempre en pie, rompieron de nuevo en aplausos abriendo paso al Sr. Manjón, al venerable anciano, que descendiendo del estrado, volvía desde el púlpito a ocupar su puesto en los escaños.

Locos todos de entusiasmo, pensamos (me ha dicho uno de los asistentes, D. Angel Marquina, hoy Obispo de Guadix) hacerle un homenaje, darle un banquete; pero, cuando echaron mano de él, había desaparecido”.

En el camino tropezaba en el departamento con personas enteradas del Congreso y del exitazo del P. Manjón, le preguntaban con curiosidad si conocía a tan famoso personaje, no recelando que tanta gloria se pudiera ocultar debajo de la humilde sotana de aquel clérigo que empezaba a ser anciano.

Algunos han fantaseado sobre las respuestas que don Andrés daba a sus curiosos interrogantes, atribuyéndole frases en las que destacaba el mérito del elogiado; pero las palabras que transcribo a continuación, que son suyas, harán más fe que cualquiera otra versión.

Lo que le pasó, lo declara en una carta escrita con lápiz en el mismo tren, y dirigida a un Capellán de las Escuelas. Dice así:

“Entre León y Venta de Baños (tren en marcha).

Sin novedad, gracias a Dios. Hace hermoso día. Espero llegar esta tarde (estamos a 24) a Burgos y mañana a Sargentos (Deo volente). Tiembla el pulso, porque tiembla el tren...

Hace después varios encargos y concluye: “Por el camino vengo oyendo comentarios del trabajo del Padre Manjón, y algunos me preguntan si le conozco, y qué me pareció el discurso. Yo no me descubro ni aun al despedirme de ellos.

Me alegro por las Escuelas y por el Sacro-Monte, al cual Castroviejo ha colocado en lugar muy alto. Gracias a Dios.

Que El nos salve y libre de culpa.

*Andrés*

Ese discurso que corrió por España y el extranjero hizo tan grande impresión en amigos y enemigos, que algunos, entre otros el Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública, no pudieron sufrir en silencio tantas y tan bien dichas verdades y con tanta valentía expuestas, y cayeron sobre D. Andrés varios chaparrones de improprios, que él recogió y guardó sin protesta, cuando afectaban a su persona y de los que se defendió con gran maestría y no menor ocurrencia por medio de cartas, hojas y libros que redactó a este fin.

El Sr. Ministro presidió en la Universidad de Salamanca la apertura del nuevo curso académico, y allí pronunció un discurso, queriendo contestar y rebatir el de nuestro D. Andrés, viniendo todo ello a realzar más y más su persona y dar mayor publicidad y resonancia a las ideas tan magistralmente expuestas en el Congreso de Santiago. Ese célebre discurso de D. Andrés se propagó muy en breve por España y el extranjero; hicieronse numerosas ediciones (más de 30,000 ejemplares); los Prelados recomendaron su lectura, y algunos, como el Cardenal Guisasola y el P. Cámara, se convirtieron en propagadores del discurso, viniendo de todas partes frases de entusiastas felicitaciones para D. Andrés, que sin desestimarlas, decía: “En vez de alaban-

zas que envanecen, ayúdenme a sostener mis Escuelas del Ave-María”.

Ya que no puedan saborear nuestros lectores ese discurso celeberrimo, copiaré aquí el resumen o epílogo, hecho por él mismo, al final de sus páginas, que es como sigue:

### LOS SUEÑOS DE UN SOÑADOR

“Soñaba yo que todo el mundo despertaba y sacudiendo la pereza y modorra en que yacía sumergido desde el más despierto al más adormilado, desde el hombre culto y libre hasta el idiota o semiculto hipnotizado, se daba cuenta del supremo interés de la educación, y de la instrucción en cuanto a ella conduce, y sintiéndose libre y digno, se disponía ante Dios y los hombres a realizar su doble destino temporal y eterno, sacudía la pereza, vindicaba el derecho de educar a sus semejantes, y rompía las cadenas que hasta entonces habían tenido a todos amortecidos y enervados; y reconociendo que Dios da vocaciones para todo lo bueno y santo, y que no pueden faltar para maestros de escuela, se dirigía a todos cuantos Dios llamaba por diversos caminos a un mismo ministerio, el de salvar enseñando, y aquí tomaba maestros seglares, allá religiosos, aquí legos, allí clérigos, y de las Escuelas Normales, claustros, seminarios y otros centros reclutaba un ejército numeroso y le organizaba y ponía en acción y caminaba a la conquista de la nación, por la nación misma. Cuando he aquí que resucitando del polvo de los siglos un figurín de voz chillona y traje abigarrado (la peluca era de Carlos III, la levita de convencional), se interpone en el camino de la cultura y libertad, diciendo:

¡Atrás los que no piensen y vistan como yo! ¡Fuera los maestros que no enseñen como yo, los que pretenden

educar sin que lo mande yo, los que pretenden saber sin que los reselle yo...! ¡Yo soy la ciencia y la enseñanza y las vinculo y reparto cómo y cuándo, a quien y por quien me da la gana!!!

Y una voz grande, sonora, majestuosa, como de un río que se despeña, como de un mar que se embravece, ahoga aquel disonante chillido con estas mágicas palabras: ¡Paso a la verdad, que es patrimonio de todos! ¡Paso a la enseñanza, que es obra de todos! ¡Paso a la libertad cristiana y humana, en bien de todos!”

Aunque los aplausos que cosechó fueron muchos y de gran valía, aunque las cartas que recibía venían llenas de calificativos encomiásticos, él no hacía caso de ellos, y su única preocupación y ocupación son los niños, para quienes y por quienes trabajaba sin descanso.

“Hablar, decía él, es cosa fácil, hacer lo que se dice es más difícil y vencer dificultades aún lo es mucho más”.

### III

#### CONGRESO CATEQUÍSTICO DE VALLADOLID

Deseando el Emmo. Cardenal Cos, Arzobispo de Valladolid, dar mayor impulso a la enseñanza del Catecismo, creyó oportuno organizar un Congreso para tratar sólo y exclusivamente de tan interesante materia, y a este efecto creó una Junta y le encomendó los trabajos de propaganda y de cuantos elementos necesitara para el feliz éxito del Congreso.

D. Andrés, que era un Catequista inimitable y uno de los mejores de España, fué invitado por el mismo Cardenal, y más que invitado, *obligado* a asistir a tan solemne Asamblea para tomar parte en las sesiones e ilustrar con su celo y sabiduría a los catequistas que allí concurrieran.

A pesar de sus trabajos y años (que eran muchos) aceptó la invitación y, acompañado del Canónigo del Sacro-Monte, D. Manuel Medina y del Capellán del Ave-María, D. Segundo Arce, fué a Valladolid en junio de 1913, hospedándose en la casa del Sr. Deán de la Catedral, D. Ildelfonso López, paisano y amigo suyo.

Fueron para él aquellos días muy gratos, porque recordó con fruición los apuros y dificultades que pasó en Valladolid, siendo estudiante y Profesor de una Academia, que él fundó para poder vivir.

D. Manuel Medina, que fué testigo presencial de cuanto allí pasó, escribe lo siguiente:

“Pude admirar el temple cristiano de aquel espíritu fuerte y equilibrado (de D. Andrés) en medio de una atmósfera de alabanza, admiración y casi idolatría por parte de todos, singularmente por los congresistas.

Parecía que D. Andrés era la personificación del Congreso, y que todos habían acudido por verle y oírle.

Dió sus lecciones prácticas de Catecismo en la Iglesia de San Felipe Neri, y era de ver el afán de todos para lograr un puesto en aquella catequesis. Aunque Valladolid estaba lleno de altas personalidades eclesiásticas, las miradas de todos se dirigían a D. Andrés.

Vivía en la calle del Obispo, y la calle parecía una feria por la afluencia de congresistas que acudían a saludar, besar las manos, o al menos ver de cerca a la gran figura del Congreso, a nuestro D. Andrés.

Conseguir de él una estampita se consideraba una fortuna envidiable.

Todas estas manifestaciones halagadoras no le conmovían, ni le daban pena ni gloria. Su rostro irradiaba serenidad, sin revelar nada que indicara que aquellas cosas emocionaban su alma. Estaba convencido de que todo lo que había en él, era de Dios, y que tales dones, puestos en otro, habrían dado mejores, más sazonados

y más abundantes frutos. Siempre tuvo ese comezón que le duró hasta la muerte: “*no haber dado y devuelto a Dios todo lo que estaba obligado a darle y devolverle*”.

Hasta aquí son palabras del Sr. Medina.

Anunciada la hora de la conferencia en el hermoso Templo de S. Felipe Neri, bien pronto se llenó por completo de un público selectísimo, integrado por gran número de Prelados, Catedráticos, Magistrados y otros personajes venidos de toda España, ávidos de oír y ver a nuestro catequista.

Frente al estrado presidencial, se había levantado una amplia tribuna, en la que se colocaron varios niños vallisoletanos, que habían de ser con D. Andrés objeto y sujetos de la lección catequística.

Al aparecer en la tribuna, todos se pusieron de pie, aplaudiéronle con loco entusiasmo, mientras él sufría por dentro ese chaparrón que se le vino encima, sin buscarlo ni quererlo.

En la crónica del Congreso leo estas palabras: “*Cuanto oyeron a esta gloria de la Iglesia y de Castilla hacían esfuerzos para que no se les viera llorar por fuerza y por fuera, y a la fuerza lloraban, a pesar de todos sus esfuerzos.*”

Empezó su hermosa conferencia diciendo que era pobre de entendimiento y corazón.

Recordó a su madre en términos cariñosísimos, diciendo que ella le enseñó teórica y prácticamente el Catecismo, y tan al vivo dibujo la bondad y grandeza de alma de la Señora Sebastiana, de la primera cocinera del Ave-María, que no hubo congresista sin pañuelos en la mano, ni manos ni pañuelos que no enjugaran lágrimas.

La lección teórico-práctica que allí dió, versó sobre la Cruz, y tales cosas dijo e hizo, que robó todas las inteligencias y corazones de los congresistas.

No siendo posible transcribir íntegra la conferencia, nos contentaremos con hacer el esquema de la misma.

Preguntó y asimismo contestó:

¿La Cruz es la insignia del cristiano...?

¿La Cruz es un símbolo de la fe cristiana...?

¿La Cruz es resumen de la moral cristiana...?

¿La Cruz es símbolo de sacrificio...?

¿La Cruz es símbolo del espíritu social...?

¿La Cruz es símbolo del honor...?

¿Por qué la Cruz campea sobre las coronas...?

¿Por qué los pueblos cristianos ponen la Cruz en sus banderas...?

¿La Cruz es un libro...?

¿Jesucristo con la Cruz ha enseñado y atraído al mundo...?

Si la Cruz todo lo atrae hacia Jesucristo, ¿será justo que los niños sean instruídos y educados en la Cruz...? Y para los mayores, ¿qué será la Cruz...?

No sólo conferenció para que los congresistas pensaran, sino que volviéndose a los niños, reprodujo prácticamente la lección en lenguaje infantil, saltando, dibujando, accionando, cantando y dialogando, haciendo las delicias de los pequeñuelos y causando la admiración en todos los que le vieron.

—Así es como se enseña el Catecismo, murmuraban todos y así es como los niños aprenden con gusto y verdadera delectación.

Repetióse entonces lo que pasó en Santiago: los Prelados le abrazaron, el público le aplaudía y vitoreaba sin cesar y en todos produjo tan grande impresión cuanto se dijo en aquella tarde memorable por D. Andrés, que acudían a él para besar su mano y pedirle su bendición.

Allí fué donde una señora, un tanto indiscreta, le dijo a *boca de jarro*: “D. Andrés, usted es un Santo, un San José de Calasanz, un San Juan de Dios”.

—Señora, le contestó, no peque ni mienta; usted no me conoce; ¡si mi corazón fuera de cristal...!

—No miento, Sr. Manjón, digo la verdad, y está a la vista; permítame que me atreva a pedirle un recuerdo para conservarlo como reliquia, un algo que sea suyo para guardarlo como oro en paño.

D. Andrés sacó de su cartera una litografía en la que él aparecía subido en su borrica y recorriendo las Escuelas del Ave-María. Ahí tiene usted a un jinete original; acéptelo, si le place.

—¡Ay Padre, cuánto se lo agradezco!; perdóneme que le pida un segundo favor; haga la caridad de poner su firma o el pensamiento que guste en esa tarjeta que generosamente me regala.

—Y D. Andrés, sacando un lápiz del bolsillo, escribió: A TAL SANTO, TAL PEANA.

La señora se deshizo en frases de gratitud, y muy pronto Valladolid saboreó y comentó a su gusto esta ocurrencia de su ilustre huésped.

\* \* \*

En este mismo Congreso presentó otro trabajo lleno de sabiduría, "*el más completo de todos*", según frase del Sr. Cardenal Cos, que versaba acerca de la enseñanza, teniendo como centro el Catecismo.

El Catecismo, escribía él, no debe ser una de tantas Asignaturas, sometida a horario y programa, sino el principio, medio y fin de todas ellas, el centro, a cuyo alrededor giran las demás, porque Maestro que no educa, enseñanza que no mejora, de nada sirven; y por esto, el prescindir del Catecismo, que es el libro del educador, vale tanto como edificar sin cimientos o querer recoger fruto sin siembra.

También este trabajo o memoria manjoniana dió que decir, y por unanimidad se acordó la impresión del

mismo para ejemplo y edificación de todos los catequistas.

Cansado de tantos elogios y HERIDO por los aplausos de aquellos ilustres congresistas, eran sus deseos salir pronto de aquel *molesto botafumeiro*, y al fin pudo conseguirlo, huyendo y viajando hacia las montañas asturianas para ver Escuelas Avemarianas y pasar unos cuantos días entre niños y carteles, que es lo que a él le gustaba y encantaba.

Ya en el tren no pudo menos que exclamar: “¡Gracias a Dios que nos dejan en paz!”

#### IV

#### LA ACCIÓN SOCIAL Y EL CLERO

D. Andrés vió con claridad meridiana eso que han dado en llamar *la pavorosa cuestión social*, que no es otra cosa que la cuestión de siempre, la guerra entre Dios y el diablo, entre la Iglesia y sus enemigos bautizados con el nombre de racionalismo, positivismo, liberalismo, socialismo, anarquismo y comunismo; cuestión que hay que abordar de frente y con valentía, si queremos que haya paz.

La Iglesia con sus Pontífices y Prelados nos han dado normas concretas y ya saben todos los buenos a qué atenerse y cómo han de trabajar.

Aquí en Granada se dió un gran impulso a estas obras católico-sociales y se intentó hacer una campaña intensa y provechosa en pro del proletariado, singularmente durante el pontificado del Excmo. Sr. Arzobispo D. José Meseguer y Costa.

Este celoso Prelado granadino convocó varias Asambleas Parroquiales con la mira de educar a su Clero en la Escuela del apostolado social; se habló y se discu-

tió mucho, y se acudió por indicación del mismo Prelado a oír la opinión autorizadísima de nuestro santo Fundador.

Humilde como siempre, y llamándose incompetente en asuntos sociales, excusó su asistencia, pero al fin tuvo que ceder, se presentó *a la fuerza* a una de las Asambleas, y con aplauso y edificación del Clero parroquial leyó y comentó un discurso celeberrimo que él tituló “El problema social y la acción del Clero”.

Es tan hermoso y tan lleno de luz y doctrina, que por unanimidad se acordó editarle profusamente para que no quedara en España un sólo Sacerdote sin conocer las sabias enseñanzas de D. Andrés.

Vinieron para él cartas de felicitación y sólo sabía decir: “Lo que hace falta es trabajar, que las felicitaciones más dañan que aprovechan”.

Merecen anotarse en esta “VIDA” algunos de los párrafos más salientes, para que todos vean el celo, caridad y sabiduría que brotan de sus palabras.

#### LO QUE DEBE HACER EL CLERO

En cuanto al modo de proceder, indicaremos algunas reglas generales y algunos hechos particulares.

1.º *Reglas generales en el modo de proceder.*

1.ª *Entrar en acción con la visera alzada y a bandera desplegada.*

La luz, no se enciende para esconderla, sino para que luzca más y más puesta en la cúspide de la sociedad, en la jerarquía de las jerarquías sociales, que es el clero. Nada de ocultaciones, tergiversaciones, mutilaciones ni atenuaciones del dogma social cristiano: la verdad es como Dios, inmutable: es la que liberta, redime y salva; es la nota característica de las obras de Dios, así como la tergiversación es el arma de Satanás; y ni en el fon-

do ni en la forma deben confundirse luz y tinieblas, Cristo y Belial.

2.<sup>a</sup> *Con esa luz bien enfocada hay que alumbrar el campo del enemigo para ver por donde viene y adonde va.*

¿Maniobra él en la prensa, en la escuela, en la asociación obrera, en la clase proletaria, en las urnas y en la política? Pues a la prensa, a la enseñanza, a la asociación y a la clase proletaria, a las urnas y a la política: que la guerra no se hace donde uno quiere, sino donde el enemigo está.

3.<sup>a</sup> *Con esa luz de verdades sociales puestas en acción hay que enfocar la obscuridad del porvenir y prepararle.*

La batallas las ganan los ejércitos; pero no los ejércitos que se improvisan, organizan, adiestran y provisionan de repente, sino por los que de antemano están preparados con plan, disciplina, armamento moderno y todo lo que exijan las circunstancias del combate con un enemigo ducho y nada escrupuloso en medios de destrucción.

4.<sup>a</sup> *Todos los hombres de bien deben ser nuestros adeptos y auxiliares.*

De la generación adulta recojamos los elementos que aún quedan sanos o sanables; de la generación que viene hagamos la restauradora del orden social, humano y cristiano, educándola, organizándola y preparándola, para la conquista del porvenir, nunca tan gloriosa ni tan vasta como en las críticas circunstancias porque el mundo está atravesando.

5.<sup>a</sup> *Y de los caudillos y bandos políticos, ¿qué?*

A nadie excluyamos, pero que nadie nos absorba; peleen a nuestro lado todas las fuerzas del orden, todos los amantes de Dios y su justicia; pero que nadie inten-

te hacer de la Iglesia de Dios un bando y nadie olvide estas palabras de Pío X:

“Hay muchos que, movidos por el amor de la paz, de la tranquilidad, del orden se asocian para formar lo que llaman partido del orden. ¡Vanas esperanzas, trabajo perdido! Entre los partidos del orden no hay más que uno capaz de restablecer la tranquilidad en medio de la perturbación general: *es el partido de Dios*”.

6.<sup>a</sup> *Tengamos instinto de lo divino y no lo confundamos con lo humano y lo subordinemos a lo divino.*

Mientras Dios fuere Dios, su Iglesia será el eco de su verdad y el pregonero de su providencia; sea, pues la Iglesia nuestro primer guía y tengamos, por lo más oportuno en todos los órdenes de la vida privada, social y pública, los caminos que Ella nos trace: que donde está la Iglesia, está Cristo y nadie perecerá yendo en tan buena compañía.

b) *Tengamos instinto de la realidad*, o lo que es igual ojo certero para conocer, no sólo cual es el fuerte de nuestro enemigo, sino cual es nuestro flaco; y si el fuerte de nuestro enemigo es la prensa, la política, la seducción de las masas y la adulteración de la sociedad por medio de estas y aquellas, y nuestro flaco es el menosprecio de la prensa, el horror a la política y el aislamiento respecto a la clase obrera, vayamos resueltos, generosos y bien organizados a la prensa, a la política y a la acción social sobre la clase proletaria. Si así no lo hacemos, si nos encerramos en el templo, si nos concretamos a dirigir obras de piedad, de educación y de caridad y beneficencia, sin prensa, sin política y sin pueblo que las defienda, nuestros enemigos son demasiado listos y malos para impedirnos hacer obras que en definitiva han de parar en sus nada escrupulosas manos.

c) *Tengamos instinto popular*. Vayamos al pueblo, defendamos al pueblo, vindiquemos y mejoremos al